

**LEÓN DUJOVNE**

**Las ideas económicas de Marx.  
La economía de la sociedad capitalista**

Dujovne, León

Las ideas económicas de Marx : la economía de la sociedad capitalista / León Dujovne ; comentarios de Celina Ana Lértora Mendoza ; editor literario Celina Ana Lértora Mendoza ; prólogo de Dalila Dujovne. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : FEPAI, 2015.

382 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-9262-81-2

1. Filosofía. I. Lértora Mendoza, Celina Ana, com. II. Lértora Mendoza, Celina Ana, ed. Lit. III. Dalila Dujovne, , prolog. IV. Título.  
CDD 190

© Queda hecho el depósito que marca la ley 11.923

F.E.P.A.I.

Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano

Marcelo T. de Alvear 1640, 1º E – Buenos Aires

E. mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar

**ISBN 978-950-9262-81-2**

**LEÓN DUJOVNE**

**Las ideas económicas de Marx.  
La economía de la sociedad capitalista**

**Edición, introducción y notas**  
*Celina A. Lértora Mendoza*

**Prólogo**  
*Dalila Dujovne*

**Ediciones F.E.P.A.I.**





## Prólogo

Para prologar este libro quisiera decir algo de Papá.

Me genera emoción hablar de Papá. León era una persona de grandes valores como la humildad, la discreción, la solidaridad, el compañerismo y la lealtad.

Tuve una infancia muy linda, con recuerdos agradables. Nos llevábamos muy bien. Era la “nena de Papá” porque me gustaba estudiar lo mismo que él: Filosofía. Él me ayudaba en todo. Recuerdo con mucho cariño mis extensas charlas sobre temas relacionados a la filosofía.

Siempre que iba al cine, me dejaba preparada una taza de té a la rusa. Y en varias oportunidades, si no llegaba tarde, se sentaba a mi lado, y me preguntaba sobre la película que había visto. Conversábamos largo rato sobre la misma.

Todavía conservo un gran libro que me regalo mi papa, *Thomas Mann*. y se lo presto a aquellos que considero importantes.

Me titulo como “la nena de Papa” porque en una oportunidad, cuando me reencuentro aquí, en Argentina con Ben-Gurión, gran mentor de Estado Judío, me saluda y me dice... vos sos la “nena de León.” Lo recuerdo y me sonrío.

Era un gran profesor. Ante todo solidario para con sus estudiantes. Les prestaba sus libros y les brindaba toda su atención. Desde que lo reincorporaron -en 1955- dictó dos materias en la Facultad de Filosofía: Historia de la Filosofía moderna y Filosofía de la Historia. Luego, lo llamaron de la facultad de Derecho, donde también dictaba filosofía. Siempre estuve orgullosa de él.

Mi papá tenía en casa libros de y sobre Marx. Él no era marxista, pero estaba muy interesado en su figura, y era un gran estudioso de su pensamiento. Quería enseñar a Max en la Facultad y que los alumnos lo aprendieran, pero no en forma ideológica.

DALILA DUJOVNE

También le interesaba Marx como judío y algo había escrito sobre eso. No supe por qué no publicó sus textos sobre Marx aunque pienso que se había asustado un poco, más por nosotros, su familia, que por él mismo, porque él no era una persona temerosa.

No recuerdo exactamente la fecha, sería por los años 1946 ó 1947, cuando él publicó en *La Nación* un artículo sobre Platón. Algunas cosas que dijo ahí molestaron a la gente de la Sección Especial de la Policía que se ocupaba de ciertos seguimientos políticos, los dos comisarios eran Lombilla y Amoresano. Lo citaron para hacerle preguntas y entonces en casa desaparecieron los libros de Marx.

Él sobre todo temía por mí. Cuando yo estaba en la Comisión Directiva de la FUBA, él temía que la policía pudiera hacerme algún daño y me pidió que renunciara.

León, gran filósofo, gran humorista, gran abuelo, gran Papá.

*Dalila Dujovne*

*PRÓLOGO*



León Dujovne, joven

DALILA DUJOVNE



León Dujovne con Jorge Luis Borges

## **Introducción**

Al dar a conocer un escrito inédito de León Dujovne sobre las ideas económicas de Carlos Marx, como homenaje al trigésimo aniversario de su fallecimiento, por voluntad y apoyo de sus hijos Dalila y Mario, es imprescindible presentar este notable trabajo en un marco apropiado para su comprensión. Dujovne -ya es sabido- se interesó en su madurez intelectual especialmente por la filosofía de la historia, tema al que dedicó numerosos trabajos, buceando esta faceta en diversos pensadores que suelen ser enfocados y analizados desde otras perspectivas. En esos casos se interesó en probar que efectivamente ellos habían tenido una filosofía de la historia, aunque fuese implícita o no desarrollada, o que no hubiese sido avistada por los historiadores de la filosofía. Tal es el caso de Marx.

### **León Dujovne y su interés por la filosofía de la historia**

León Dujovne nació en Kurilovich (Rusia) en 1898<sup>1</sup>; un año después se trasladó con sus padres a Argentina, viviendo en Entre Ríos hasta su ingreso en la Universidad de Buenos Aires, doctorándose en la Facultad de Filosofía y Letras en 1928. Desde 1926 en que ingresó en la docencia como director de Trabajos Prácticos de Lógica y hasta 1946, ejerció la docencia en diversas cátedras: Introducción a la Filosofía, Psicología II, Epistemología. Cuando fue declarado cesante el 20 de noviembre de 1946 ocupaba la cátedra de Psicología II.

Al ser reincorporado el 17 de octubre de 1955, por Resolución del Interventor de la Universidad, se lo designó como profesor interino de Filosofía de la Historia, y el 11 de abril de 1956 se hizo cargo de Historia de la Filosofía Moderna, pasando luego a ser titular confirmado de ambas. También dictó Historia de la Filosofía Contemporánea. Se retiró para acogerse a la jubilación el 29 de febrero de 1964. Es en este período

<sup>1</sup> Sobre su vida y su obra filosófica, puede verse mi “Estudio Preliminar” a León Dujovne, *La filosofía de la historia en Sarmiento*, Bs. As., UBA, FFL, Sec. de Extensión, Universitaria, 2005: 13-58.

de su vida y su actividad que se sitúa la producción inédita a la cual pertenece la obra que nos ocupa.

En efecto, la filosofía de la historia fue el principal interés de Dujovne en la etapa madura de su vida académica. Tal como lo he señalado anteriormente<sup>2</sup>, lo hizo desde una doble perspectiva: en primer lugar analizando el pensamiento de autores que tematizaron la historia; además, trabajando él mismo dicho tema. Como resultado de esta doble labor, laboró una trilogía histórica sobre el tema, de la cual se publicaron en su vida las dos primeras partes: *La filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad Media* y *La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII*. La tercera parte, que comprendía la época contemporánea no llegó a publicarse en forma completa, sino que se editaron algunos temas como *La filosofía de la historia de Nietzsche a Toynbee*, *La concepción de la historia en la obra de Ortega y Gasset* y *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*. Como se verá enseguida, estos trabajos responden a un interés especial que asignó a estos filósofos en su programa.

### **La cátedra de Filosofía de la Historia**

La primera actividad nueva de Dujovne luego de su reincorporación fue el dictado de Filosofía de la Historia, en 1956. Su programa consta de tres partes. La primera abarca los temas generales en nueve puntos: la filosofía de la historia, definición, historia e historiografía, relaciones de la filosofía de la historia con la antropología filosófica y con la sociología, los problemas de la filosofía de la historia. A continuación dedica los otros puntos a la historia del tema: la filosofía de la historia en la Antigüedad, en la Edad Media y en el Renacimiento; sigue con la filosofía de la historia en el siglo XVIII (Vico y Herder), en el Siglo XIX (Hegel, Comte y Marx). Al siglo XX dedica los tres últimos puntos de esta parte: el tema en Spengler y Toynbee; en Bergson y Croce y en Ortega y Gasset. La segunda parte dedica sus cinco puntos a temas teóricos: los factores de la historia: por una parte el trabajo, la técnica y la economía, por otra la historia, la religión y la política. Hay como un esbozo de distinción entre factores “materiales” y “espirituales” o

<sup>2</sup> Trab. cit. p. 20

## INTRODUCCIÓN

“estructuras” y “superestructuras”, aunque sin explicitarlo. El tercer punto de esta parte trata los individuos y la sociedad en la historia y los héroes, en un enfoque que podría en parte al menos estar inspirado en Nietzsche. Los dos últimos puntos se dedican a la idea del progreso y a los conceptos de generación y causalidad histórica, terminando con una exposición sobre las leyes históricas. La tercera parte tiene un solo punto: la filosofía de la historia en el pensamiento argentino, mostrando el interés de Dujovne por el pensamiento argentino. El programa no tiene bibliografía, indica que se dará en clase.

El programa de 1959 (asociado Ángel Castelán) modifica bastante el anterior, organizándolo en cinco partes. La primera es una introducción en la que trataba el marco general objeto y problemas de la filosofía de la historia y sus relaciones con la historiografía y con otras disciplinas filosóficas. La segunda trataba la historia de la filosofía de la historia en la antigüedad, en la edad media y en la edad moderna. En la tercera se ocupaba de la filosofía de la historia en el siglo XIX: Hegel, Comte, Nietzsche y los historiadores (Ranke y Michelet). La cuarta parte estaba dedicada a la idea de progreso: su desarrollo histórico, concepciones metafísicas, cosmológicas y biológicas, el progreso como adelanto científico y técnico, la crisis de la idea de “utopía” en la historia, con especial referencia al Renacimiento. La última parte trataba la idea de la historia en Rusia a la luz de su tensión con el pensamiento occidental, partiendo de la tradicional ignorancia europea sobre este tema, la lucha nacional de Rusia en el siglo XIX y los principales pensadores: Petr Jacovlavic, Tchandsev, Stepanovic Khomienkov, Nicolai Jacovlevic Dasnielevsky, Vladimir Sergevic Solovjov y Nicolai Alexandrovic Berdiaev. El programa oficial no lleva bibliografía, se indica que se dará en clase.

El tercer programa de la materia es de 1961, dictada en el segundo cuatrimestre, con el título de “Corrientes de la filosofía de la historia en el siglo XX”, presentada en nueve puntos. Sin embargo Dujovne no renuncia al primer enfoque sino que lo reduce a dos puntos, el primero reproduce, a modo de “Introducción” el primero anterior: la filosofía de la historia sus problemas y relaciones con las disciplinas filosóficas; filosofía de la historia y sociología. En el segundo presenta un resumen del desarrollo de la filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad

Media; la filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta fines del siglo XIX. A partir del tercer punto aborda el siglo XX: los grandes acontecimientos políticos y sociales, la “crisis” y su influencia en el pensamiento sobre el desarrollo histórico de la humanidad; a continuación se ocupa de las concepciones (progresivas) de Henri Bergson, Benedetto Croce y las cíclicas Oswald Spengler y en Arnold Toynbee, señalando semejanzas y diferencias entre una y otra. En el punto sexto presenta las concepciones religiosas: la idea judía de la historia en la obra de Martin Buber, la visión providencialista de la historia en el pensamiento católico de H. Urs von Balthasar, Jacques Maritain, y Herbert Butterfield; la corriente protestante con Renhold Niebuhr y la ortodoxa rusa de Nicolás Berdiaev. El punto séptimo trata los antecedentes del pensamiento socialista: Karl Kautsky y Jedan Jaurés. Los dos puntos siguientes se ocupan de Husserl y Scheler, terminando con el problema del conocimiento histórico en Heinrich Rickert y José Ortega y Gasset. Este programa incluye una bibliografía bastante amplia<sup>3</sup>. La segunda parte, que desarrollaría el profesor asociado Ángel Castelán, es “Historia de la idea de Europa”, con cuatro puntos: Europa y Asia, la Cristiandad y los infieles; la experiencia del siglo XV y las primeras manifestaciones del concepto laico de Europa; la temática del siglo XVIII, Europa y los otros mundos culturales y el concepto de Europa en la historiografía y la publicística del siglo XIX, terminando con el problema de las nacionalidades<sup>4</sup>. Se indica que la materia se dictará como Seminario, tomando en cuenta los textos de pensadores del mundo occidental que se elencan<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Incluye los nombres de: R. G. Collingwood, Karl Lowith, David Thomson, Benedetto Croce, Henry Bergson, Oswald Spengler, Arnold Toynbee, Martin Buber, Jacques Maritain, Jacques, Herbert-Butterfield, Reinhold Niebuhr, Nicolás Berdiaev, Jedan Jaurés, Edmund Husserl, Max Scheler, Heinrich Rickert, Heinrich y José Ortega y Gasset.

<sup>4</sup> Se propone una bibliografía específica que incluye los nombres de: F. Chabot, C. Curcio, A. Saitta, A. T. Serstevens, L. Ollschki, R. P. Millkot, R. Romeo, G. Cocchiara, G. Atkinson, J. Hoffner, L. Hanke, S. Zavala, J. Manzano, E. O’Gorman, S. Zavala, R. Etiemble, y C. Morandi.

<sup>5</sup> S. Buenaventura, R. Bacon, M. Polo, F. de Vitoria, Montaigne, Boulainvilliers, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Novalis, Fichte, Guizot y Mazzini.

## INTRODUCCIÓN

El cuarto y último programa de esta materia es de 1963, siendo también asociado Ángel Castelán. Consta pues, de tres partes, la primera, general, que desarrollaba Dujovne en seis puntos: el primero las cuestiones generales repetidas en los anteriores. Luego comienza a tratar el siglo XX en su marco de grandes acontecimientos políticos y sociales, la filosofía, la “crisis” y su influencia en el pensamiento sobre el desarrollo histórico de la humanidad. Los tres puntos siguientes repiten el programa anterior: las concepciones filosóficas, las cíclicas, las religiosas y las socialistas de la historia, con los mismos autores. La bibliografía recomendada también es igual a la anterior. El programa se complementa con dos temas especiales. El primero, desarrollado por Castelán, es “La idea de progreso en el siglo XX”, que abarca cinco puntos: análisis de la idea de progreso y sus antecedentes históricos; la concepción biológica; el “ritmo” del progreso; el progreso como adelanto científico y técnico y la “crisis” del progreso. Presenta una breve bibliografía muy específica<sup>6</sup>. El segundo tema especial “Filosofía de la idea de Historia Universal”, constituye una especie de seminario de lecturas, seguramente a cargo de Dujovne; propone ocho autores que abarcan toda la historia del pensamiento occidental: Polibio, San Agustín, Bossuet, Voltaire, Herder, Hegel, Comte y Ranke. Termina con dos puntos más generales: la herencia de Ranke y la nueva imagen de la historia universal.

Como conclusión de este panorama didáctico, me permito citar un párrafo mío que resume mi punto de vista sobre este aspecto:

“Dujovne era consciente de la dificultad de fijar los límites teóricos de la filosofía de la historia, y a éste y otros problemas metodológicos dedica la “Introducción” de *La filosofía de la historia en la Antigüedad y la Edad Media*. Así como Croce distinguió entre Historia e Historiografía, Dujovne propone distinguir dos modos de operar en filosofía de la historia: como reflexión sobre el conocimiento histórico y como reflexión sobre el desarrollo del acontecer histórico, tratando de percibir su sentido. Mientras que en el primer caso nos acercamos a la epistemología, en el segundo las conexiones más obvias se dan

<sup>6</sup> Incluye a J. M. Bury, Manuel García Morente, Julián Huxley, Morris Ginsberg, Louis Weber y Georges Friedman

con la antropología y con las ciencias del hombre (especialmente la psicología y la sociología). Dujovne comprende que a veces los límites, en todos estos casos, se tornan difusos. Un problema específico de la filosofía de la historia que debe tenerse en cuenta es que a lo largo de la historia la imagen del hombre ha cambiado, y se han incorporado nuevos temas, como el de la técnica, que preocupa por igual al sociólogo, al antropólogo y al filósofo de la historia”<sup>7</sup>.

**Las cátedras de historia de la filosofía.** Constituyen la otra vertiente de los intereses de Dujovne en la época que nos ocupa y el enfoque que propiciaba para las que tomó a su cargo muestran una significativa concordancia con la propuesta docente de filosofía de la historia

Dujovne ocupó la Cátedra de Historia de la Filosofía Moderna en los últimos años de su docencia en la Facultad de Filosofía Y letras, y un año compartió la de Historia de la Filosofía Contemporánea.

**Filosofía Moderna.** Dictó esta materia desde 1956 hasta 1963 y presentó programas en 1956, 1959, 1960, 1961 y 1962<sup>8</sup>.

El programa de 1956 es sintético, carece de bibliografía (indica que se dará en clase). Desarrolla los temas en cinco partes. La primera es la filosofía del Renacimiento, con dos temas: caracteres generales de la época y tendencias filosóficas principales; el segundo entra en la filosofía del siglo XV con Nicolás de Cusa y del siglo XVI: *De la causa, principios y uno*, de Giordano Bruno. La segunda parte el racionalismo en el siglo XVII, y los autores propuestos en sus tres puntos son: Descartes (su vida y su obra. *Los principios de la filosofía*), Malebranche (sus ideas metafísicas y morales), Spinoza (la *Ética*) y Leibniz (su filosofía y sus relaciones con la de Spinoza). La tercera parte trata dos temas. El primero es filosofía y religión en el siglo XVII, en un solo

<sup>7</sup> “Estudio preliminar” cit., p. 23.

<sup>8</sup> En el archivo de la Facultad de Filosofía y Letras hay otro, sin mención de año, que reproduce con literas variantes el de 1956, por lo que parece corresponder a 1957 ó 1958, es decir, antes de las modificaciones que presenta el programa de 1959.

## INTRODUCCIÓN

punto donde se incluye a Pascal; (sus *Pensamientos*), Bossuet y Fénelon. El segundo tema es la filosofía empirista en el siglo XVII, cuyos dos puntos incluyen a Francis Bacon, Hobbes (*El Leviatán*) y Locke (el *Ensayo sobre el entendimiento humano*). La cuarta parte se dedica al Iluminismo del siglo XVIII, y en sus tres temas trata primeramente a Christian Wolff, Moisés Mendelssohn y Lessing, es decir el pensamiento iluminista alemán, el Iluminismo en Francia y el materialismo de Holbach, terminando con Rousseau, sus divergencias con el Iluminismo y su crítica a la sociedad y a la cultura. La quinta parte se ocupa del pensamiento histórico en el siglo XVIII, centrándose en la filosofía de la historia a través de la *Nueva Ciencia* de Vico. La sexta y última parte se dedica al desarrollo de la filosofía inglesa en el siglo XVIII, en cuyos dos puntos se presenta el idealismo de Berkeley y el empirismo de David Hume (su *Tratado de la naturaleza humana*).

El programa de 1959 introduce variantes porque la materia se dictaba en dos cuatrimestres que no guardan orden cronológico. El primer cuatrimestre aborda tres grandes temas: el primero es el racionalismo en el siglo XVII, centrándose en un único autor: Descartes (su vida y su obra, el *Discurso del Método*, ciencia y filosofía en el pensamiento cartesiano). El segundo tema es el empirismo inglés, dedicando sus cuatro puntos exclusivamente a David Hume (su obra, el *Tratado de la naturaleza humana*; psicología y teoría del conocimiento; las ideas morales; la política y la historia). El tercer tema es la filosofía crítica de Kant, abordado en cuatro puntos: teoría del conocimiento y metafísica; ética; estética y teleología y concepciones kantianas sobre la sociedad y la historia. El segundo cuatrimestre completa los temas anteriores introduciendo, en cierto orden cronológico propio, los que faltaban en relación al programa de 1956, que es esencialmente el contenido completo de la materia para el criterio de considerar la filosofía del siglo XIX como contemporánea. Los grandes temas son cuatro. El primero es el Renacimiento, cuyo único punto reproduce el contenido del programa de 1956. El segundo tema es el racionalismo en el siglo XVII, donde se propone el estudio de Spinoza (metafísica y moral en la *Ética*) y Leibniz (su *Monadología*). El tercer tema es la filosofía inglesa anterior a Hume: Francis Bacon, Hobbes y Locke, terminando con el idealismo de Berkeley. El cuarto tema es el Iluminismo del siglo XVIII, con dos

puntos que reproducen el programa anterior: el materialismo en Francia y d'Holbach y Rousseau.

El programa de 1960, que desarrolla la materia en un solo cuatrimestre, vuelve al criterio de 1956, nucleando los temas en cinco partes, comenzando por el Renacimiento y culminando en Kant. El primer punto es la filosofía del Renacimiento, que en un punto sintetiza todos los temas relativos al período: caracteres generales y el estudio especial de Nicolás de Cusa y Giordano Bruno. El segundo tema es el Renacimiento, Descartes (u vida y su obra, *El Discurso del Método*, ciencia y filosofía en el pensamiento cartesiano), Spinoza (su vida y su época, sus obras y su filosofía: la sustancia única, los atributos, el Dios de Spinoza, Dios y el mundo, los modos infinitos y finitos, la naturaleza humana, el alma, afectos y pasiones; la moral: liberación, libertad y felicidad, la vida eterna., la religión y la política). Luego de este amplio y tratamiento de Spinoza, que reproduce el esquema de la obra homónima de Dujovne, dedica todavía un punto más a su influencia, antes de pasar al punto octavo y último de esta parte, dedicado a Leibniz, con un núcleo de temas esenciales: las mónadas, el conocimiento, Dios, la armonía preestablecida, análisis de la *Monadología*. La tercera parte se dedica al empirismo inglés iniciado por Francis Bacon, a través de cuatro figuras decisivas y sendas obras: Hobbes (*Leviatán*), Locke (*Ensayo sobre el entendimiento humano*), Berkeley (*Tratado sobre los principios del conocimiento humano*), Hume (*Tratado sobre la naturaleza humana*). La cuarta parte es el iluminismo, con un tratamiento reducido al francés: Diderot y los enciclopedistas, completando con Rousseau y su crítica a la sociedad y a la cultura. La quinta parte se refiere a la filosofía crítica de Kant, desarrollando el tema en tres puntos: su filosofía teórica, su filosofía práctica y el análisis de un punto central de *La crítica del juicio*: la finalidad estética y la finalidad de la naturaleza. Como apoyo textual se propone la lectura de las obras que se mencionan en el programa y otras también importantes<sup>9</sup>; la bibliografía se divide en dos partes: obras generales o manuales<sup>10</sup> y obras específicas sobre puntos o autores<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Descartes, *Meditaciones metafísicas*; *Principios de Filosofía* (L. I); Spinoza, *Ética*; Leibniz, *Nuevo ensayo sobre el entendimiento humano*; *Discurso de metafísica*; Bacon, *Novum Organon*; Diderot, *Oeuvres philosophiques*; Rousseau, *Discurso sobre las ciencias y las artes*, *Discurso sobre el origen y los*

El programa de 1962 representa una variante del anterior. Mantiene las mismas cinco partes: Renacimiento, Racionalismo, Empirismo inglés, Iluminismo y Filosofía crítica de Kant. La primera mantiene igual el programa de 1960. El tema del racionalismo fue ordenado en ocho puntos, uno dedicado a Descartes, cuatro a Spinoza, uno a su influencia y el último a Leibniz. El tratamiento del empirismo mantiene también los mismos filósofos en estudio, lo mismo que el iluminismo. La última parte, dedicada a Kant, es la que sufrió más modificaciones, sobre todo porque explicita conceptos kantianos en una exposición sistemática, en tres momentos: la filosofía teórica (la revolución copernicana, estética trascendental, las categorías y su deducción, el idealismo trascendental, la cosa en sí, la ilusión trascendental, las ideas, paralogsismos de la razón pura., antinomias, el ideal trascendental), la filosofía práctica (la ética., la ley moral, el deber, la libertad, los postulados de la razón práctica, la religión) y la crítica del juicio (mediación entre naturaleza y libertad, la finalidad, el juicio estético, el juicio teleológico) terminando (lo que es una novedad en estos programas) con un tratamiento de la evolución final del sistema kantiano, el tránsito de la metafísica de la naturaleza a la física (el *Opus Postumum*).

**Filosofía Contemporánea.** En el año 1962 Dujovne se hizo cargo de la primera parte del programa de esta asignatura, dividida en tres: la primera, sin título, la segunda “Fenomenología y filosofía de la existencia” a cargo de Andrés Mercado Verfa, y la tercera “El análisis filosófico” con Gregorio Klimovsky. Mientras que estas dos últimas se refieren a la filosofía del siglo XX, la primera se ocupa de la filosofía en el siglo XIX y se articula en cuatro puntos. Primero, los resultados de la filosofía kantiana, y la filosofía postkantiana (Fichte y Schelling); el segundo se

*fundamentos de la desigualdad entre los hombres, Contrato social; Kant, Crítica de la razón pura; Crítica de la razón práctica; Fundamentación de la metafísica de las costumbres, Prolegómenos.*

<sup>10</sup> Son las conocidas obras de N. Abbagnano, E. Brehier, E. Cassirer, V. Delbos, H. Hoffding, F. Uebebweg y W. Sorley.

<sup>11</sup> E. Cassirer, R. Mondolfo, E. Gouhier, O. Hamelin, J. Laporte, M. Gueroult, L. Brunschvicg, Plat, S. Drago Del Boca, A. Lalande, V. Broichard, F. Tonnles, W. Dilthey, A. Carlini, A. A. Luce, M. Gueroult, N. Kemp Smith, H. Hoffding, R. Deval, De Vleeschauwer y V. Delbos.

refiere a Hegel, su pensamiento y sus principales obras. Los dos puntos siguientes se ocupan de la filosofía posthegeliana en la línea de lo que Dujovne llama “disolución del hegelianismo” que es por una parte la escisión entre izquierda y derecha hegeliana y por otra un detallado estudio (que abarca el cuarto punto) de la izquierda Feuerbach y el materialismo histórico. No se menciona expresamente Marx pero sin duda está claramente incluido en este último punto. Este programa, que fue muy breve pues las tres partes ocuparon el segundo cuatrimestre, omite totalmente el positivismo y teorías conexas, que ocupan cómodamente toda la segunda mitad del siglo. No es éste un dato menor, significa que la selección temática está dando a la izquierda hegeliana un notable peso ya que se le dedican dos de los cuatro puntos a expensas de otras corrientes también significativas de la misma época. Es en este contexto que debe pensarse -me parece- el interés de Dujovne en redactar una obra amplia y documentada sobre Marx, no sólo en los temas específicos de filosofía de la historia, sino en general en cuanto a todo su pensamiento, incluyendo la exposición detallada de sus ideas económicas. Coincide además con la época de aparición de las obras que usa como bibliografía selectiva para interpretar los textos marxianos.

**Visión de conjunto:  
historia de la filosofía y filosofía de la historia**

Aunque muy brevemente, dado el carácter de esta Introducción, debo decir que la compulsión de los programas pensados por Dujovne para estas dos áreas temáticas muestra la innegable relación que establecía entre ellas, al punto de obligarse a transitar ambas para lograr resultados positivos en cada una. No sólo, como es obvio, se trata de una coincidencia de épocas (aunque la filosofía de la historia que desarrolla en sus clases abarca también la filosofía antigua y medieval) sino y sobre todo por los cruces temáticos y las perspectivas de análisis. Algunas correspondencias son obvias y conocidas. Otras son fruto de una reflexión personal de Dujovne, como su interés por el pensamiento diríamos “marginal” (y no sólo en sentido geográfico) europeo representado por las ideas españolas y las rusas, la consideración de la dimensión religiosa del pensamiento en épocas no medievales y supuestamente “laicas” o “seculares”, la recuperación para la filosofía de temáticas que solían considerarse exclusivas de los estudios políticos o

sociales, como la idea de Europa o la de progreso, dentro del área de filosofía de la historia, en paralelo con sus correspondientes expresiones en las épocas moderna y contemporánea.

Considero entonces que Duijovne reserva a Marx, a la vez, un lugar como pensador relevante de la filosofía moderna-contemporánea por su sistema general de pensamiento, y como filósofo de la historia. Por eso no hay un hiato ni una escisión entre sus ideas económicas y su filosofía, según la tesis general que motoriza toda la investigación del pensamiento marxiano.

### **Los estudios sobre Marx**

En los papeles de León Dujovne hay alrededor de 600 páginas dedicadas al estudio del pensamiento de Marx, con la finalidad de analizar especialmente su filosofía de la historia. Este propósito es parte de un vasto proyecto de analizar la filosofía de la historia implícita en la obra de grandes escritores y pensadores, como Hegel, Tosloi, Hess, Marx, etc. sobre los cuales hay también inéditos bastante completos<sup>12</sup>. Es decir, por una parte es claro que el interés Marx se inscribe en el marco de su preferencia por la filosofía de la historia y un conjunto de pensadores. Pero además está claro, por la magnitud del material trabajado, que hubo un acento mucho más fuerte en dicho interés, sólo comparable, en la totalidad de su obra, por el prestado a Spinoza y Hegel<sup>13</sup>. Un pista de sus razones la da el “Prefacio” general a toda la obra que se proponía realizar. Observa en primer lugar que en castellano no hay (no había entonces, a fines de los 50) ninguna obra de conjunto sobre la vida, la obra y el pensamiento de Marx. Desde el punto de vista de un docente, era casi un deber llenar esta laguna. Pero él mismo reconoce

<sup>12</sup> He publicado una descripción de estos inéditos en *Boletín de Filosofía* 11, n. 22, 1991: 11-33.

<sup>13</sup> Del primero llegó a publicar un voluminoso estudio; del segundo hay un material inédito cuantitativamente equivalente al dedicado a Marx, que sería muy bueno rescatar. Sobre Hegel estudia primero su biografía y su desarrollo intelectual, luego expone su sistema: filosofía de la naturaleza, filosofía del arte, de la religión, historia de la filosofía, un amplio análisis sobre la dialéctica y la lógica.

que sí existían ya muchos y buenos trabajos en otras lenguas que Dujovne conocía, de modo que pudo haber optado por la tarea más sencilla de traducir, tarea a la que era también muy afecto. Sin embargo optó por ponerse él mismo a la empresa de estudio analítico. Eso significa por una parte que veía en Marx algo que despertaba un interés específico, requiriendo su aporte personal; por otra, que estaba seguro de un enfoque diferente y enriquecedor en relación a lo existente. Desde luego el punto de inflexión es descubrir y exhibir sistemáticamente la filosofía de la historia en Marx. Pero su plan va mucho más allá, le interesa situarlo en su época, en su entorno socio-político-cultural y hallar el sentido de su pensamiento auxiliándose con estas coordenadas. Este tratamiento, ya empleado en su obra sobre Spinoza, es el que corresponde a un “clásico” de la filosofía, no a un ideólogo político, como era visto Marx (en sentido positivo o negativo) por una buena parte de la intelectualidad argentina. Yo diría que el gran mérito de Dujovne es haber pensado un tratamiento de Marx como un clásico de la filosofía del siglo XIX mucho antes que la “caída del muro” devolviera al pensamiento marxiano su lugar propio en la historia de la filosofía.

Con estas premisas que él mismo establece, dio comienzo a una tarea que no llegó a terminar, pero que dejó muy adelantada y es aprovechable cien por cien, sólo con un poco de trabajo de edición crítica. El material estaba desordenado y ha sido necesario ordenarlo y analizarlo a fin de detectar todas las lagunas. En una primera compulsión surge que Dujovne trabajó tres aspectos relativos a Marx: 1. aspectos bio-bibliográficos; 2. su pensamiento económico; 3. su filosofía, en especial su filosofía de la historia. Los tres grupos temáticos no tienen el mismo grado de desarrollo, aunque puede decirse que está todo terminado en lo sustancial.

El texto correspondiente a la primera parte consta de un Prefacio general (se incluye como apéndice de esta Introducción) y dos largos capítulos titulados “La vida y la formación intelectual de Carlos Marx” (105 pp.) y “Actividad periodística Marx” (120 pp.). Está terminado, incluyendo las notas, aunque se han perdido varias páginas. La segunda parte -que ahora editamos- es la más completa pues no le falta nada y está corregida a mano. La tercera parte es la más desordenada, aparentemente no tuvo -como las otras dos- una revisión de conjunto, quedando algunas

partes sueltas. Tal como se conserva, hay un trabajo titulado “Marx y la filosofía” (37 pp. con algunas faltantes) y otro “Hay una filosofía de Marx” (22 pp.) que tratan más o menos el mismo tema. El grueso de esta parte son tres grupos con un similar nivel de revisión: uno de 104 pp. faltando las iniciales y las finales; otro de 85 pp. con el mismo problema y un capítulo titulado “Las ideas sobre la sociedad y la historia. Ideologías y estructuras de clase” de 173 pp. que está completo. Hay además un centenar de páginas sueltas, entre las que tal vez aparezcan las perdidas en los otros grupos.

Para optimizar un proyecto editorial ha parecido conveniente comenzar por del material más completo, el segundo tema, que además, dada su unidad temática, puede prescindir de las otras dos partes.

### **“Las ideas económicas de Marx”**

Como parte de su estudio del pensamiento de Marx, Dujovne escribió una detallada descripción de los escritos económicos, señalando sus ideas principales, y centrándose especialmente en *El Capital*. Este original, en máquina de escribir, está corregido a mano por Dujovne, si bien no se ha encontrado la segunda versión a máquina (destinada a revisión final) lo que hace suponer que dio prioridad a otros originales que fueron corregidos y pasados a segunda versión, y que es el resto del material correspondiente a los puntos 1 y 3. Sin embargo, es un texto prácticamente completo, incluyendo las notas, por lo cual resulta más indicado para proceder a su edición. Se trata de 326 páginas mecanografiadas y una o dos páginas manuscritas al final. El título completo es: “Las ideas económicas de Marx. La economía de la sociedad capitalista”. Aparentemente pensaba comenzar con un dossier de citas de Marx, que introduce con las siguientes palabras: “Estas expresiones o reflexiones de Marx nos acercan, por la comunidad de los temas lo que Marx dice en ellas, a sus manuscritos de Economía u filosofía:” pero el texto se interrumpe en los dos puntos.

Luego de una breve “Advertencia” comienza con la exposición, que se divide en dos grandes partes: las ideas anteriores a *El Capital* y el análisis de esta obra. Cierra con un breve Epílogo que enumera las tesis principales marxianas sobre la economía y que servirían de enlace con la

tercera parte. El tratamiento de la obra principal es naturalmente el más extenso y la exposición sigue de cerca el original. Una presentación sistemática del conjunto sería la siguiente<sup>14</sup>:

0. Advertencia

1.0. Antes de *El Capital*. Introducción

1.1. Antes de *El Capital*. *Miseria de la filosofía*

1.2. Trabajo asalariado y capital

1.3. *La Introducción general a la crítica de la economía política*

1.4. *Crítica de la economía política*

2.0. *El Capital*. Caracteres generales de la obra

2.1. *El Capital*. Libro I.

2.1.1. Sección I. Mercancía y dinero

2.1.2. Sección II. La transformación del dinero en capital

2.1.3. Sección III. La producción de la plusvalía absoluta

2.1.4. Sección IV. La producción de la plusvalía relativa

2.1.5. Sección V. La producción de la plusvalía absoluta y relativa

2.1.6. Sección VI. El salario

2.1.7. Sección VII. El proceso de acumulación del capital

2.2.1. Libro II, Sección I. La metamorfosis del capital y su ciclo

2.2.2. Sección II. La rotación del capital

2.2.3. Sección III. La reproducción y circulación del capital en conjunto

2.3. Libro III. El proceso de producción capitalista en su conjunto

2.3.1. Sección I. La transformación de la plusvalía en ganancia

2.3.2. Sección II. Cómo se convierte la ganancia en ganancia media

2.3.3. Sección III. Ley de tendencia decreciente de la cuota de ganancia

2.3.4. Sección IV. Cómo se convierte el capital-mercancía en el capital-dinero del comercio

2.3.5. Sección V. Desdoblamiento de la ganancia en interés y ganancia de empresario

2.3.6. Sección VI. Cómo se convierte la ganancia extraordinaria en renta del suelo

2.3.7. Sección VII. Las rentas y sus fuentes. La forma tributaria

3. Epílogo

<sup>14</sup> Los numerales terminados en 0 indican que se trata de una presentación preliminar y no se desarrolla el tema del original.

### **Bibliografía de y sobre Marx usada por Dujovne**

Este punto es importante. Dujovne señala en el “Prefacio” general mencionado, que se propone una presentación objetiva -de historia del pensamiento, diríamos- y no una visión ideológica. Por eso cuida de servirse de estudios que tengan el mismo carácter. En un momento en que la bibliografía sobre Marx crecía exponencialmente y que en castellano se disponía de muchos trabajos puntuales (como Dujovne mismo reconoce), puede parecer extraña la selección de sus apoyos bibliográficos. Por eso importa decir algo sobre esto.

Dujovne utiliza las siguientes ediciones de las obras de Marx: Karl Marx, *Misère de la Philosophie*, ed. Costes, París, 1950; *Oeuvres de Karl Marx*, Paris, Bibliothèque de la Pléiade, T. 1; Karl Marx, *Oeuvres - Economie*, I, Prefacio de François Perroux, edición establecida por Maximilien Rubel, Bibliothèque de La Pléiade, ed. Gallimard, Paris, 1963; Carlos Marx, *El Capital*, traducción de Wensceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, 4 t. Las citas de *El Capital* están tomadas de la traducción española, las demás debe suponerse que las hizo el propio Dujovne de las ediciones francesas.

Se usan expresamente sólo cuatro estudios sobre las ideas económicas de Marx: Henri Bartoli, *La doctrine sociale et économique de Karl Marx*, Paris, Éditions du Seuil, 1950; M. M. Bober, *Karl Marx's Interpretation of History* (Harvard, 1948); M. Rubel, *Karl Marx, Essai de Biographie Intellectuelle* (1956) y del mismo “Les premières lectures économiques de Karl Marx”, en *Etudes de Marxologie*, Paris, 1959. Además se mencionan, sin cita expresa, comentarios de Joan Robinson y Joseph Alois Schumpeter

Maximilien Rubel (1908-1996) fue un importante marxólogo marxista, a quien se debe precisamente el término “marxología” para referirse a un estudio científico sobre Marx y no a una defensa ideológica del mismo. De la abundante producción de Rubel sobre el pensamiento marxiano, Dujovne menciona sólo dos trabajos y usa su edición de 1963. Es posible que conociera también un aporte muy importante de Rubel al tema: la *Bibliographie des oeuvres de Karl Marx avec répertoire des oeuvres de Friedrich Engels*, Paris, Marcel Rivière, 1956, completada

con *Supplément à la bibliographie des oeuvres de Karl Marx*, Paris Marcel Rivière, 1960.

Henri Bartoli (1918-2008) fue un destacado historiador de la economía, cuya carrera universitaria se realizó especialmente después de la Segunda Guerra, en París. La obra citada por Dujovne es una de las primeras del historiador francés en ese período académico (pues durante la guerra participó en la resistencia y sufrió persecuciones y arrestos), y se trata de un estudio no-marxista, de tipo descriptivo, con algunos análisis críticos desde el punto de vista de la técnica de investigación de los fenómenos económicos. Dentro de su producción, es la única obra importante y de conjunto dedicada a Marx.

M. M. Bober trabajó el pensamiento de Marx sobre la historia, en su obra *Karl Marx' Interpretation of History* (Harvard, 1948), donde analiza críticamente el materialismo histórico marxiano, lo que explica que sea un referente principal para Dujovne.

Jospeh Schumpeter (1883-1950), el creador de la teoría de los ciclos económicos, fue un crítico del capitalismo, con su teoría sobre la concepción cíclica e irregular del desarrollo capitalista (1911). Sus estudios comparativos los expuso en dos obras que quizá conoció Dujovne: *Capitalism, Socialism and Democracy* (1942) e *History of Economic Analysis* (publicación póstuma, 1954) en que también desarrolla la figura del “emprendedor” como agente económico.

En cuanto a Joan Robinson (1903-1983), economista keynesiana, escribió bastante sobre marxismo en la década del 40, especialmente un ensayo en que intenta separar los aspectos científicos y técnicos de los dogmatismos ideológicos en la lectura de *El Capital (Introducción a la economía marxista*, 1942, traducción castellana, México, 1973).

Esta selección de apoyos ratifica a su vez el criterio con que Dujovne abordaba a los autores que estudiaba: se mantenía muy cercano a los originales, copiando incluso largos párrafos y resumiendo adecuadamente otros, recurriendo a intérpretes sólo en los casos necesarios, como en nuestro tema, le fue necesario consultar con economistas e historiadores de la economía, área que no era de su especialidad. Pero en lo demás, es

decir, en la presentación y reflexión (siempre breve y acotada) sobre los textos, Dujovne se presenta ante todo como un atento lector cuya misión consiste en presentar un pensamiento ajeno de la manera más completa, fiel y clara que fuera posible.

*Celina A. Lértora Mendoza*

\* \* \*

## **Apéndice**

### **Prefacio general de León Dujovne**

En español no hay ningún libro que abarque los diversos aspectos de la personalidad y la obra de Carlos Marx. Hay, sí, algunos trabajos valiosos que, por ser fragmentarios, no son suficientes para dar una idea cabal de su figura y el pensamiento de Marx. En otros idiomas hay numerosos estudios acerca de temas especiales relacionados con Marx y sus doctrinas. No pocas veces se trata de ensayos, algunos excelentes, dedicados a temas particulares del “marxismo” o a determinados momentos particulares de la visión y del desarrollo de las ideas de Marx. Pero no abundan, ni mucho menos, las obras de conjunto sobre la vida y la obra de Marx.

Un adecuado empleo de los trabajos sobre temas particulares, el análisis de las circunstancias políticas, sociales y culturales de la época de Marx y el examen directo de sus escritos, en la medida en que se hallan publicados, permiten intentar elaborar un estudio global sobre Marx y sus teorías. La lectura de semejante obra global permite al estudioso ubicar lo que se dice sobre temas determinados en trabajos especialmente dentro de un contexto que le da sentido y facilita su comprensión. Estudios particulares, por ejemplo, sobre cuestiones como la relación del pensamiento de Marx con el de Hegel, sobre la “dialéctica” en Marx, sobre las “clases sociales”, sobre “la alienación”, sobre la teoría de Marx del “valor” y sobre el futuro orden social, sólo son plenamente inteligibles en función de una visión de conjunto de la vida y la obra de Marx.

A las dificultades inherentes a la realización de un estudio integral sobre Marx y su pensamiento como el que nos proponemos presentar aquí y que corre el riesgo de ser muy sumario o excesivamente extenso, se agregan unas propias del asunto, por sus resonancias polémicas. En torno de Marx y sus ideas se desarrolla un agudo debate. Distintas son las maneras de interpretar el pensamiento de él por quienes, diciéndose sus discípulos, o por lo menos adeptos, discrepan en cuanto a cuestiones de acción política inmediata. Mayores aún son las discrepancias entre los partidarios y los opositores de las doctrinas de Marx cuando se trata de dar una versión de ellas. De manera particularmente notable las controversias sobre las ideas fundamentales de Marx se han agudizado como consecuencia de la revolución rusa de octubre de 1917. Los protagonistas de esta revolución y sus adictos, sostienen que ella es, en los hechos, una aplicación del pensamiento de Marx, completado, siempre en conformidad con su orientación básica, por Lenin. Entre los adversarios de esta revolución se cuentan quienes, proclamándose adeptos de las ideas de Marx, la juzgan extraña a lo esencial de estas ideas, y quienes son enemigos irreductibles de su visión de la historia y del porvenir de la sociedad humana. Así, tratándose de la exposición e interpretación del pensamiento de Marx pesan acontecimientos políticos de vasta significación internacional y ásperas luchas sociales de nuestro tiempo. No pocas veces, la polémica, aunque en ella se invoque a Marx, no tiene, en realidad, relación directa con sus doctrinas. Su nombre es, entonces, un símbolo, venerable para unos y, para otros, execrable. Por nuestra parte nos guiaremos por estas dos convicciones: 1) no cabe desconocer aspectos excepcionalmente agudos y pacientemente elaborados en el pensamiento de Marx y su significación de inmensa gravitación como factor en la vida social y política de nuestro siglo; 2) no es ilegítima la suposición de que este pensamiento contiene, en gran parte, elementos propios de una visión del porvenir de esas que Marx mismo, con ánimo severamente crítico, juzgaba como **utópicas**; 3) es fundada la suposición de que el pensamiento de Marx naturalmente carecía de previsiones acerca de los cambios que se produjeron en los últimos cien años en las sociedades humanas, cambios que, comenzando con los de orden técnico, eran imprevisibles en su tiempo. Corresponde tenerlo presente, pues, con frecuencia, pareciera que en presentaciones de las ideas de Marx en cuanto pueden referirse a sucesos de nuestro tiempo, más se trata de lo que se cree que Marx hubiera podido decir acerca de

## INTRODUCCIÓN

ellos que dé una fiel reflexión sobre lo que él dijo en las circunstancias propias de su época. Por eso creemos que puede ser guía útil un criterio fundado en las tres premisas arriba indicadas, que no excluyen la posibilidad de que a propósito aun de temas esenciales se le hayan hecho objeciones bien fundadas al pensamiento de Marx. Para quien no se inspira en ningún propósito proselitista, el criterio apuntado permite llevar a cabo un estudio sin ninguna prevención de esas que, con frecuencia, conducen al panegírico de las concepciones de Marx o a la diatriba contra ellas. Consiguientemente, hemos de advertir que quien quiera encontrar en este libro argumentos a favor o en contra de Marx y de lo que suele llamarse marxismo y sus contradictorias aplicaciones prácticas se sentirá defraudado al término de su de su lectura. En cambio, pensamos que eso no ocurrirá con quien desea informarse sobre el hombre, sobre el proceso de formación de su pensamiento y sobre sus ideas.

En nuestro trabajo estudiaremos sucesivamente la vida, la época y la formación intelectual de Marx; su pensamiento sobre la sociedad y la historia; sus ideas económicas sobre el régimen capitalista de producción y, por último examinaremos el problema “Marx y la filosofía”.

Una aclaración más hemos de hacer. Frecuentemente se llama a la concepción histórico social elaborada por Marx “materialismo dialéctico”, aunque Marx nunca empleó esta designación. Frecuentemente también se da como cierto que esta doctrina es lo común de Carlos Marx y Federico Engels. Este último reconoce en uno de sus escritos que la concepción es fundamentalmente obra de Marx, de quien fue amigo muy cercano y colaborador. Por nuestra parte, nos guiaremos con un criterio que puede resumirse de la manera siguiente: Engels hubiera suscrito todo lo que dijera Marx, pero no hay motivos fundados para pensar que Marx hubiera suscrito todo cuanto dijera Engels que lo sobrevivió doce años. A esto se ha de agregar que en los años en que Marx se hallaba atareado en redactar *El Capital*, Engels procuraba informarse sobre las últimas adquisiciones de las ciencias naturales y traer de ellas conclusiones de vasto alcance doctrinario. Lo hacía con la intención de elaborar una teoría general del mundo en la que pudiera encuadrar su común pensamiento político social. Marx provenía de la filosofía de la que fue un estudioso en su juventud. Engels, que desde muy temprano se ensayó en las letras y

la filosofía, era en su juventud predominantemente industrial y economista. Sus coincidencias de criterio ante “la cuestión social”, no excluían diferencias entre ellos en el enfoque de problemas filosóficos generales.

**LEÓN DUJOVNE**

**Las ideas económicas de Marx  
La economía de la  
sociedad capitalista**



## Advertencia

Las “ideas de Marx” son, primordialmente, ideas que configuran una concepción de la historia. Merced a ella, pensaba Marx, cabía interpretar la sociedad en cada momento, en función de sus antecedentes históricos, determinantes de sus características y una interpretación de los sucesos históricos en función de la estructura de la sociedad en que ellos ocurren. Así son en Marx inseparables sociología y filosofía de la historia. Con su criterio propio de filósofo de la historia y de sociólogo, Marx presenta, aunque no de manera sistemática, distintas etapas de la historia de la humanidad. Pero Marx, como lo subrayamos más de una vez, era un crítico de la sociedad actual y un anunciador de la sociedad futura. Por su temperamento y su vocación de hombre estudioso quiso ser hombre de ciencia. Procuró someter, y sometió, a una investigación científica la “sociedad actual” de su tiempo, la sociedad caracterizada por el “régimen capitalista de producción”. Estudiar científicamente esta sociedad era para Marx estudiar su economía. Lo hizo en varios de sus trabajos, sobre todo en *El Capital*.

LEÓN DUJOVNE

## Las ideas económicas anteriores al *Capital*

### Introducción

Cuando se estudia la formación intelectual de Marx se comprueba cómo se fue acentuando su interés por los estudios económicos desde la edad de 23 años. Ellos concluyeron por absorber cada vez más su atención, hasta culminar en los últimos años, los de su dedicación a la redacción de *El Capital*. Recordemos aquí solamente algunos datos que pueden ser útiles para nuestro trabajo. En octubre de 1843 Marx se trasladó a París. Pocos meses más tarde, después del fracaso de los *Anales Franco-Alemanes*, dispuso de tiempo “para iniciarse en la ciencia económica”<sup>1</sup>. De sus lecturas dejó anotaciones en varios cuadernos. Ellas se refieren, sucesivamente, a F. Engels, J. E. Say, F. Sharbek, A. Smith, D. Ricardo, J. Mill, J. R. Mac Culloch, Destutt de Tracy, F. Le Pesant de Boisguillebert. Algunos de estos nombres aparecen citados con frecuencia en *El Capital*. Veintitrés años antes de publicar el primer tomo de este libro había Marx redactado, en 1844, su trabajo, que se publicó por primera vez en 1932, intitulado *Oekonomisch-philosophische Manuskripte* (Manuscrito de economía y filosofía). Uno de sus fragmentos, “Ganancia del Capital”, lleva los siguientes subtítulos: “El capital”, “La ganancia del capital”, “La dominación del trabajo sobre el capital y los móviles del capitalista”, “La acumulación de los capitales y la concurrencia de los capitalistas”. En el intervalo entre las lecturas de 1844 y la redacción de su obra principal, Marx interrumpió en algunos momentos sus estudios de economía y en otros se dedicó a ellos con notable asiduidad. Pero ya antes de *El Capital* escribió trabajos de economía.

Ciertamente Marx no expuso metódicamente ese sistema de ideas que pensó desarrollar y del cual los “Manuscritos de economía y filosofía” de 1844 fueron un comienzo o un esbozo. Pero a través de toda su obra cabe advertir una correspondencia entre sus distintas partes o aspectos. Acaso el no haber presentado su pensamiento como una doctrina plenamente

<sup>1</sup> M. Rubel, “Les premières lectures économiques de Karl Marx”, en *Etudes de Marxologie*, Paris, 1959, pp. 5-8.

congruente se debe a su extremadísima cautela. Creyó que sólo debía decir aquello que se podía verificar de manera empírica o que fluía, a su juicio, de manera necesaria, de razonamientos rigurosamente desarrollados. Es difícil encontrar en sus escritos afirmaciones que respondan exclusivamente al propósito de **terminar** una doctrina. No son escasas, en cambio, las ocasiones en que se desvía en prolongadas digresiones para comentar o destacar un hecho o para subrayar un error de una tesis ajena. La cautela de Marx es un rasgo mental que lo distingue de Engels, inclinado a la formulación de doctrinas integrales. Sin embargo, la ausencia en el pensamiento de Marx de lo que corrientemente se llama **sistema** en filosofía, no significa que se pueda sin más separar un aspecto o una parte de su obra como si fuera una unidad de creación independiente de la del resto. Más, el contenido de la obra de Marx y necesidades de la exposición de sus ideas justifican que así como hemos hablado de su concepción sobre la sociedad y la historia, nos ocupemos de su teoría económica. Una y otra están ligadas entre sí, pero cabe distinguirlas. Lo que se ha de hacer, y lo intentaremos por nuestra parte, es procurar indagar si es posible destacar o diseñar una unificación del conjunto de las ideas que Marx fue enunciando -aunque no publicando siempre. En los años transcurridos desde sus primeros artículos en periódicos de su tiempo, o aun antes, desde su época de estudiante, hasta el final de su vida. Lo haremos en su oportunidad al preguntarnos si hay una filosofía de Marx, y de haberla, en qué consiste ella.

Los escritos de Marx que tratan exclusiva o preponderantemente temas económicos son: 1) *Miseria de la filosofía* (1847); 2) *Trabajo asalariado y capital* (1849); 3) *Introducción general a la crítica de la economía política* (1857); 4) *Crítica de la economía política* (1859); 5) *El Capital*, obra de la que Marx mismo sólo publicó el primer libro, en 1867. De estos escritos el último mencionado excede con muchísimo en volumen a cualquiera de los otros y en importancia supera en mucho al conjunto de ellos. Por eso, primero, estudiaremos con relativa brevedad las ideas que expuso en escritos anteriores a *El Capital*. Luego nos ocuparemos de esta última obra, que Marx dejó inconclusa.

## Las ideas económicas en *Miseria de la filosofía*

De los mencionados cuatro escritos anteriores a *El Capital* sólo uno no vio la luz en vida de su autor: *Introducción general a la crítica de la economía política*. Este trabajo apareció por primera vez en 1903, editado por Karl Kautsky. De los otros, siguiendo el orden cronológico de la aparición, el primero que ha de merecer nuestra atención es *Miseria de la Filosofía*, trabajo, escrito en francés, de polémica con Proudhon. En las ásperas líneas, fechadas el 15 de junio de 1847, con que encabeza *Miseria de la Filosofía*, Marx declara:

“Proudhon tiene la desgracia de ser singularmente desconocido en Europa. En Francia tiene el derecho de ser mal economista, porque pasa por ser buen filósofo alemán. En Alemania tiene el derecho de ser mal filósofo, porque pasa por ser de los más grandes economistas franceses. Nosotros, en nuestra calidad de alemán y de economista, a la vez, hemos querido protestar contra este doble error. El lector comprenderá que en este ingrato trabajo a menudo nos fue menester abandonar la crítica del señor Proudhon para dedicarlos a la crítica de la filosofía alemana y, al mismo tiempo, hacer algunas observaciones sobre la economía política”.

Cuando escribió estas líneas Marx acababa de cumplir 29 años. Era la primera vez que publicaba un trabajo en el que tratara asuntos de economía. ¿En qué consistía el pensamiento de Proudhon, contra el cual Marx se dispone a combatir tan duramente? En 1846 había Proudhon publicado su obra *Filosofía de la Miseria - Un sistema de contradicciones económicas*. En ella sostiene que la sociedad está dominada por leyes eterna, inalterables, objetivamente verificables y no susceptibles de ser modificadas por obra de ninguna voluntad o ideal subjetivos. Esta tesis de Proudhon que, por un lado, importaba el rechazo del “socialismo utópico”, por otro, en cuanto a su trasfondo doctrinario, estaba ligada a la filosofía de Hegel. Así como para este filósofo, todo el proceso cósmico se desarrolla por imperio de su lógica interna, así ocurría para Proudhon en cuanto al desarrollo de la sociedad. La lógica interna aquí consiste en eternas ideas o categorías económicas y sociales: “división del trabajo”, “valor”, “cambio”, “propiedad”, “concurrancia”, etc. Estas categorías,

ideas, encierran contradicciones y todo el proceso del desenvolvimiento social es impulsado por estas contradicciones, que habrán de resolverse en una síntesis más elevada, que las abarcará a todas en una armonía eterna. Ello acontecerá cuando la realidad social pueda reflejar adecuadamente la idea fundamental de la vida social: la idea de “valor”, que incluye o representa la idea de “justicia” en las relaciones humanas y en la distribución de los productos del trabajo humano social. Sólo cuando el valor del trabajo humano se haya “constituido”, establecido una vez por todas de modo que una hora de trabajo de un hombre será siempre igual en su “valor” a una hora de trabajo de cualquier otro hombre, se habrán resuelto las contradicciones de la vida social, y desaparecerán las injusticias actuales, junto con la miseria de las masas. Pero esto no puede ocurrir de una vez. El valor se “constituye” poco a poco.

Marx, en su *Miseria de la Filosofía*, hizo una crítica ruda de la *Filosofía de la Miseria* de Proudhon. Ya, antes de publicar el libro, Marx, en una carta del 28 de diciembre de 1846, dirigida a Paul Annenkov, que vivía en París, carta que sólo se conoció en 1912, anticipaba, en cierta medida, el libro con que se propuso refutar al de Proudhon. En su libro trata Marx, en este orden, tres temas principales: la teoría del valor, los métodos de la economía política, el movimiento obrero. Especial interés reviste cuando dice sobre el segundo de estos temas:

“Lo que Hegel -declara- ha hecho para la religión, el derecho, etc., el señor Prodhon procura hacerlo para la economía política”.

Marx volverá entonces sobre la dialéctica hegeliana de la que no se había ocupado seriamente desde sus trabajos parisinos. Lo que expresa sobre ella lo ratificará, por lo menos en parte, más tarde. Señala la definición que Hegel da del método dialéctico en su *Lógica*:

“El método es la fuerza absoluta, única, suprema, infinita, a la que ningún objeto podría resistir; es la tendencia de la razón a encontrarse, a reconocerse en cada cosa”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Karl Marx, *Misère de la Philosophie*, ed. Costes, París, 1950, p. 124.

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX  
MISERIA DE LA FILOSOFÍA*

Así, la razón individual es hipostasiada en razón impersonal dotada de fuerzas propias; en Espíritu absoluto dotado de facultades creadoras con capacidad de prestidigitación. No encontrando delante de ella nada que pueda imponerle límites, ella “se ve forzada a hacer la voltereta, poniéndose, oponiéndose y componiéndose - posición, oposición, composición”, o “tesis, antítesis, síntesis” o, también, según “la fórmula sacramental: afirmación, negación, negación de la negación”. Observa Marx:

“En vez del individuo ordinario con su manera ordinaria de hablar y de pensar, no tenemos otra cosa que esta manera ordinaria pura, menos el individuo”.

Así, las categorías lógicas, erigidas en potencias independientes encima de todas las determinaciones concretas, son el resultado, no del análisis de los datos reales del pensamiento, sino de la abstracción total que reduce el mundo -hombres y cosas- a un juego de lenguaje. Hegel lo había empleado en la presentación del movimiento de la historia al que había vaciado de todo contenido concreto para llegar a la fórmula pura del movimiento, o dicho de otra manera, al movimiento dialéctico concebido como un proceso a la vez mental y absoluto de elementos polares en lucha. Marx describe esta lucha:

“El sí que se vuelve no, el no que se vuelve sí, el sí que se vuelve a la vez sí y no, el no que se vuelve a la vez no y sí, los contrarios se equilibran, se neutralizan, se paralizan. La fusión de estos dos pensamientos contradictorios constituye un pensamiento nuevo que es su síntesis. Este pensamiento nuevo se desdobra también en dos pensamientos contradictorios, que se funden, a su vez, en una nueva síntesis. De este trabajo de alumbramiento hace un nuevo grupo de pensamientos. Este grupo de pensamientos sigue el mismo movimiento dialéctico que una categoría simple y tiene como antítesis un grupo contradictorio. De estos dos grupos de pensamientos nace un nuevo grupo de pensamientos, que es su síntesis. Así como del movimiento de las categorías simples nace el grupo, así del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace el sistema entero”<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 125.

Según Marx, Proudhon, a su vez, presenta las relaciones económicas como otras tantas fases sociales que se engendran una a otra en una sucesión lógica, análoga a la tesis y a la antítesis, puestas por la razón universal, en el sistema hegeliano. Proudhon ha presentado a las categorías de la lógica y la metafísica de la economía política de una manera tal que las categorías económicas conocidas por todo el mundo aparecen traducidas en un lenguaje poco conocido, “que las muestra como si acabaran de despuntar en una cabeza de razón pura”. Cada categoría económica contiene su tesis y su antítesis, su buen lado y su lado malo, lo que representa una innovación con respecto a la dialéctica hegeliana que ignoraba la distinción dogmática de lo bueno y lo malo. Cada época histórica es la expresión de un principio; esclavitud, división de trabajo, concurrencia, propiedad, monopolio, renta, individualismo, autoritarismo, como categorías y principios que frecuentan el espíritu de Proudhon y la razón universal. Para Marx, los hombres, lejos de ser los instrumentos al servicio de algunos “principios” o “categorías”, son, a la vez, los autores y actores de su propio drama.

Para Marx,

“las categorías económicas sólo son las expresiones teóricas, las abstracciones de Proudhon de las relaciones sociales”.

En cambio, según Proudhon, las relaciones reales sólo son las encarnaciones de esos principios, de esas categorías que dormitan en el seno de “la razón impersonal de la humanidad”, de modo que la historia humana se vuelve la historia de las ideas que se han hecho manifiestas y activas en las instituciones sociales. Hay más: al postular que a través del “lado bueno” de todas las instituciones históricas de la sociedad se manifiesta el “genio social” que aspira a la “igualdad”, bien supremo, Proudhon transforma toda la historia humana en un campo reservado a los entretenimientos de un espíritu providencial. Cada modo de producción históricamente dado aparece, en la obra del autor francés, como un capricho del genio providencial que se libra a su juego malicioso para llegar, a través de procesos cuya significación escapa a los simples mortales, a la meta suprema: la igualdad. En cambio, según Marx,

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*MISERIA DE LA FILOSOFÍA*

“los mismos hombre que establecen las relaciones sociales de conformidad con su productividad material, producen también los principios, las ideas, las categorías, en conformidad con sus relaciones sociales”<sup>3</sup>.

Marx prefiere atenerse a la realidad histórica en la que sólo descubre evoluciones de fuerzas antagónicas, transformaciones engendradas por conflictos perpetuos, económicos, sociales, políticos, de los cuales los hombres son a la vez los protagonistas y las víctimas, conflictos que cambian de forma a medida que los hombres enriquecen el patrimonio de las fuerzas productivas del cual son herederos. Así, el modo de producción feudal reposaba sobre un antagonismo social merced la cual la riqueza material podía desarrollarse en provecho de una clase cuya vida virtuosa y caballeresca era el hechizo de los economistas que no veían ninguna sombra en el cuadro. Gracias al antagonismo brutal entre los señores y los siervos, pudo la burguesía, llegado el momento, realizar su emancipación. Pero, ese antagonismo de clases sociales nada tenía de accidental. Él se fue haciendo más profundo en la medida en que las condiciones de producción se volvían incompatibles con el crecimiento del poder material. Así, necesariamente debió ocurrir el cambio en las relaciones de producción. Para gozar de los frutos de la civilización, de las fuerzas productivas adquiridas, hay que quebrar las formas tradicionales en que han sido creadas. Entonces, “la clase revolucionaria se vuelve conservadora”.

“La burguesía comienza con un proletariado que es un resto del proletariado de los tiempos feudales. En el curso de su desenvolvimiento histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su carácter antagonista”<sup>4</sup>.

El comienzo del desarrollo de la sociedad burguesa, el antagonismo de clases sólo era latente. Luego se intensificó al mismo tiempo que el proletariado moderno aumentó en número. Los contrastes entre la riqueza y la miseria se fueron ahondando. ¿Cómo ha nacido el proletariado moderno? Las explicaciones suministradas por Marx se juntan con las que

<sup>3</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 127.

<sup>4</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 147.

ya había indicado en la *Ideología alemana* y con las que habrá de indicar en *El Capital*, al ocuparse de la acumulación originaria o primitiva de capital. En *Miseria de la filosofía* destaca dos fenómenos, a su juicio, evidentemente relacionados entre sí. Uno de ellos era el nacimiento y el desarrollo de la industria manufacturera como consecuencia de la acumulación de los capitales, facilitada por los descubrimientos geográficos, la introducción de los metales preciosos, la extensión del comercio hacia el Oriente, el colonialismo, etc. El otro era la concentración de los instrumentos de trabajo debido a la utilización de las máquinas a partir de fines del siglo XVIII. A este hecho acompañó una división del trabajo cada vez más acusada que, a su turno, reclamó nuevas invenciones mecánicas. Las relaciones de producción producen la riqueza de la clase burguesa y, a la vez, una creciente miseria de la clase proletaria.

“Cuando más se pone de manifiesto el carácter antagonista, más los representantes científicos de la producción burguesa se enredan en su propia teoría y se forman diferentes escuelas”.

Están los economistas fatalistas; unos, clásicos, como Adam Smith y Ricardo, que representan a una burguesía que se preocupa por aumentar las fuerzas productivas; otros, románticos, de la época en que Marx polemizaba con Proudhon, miraban, desde la altura de su posición, con soberbio desdén, a los hombres que fabricaban riqueza. La escuela **humanista** recomienda a los obreros ser sobrios y a los burgueses poner en la producción un ardor reflexivo. Esta escuela se perfecciona en la de los **filántropos** “que quieren hacer de todos los hombres burgueses”.

Para Marx, la progresión de la división del trabajo en las empresas altamente mecanizadas también presenta un lado revolucionario. Ante todo ella provoca la especialización y el idiotismo del oficio; finalmente, concluye en el automatismo perfecto de las máquinas que no requieren ninguna especialización. En opinión de Marx, es precisamente este desarrollo del maquinismo quien constituye la más bella promesa para la formación de una sociedad en la que los hombres podrían alcanzar el más alto nivel de su expansión. Para Proudhon, son las máquinas “la antítesis lógica de la división del trabajo”. Para Marx, en cambio, no son una

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*MISERIA DE LA FILOSOFÍA*

categoría económica más de lo que podría serlo el buey que arrastra el arado.

“Las máquinas sólo son una fuerza productiva. El taller moderno, que reposa sobre la aplicación de las máquinas, es una relación social de producción, una categoría económica”<sup>5</sup>.

Marx se refiere a la concepción ricardiana y opone a las “frases providenciales, alegóricas y místicas” en que Proudhon envuelve la teoría de Ricardo, una explicación puramente sociológica de la renta.

“Ella resulta de las relaciones sociales en que se hace la explotación. No podrá resultar de la naturaleza más o menos áspera, más o menos duradera de la tierra. La renta proviene de la sociedad, y no del suelo”.

\* \* \*

Al ocuparse de los problemas del valor y de la moneda en su relación con la vida de la sociedad, toma Marx la defensa de las teorías clásicas del valor y más particularmente de la teoría de Ricardo. Asienta que en la producción fundada sobre la división del trabajo, el valor de los productos posee un aspecto doble: valor de utilidad y valor de cambio. La aparición del producto como valor de cambio es la consecuencia de un proceso histórico en el cual las necesidades humanas se crean en función de la división del trabajo.

“El cambio -dice Marx- tiene su historia. Ha pasado por diferentes fases. Hubo un tiempo, la edad media, en que sólo se cambiaba lo superfluo. También hubo un tiempo en que no solamente lo superfluo, sino todos los productos, toda la existencia industrial pasó al comercio, en que la producción entera dependía del cambio”<sup>6</sup>.

Y Marx agrega:

<sup>5</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 158.

<sup>6</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 32.

“Llegó finalmente un tiempo en que todo lo que los hombres habían considerado como inenajenable se volvió objeto de cambio, de tráfico, y podía enajenarse. Es el tiempo en que las cosas que hasta entonces eran comunicadas, pero no cambiadas, donadas, pero nunca vendidas, adquiridas pero nunca compradas -virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc.- en que todo finalmente pasó al comercio. Es el tiempo de la corrupción general, de la venalidad universal, o, para hablar en términos de economía política, el tiempo en que toda cosa, moral o física, habiéndose vuelto valor venal, es llevada al mercado para ser apreciada en su más justo valor”.

Hay oposición entre el valor útil y el valor cambiante; hay variaciones en el precio de los productos en función de su abundancia o de su rareza con relación a la demanda; hay casos de restricción voluntaria de la producción con vistas a elevar el valor de cambio; las necesidades dependen del grado de civilización. El productor no es libre de producir ni la calidad ni la cantidad de objetos que quiere. La opinión del consumidor descansa sobre sus medios y sus necesidades. Pero, todos

“están determinados por su situación social, que depende de la organización social entera [...] Lo más a menudo las necesidades nacen directamente de la producción o de un estado de cosas basado en la producción. El comercio del universo gira casi enteramente sobre necesidades, no del consumo individual, sino de la producción. Así, para elegir otro ejemplo, ¿la necesidad que uno tiene de los notarios no supone un derecho civil dado, que sólo es una expresión de un cierto desarrollo de la propiedad, es decir, de la producción?”<sup>7</sup>.

Marx confronta a Proudhon “con su predecesor Ricardo”. Analiza la teoría del valor de este último, a la que estima como “exposición científica de la sociedad actual, de la sociedad burguesa”. Ricardo -que pone en la misma línea los gastos de la fabricación de los sombreros y los gastos del mantenimiento del hombre, fue criticado en nombre del humanitarismo por ciertos economistas franceses,

<sup>7</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 42-43.

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*MISERIA DE LA FILOSOFÍA*

“irritados de ver expuestas las relaciones económicas en toda su crudeza, de ver traicionados los misterios de la burguesía”.

“Ricardo -según Marx- nos muestra el movimiento real de la producción burguesa, que constituye el valor”.

Proudhon, a su turno, se empeña por inventar nuevos procedimientos para reglar el mundo según la fórmula pretendidamente nueva,

“que sólo es la expresión teórica del movimiento real existente y tan bien expresado por Ricardo. Ricardo toma su punto de partida en la sociedad actual, para demostrarnos cómo ella constituye el valor; Proudhon toma como punto de partida el valor constituido para constituir un nuevo mundo social por medio de este valor”.

Para Proudhon, la teoría del valor medido por el tiempo de trabajo se confunde con la teoría de la emancipación del proletariado, cuando en realidad sólo es la “fórmula de la esclavitud moderna del obrero”. Es que confunde el valor relativo de los productos, medido por la cantidad de trabajo que han constado, con el valor de las mercancías medido por el “valor del trabajo”<sup>8</sup>. Concluye así en un círculo vicioso. Por otra parte, la aplicación “igualitaria” de esta fórmula no es un descubrimiento de Proudhon, pues ya se le anticiparon autores ingleses, como Hodgskin, Thompson, Edmonds y, sobre todo, el comunista inglés P. Bray, en quien Marx cree haber encontrado “la clave de las obras pasadas, presentes y futuras de Proudhon”<sup>9</sup>. Bray había atacado a los economistas en su propio terreno. Demostró que los males sociales se originan en la desigualdad inicial en la posesión de los bienes. De esta premisa concluyó que era menester “dar vuelta por completo el estado actual de la sociedad”. Entre las reformas propuestas por Bray figura en primer lugar el restablecimiento de la igualdad de los cambios individuales, lo que implicaba, según él, la institución del trabajo obligatorio para todos los miembros de la sociedad. “Los gastos de producción determinarían en toda circunstancia el valor del producto y valores iguales se cambiarían siempre contra valores iguales”. Preveía la creación de oficinas (*Boards of trade*) que debían llevar la contabilidad general de la producción y de

<sup>8</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 50.

<sup>9</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 77.

la distribución social. La transformación de la sociedad en una especie de gran sociedad anónima por acciones sólo debía ser el preludeo del establecimiento del comunismo integral. Según Marx,

“el señor Bray hace de la **ilusión** del honesto burgués el **ideal** que quisiera realizar. Depurando el cambio individual, librándolo de los elementos antagonistas que encuentra en él, cree hallar una relación ‘igualitaria’, que quisiera ver pasar a la sociedad”<sup>10</sup>.

Para Marx, Bray no vio que esa relación igualitaria, ese **ideal correctivo**, sólo era el reflejo del mundo actual. Proudhon, a su vez, pensaba también que la “igualdad de los cambios individuales” era la solución suprema del problema social. Marx, por su parte, objeta que el cambio de cantidades iguales de trabajo desemboca en las mismas consecuencias desastrosas de la sociedad:

“Superproducción, depreciación, exceso de trabajo seguido de desocupación, en resumen, las relaciones económicas tales como las vemos constituidas en la sociedad actual, menos la concurrencia de trabajo”.

La tesis que Marx opone a Bray y a Proudhon es que “en general, la forma del cambio de los productos corresponde a la forma de producción”. Si se modifica esta última, también se modificará la primera. En la historia de la sociedad se comprueba que el modo de cambiar los productos se regula por el modo de producirlos. El cambio individual corresponde a un modo de producción determinado que, a su vez, responde al antagonismo de las clases. “Así, no hay cambio individual sin el antagonismo de las clases”. Entre las observaciones críticas de Marx aparecen algunas indicaciones sobre la organización de la producción en un régimen socialista. También para él, la primera condición de la renovación social en las circunstancias históricas determinadas, es la generalización del trabajo. Pero aclara que “si se supone a todos los miembros de la sociedad como trabajadores inmediatos, el cambio de cantidades iguales de horas de trabajo sólo es posible a condición de que se haya convenido anticipadamente el número de horas que habrá de

<sup>10</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 88.

empelar en la producción material. Pero tal convención niega el cambio individual.

La ingenuidad de Proudhon -dice Marx- llega al colmo cuando pasa a “la aplicación de la ley de las proporcionalidades de valor”, a la moneda, Para Proudhon, la moneda aparece destacada del conjunto del modo de producción capitalista. Su función particular como agente de cambio se explicaría por las cualidades específicas del oro y la plata como materia. Al tomar luego el oro y la plata como encarnaciones del “valor constituido” por el tiempo de trabajo, Proudhon no tiene ninguna dificultad en probar que toda mercancía, porque es susceptible de ser evaluada según el tiempo de trabajo, podría ser moneda. Marx, por su parte, aborda el problema de la moneda del punto de vista histórico. Sus ideas sobre este punto contienen el germen de sus futuras investigaciones sistemáticas. “La moneda no es una cosa, es una relación social”. Como cualquier otra relación en la producción económica, la moneda está estrechamente ligada a todo el encadenamiento de las relaciones económicas que en su conjunto constituyen un modo de producción determinado. Mientras para Proudhon, la principal razón por la que el oro y la plata son erigidos en moneda, es la “consagración” que estos metales han recibido de todos los tiempos por los “soberanos” y sus legisladores, a su vez, observa que son los soberanos quienes, desde siempre, han sufrido las condiciones económicas,

“La legislación tanto política como civil no hace otra cosa que pronunciar, verbalizar el querer de las relaciones económicas”.

Fundándose en los mismos ejemplos que trae Proudhon, muestra que “el comercio es más soberano que el soberano” y que el oro y la plata desempeñan, como moneda, un papel diferente del de todas las otras mercancías porque la organización actual de la producción tiene necesidad de un agente universal de cambio.

\* \* \*

En el libro de Proudhon que Marx critica, desempeña un importantísimo papel la noción de “valor constituido” o “valor sintético”. Entre las aplicaciones y consecuencias que Proudhon extrae del “valor

constituido”, y para las que reclama el título de descubrimientos originales, Marx destaca el “axioma” del “excedente de trabajo”, “corolario de la ley de la proporcionalidad”, “cumbre de toda ciencia económica”, axioma que, “generalmente admitido por los economistas”, no tiene, sin embargo, según Proudhon, sentido en la teoría de ellos, y sí en la suya. Marx, a su turno, señala que esta verdad elemental había sido comprendida y revelada desde largo tiempo. Subraya, sobre todo, la interpretación metafísica que Proudhon da de esta idea. Para probar que todo trabajo debe dejar un excedente, Proudhon personifica la sociedad; hace de ella una **sociedad persona**, sociedad que no es la sociedad de las personas, pues tiene sus leyes aparte, que no tienen nada en común con las personas de que se compone, y su “inteligencia propia no es la inteligencia del común de los hombres, sino una inteligencia que no tiene sentido común”. Contra Proudhon, afirma Marx que para probar que toda invención nueva, al disminuir la cantidad de trabajo requerida para lograr un producto hace bajar el valor venal de este último, no es necesario recurrir a la ficción de la sociedad persona. Una estadística comparada del aumento de la población y de la fuerza productiva en Inglaterra prueba que la jornada de trabajo había producido en 1840 veintisiete veces más que en 1770, sin que el obrero inglés se haya vuelto veintisiete veces más rico: es precisamente gracias a la explotación de él que este acrecentamiento de la riqueza se ha realizado. Las fuerzas productivas y el excedente de trabajo sólo han podido aumentar gracias a la acumulación privada de los capitales, a la división moderna del trabajo, al maquinismo, a la concurrencia anárquica, al asalariado, “en fin, a todo lo que se basa sobre el antagonismo de las clases”.

Los economistas demostraban que la riqueza de la burguesía se ha desarrollado y debe acrecentarse, dadas las relaciones de producción existentes. Marx, por su parte, no admitía que la condición obrera hubiera mejorado como consecuencia del crecimiento supuestamente general de la riqueza. Los economistas invocaban el ejemplo de los obreros ingleses en los momentos de prosperidad comercial, momentos que alternan con épocas de crisis según un ritmo bien determinado.

“Pero, agrega Marx, también puede ser que, al hablar de mejoramiento, los economistas han querido hablar de esos millones de obreros que debieron perecer en las Indias

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*MISERIA DE LA FILOSOFÍA*

occidentales, para procurar al millón y medio de obreros ocupados en Inglaterra en la misma industria tres años de prosperidad sobre diez”.

Marx admite la participación temporaria de los obreros en la riqueza pública. Pero, no pasa por alto las condiciones humanas generales, como el orden de cosas mundial, las relaciones de interdependencia entre los fenómenos de riqueza y de miseria, de prosperidad y de crisis. Vuelve a este tema en las últimas diez páginas del libro, para responder a las críticas que Proudhon dirige contra “las huelgas y las coaliciones de los obreros” y para trazar un esbozo de su futura teoría sobre la composición orgánica del capital y sus consecuencias para la situación obrera, asunto que ocupa una considerable porción de *El Capital*. Presenta Marx una ojeada histórica de los movimientos de huelgas desde los años del cuarenta en Inglaterra, de la aparición de las *trade-unions* y de la constitución del primer partido político obrero gracias al cartismo. Afirma que

“a pesar de los manuales y las utopías, las coaliciones no han cesado un instante de marchar y de crecer con el desarrollo y el aumento de la industria”.

Y agrega:

“Ahora es esto así a tal punto que el grado a que ha llegado la coalición en un país, marca netamente el grado que ocupa en la jerarquía del mercado del mundo. Inglaterra, donde la industria ha alcanzado el más alto grado de desarrollo, tiene las coaliciones más vastas y mejor organizadas”.

Y aquí aparece una profesión de fe de Marx:

“Una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada sobre el antagonismo de clases. La liberación de la clase oprimida implica entonces necesariamente la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse, es menester que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales existentes no puedan existir más las unas al lado de las otras. De todos los instrumentos de producción, la mayor fuerza productiva

es la clase revolucionaria misma. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la sociedad antigua”<sup>11</sup>.

En cuanto al poder político, su suerte después de la desaparición de la antigua sociedad fundada sobre el antagonismo de las clases, puede colegirse por analogía con la liberación del tercer estado, que implicaba la abolición del orden corporativo; la emancipación del proletariado moderno entrañará necesariamente la abolición de todo régimen de clases y, por consiguiente, de todo poder político:

“La clase laboriosa reemplazara, en el curso de su desarrollo, a la antigua sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y no habrá más poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil”.

<sup>11</sup> Karl Marx, ob. cit., pp. 207- 210.

## “Trabajo asalariado y capital”

*Miseria de la filosofía* se publicó en julio de 1847. En diciembre de ese mismo año Marx dictó para los miembros de la Asociación de obreros alemanes de Bruselas unas disertaciones o conversaciones sobre temas económicos. Publicó luego parte de su texto en abril de 1849 en la *Nueva Gaceta Renana*, con el título de “Trabajo asalariado y capital”<sup>1</sup>. El texto inconcluso representa una etapa en los estudios y reflexiones de Marx sobre temas de economía. No se trata, como en el caso de *Miseria de la filosofía*, de un escrito polémico redactado al correr de la pluma, sino de una exposición hecha pausadamente y con notable claridad.

La primera de las cuestiones que Marx trata es ésta: ¿Qué es el salario y cómo se lo determina? Lo fundamental de su respuesta es:

“El valor de cambio de una mercancía, cifrada en dinero, es precisamente lo que se llama su precio. Entonces, el salario no es otra cosa que el nombre específico dado al **precio del trabajo**, al precio de esta mercancía particular cuyo único depósito es la carne y la sangre del hombre”<sup>2</sup>.

En otro pasaje, anticipando una idea que expondrá en *El Capital*, expresa:

“**El salario** no es, pues, la parte del trabajador en la mercancía que ha producido. El salario es la parte de las mercancías ya existentes con la que el capitalista compra, para su uso, una cierta suma de trabajo productivo”.

“El trabajo es entonces una mercancía que su poseedor, el asalariado, vende al capital. ¿Por qué lo vende? Para vivir”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En *Oeuvres de Karl Marx*, Paris, Bibliothèque de la Pléiade, T. 1, pp. 197-229, con el título “Travail Salarié et Capital”.

<sup>2</sup> Karl Marx, ob. cit, p. 203.

<sup>3</sup> Karl Marx, ob. cit. p. 204.

El salario es el precio de una cierta mercancía, el trabajo, y obedece a las mismas leyes que determinan el precio de toda mercancía. Por consiguiente,

“el salario, ya aumentará o bien bajará, según la relación de la oferta y la demanda, según el giro que toma la concurrencia entre los compradores del trabajo, que son los capitalistas, y los vendedores de trabajo, los obreros”.

El salario oscila en correspondencia a las oscilaciones de los precios de las mercancías en general. Y, dentro de los límites de las oscilaciones, lo que determina el precio del trabajo, son sus gastos de producción, el tiempo de trabajo necesario para producir esta mercancía particular, el trabajo. Estos gastos son “los gastos a invertir para que el trabajador subsista en tanto que trabajador, y para formarlo en el trabajo”; es decir, las mercancías necesarias para mantener al obrero con vida. En conclusión: el precio del trabajo del obrero está determinado “por el de los medios de subsistencia indispensables”<sup>4</sup>.

El salario es el precio que por el trabajo paga el capital. El capital, a su turno, no es, como piensan los representantes de la ciencia económica, trabajo acumulado para la prosecución y la intensificación del proceso de producción. Entre los elementos constitutivos del capital -pensaban los economistas- figuraban las materias primas, los instrumentos de trabajo y los medios de subsistencia de todo género. Marx conocía esta concepción clásica de los representantes de la ciencia económica y la juzgaba desprovista de valor científico. Observaba que la sociedad antigua, la sociedad feudal y la sociedad burguesa son conjuntos de relaciones de producción, cada uno de los cuales designa un estadio particular de la evolución histórica de la humanidad. Y agregaba:

“También el capital representa relaciones sociales. Son **relaciones de producción burguesa**”.

Discurre a partir de esta premisa. Señala que los medios de subsistencia, los instrumentos de trabajo y las materias primas, que

<sup>4</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 210.

forman parte del capital, han sido acumulados en condiciones sociales dadas y sólo en determinadas condiciones sirven para la nueva producción.

“El trabajo acumulado, medio de una nueva producción, es capital. Así hablan los economistas”<sup>5</sup>.

Pero he ahí que sólo en determinadas condiciones lo que se llama capital es efectivamente capital, declara Marx, y agrega unas líneas que podrían ser el encabezamiento del primer libro de *El Capital*. Dicen así:

“El capital no consiste únicamente de medios de subsistencia, de instrumentos de trabajo y de materias primas, dicho de otro modo, de productos materiales: está igualmente formado de **valores de cambio**. Todos los productos que lo componen son mercancías. Por eso, el capital no es simplemente una suma de materiales, sino una suma de mercancías, de valores de cambio, de magnitudes sociales”<sup>6</sup>.

Una suma de mercancías, des decir, de valores de cambio, se transforma en capital por el hecho de subsistir como poder social independiente, como poder una **parte de la sociedad**, que se conserva y se acrecienta **al intercambiarse contra trabajo inmediato viviente**. La existencia de una clase que no posee nada fuera de su capacidad de trabajo es una condición necesaria del capital.

“Es solamente gracias a su dominación sobre el trabajo inmediato y viviente, que el trabajo acumulado, pasado y materializado se transforma en capital”.

En *Trabajo asalariado y capital*, trata Marx diversos temas que estudiará en obras posteriores, sobre todo en la más importante de todas ellas, en *El Capital*. Así, por ejemplo, se ocupa del maquinismo y de las consecuencias de su empleo, y enuncia su tesis sobre la **plusvalía**, que

<sup>5</sup> Karl Marx, ob. cit., p. 211.

<sup>6</sup> Karl Marx, ob. cit. p. 213.

desarrollará en el libro primero de *El Capital*. Refiriéndose a lo que ocurre en el intercambio entre capital y trabajo asalariado, expresa:

“a cambio de su trabajo, el obrero obtiene medios de subsistencia, pero a cambio de estos medios, el capital obtiene el trabajo, la actividad productiva del obrero, esa fuerza creadora por la que no solamente restituye lo que consume, sino que además da al trabajo acumulado un valor superior al que tenía antes”<sup>7</sup>.

Este “valor superior” es la plusvalía. Ella es la resultante de un estado de cosas en el que el capital supone al trabajo asalariado y el trabajo asalariado supone al capital: “son la condición el uno del otro; se crean mutuamente”<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Karl Marx, ob. cit, p. 214.

<sup>8</sup> Karl Marx, ob. cit. p. 215.

## **La Introducción general a la crítica de la economía política**

Diez años después de haber expuesto en Bruselas en 1847 sus ideas sobre “trabajo asalariado y capital” que luego publicó en la *Nueva Gaceta Renana*, escribió Marx un estudio que debía ser la *Introducción general a la Crítica de la economía política*. En esa Introducción fijaba el plan de esta obra. Marx dejó inédito dicho estudio, lo mismo que otros con los que se integra un conjunto conocido con el título común de *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie*. Por primera vez lo publicó Kautsky, en 1903, en *Neue Zeit*. En la edición francesa de las obras de Marx de La Pléiade se halla incluida una versión de esa Introducción General hecha del texto publicado por Dietz, en 1953, edición fotomecánica de una anterior de 1939-1941, de *Grundrisse der Politischen Oelonomie*<sup>1</sup>.

La *Introducción general a la crítica de la economía política* es un trabajo relativamente breve; ocupa las páginas 5-31 de la mencionada edición de Dietz, y trata los temas siguientes: 1) la producción en general; 2) relación general entre la producción, la distribución, el cambio y el consumo; 3) el método de la economía política; 4) medios de producción y relaciones de producción.

De interés muy notable son las expresiones de Marx sobre el método de la economía política. Ellas son útiles para la mejor comprensión de *El Capital*. Comienza señalando que aparentemente es buen método empezar por lo real y concreto, y en economía, por la población, cuando se trata de considerar un país dado desde el ángulo de la economía política. Y así habrá de ser, porque la población es la base y el sujeto del acto social de producción en su conjunto. Sin embargo, a pesar de las apariencias, este método es falso. Y es falso por el siguiente motivo:

“La población es una abstracción si dejo de lado, por ejemplo, las clases de que ella se compone. Estas clases, a su vez, son una palabra vacía de sentido, si ignoro los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos

<sup>1</sup> Karl Marx, *Oeuvres*, Ed. La Pléiade, pp. 232.266.

suponen el cambio, la división del trabajo, el precio, etc. entonces, si comenzara por la población, me formaría una representación caótica del conjunto. Pero, si luego, por una determinación más precisa, procediendo por análisis llegara a conceptos más y más simples; y su una vea alcanzado este punto, hiciera el recorrido en sentido contrario, llegaría de nuevo a la población. Esta vez no tendría ante los ojos un montón caótico, sino un todo rico en determinaciones y en relaciones complejas. Históricamente el primero es el camino seguido por la economía naciente. Sus representantes comienzan siempre por el conjunto viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc., pero siempre concluyen por descubrir, por medio del análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas, que son determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que estos momentos particulares fueron más o menos fijados y abstraídos, se vio surgir los sistemas económicos que se alzan de lo simple, como trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, hasta el Estado, el intercambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último método es manifiestamente el método científicamente exacto. Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de numerosas determinaciones, por tanto, unidad en la diversidad. Por eso lo concreto aparece en el pensamiento como el proceso de la síntesis, como resultado, y no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y, por consiguiente, también el punto de partida de la intuición y de la representación. En el primer método, la representación plena se volatiliza en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas concluyen en la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento. Por eso cayó Hegel en la ilusión de concebir lo real como el resultado del pensamiento que se resorbe en sí, se profundiza en sí, se mueve en sí mismo, mientras que el método de elevarse de lo abstracto a lo concreto es, para el pensamiento, no otra cosa que la manera de apropiarse lo concreto, de reproducirlo en tanto que concreto pensado. Pero éste no es en absoluto el proceso de la génesis de lo concreto mismo. Por ejemplo, la categoría económica más simple, digamos, el valor de cambio, supone una población que produce en condiciones determinadas y, además, un cierto género de familia o de comuna

o de Estado, etc. Nunca puede existir de otro modo que en tanto que relación unilateral, abstraída de un conjunto concreto, viviente, ya dado. Por el contrario, el valor de cambio, como categoría, posee una existencia antediluviana. Entonces, para la conciencia (y la conciencia filosófica está formada así) el pensamiento que concibe, es el hombre real, y lo real es el mundo una vez concebido como tal; el movimiento de las categorías se le aparece como el verdadero acto de producción (el cual es muy tedioso, sólo recibe el impulso de afuera) cuyo resultado es el mundo; es exacto, pero sólo es otra tautología en la medida en que la totalidad concreta en tanto que totalidad pensada, concreta pensada, es de hecho un producto del pensamiento, del acto de concebir; entonces, de ningún modo es el producto del concepto que se engendra él mismo, que pensaría por fuera y por encima de la percepción y de la representación, sino un producto de la elaboración de las percepciones y de las representaciones en conceptos. La totalidad, tal cual aparece en el espíritu como un todo pensado, es el producto del cerebro pensante, que se apropia del mundo de la única manera posible, manera que difiere de la apropiación de este mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real subsiste, después como antes, en su autonomía fuera del espíritu, por lo menos todo el tiempo que el espíritu sólo actúa especulativamente, teóricamente. Por consiguiente, en el método teórico también es necesario que el sujeto, la sociedad, esté constantemente en el espíritu como premisa”<sup>2</sup>.

Es decir, Marx recomienda un método “de abstracción” que apunta a reproducir lo concreto, método que, a su juicio, no se ha de confundir con el de Hegel, para quien lo real mismo era resultado del pensamiento abstracto.

<sup>2</sup> Karl Marx, ob. cit., pp. 254-256.

LEÓN DUJOVNE

## *Crítica de la economía política*

Dos años después de haber escrito la Introducción general a que acabamos de referirnos, publicó Marx, en Berlín, su *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, título que traducimos por *Crítica de la Economía Política*, aunque en algunas ediciones se suele designar con un nombre que equivale en nuestro idioma a *Contribución a la Crítica de la Economía política*. Maximilien Rubel en la publicación del texto en la edición de la Pléiade trae algunos datos útiles para orientarse en cuanto a su significado<sup>1</sup>. Se trata del primer fascículo de una gran obra cuyo plan aparece diseñado en la *Introducción General* que comentamos más arriba y en un prefacio que hemos citado ya al ocuparnos de las ideas de Marx sobre la historia, Marx redactó dicho fascículo entre agosto de 1858 y enero de 1859. Entonces interrumpió su tarea, que sólo hubo de reanudar en 1861, para escribir *El Capital*. Con la *Crítica de la Economía Política* se proponía Marx librar una batalla contra el socialismo prodhoniano, “de moda en Francia”; socialismo que, según se lo escribió en una carta a J. Weydemeyer el 1º de febrero de 1859, “desearía conservar la producción privada, pero **organiza** el cambio de los productos privados; que acepta la **mercancía**, pero no quiere el dinero”. En la primera edición original en alemán -aunque no en la traducción francesa, que el propio Marx corrigió- de *El Capital*, aparece éste con el subtítulo de *Crítica de la Economía Política*. Ciertamente esta circunstancia no es el único testimonio de la estrecha vinculación entre las dos obras. Marx mismo se refiere a ella en el prólogo al primer libro de *El Capital*. Las primeras líneas de *El Capital* se parecen a las de la *Crítica de la Economía Política*, inclusive por las palabras. Los primeros capítulos de *El Capital* contienen casi sin variante alguna las mismas ideas que la *Crítica de la Economía Política*. Cuanto en esta obra había dicho Marx se halla refundido en aquélla. Estaba Marx en plena tarea de estudio y de composición de su obra más importante cuando, en 1865, redactó y leyó “Salario, Precio y Plusvalía”, trabajo que hubo de exponer ante el consejo central de la Asociación Internacional de Trabajadores. Dos años después, en 1867, aparecería el libro primero de *El Capital*.

<sup>1</sup> Karl Marx, *Oeuvres*, Ed. La Pléiade, “Critique de l'Economie Politique”, pp. 267-452.

LEÓN DUJOVNE

## *El Capital* Caracteres generales de la obra

Marx proyectó *El Capital* como constituido de cuatro partes o libros: los primeros tres para exponer su teoría, que debía ser una **anatomía** de la sociedad capitalista, y el cuarto, una historia de las doctrinas económicas o más exactamente de las doctrinas de la plusvalía. Él mismo sólo publicó el primero de los tres libros, que debían contener la exposición de su teoría económica. Apareció en alemán en 1867. En el mismo idioma, que era el de la redacción original de la obra, apareció, en 1873, una segunda edición con un epílogo o *postfacio* que merece se le preste atención. En 1872-1875 se publicó en fascículos, en París, una edición en francés del primer libro de *El Capital*. Fue autor de la versión francesa el señor Joseph Roy; el propio Marx revisó todo el texto de ella. Esta traducción se reeditó varias veces, y últimamente, expurgada de algunos errores, la publicó Maximilien Rubel en el primer volumen de la edición de La Pléiade de las *Obras* de Marx<sup>1</sup>.

El primer libro de *El Capital* tal como se conoce en su idioma original y en traducciones correctas, es un trabajo de Marx, escrito por él y preparado por él para la publicación. No ocurre lo mismo con los libros segundo y tercero, que Federico Engels editó, en 1885 y 1894, ni tampoco con la historia de las doctrinas de la plusvalía que Karl Kautsky dio a conocer en 1904. Esta última revista una importancia mucho menor que los libros segundo y tercero de *El Capital* como expresión del pensamiento de Marx. De los dos, el libro tercero quedó inconcluso, y en las ediciones que de él se publicaron, su texto aparece abruptamente interrumpido. Del segundo se podría creer a primera vista que ha tenido mejor suerte. No es así, sin embargo. Federico Engels, cuando lo publicó por primera vez, en 1885, decía al comienzo del prólogo a la edición;

“No es empresa fácil preparar para la imprenta el segundo libro de *El Capital*, consiguiendo, de una parte, que apareciese como una

<sup>1</sup> Karl Marx, *Oeuvres - Economie*, I, Prefacio de François Perroux, edición establecida por Maximilien Rubel, Bibliothèque de La Pléiade, ed. Gallimard, Paris, 1963.

obra coherente y lo más acabada posible y, de otra, como obra exclusiva del autor y no del encargado de editarla. El gran número de versiones existentes, fragmentarias la mayoría de ellas, acumulaba nuevas dificultades. Solamente una a lo sumo (el manuscrito IV), ofrecía, hasta donde alcanzaba, una redacción terminada para ser entregada a la imprenta; pero la mayor parte de ella había quedado anticuada, en cambio, por versiones de la época posterior”.

Los materiales para el segundo libro de *El Capital* no estaban acabados en cuanto a la forma; eran las ideas del autor estampadas sobre el papel, en la forma en que se iban desarrollando en su cabeza.

“Junto a partes expuestas en todo detalle, otras, no menos importantes, apenas esbozadas: el material de hechos que había de documentar las afirmaciones, reunido, pero apenas ordenado, y mucho menos elaborado; muchas veces, al final de un capítulo, en la prisa por pasar al siguiente, un par de frases más, simplemente esbozadas...”.

Cierto es que los manuscritos dejados por Marx estaban muy lejos de hallarse en condiciones de ser publicados. Y lo mismo cabe decir del tercer libro. En el prólogo a su primera edición, de 1894, el propio Engels explica el método que debió aplicar para la publicación de los materiales dejados por Marx. Indica cómo en algunos casos, para aclarar o completar el pensamiento del autor, siguiendo el desarrollo lógico de sus ideas, hubo de agregar frases o trozos de su propia redacción poniéndola entre corchetes.

La lectura de los libros segundo y tercero de *El Capital* pone en evidencia que se trata de texto que estaban lejos de hallarse “listos” para la imprenta: Marx había proyectado redactarlos de manera definitiva sobre la base de distintos borradores en los que trató de exponer sus opiniones sobre diversos temas, entre ellos algunos de mucha importancia. También se advierte que Engels ha incorporado a sus ediciones de estos dos libros, escritos de Marx sobre teorías de otros autores o resúmenes de tales teorías, que sólo alargan el texto, sin ninguna ventaja para su mayor comprensión. Agregados superfluos en el contexto de la obra, por momentos resulta

difícil adivinar el criterio que guió a Engels al decidir su inclusión. La conclusión a que se llega razonablemente es que son de Marx los materiales utilizados por Engels para los libros segundo y tercero de *El Capital*, pero, hablando con propiedad, no son dos libros exclusivos de Marx póstumamente editados. Por eso en nuestra exposición dedicamos al contenido del libro primero de *El Capital* el mismo espacio que a los otros dos juntos, Y, salvo contadas excepciones, prescindimos, sin mayor perjuicio para la exposición del pensamiento de Marx, de la historia de las doctrinas económicas, editadas, conforme lo dijimos, por primera vez por Karl Kautsky, en 1904.

En *El Capital* es Marx historiador y economista, doctrinario social y filósofo. Economía e Historia se asocian a veces de manera orgánica en el texto o a través de notas al pie de página. Sin embargo, sobre todo en las primeras secciones del libro primero, se recoge la impresión de que se trata de un libro de ciencia económica de la sociedad que se distingue por el régimen capitalista de producción. En la última sección del libro primero, aparece un extenso capítulo de **historia**. En un lugar que presumiblemente sería el del centro de la obra si en las actuales dicciones de *El Capital* no figuraran esos agregados y digresiones a que aludimos antes, describe Marx la formación del primer capital, la **acumulación originaria** de capital. Lo recordamos para explicar el contenido de las páginas que se leerán a continuación. El detalle del advenimiento del capitalismo, de la acumulación originaria del capital según Marx, ya lo hemos indicado al ocuparnos de la **presentación** de la historia por él.

En *El Capital* se refiere Marx algunas veces a cómo sería o podría ser una sociedad no capitalista. Pero, más que previsiones de cómo sería la **sociedad futura**, hay en Marx previsiones del ocaso, necesario, según pensaba, de la sociedad actual. Estas previsiones aparecen fundadas en inferencias, a su juicio legítimas, a partir de hechos verificables empíricamente en Inglaterra, país que era, para él, un espejo de lo que serían otros países cuando el régimen capitalista de producción hubiera alcanzado en ellos un mayor desarrollo. Es decir, hay un pronóstico, a juicio de Marx, científicamente elaborado sobre la base del conocimiento de la economía de la sociedad burguesa.

Una última aclaración hemos de hacer aquí. Los tres libros de *El Capital* están divididos en secciones y cada sección en capítulos. Por

nuestra parte sólo señalaremos las divisiones en secciones, teniendo en cuenta que nuestra exposición apenas excede de una décima parte de la extensión del original, desde el punto de vista de las páginas. Por la misma razón no tendrían cabida aquí los frecuentes subrayados o trozos destacados en caracteres de imprenta distintos de los del texto restante. En uno de muchos centenares de páginas tiene sentido subrayar lo que de otra manera correría el riesgo de perderse en una larga disquisición. Este riesgo no existe aquí, pues en nuestra exposición, en la que seguimos a Marx, sólo extractamos lo que a nuestro entender es fundamental, y dejamos de lado lo que no es indispensable para la comprensión de sus ideas.

Con estas aclaraciones pasamos a exponer el contenido del libro primero de *El Capital*. Esta exposición se hace exclusivamente sobre la base del texto de Marx, con la sola excepción de algunas citas tomadas de cuatro economistas: Robinson, Bartoli, Schumpeter y Bober. Ninguno de ellos es “marxista” y ninguno tampoco es antimarxista. Tienen autoridad y se puede recoger de ellos enseñanzas provechosas.

**Libro I**  
**El proceso de producción del capital**

- I. Mercancía y dinero
- II. La transformación del dinero en capital
- III. La producción de la plusvalía absoluta
- IV. La producción de la plusvalía relativa
- V. La producción de la plusvalía absoluta y relativa
- VI. El salario
- VII. El proceso de acumulación del capital

LEÓN DUJOVNE

## Sección primera Mercancía y dinero

### Los dos factores de la mercancía: “valor de uso” y “valor”

La riqueza en las sociedades de producción capitalista aparece como un “inmenso arsenal de mercancías” y la mercancía como “su forma elemental”. La mercancía es, en primer término, un objeto apto para satisfacer necesidades humanas, ya sea directamente como medio de vida o, indirectamente, como medio de producción. La utilidad de un objeto lo convierte en valor de uso, y esta utilidad está condicionada por las cualidades materiales de la mercancía, por su materialidad: por ejemplo, el hierro, el trigo, etc. Al apreciar un valor de uso, se lo supone siempre concretado en una cantidad, v. gr. una **docena** de relojes. Los valores de uso constituyen **el contenido material de la riqueza**, cualquiera que sea la forma social de ésta. Pero -y ello importa mucho- en el tipo de sociedad capitalista, los valores de uso son, además, el soporte material del valor de cambio. ¿Qué es el valor de cambio? Una determinada mercancía, un quintal de trigo, por ejemplo, se cambia en las más diversas proporciones de otras mercancías, que, en sus respectivas proporciones, han de ser necesariamente valores de cambio sustituibles los unos por los otros o iguales entre sí. Consiguientemente, los diversos valores de cambio de la misma mercancía expresan todos ellos algo igual; por lo tanto, el valor de cambio no es ni puede ser más que la expresión de un contenido diferenciable de él, su “forma de manifestarse”. Si, por ejemplo, un quintal de trigo puede cambiarse por cierta cantidad de kilogramos de hierro es porque son iguales a una tercera cosa que no es ni trigo ni hierro. Entonces, los valores de cambio de las mercancías han de ser reducidos necesariamente a algo común respecto de lo cual representen un más o menos. Si se prescinde del valor de uso de las mercancías, éstas sólo conservan una cualidad: la de ser productos del trabajo. Todas ellas, prescindiendo de las formas concretas de trabajo, se reducen “al mismo trabajo humano abstracto, trabajo humano puro y simple”. Lo común que toma cuerpo en la relación de cambio de la mercancía es su valor, valor de cambio. Marx lo llama sencillamente **valor**.

Un valor de uso, un bien, sólo encierra un valor de cambio por ser encarnación o materialización de trabajo abstracto. La magnitud de este valor se mide por la cantidad de trabajo que encierra, que, a su vez, se mide por el tiempo de duración, en horas, días, etc. En conformidad con este criterio, cada una de las fuerzas individuales de trabajo “es una fuerza humana de trabajo equivalente a las demás”, siempre que para producir una mercancía no consuma más que “el tiempo de trabajo socialmente necesario”. La magnitud de valor de una mercancía sería constante si permaneciese invariable el tiempo que dura su producción. Pero este tiempo cambia al cambiar la capacidad productiva del trabajo, que depende de la destreza del obrero, del nivel de progreso de la aplicación de la ciencia y de las circunstancias naturales. Por lo tanto,

“la magnitud del valor de una mercancía cambia en razón directa a la cantidad y en razón inversa a la capacidad productiva del trabajo que en ella se invierte”<sup>1</sup>.

Un objeto puede ser valor de uso sin ser valor de cambio, cuando no se debe al trabajo: el aire, la tierra virgen, etc. Y a la inversa, un objeto puede ser un valor de uso y producto del trabajo humano sin ser mercancía, como sucede con los productos de quien trabaja para satisfacer sus necesidades. Para producir mercancías, es menester producir “valores de uso para otros, valores de uso sociales”. La mercancía tiene, así, dos caras: la de valor de uso y la de valor de cambio. El trabajo expresado en el valor de cambio, o, simplemente, **valor**, no presenta los mismos caracteres que el trabajo creador de valores de uso. Este es el eje en torno al cual gira la inteligencia de la economía política.

Los variados trabajos útiles, que yacen debajo de los diversos valores de uso o mercancías, difieren entre sí en género, especie, familia, subespecie y variedad. Esto constituye la división social del trabajo, condición de vida de la producción de mercancías, aunque ésta no lo sea, a su vez, de la división social del trabajo. Solamente los productos de trabajos privados independientes los unos de los otros pueden revestir en sus relaciones mutuas el carácter de mercancías. Las mercancías,

<sup>1</sup> Karl Marx, *Oeuvres*, ed. La Pléiade, Paris, 1963, Tomo I [p. 550 - N. del E.]

consideradas como objetos corpóreos, son combinaciones de dos elementos: la materia, que suministra la naturaleza, y el trabajo.

Cuando -el ejemplo es de Marx- una chaqueta vale el doble que 10 varas de lienzo, se trata de una diferencia puramente cuantitativa: 20 varas de lienzo representan la misma magnitud de valor que una chaqueta. Pero el trabajo del sastre y el del tejedor son trabajos cualitativamente distintos. Hay, sin embargo, estados sociales en los que el mismo hombre es ya tejedor, ya sastre. Las dos especies de trabajo son entonces variantes del trabajo del mismo individuo. En la sociedad capitalista, una cantidad concreta de trabajo humano se aporta alternativamente en forma de trabajo de sastrería o de trabajo textil, según las fluctuaciones que experimente la demanda de trabajo. Aquí el trabajo es simplemente un despliegue de fuerza humana de trabajo. El trabajo simple, simple empleo de la fuerza de trabajo de todo hombre común, cambia de carácter según los países y la cultura de cada época, pero siempre existe dentro de una sociedad dada. El trabajo complejo no es más que el trabajo simple multiplicado. Por lo tanto, una pequeña cantidad de trabajo complejo puede equivaler a una cantidad grande de trabajo simple.

Considerados como valores, la chaqueta y el lienzo sólo son inversiones de fuerza humana de trabajo puro y simplemente. Los trabajos del sastre y el tejedor son elementos integrantes de los valores de uso chaqueta y lienzo, gracias, precisamente, a sus diversas cualidades; pero, sólo son sustancia y base de los valores chaqueta y lienzo en cuanto reducibles a la misma cualidad: la del trabajo humano. Con relación a la magnitud del valor, el trabajo sólo interesa en su aspecto cuantitativo. Cuanto mayor sea la cantidad de valor de uso, mayor será la riqueza material: dos chaquetas encierran más riqueza que una. Sin embargo, puede ocurrir que a medida que crezca la riqueza material, disminuya la magnitud que representa. Estas fluctuaciones contradictorias entre sí se explican por el doble carácter del trabajo. La capacidad productiva es siempre, naturalmente, capacidad productiva de trabajo útil, concreto. Por tanto, el trabajo útil rendirá, en un período dado de tiempo, una cantidad más o menos grande de productos según el ritmo con que aumente o disminuya su capacidad productiva. Por el contrario, los cambios operados en la capacidad productiva no afectan de suyo al trabajo que el

valor representa. Como la capacidad productiva es siempre función de la forma concreta y útil del trabajo, es lógico que tan pronto como se hace caso omiso de su forma concreta, útil, no afecte para nada a ésta. Así, el mismo trabajo rinde durante el mismo tiempo idéntica cantidad de valor, aunque cambie su capacidad productiva. En cambio, puede arrojar en el mismo tiempo mayores o menores cantidades de valores de uso, según que su capacidad productiva aumente o disminuya.

Las mercancías son tales por encerrar una doble significación: la de objetos útiles y, a la par, la de materializaciones de valor. Sólo se presentan como mercancías cuando poseen esta doble forma, en forma natural y la forma del valor. Las mercancías sólo son valores en cuanto se intercambian. La forma común de valor de las mercancías es el dinero. Entonces, Marx ha de poner en claro la génesis de la “**forma dinero**”. La relación de valor entre dos mercancías es la expresión más simple de valor de una mercancía:  $x$  mercancía A vale  $y$  mercancía B (20 varas de lienzo valen una chaqueta). Las mercancías distintas, A y B, desempeñan aquí dos papeles distintos. El lienzo expresa su valor en la chaqueta: la chaqueta sirve de material para esta expresión de valor. El valor de la primera mercancía reviste la forma relativa de valor. La segunda mercancía funciona como equivalente, y reviste la forma equivalencial. Forma relativa de valor y forma equivalencial se condicionan recíprocamente y son los dos polos de la misma expresión de valor. El valor del lienzo no puede expresarse en lienzo, pues sólo puede expresarse en términos relativos, recurriendo a otra mercancía; la forma relativa de valor del lienzo supone como premisa el que otra mercancía cualquiera desempeñe respecto al lienzo la función de forma equivalencial. Esta otra mercancía no puede desempeñar al mismo tiempo el papel de forma relativa de valor. No es su propio valor lo que ella expresa. Es verdad que la relación 20 varas de lienzo valen 1 chaqueta lleva implícita la forma inversa: 1 chaqueta vale 20 varas de lienzo. pero, en realidad, lo que se hace aquí es invertir los términos de la igualdad para expresar el valor de la chaqueta de un modo relativo. Una misma mercancía no puede asumir al mismo tiempo ambas formas en la misma expresión de valor.

En el ejemplo de Marx, la chaqueta, situada en la relación de valor con el lienzo, adquiere una importancia que no tiene fuera de ella.

Considerada en cuanto en ella se acumula trabajo humano, la chaqueta, es “representación de valor”. En la relación de valor del lienzo, la chaqueta actúa como equivalente del lienzo; la forma chaqueta es considerada como forma del valor. Considerado como valor de uso, el lienzo es un objeto materialmente distinto de la chaqueta, pero como **valor** es “igual a la chaqueta” y presenta la misma fisonomía de ésta. Por consiguiente, se llega al tema de la determinabilidad cuantitativa de la forma relativa de valor”. Cuando se trata de expresar el valor de una mercancía nos referimos siempre a determinada cantidad de un objeto de uso, que encierra una determinada cantidad de trabajo humano. Se establece, por ejemplo, la proporción entre 20 varas de lienzo y una determinada cantidad de la representación corpórea del valor, en 1 chaqueta. El tiempo de trabajo necesario para producir 20 varas de lienzo o una chaqueta, cambia al cambiar la capacidad productiva de la industria textil o de la de sastrería. Para investigar cómo influyen estos cambios en la expresión relativa de la magnitud de valor, se han de encarar los supuestos siguientes, que Marx explica y señala sus consecuencias: a) Que varíe el valor del lienzo sin que el valor de la chaqueta sufra alteración; b) Que el valor del lienzo no varíe y que varíe, a su vez, el valor de la chaqueta; c) Que la cantidad de trabajo socialmente necesario para producir el lienzo y la chaqueta varíen simultáneamente en el mismo sentido y en la misma proporción; d) Que los tiempos de trabajo necesarios, respectivamente, para producir el lienzo y la chaqueta, y por lo tanto sus valores, cambien simultáneamente y en el mismo sentido, pero en grado desigual, en sentido opuesto, etc. Para Marx: 1) el valor relativo de una mercancía puede cambiar aun permaneciendo constante el valor de esta mercancía; 2) puede ocurrir que su valor relativo permanezca constante aunque cambie su valor; 3) no es necesario que los cambios simultáneos experimentados por la magnitud de valor de las mercancías coincidan con los que afectan a la expresión relativa de esta magnitud de valor.

Cuando una mercancía expresa su valor en el valor de uso de otra, imprime a ésta una forma peculiar de valor, la forma de equivalente. La forma equivalencial de una mercancía es la posibilidad de cambiarse directamente por otra mercancía. El que las chaquetas puedan cambiarse directamente por lienzo no indica la proporción en que este cambio es posible. Esta proporción depende, dada la magnitud de valor del lienzo,

de la magnitud de valor de las chaquetas. Ya se exprese la chaqueta como equivalente y el lienzo como valor relativo, o la inversa, su magnitud de valor responde siempre al tiempo de trabajo necesario para su producción, con independencia de la forma que su valor revista. Pero tan pronto como la clase de mercancías chaqueta ocupa en la expresión del valor el lugar de equivalente, su magnitud de valor no cobra expresión como tal magnitud de valor, sino que figura en la igualdad como una determinada cantidad de un objeto. Si 40 varas de lienzo valen 2 chaquetas, la clase de mercancías representada por las chaquetas desempeña el papel de equivalente; el valor de uso chaqueta asume respecto al lienzo la función de materializar el valor. La forma equivalente tiene estas tres características: 1) en ella, el valor de uso se convierte en forma o expresión de su antítesis, o sea del valor de cambio, o simplemente valor; 2) el trabajo concreto se convierte aquí en forma o manifestación de su antítesis, o sea, del trabajo humano abstracto; 3) en ella el trabajo privado revista la forma de su antítesis, o sea, del trabajo en forma directamente social.

La forma simple de valor de una mercancía va implícita en su relación de valor de cambio con una mercancía distinta. El valor de la mercancía A se expresa cualitativamente en la posibilidad de cambiar directamente la mercancía B por la mercancía A. Cuantitativamente se expresa mediante la posibilidad de cambiar una cantidad determinada de la mercancía B por una determinada cantidad de la mercancía A. Es decir, el valor de una mercancía se expresa independientemente al representársela como “valor de cambio”. En el lenguaje tradicional la mercancía es valor de uso y valor de cambio. En rigor, aclara ahora el propio Marx, esta afirmación es falsa. La mercancía es valor de uso, objeto útil, y el “valor”. Ella sólo reviste la forma de valor distinta de su forma natural, si se la sitúa en una relación de valor o cambio con otra mercancía.

La antítesis interna de valor de uso y valor que se alberga en la mercancía toma cuerpo en una antítesis externa; en la relación entre dos mercancías de las cuales la una, aquella cuyo valor trata de expresarse, sólo interesa como valor de uso, mientras que la otra, aquella en que se expresa el valor, interesa sólo como valor de cambio. La forma simple de valor de una mercancía es, por tanto, la forma simple en que se manifiesta la antítesis de valor de uso y de valor encerrada en ella.

Sólo en una época históricamente dada de progreso se convierte el producto del trabajo en mercancía. La forma de valor es la forma germinal que tiene que pasar por una serie de metamorfosis antes de llegar a convertirse en la forma precio. Su expresión en una mercancía cualquiera, en la mercancía B, no hace más que diferenciar el valor de la mercancía A de su propio valor de uso. A la forma simple y relativa del valor de una mercancía corresponde la forma concreta equivalencial de otra mercancía. sin embargo, la forma simple de valor se remonta por sí misma a formas más complicadas. En efecto, el valor de una mercancía, de la mercancía A, sólo puede expresarse, indudablemente, en una mercancía de otro género, cualquiera que éste sea. Así, según aquella mercancía se encuadre en una relación de valor con una u otra clase de mercancías, tendremos distintas expresiones simples de valor de la misma mercancía. Su expresión simple de valor se convierte en una serie constantemente ampliable de diversas expresiones simples de valor. El valor de una mercancía, del lienzo, se expresa, entonces, en otros elementos innumerables del mundo de las mercancías. Este valor no es más que la cristalización de trabajo humano indistinto. El valor del lienzo, en nuestro ejemplo, es siempre el mismo, ya se exprese en innumerables mercancías distintas, pertenecientes a los más diversos poseedores. Así se hace evidente que la magnitud de valor de la mercancía no se regula por el cambio, sino que, al revés, éste se halla regulado por la magnitud de valor de la mercancía.

La expresión relativa de valor de la mercancía es siempre incompleta, pues la serie en que toma cuerpo no se acaba nunca. Además, ante el observador se despliega un mosaico abigarrado de expresiones de valor dispares y distintas. Finalmente, si el valor relativo de toda mercancía se expresa en esta forma desarrollada, la forma relativa de valor de cada mercancía se representa por una serie infinita de expresiones de valor distintas de la forma relativa de valor de cualquier otra mercancía. Los defectos de la forma relativa de valor desarrolladas se reflejan, a su vez, en la correspondiente forma equivalencial. Como aquí la forma natural de cada clase concreta de mercancías es una forma equivalencial determinada al lado de otras innumerables, sólo existen formas equivalenciales restringidas, cada una de las cuales excluye a las demás.

Y lo mismo ocurre con la clase de trabajo útil, concreto, determinado, que se contiene en cada equivalente especial de mercancías: sólo es una forma especial y, por tanto, incompleta, del trabajo humano.

Si una persona cambia su lienzo por muchas otras mercancías, expresando, por lo tanto, el valor de aquél en toda una serie de mercancías distintas, es lógico que todos los demás poseedores de mercancías cambien éstas por lienzo y que, consiguientemente, expresen en la misma tercera mercancía, en lienzo, el valor de todas las suyas. En este caso tenemos la forma total o desarrollada del valor. A continuación surge, naturalmente, la “forma general del valor”, en la que las mercancías ya acusan sus valores de un modo simple y único, pues lo expresan en una sola y misma mercancía. El valor de ésta, dice Marx, “se refleja así en todo otro cuerpo de mercancías, como en un espejo”. Si ella es puesta en relación social con todas las otras mercancías se convierte en valor total o desarrollado. Ahora bien, evidentemente el valor de esa mercancía permanece el mismo cualquiera que sea la mercancía en que se exprese; no es el cambio quien regla la cantidad de valor de una mercancía, sino que es la cantidad de valor de una mercancía quien regla sus relaciones de cambio. Consiguientemente, la forma total del valor deja inacabada la expresión del valor. Una mayor precisión se obtiene cuando el valor de todas las mercancías se expresa en una sola especie de mercancías. Ella reviste la forma de valor general. Las dos formas anteriores expresaban el valor de una determinada mercancía, la primera en una mercancía concreta distinta de ella, la segunda en una serie de diversas mercancías. En una y otra forma, frente a una mercancía dada, las demás limitábanse a desempeñar respecto a ella el papel puramente pasivo de equivalentes. A su vez, la forma general de valor brota por obra común del mundo todo de las mercancías y demuestra que es la expresión social del mundo de las mercancías. La tercera, la forma general del valor es

“la reducción de todos los trabajos reales a su carácter común de trabajo humano, de desgaste de la misma fuerza humana de trabajo”.

La forma general del valor puede pertenecer a cualquier mercancía. Pero como cada uno de los poseedores de mercancías podría pretender que la suya es el equivalente general de todas las otras, se crea una

situación que es resuelta poniendo aparte una mercancía especial que sirve para expresar los valores recíprocos de todas las otras mercancías. Y así se ve Marx conducido a explicar el tránsito de la forma general de valor a la forma dinero o moneda. Aquí, el progreso consiste pura y simplemente en que ahora la forma de cambiabilidad directa y general, o sea la forma de equivalente general, se adhiere definitivamente, por la fuerza de la costumbre social, a la forma natural específica de la mercancía oro. Poco a poco, el oro va adquiriendo la función de equivalente general. Tan pronto como conquista el monopolio de estas funciones en la expresión de valor del mundo de las mercancías, el oro se convierte en la mercancía dinero. Entonces la forma general de valor se convierte en la forma dinero o moneda. La expresión simple y relativa del valor de una mercancía, por ejemplo del lienzo, en aquella otra mercancía que funciona ya como mercancía dinero, por ejemplo, en oro, es la forma precio.

Como valor de uso, una mercancía no encierra nada de misterioso, ya sea como un objeto apto para satisfacer necesidades del hombre o bien como producto del trabajo humano. Pero, en cuanto empieza a actuar como mercancía, una mesa, por ejemplo, se convierte en un objeto “físicamente metafísico”, porque la relación social entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad aparece como una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. El desdoblamiento del producto del trabajo en objeto útil y materialización de valor sólo aparece prácticamente allí donde el cambio adquiere extensión e importancia suficientes para que se produzcan objetos útiles con vista a él. Entonces los trabajos privados de los productores asumen, de hecho, un doble carácter social. Como trabajos útiles concretos, tienen necesariamente que satisfacer una determinada necesidad social y encajar dentro del trabajo colectivo de la sociedad. Y cada uno de esos trabajos privados sólo será apto para satisfacer necesidades de sus propios productores en la medida en que sea susceptible de ser cambiado por cualquier otro trabajo privado útil, en la medida en que represente un equivalente suyo.

La reflexión acerca de las formas de la vida humana sigue, en general, un camino opuesto al curso real de las cosas. Arranca de los resultados

que ya logró el proceso histórico. Las formas que convierten a los productos del trabajo en mercancías, en verdad, presuponen la circulación de éstas. Dichas formas aparecen con la firmeza de formas naturales de la vida social antes de que los hombres se esfuerzen por explicarse, no el carácter histórico de ellas, de las formas, que consideran como algo ya inmutable, sino su contenido. Por eso el simple análisis de los precios de las mercancías llevó a los hombres a investigar la determinación de la magnitud del valor. Entonces, la expresión colectiva en dinero de las mercancías, en vez de revelar el carácter social de los trabajos privados y las relaciones sociales entre los productores privados, los encubre. Hay unas formas mentales en que se presentan las mercancías, formas que constituyen las categorías de la economía burguesa. Sin formas mentales aceptadas por la sociedad y, por tanto, objetivas, en las que se expresan las condiciones de producción de un régimen social de producción históricamente dado: el de la producción de mercancías. Distinta era la situación en la edad media europea. Entonces el hombre independiente había desaparecido. Todo el mundo vivía sojuzgado: siervos y señores de la gleba, vasallos y señores feudales, legos y seglares. En la edad media la sujeción personal caracterizó las condiciones sociales de la producción material como las relaciones de vida cimentadas sobre ellas. Pero, en la sociedad medieval, los trabajos y los productos se incorporaban al engranaje social como servicios y prestaciones. Las relaciones sociales de las personas en sus trabajos se revelaban como relaciones personales suyas, sin disfrazarse de relaciones sociales entre las cosas, entre los productos de su trabajo.

Para estudiar el trabajo común, es decir, directamente socializado, no hace falta remontarse a la forma primitiva del trabajo colectivo que se alza en los umbrales históricos de todos os pueblos civilizados. La industria rural y patriarcal de una familia campesina, de esas que producen trigo, ganado, hilados, lienzo, prendas de vestir, etc., para sus propias necesidades, ofrece, en efecto, un ejemplo al alcance de la mano. Todos esos artículos no guardan entre sí, entonces, relación de mercancías. Los diversos trabajos que engendran estos productos son, por su forma natural, funciones sociales, funciones de una familia en la que reina una división propia y elemental del trabajo, ni más ni menos que en la producción de mercancías. Pero en dicho régimen familiar las fuerzas individuales de trabajo sólo actúan de por sí como órganos de la fuerza

colectiva de trabajo de la familia. Otro ejemplo es el de una asociación de hombres libres que trabajan con medios colectivos de producción y que desplieguen sus numerosas fuerzas individuales, con plena conciencia de lo que hacen, como una gran potencia de trabajo social. Aquí el producto colectivo de la asociación es un producto social. Una parte de este producto vuelve a prestar servicios bajo la forma de medios de producción. Sigue siendo social. Otra parte es consumida por los individuos asociados, bajo forma de medios de vida y, por tanto, debe ser distribuida. El carácter de esta distribución variará según el carácter especial del propio organismo social de producción y con arreglo al nivel histórico de los productores. ¿Qué ocurre en una sociedad de productores de mercancías? Aquí el régimen social de producción consiste en comportarse los componentes de la sociedad respecto a sus productos como respecto a mercancías, es decir, como a valores, y en relacionar sus trabajos privados como modalidades del mismo trabajo humano. Para tal régimen social la forma de religión más adecuada es, según Marx, el cristianismo, con su culto del hombre abstracto, sobre todo en su modalidad burguesa, bajo la forma de protestantismo, deísmo, etc.

Hay, para Marx, lo que llama “fetichismo adherido al mundo de las mercancías”. Este fetichismo se explica si se acepta, como corresponde, que el valor de cambio no es más que una determinada manera social de expresar el trabajo invertido en un objeto y no puede, por tanto, contener materia alguna natural, como no la puede contener, por ejemplo, la cotización cambiaria. La forma mercancía, la forma más general y rudimentaria de la producción burguesa, aparece en la historia muy pronto, aunque no con el carácter predominante y peculiar que hoy día tiene; por eso su fetichismo parece relativamente fácil de analizar. Pero, al asumir formas más concretas, se borra hasta esta apariencia de sencillez. ¿De dónde provienen las ilusiones del sistema monetario? El sistema monetario no veía en el oro y la plata, considerados como dinero, manifestaciones de un régimen social de producción, sino objetos naturales dotados de virtudes sociales maravillosas. Y los economistas modernos que miran por encima del hombro al sistema monetario, caen también, ostensiblemente, en el vicio del fetichismo, tan pronto como tratan del capital. Durante largo tiempo ha subsistido la ilusión fisiocrática de que la renta del suelo brotaba de la tierra, y no de la

sociedad. Como las mercancías sólo se relacionan las unas con las otras como valores de cambio, el economista, leyendo en el alma de la mercancía, dice que el valor (valor de cambio) es un atributo de las cosas, y la riqueza (valor de uso), un atributo del hombre. El valor, considerado en este sentido, implica necesariamente el cambio, la riqueza, no. Por eso mismo, Marx ha de estudiar “el proceso de cambio”.

Para que las cosas se relacionen las unas con las otras como mercancías, es necesario que sus guardianes se relacionen entre sí como propietarios privados. Esta relación, jurídica, tiene como forma de expresión el contrato; es, hállese o no legalmente reglamentada, una relación de voluntad. su contenido lo da la relación económica misma. Los papeles económicos representados por los hombres son otras tantas personificaciones de las relaciones económicas en representación de las cuales se enfrentan los unos con los otros. Un poseedor de mercancías sólo se aviene a desprenderse de las suyas a cambio de otras cuyo valor de uso satisfaga sus necesidades. En este sentido, el cambio no es, para él, más que un proceso individual. Pero, por otra parte, aspira a realizar su mercancía como valor, es decir, en cualquier otra mercancía de valor idéntico que apetezca. El cambio es, para él, entonces, un proceso social general. Y sólo el hecho social puede convertir en equivalente general una mercancía determinada. La acción social de todas las demás mercancías se encarga, pues, de destacar a una mercancía determinada, en la que aquéllas acusan conjuntamente sus valores; con ello, la forma natural de esta mercancía se convierte en forma equivalencial vigente para toda sociedad; se convierte en dinero, en moneda. La cristalización del dinero es un producto necesario del proceso de cambio.

Hasta aquí, únicamente se ha hablado de una función del dinero: la de servir de forma o manifestación del valor de toda mercancía o de material en que se expresan socialmente las magnitudes de valor de las mercancías. Sólo una materia cuyos ejemplares posean todos la misma cualidad uniforme puede ser forma o manifestación del trabajo humano abstracto, y por tanto, igual. Como la diferencia que media entre las diversas magnitudes de valor es puramente cuantitativa, la mercancía dinero tiene que ser forzosamente susceptible de divisiones puramente cuantitativas. Es lo que ocurre, naturalmente, con el oro y la plata. La mercancía dinero, además de su valor peculiar de uso como mercancía,

como oro, por ejemplo, para fabricar artículos de lujo, reviste este otro valor que le dan sus funciones sociales específicas. Así, la forma dinero no es más que el reflejo, adherido a una mercancía, de las relaciones que median entre todas las demás. La mercancía elegida como dinero da al proceso de cambio su forma específica de valor. Como el dinero puede sustituirse, en determinadas funciones, por un simple signo de sí mismo, se engendró el error de creer que el dinero era un mero signo. Mas, por otra parte, ello envolvía ya la intuición de que la forma dinero del objeto era algo exterior a él mismo y simple forma o manifestación de relaciones humanas ocultas detrás de él.

Si se parte del supuesto de que la mercancía-dinero es el oro, se habrá de admitir que la primera función del oro es la de suministrar al mundo de las mercancías el material de su expresión de valor. La expresión del valor de una mercancía en oro es su forma dinero o su precio. Ahora, basta ya una sencilla igualdad: la tonelada hierro = 2 onzas oro, para expresar en términos sociales el valor del hierro. Con esta igualdad la mercancía vuelve a presentar la fisonomía de su forma valor primitiva, simple o aislada. De otra parte, la expresión relativa de valor desarrollada o la serie infinita de expresiones relativas de valor, se convierte en forma específicamente relativa de valor de la mercancía dinero. Pero ahora, esa serie va ya implícita socialmente en los precios de las mercancías. No hay más que leer al revés las cotizaciones de un boletín de precios para encontrar la magnitud del valor del dinero representada en las más diversas mercancías. En cambio, el dinero no tiene precio, pues para tenerlo tendría que referirse a sí mismo como a su propio equivalente.

Considerado como medida de valores y como patrón de precios, el dinero desempeña dos funciones radicalmente distintas: es medida de valores como encarnación social del trabajo humano; es patrón de precios como peso fijo y determinado de metal. Por el dinero como medida de valor se miden las mercancías consideradas como valores; en cambio, como patrón de precios, lo que hace el dinero es medir las cantidades de oro por una cantidad de oro fija, y no el valor de una cantidad de oro por el peso de otra. Para que exista un patrón de precios no hay más remedio que fijar como unidad de medida un determinado peso de oro. Consiguientemente, el dinero como patrón de precios cumplirá tanto

mejor su cometido cuanto menos oscile la cantidad de oro que sirve de unidad de medida. Sin embargo, el oro sólo puede funcionar como medida de valores por ser también él un producto del trabajo y, por eso mismo, al menos potencialmente, un valor variable. Pero, los cambios de valor del oro no perjudican en lo más mínimo a su función como patrón de precios.

Unos procesos históricos dieron lugar a la costumbre popular de la separación del nombre monetario de los pesos de los metales y los nombres corrientes de sus fracciones de peso. Además, como el patrón-dinero es algo puramente convencional y algo, al mismo tiempo, que necesita ser acatado por todos, interviene la ley para reglamentarlo. Los precios o cantidades de oro en que se convierten idealmente los valores de las mercancías se expresan ahora en los nombres monetarios, es decir, en los nombres aritméticos del patrón oro que la ley determina. Y las mercancías se comunican, unas a otras, en sus nombres monetarios, lo que valen. El dinero funciona entonces como dinero aritmético. El nombre de la cosa es algo ajeno a la naturaleza de esta cosa y, así, en los nombres monetarios se borran todas las huellas del concepto del valor.

El precio es el nombre en dinero del trabajo materializado en la mercancía. Como exponente de la magnitud de valor de la mercancía, es el exponente de su proporción de cambio con el dinero. Pero esto no quiere decir que el exponente de su proporción de cambio con el dinero sea necesariamente el de su magnitud de valor. Supóngase que en un quintal de trigo y en trescientas unidades de determinada moneda, es decir, en una determinada cantidad de oro, se encierra la misma cantidad de trabajo socialmente necesario. Las trescientas unidades de esa moneda son la expresión en dinero de la magnitud de valor del quintal de trigo, o sea su precio. Ahora bien, si las circunstancias permiten cotizar el trigo a cuatrocientas cincuenta unidades monetarias u obligan a venderlo a ciento cincuenta, estos precios de ciento cincuenta y cuatrocientos cincuenta, demasiado pequeño el uno y demasiado grande el otro como expresiones de la magnitud de valor del trigo, son, sin embargo, precios del mismo; en primer lugar, porque son su forma de valor en dinero, y, en segundo lugar, porque son exponentes de su proporción de cambio con éste. Suponiendo que no se modifiquen las condiciones de producción ni el rendimiento del trabajo, la reproducción del quintal de trigo seguirá costando el mismo

tiempo de trabajo social que antes, cosa que no depende de la voluntad del productor del trigo ni del capricho de los demás poseedores de mercancías. La magnitud de valor de la mercancía expresa, pues, una proporción necesaria, inmanente a su proceso de creación, con el tiempo de trabajo social. Al cambiar la magnitud de valor en el precio, esta proporción necesaria se revela como una proporción de cambio entre una determinada mercancía y la mercancía dinero, desligada de ella. El resultado a que se llega es que la forma precio envuelve ya de suyo la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud del valor, es decir, la posibilidad de una desviación entre el primero y la segunda. Y ello ha de ser así en un régimen de producción en que la norma sólo puede imponerse como un ciego promedio en el seno de toa ausencia de normas.

Sin embargo, la forma precio no sólo permite la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre la magnitud de valor y su propia expresión en dinero, sino que puede, además, encerrar una contradicción cualitativa, haciendo que el precio deje de ser en absoluto expresión del valor, a pesar de que el dinero no es más que la forma de valor de las mercancías. Cosas que no son de suyo mercancías, por ejemplo, la conciencia, el honor, etc. pueden ser cotizadas en dinero por sus poseedores y recibir a través del precio el cuño de mercancías. Cabe, entonces que una cosa tenga formalmente un precio sin tener un valor. Aquí, la expresión en dinero es algo puramente imaginario, como ciertas magnitudes matemáticas. Por otra parte, puede también ocurrir que esta forma imaginaria de precio encierre una proporción real de valor o una relación derivada de ella, como ocurre, por ejemplo, con el precio del suelo no cultivado, que no tiene ningún valor, porque en él no se materializa trabajo humano alguno. A esto se ha de agregar que para poder ejercer sus funciones de valor de cambio, la mercancía oro tiene que desnudarse de su corporeidad natural. La forma precio lleva implícita la enajenabilidad de las mercancías a cambio de dinero y la necesidad de su enajenación. Ahora bien, el proceso de cambio de las mercancías encierra aspectos que se contradicen y excluyen entre sí. El desarrollo de la mercancía no suprime estas contradicciones; lo que hace es crear la forma en que pueden desenvolverse. El proceso de cambio, al transferir las mercancías de manos de aquel para quien son no-valores de uso a

manos de aquel para quien representan valores de uso, es un proceso de asimilación social. Al llegar al sitio en que desempeña funciones de valor de uso, la mercancía sale de la órbita del cambio y entra en la órbita del consumo.

En el proceso de cambio se desdobra toda mercancía en mercancía y dinero. En esta antítesis inmanente de valor de uso y valor, las mercancías se enfrentan, como valores de uso, con el dinero, valor de cambio. Sin embargo, ambos términos antitéticos son mercancías, y, por lo tanto, unidades de valor de uso y de valor. Pero esta unidad en la variedad cobra una expresión inversa en cada uno de los dos polos, representando con ello, al mismo tiempo, un juego de acciones y reacciones entre ambos. La mercancía es un valor de uso real; su existencia como valor sólo se revela de un modo ideal en el precio, que la refiere como a su forma real de valor al oro, situado en el otro polo. A su vez, el material oro sólo interesa como materialización de valor, como dinero. En su aspecto real es, así, valor de cambio. Su valor de uso sólo se manifiesta de un modo ideal en la serie de las expresiones relativas de valor en las que se refiere a las mercancías situadas en el otro polo. Estas formas antitéticas de las mercancías son las formas reales en que se desenvuelve su proceso de cambio. Hay dos metamorfosis antagónicas y que se completan recíprocamente: transformación de la mercancía en dinero y nueva transformación de éste en mercancía. Tenemos, entonces, un proceso de cambio de la mercancía que se desarrolla a través del siguiente cambio de forma: mercancía - dinero - mercancía- o sea, M - D - M. En la primera metamorfosis M - D, el tránsito del valor de la mercancía al huir del cuerpo de ésta para tomar cuerpo en el dinero es “el verdadero salto mortal” de la mercancía. La división social del trabajo hace que los trabajos de los poseedores de mercancías sean tan limitados como ilimitadas son sus necesidades. Por eso sus productos no les sirven más que como valores de cambio. Mas para revestir la forma de equivalente cotizante con carácter general de la sociedad, tienen que convertirse en dinero, y el dinero está en los bolsillos ajenos. Por eso, la mercancía tiene que ser, ante todo, un valor de uso para el poseedor del dinero y, por tanto, el trabajo invertido en ella, un trabajo invertido en forma socialmente útil. Puede ocurrir que la mercancía sea fruto de un nuevo trabajo, que pretende satisfacer una nueva necesidad, o tal vez crearla por su propio impulso. Una actividad que ayer todavía era simplemente una

función de tantas, entre las muchas desempeñadas por determinado productor de mercancías, cobra existencia propia e independiente y lanza al mercado, como mercancía también independiente, su producto parcial. No importa que las circunstancias sean o no propicias para este proceso de disociación. Basta con que el producto satisfaga actualmente una necesidad social. Mañana será desplazado, tal vez, en todo o en parte, por otro producto semejante a él. Cuando el trabajo es, como el del tejedor del ejemplo de Marx, un eslabón en la cadena de la división social del trabajo, él no garantiza el valor de uso de sus varas de lienzo. Desde el momento en que la necesidad social de lienzo, que, como todo tiene sus límites, se viera saciada por los tejedores que hacen la competencia al tejedor del ejemplo, el producto de éste sería superfluo y, por tanto, inútil. Suponiendo que su producto conserva su valor de uso y que la mercancía siga atrayendo dinero, cabe la pregunta: ¿cuánto? La contestación a esta pregunta va ya implícita, naturalmente, en el precio de la mercancía, exponente de su magnitud de valor. Pero, he aquí que las viejas y consagradas condiciones de producción del ramo textil cambian. Lo que ayer era el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir el metro de lienzo, deja de serlo hoy. Entonces podrá ocurrir que en la suma total de las piezas de lienzo que afluyen al mercado se contenga tiempo de trabajo superfluo. Si el mercado no es capaz de absorber la cantidad total de lienzo que afluye a él al precio normal por metro, se tendrá la prueba de que se ha invertido en forma de trabajo textil una cantidad excesiva del tiempo total de trabajo de la sociedad.

La división del trabajo convierte al producto del trabajo en mercancía, haciendo con ello necesaria su transformación en dinero. Marx analiza el proceso, dando por sentado que se desarrolla de un modo normal y partiendo del supuesto de que la mercancía encuentre salida. Uno de dos poseedores de mercancías cambia la suya por oro; el otro cambia oro por mercancías. La manifestación tangible y corpórea de este hecho es el cambio de mano o de sitio de los dos objetos, de la mercancía y el oro. La mercancía se da a cambio de su propia forma general de valor. El oro se da a cambio de una forma o configuración especial de su valor de uso. ¿Por qué es el oro el que se enfrenta, en concepto de dinero, con el lienzo, por ejemplo? Porque su precio, su nombre en dinero, refiere ya el lienzo al oro como dinero. La realización del precio o forma ideal del valor de la

mercancía es, por tanto, al mismo tiempo, y a la inversa, realización del valor de uso puramente ideal del dinero. Lo cual vale tanto como decir que la venta es compra. La primera metamorfosis de una mercancía, su transformación de mercancía en dinero, envuelve siempre, al mismo tiempo, la segunda metamorfosis antagónica de otra mercancía, su reversión de la forma dinero a mercancía.

El dinero, producto de la enajenación general de todas las mercancías es, por ello mismo, la mercancía absolutamente enajenable. El dinero lee al revés todos los precios y se refleja, por eso mismo, en los cuerpos de todas las mercancías. Al mismo tiempo, los precios señalan el límite de su capacidad de transformación, o sea, su propia cantidad. La mercancía desaparece al convertirse en dinero; éste no nos dice, pues, cómo ha llegado a menos de su poseedor, ni qué es lo que hay detrás de él. Agréguese a esto que la metamorfosis final de una mercancía representa al mismo tiempo la metamorfosis inicial de otra. Para un productor representa el tránsito de su mercancía a otra, en la que ha vuelto a convertir el precio obtenido por la suya. Pero, a su vez, el vendedor de la que compró aquel invierte el precio obtenido en una tercera, y así sucesivamente. Algo más: una venta puede desembocar en muchas compras de diversas mercancías. Por donde la metamorfosis final de una mercancía representa siempre una suma de metamorfosis iniciales de otras mercancías. Como agente del acto de venta, el poseedor de la mercancía actúa como vendedor; como agente del acto de compra, actúa como comprador. Y dentro de la circulación de mercancías, los papeles de vendedor y comprador cambian constantemente de personas.

Para Marx es necio el dogma de que la circulación de mercancías supone un equilibrio necesario de las compras y las ventas. Ciertamente, aunque nadie puede vender si no hay quien compre, no es necesario comprar inmediatamente de haber vendido. Las barreras temporales, locales e individuales del intercambio de productos son derribadas por la circulación precisamente por el hecho de desdoblarse la identidad inmediata que existe entre el intercambio del producto del trabajo propio por el producto del trabajo ajeno mediante la antítesis de compra y venta. Se está así ante procesos independientes el uno del otro que forman una unidad interna, la que revista al exterior la forma de una antítesis. Cuando cosas que por dentro forman una unidad, revisten al exterior una forma de independencia, y ésta se agudiza hasta llegar a un cierto grado, la unidad

se abre paso violentamente por medio de una crisis. La mercancía lleva implícita la antítesis de valor de uso y valor, de trabajo privado, que se ve, al mismo tiempo, obligado a funcionar como trabajo directamente social, de personificación de las cosas y materialización de las personas. Esa antítesis asume sus formas dinámicas más completas en los antagonismos de la metamorfosis de las mercancías. Por eso, estas formas entrañan la posibilidad, aunque sólo la posibilidad, de crisis. Para que esta posibilidad se convierta en realidad, tiene que concurrir todo un conjunto de condiciones que no se dan aún dentro de la órbita de la circulación simple de mercancías.

El cambio de forma en que se opera el cambio de materia de los productos de trabajo (M-D-M) exige que el valor de que se trata constituya el punto inicial del proceso como mercancía y retorne como mercancía al punto de que partió. Trátase, pues, de un movimiento cíclico. Mas, por otra parte, esta misma forma excluye el movimiento cíclico del dinero. El dinero desplaza continuamente a las mercancías de la órbita de la circulación, pasando a ocupar sin cesar su puesto circulatorio. Así, pues, pareciera que las mercancías fuesen, no lo que son, sino sólo el resultado del movimiento dinero-dinero. La dinámica del dinero como medio de circulación en cuanto es el valor sustantivado de las mercancías, es, en realidad, la dinámica formal de las propias mercancías. Por eso es lógico que ésta se refleje, incluso de un modo tangible, en el curso del dinero. Así, por ejemplo, el lienzo empieza trocando su forma de mercancía por su forma de dinero. Luego, el punto final de su primera metamorfosis (M-D), o sea la forma dinero, se convierte en el punto inicial de su última metamorfosis (D-M-), de su retroconversión en mercancía. Pero cada uno de estos dos cambios de forma se opera mediante un intercambio de mercancía y dinero, pasando aquella a ocupar el lugar de éste, y viceversa. Las mismas piezas de dinero cambian de sitio por dos veces. La primera metamorfosis sufrida por el lienzo traslada esas piezas de dinero al bolsillo del tejedor; la segunda los hace emigrar de él. Los dos cambios opuestos de forma de la misma mercancía se reflejan en los dos cambios de lugar del dinero en sentido opuesto.

La mercancía, al dar el primer paso en la órbita de la circulación, sale, por de pronto, de la circulación, en la que entran constantemente mercancías nuevas. En cambio, el dinero se mueve constantemente en la órbita de la circulación. Surge, así, el problema de saber cuánto dinero absorbe de un modo constante la órbita circulatoria. En un país se operan todos los días, simultáneamente, numerosas simples ventas de mercancías de una y, de otra, simples compras. Por sus precios, las mercancías se equiparan ya a determinadas cantidades imaginarias de dinero. Aquí es evidente que la masa de medios de circulación necesaria para alimentar el proceso circulatorio del mundo de las mercancías estará determinada por la suma de los precios de éstas. Sin embargo, aun permaneciendo invariables los valores de las mercancías, sus precios oscilan con el valor del material oro, subiendo en la proporción en que el valor del oro baja, y bajando en la proporción en que éste sube. En consecuencia, al aumentar o disminuir la suma de los precios de las mercancías, tiene necesariamente que aumentar o disminuir la masa del dinero en circulación. Así, es el propio dinero el que determina los cambios experimentados por la masa de los medios de circulación, pero no en su función de medio circulatorio, sino en función de medida de valores. El precio de las mercancías cambia en razón inversa al valor del dinero; por tanto, la masa de los medios de circulación cambiará en razón directa al precio de las mercancías. Por consiguiente, en la órbita de circulación de mercancías hay un resquicio por el que penetra en ella el material dinero, como mercancía de un determinado valor.

Marx considera el valor del oro como algo fijo, como lo es realmente en el momento de calcularse los precios. Si se parte de esta premisa, la masa de los medios de circulación está determinada por la suma de los precios de las mercancías que han de ser realizados. Además, si se parte del supuesto de que el precio de cada clase de mercancías es un factor dado, la suma de los precios de las mercancías dependerá, evidentemente, de la masa de mercancías que se hallen en circulación. Por otro lado, al aumentar el número de rotaciones de las monedas, disminuirá necesariamente la masa de monedas en circulación. Y viceversa, al disminuir el número de rotaciones aumentará esta masa. Si se tiene en cuenta el grado medio de velocidad, se sabe la masa de dinero que puede funcionar como medio de circulación. En la rotación del dinero en general sólo se revela el ciclo recorrido por las mercancías a través de

metamorfosis opuestas, y en el ritmo de la rotación del dinero se revela solamente la rapidez con que las mercancías desaparecen de l órbita circulatoria y son sustituidas por otras, nuevas. En el ritmo de la rotación del dinero se manifiesta, pues, la unidad fluida de las diversas fases contrapuestas y que se completan las unas a las otras, la transformación de la forma de uso en forma de valor y su reversión de forma de valor a forma de uso. Por el contrario, al amortiguarse la rotación del dinero, ello es indicio de que estos procesos se disocian y se hacen independientes y antagónicos, de que se paraliza el cambio de forma, y por tanto, el de materia.

La cantidad de los medios de circulación depende de la suma de los precios de las mercancías que circulan y del ritmo medio del curso del dinero. Esta ley puede expresarse también así: dada la suma de valor de las mercancías y dado el ritmo medio de sus metamorfosis, la cantidad de dinero circulante depende de su propio valor. Es erróneo creer que los precios de las mercancías dependen de la masa de los medios de circulación y ésta, a su vez de la masa del material dinero existente dentro del país. Pensar de este modo importa suponer que las mercancías se lanzan al proceso circulatorio sin precio y el dinero sin valor y que luego, allí, una parte alícuota de la masa formada por las mercancías se cambia por una parte alícuota de dinero.

Porque el dinero es medio de circulación, la moneda es signo de valor. La fracción imaginaria de peso del oro representada por el precio o nombre en dinero de las mercancías tiene que enfrentarse con éstas, en la circulación, como una pieza de oro dotada de nombre homónimo, o sea como una moneda. La acuñación es, al igual que la fijación del patrón de precios, incumbencia del Estado. Existe un divorcio entre las órbitas interiores o nacionales de la circulación de mercancías y la órbita genérica del mercado mundial. La moneda de oro y el oro en barras sólo se distinguen por la figura, y el oro es susceptible de pasar continuamente de una forma a otra. Pero el camino del oro para dejar de ser moneda es al mismo tiempo el camino que lo conduce al horno de fusión. Monedas de oro de nombre homónimo asumen un valor desigual, por ser distinto su peso. El oro, como medio de circulación, difiere del oro considerado como patrón de precios, dejando con ello, a la par, de ser el verdadero

equivalente de las mercancías cuyo precio realiza. La historia de estos embrollos forma la historia monetaria de la edad media y de los tiempos modernos, hasta llegar al siglo XVIII. En tiempo de Marx, las leyes más modernas acerca del grado de pérdida de metal que incapacita a una moneda de oro para circular sancionaban y reconocían la tendencia natural del proceso de circulación a convertir la esencia de oro de la moneda en apariencia de oro: a convertir la moneda en mero símbolo de la cantidad de metal que oficialmente encierra.

El curso del dinero, al disociar la ley real de la ley nominal de la moneda, lleva ya implícita la posibilidad de sustituir el dinero metálico, en su función monetaria, por contraseñas hechas de otro material o por simples símbolos. Marx explica cómo se abre el paso a la posibilidad de que objetos relativamente carentes de valor, como unos pedazos de papel, puedan actuar con las funciones propias de una moneda. En el papel moneda, su carácter puramente simbólico se revela a la luz del día. Aquí se refiere Marx exclusivamente al papel-moneda emitido por el Estado con curso forzoso y que brota directamente de la circulación de los metales. En cambio, el dinero-crédito, que se origina en la función del dinero como medio de pago, se halla regido por factores que, por el momento, no tiene por qué tomar en cuenta.

El papel moneda es un signo de oro o un signo de dinero. Su relación con los valores de las mercancías consiste simplemente en que éstos se expresan idealmente, mediante él, en la misma cantidad de oro que el papel-moneda representa simbólicamente y de un modo perceptible. Sólo el hecho de representar cantidades de oro, que son, también, como todas las cantidades de mercancías, cantidades de valor, es lo que permite al papel-moneda ser un signo de valor. El oro, insiste Marx, sólo es sustituible por signos de sí mismo, privados de todo valor, en la misma medida en que se aísla o adquiere sustantividad en su función de moneda o de medio de circulación. Ahora bien, las piezas de oro sólo son simples monedas o medios de circulación mientras circulen efectivamente. La masa mínima de oro sustituible por papel-moneda gira constantemente en la órbita de la circulación y su dinámica se limita a representar las continuas mutaciones que forman los procesos antagónicos de la metamorfosis de mercancías M-D-M. La encarnación sustantiva del valor de cambio de la mercancía sólo es, en este proceso, un momento fugaz.

Inmediatamente, es sustituida por otra mercancía. Por eso, en un proceso que lo hace cambiar continuamente de mano, basta con que el dinero exista simbólicamente. Su existencia funcional absorbe su existencia material. El signo del dinero exige una validez social objetiva propia, y esta validez se la da, al símbolo papel-moneda, el curso forzoso, que sólo rige dentro de las fronteras de un Estado. El oro desempeña funciones de dinero de dos modos: las desempeña allí donde actúa en su corporeidad áurea (o argentífera), es decir, como mercancía, sin reducirse por tanto a una forma puramente ideal; y las desempeña también allí donde su función, ya la ejecute en persona o por medio de un representante, lo plasma como configuración exclusiva de valor o única existencia adecuada del valor de cambio frente a todas las demás mercancías, consideradas como simples valores de uso. El constante movimiento cíclico de las dos metamorfosis antagónicas de las mercancías o la continua sucesión de ventas y compras se revela en la circulación infatigable del dinero. se desarrolla un proceso por el cual el oro y la plata se erigen por sí mismos en expresiones sociales de la abundancia o de la riqueza.

Conforme se desenvuelve la producción de mercancías, las necesidades del productor se renuevan incesantemente y exigen una compra incesante de mercancías ajenas, y la producción y venta de sus propias mercancías requieren tiempo y dependen de una serie de factores fortuitos. Para comprar sin vender, tiene necesariamente que haber vendido antes sin comprar. Esta operación, ejecutada sobre una escala general, parece contradecirse consigo misma. Sin embargo, en sus fuentes de producción los metales preciosos se cambian directamente por otras mercancías. Este cambio constituye venta (de parte del poseedor de las mercancías) sin compra (en lo que toca al poseedor del oro y la plata). Ulteriores ventas no seguidas de compras sirven luego de agente a la distribución de los metales preciosos entre todos los poseedores de mercancías. De este modo, van surgiendo en todos los puntos del comercio tesoros de oro y plata en diversa proporción. Con la posibilidad de retener la mercancía como valor de cambio o el valor de cambio como mercancía, se despierta la codicia del oro. Al extenderse la circulación de mercancías, crece el poder del dinero, forma absolutamente social de la riqueza. Y como el dinero es también una mercancía, un objeto material,

puede convertirse en propiedad privada de cualquiera. De este modo, el poder social se convierte en poder privado de un particular.

Para que la masa de dinero que realmente circula satisfaga en todo momento el grado de saturación de la órbita circulatoria, es necesario que la cantidad de oro y plata existente en un país exceda a la absorbida por la función monetaria. Esta condición puede cumplirse merced al dinero atesorado.

Al desarrollarse la circulación de mercancías, se interponen diversos factores que separan cronológicamente la venta de una mercancía y la realización de su precio. Cuando ello ocurre, el vendedor se convierte en acreedor, y el comprador, en deudor. Aquí el dinero se convierte en medio de pago. Y aquí también, el dinero, actuando como medio ideal de compra, hace que la mercancía cambie de mano del vendedor al comprador, merced a la promesa de dinero de éste. Es al vencer el plazo fijado para el pago cuando el dinero pasa de manos del comprador a manos del vendedor. El medio de circulación se convirtió en tesoro, porque el proceso de circulación se interrumpió en la primera fase, o, lo que es lo mismo, porque la forma transfigurada de la mercancía fue sustraída a la circulación. El medio de pago se lanza a la circulación, pero lo hace después de haber salido de ella la mercancía. El dinero ya no sigue siendo el agente mediador del proceso de circulación. Ahora, lo cierra de un modo autónomo, como existencia absoluta del valor de cambio o mercancía general. El vendedor convierte su mercancía en dinero para satisfacer con éste una necesidad; el atesorador para preservar la mercancía en forma de dinero; el comprador a crédito, para poder pagar.

La función del dinero como medio de pago envuelve una abrupta contradicción. Cuando unos pagos se compensan con otros, el dinero sólo funciona idealmente, como dinero aritmético o medida de valor. Cuando hay que hacer pagos efectivos, el dinero actúa como encarnación individual del trabajo social, como la mercancía absoluta. Esta contradicción estalla en este momento de las crisis comerciales y de producción a que se da el nombre de crisis de dinero, fenómeno que solamente ocurre allí donde la cadena progresiva de los pagos cobra pleno desarrollo, desenvolviéndose también un sistema artificial de

compensación. Tan pronto como este mecanismo sufre una perturbación general, sea la que fuere, el dinero se trueca y súbitamente de la forma puramente ideal de dinero aritmético en dinero contante y sonante. Ya no puede ser sustituido por las mercancías profanas. La crisis exalta a términos de contradicción absoluta el divorcio entre la mercancía y su forma de valor, es decir, el dinero.

El dinero-crédito brota directamente de la función del dinero como medio de pago, al ponerse en circulación certificados de deudas representativos de las mercancías vendidas y como medio de traspaso de los correspondientes créditos. De otra parte, al extenderse el sistema de crédito, se extiende la función del dinero como medio de pago, especialmente en la órbita de las grandes transacciones comerciales, mientras que las monedas de oro y plata quedan retraídas generalmente dentro de la órbita del comercio en pequeña escala. Tan pronto como la producción de mercancías alcanza un cierto nivel y una cierta extensión, la función del dinero como medio de pago trasciende de la esfera de la circulación de mercancías y se convierte en la mercancía general de los contratos. Las rentas, los impuestos, etc., se convierten de entregas en especie en pagos en dinero. Esta transformación obedece a la estructura general del proceso de producción. Mientras que, al progresar la sociedad burguesa, el atesoramiento desaparece como forma independiente de enriquecimiento, se incrementa, en cambio, bajo la forma de un fondo de reserva de medios de pago.

Al salir de la órbita interna de la circulación, el dinero se desprende de sus variadas formas locales y retorna a la forma originaria de los metales preciosos, o sea, a la forma de barra. En el comercio mundial, las mercancías despliegan su valor con carácter universal. Su forma independiente de valor se enfrenta con ellas, por tanto, bajo la forma de dinero mundial. El dinero mundial funciona como medio general de pago, como medio general de compra y como materialización social absoluta de la riqueza en general (*universal wealth*) Su función predominante es la de medio de pago, para nivelar los saldos internacionales. El oro y la plata funcionan sustancialmente como medio internacional de compras tan pronto como se interrumpe bruscamente el equilibrio tradicional del intercambio entre países diferentes. Finalmente, se presentan como

materialización social absoluta de la riqueza allí donde no se trata de compras ni de pagos, sino de trasladar riquezas de un país a otro. El movimiento de la corriente de oro y plata es doble. Por una parte, se desparrama, partiendo de sus fuentes, por todo el mercado mundial, donde es absorbido, en distintas proporciones, por las distintas órbitas nacionales de circulación. Además, suministra material para objetos de lujo y se inmoviliza en forma de tesoros. De otra parte, el oro y la plata fluctúan constantemente entre las distintas órbitas circulatorias nacionales, describiendo un movimiento que sigue a las incesantes oscilaciones del curso del cambio.

## **Sección segunda**

### **La transformación del dinero en capital**

La producción de mercancías y el comercio forman las condiciones históricas previas bajo las que surge el capital. La forma directa de la circulación de mercancías es vender para comprar (M-D-M). Pero, al lado de esta forma, hay otra, específicamente distinta de ella, la forma D-M-D, comprar para vender. El dinero que gira con arreglo a esta forma de circulación es el que se transforma en capital y recorre dos fases antagónicas. El dinero del comerciante recorre un proceso característico y original, completamente distinto del que recorre en la circulación simple de mercancías. Por tanto, corresponde analizar las diferencias de forma que median entre los ciclos D-M-D y M-D-M. En la circulación simple de mercancías ambos polos presentan la misma forma económica. Ambas son mercancías. Son, además, mercancías de la misma magnitud de valor. Pero, cualitativamente, son valores de uso distinto, por ejemplo, trigo y ropa. A su vez, el ciclo de la circulación D-M-D parece a primera vista absurdo porque acaba por donde empezó. Ambos polos son dinero. Por eso, el proceso D-M-D- debe su contenido a una diferencia cuantitativa entre sus dos polos. La fórmula completa de este proceso es, por tanto: D-M-D', donde D' es igual a la suma de dinero primitivamente desembolsada más un incremento, al que Marx llama plusvalía. Así, la magnitud del valor se valoriza. Y este proceso es el que lo convierte en capital.

La repetición o renovación del acto de vender para comprar tiene su pauta y su meta en el consumo. En cambio, cuando se compra para vender, el proceso comienza y acaba por el mismo factor, por el dinero o valor de cambio, y ya esto hace que el proceso sea interminable. Cuando alguien compra por 100 pesos y vendo por comprado por 110, cualitativamente considerados los 110 pesos son lo mismo que los 100, dinero. Y, considerados cuantitativamente, los 110 pesos son, como los 100, una suma limitada de valor. Si los 110 pesos se gastasen como dinero, dejarían de ser capital. SE trata de valorizar el valor; a la misma necesidad responde la valorización de 110 pesos que la de 100, pues ambas cantidades tienen la misión de incrementar su magnitud. Ciertamente es que el valor primitivamente desembolsado de 100 pesos se distingue durante breves instantes de la plusvalía de 10 pesos que hace brotar la

circulación, pero esta diferencia se esfuma enseguida. Lo que brota del proceso es un valor único de 110 pesos, valor que se presenta, para repetir el proceso de valorización, bajo la misma forma que el de los 100 pesos originales. La circulación del dinero como capital lleva en sí misma su fin, pues la valorización del valor sólo se da dentro de este proceso constantemente renovado. Como agente consciente de este incesante movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista. Si se plasman las formas o manifestaciones específicas que el valor que se valoriza reviste sucesivamente a lo largo del ciclo de su vida, se llega a las siguientes definiciones: capital es dinero; capital es mercancía. En realidad, el valor se erige aquí en sujeto de un proceso en el que, bajo el cambio constante de las formas de dinero y mercancía, su magnitud varía automáticamente, valorizándose a sí mismo. Como sujeto mutable de este proceso, el valor necesita ante todo de una forma independiente en que se contraste su identidad consigo mismo. Esta forma sólo puede dársela el dinero. Por eso el dinero constituye el punto de arranque y el punto final de todo proceso de valorización. Pero el dinero sólo actúa aquí como una de las formas del valor, pues tiene dos. Sin revestir la forma de mercancía, el dinero no puede convertirse en capital. Por tanto, el dinero, aquí, no se alza polémicamente contra la mercancía, como en el atesoramiento. A primera vista parece que comprar para vender más caro,  $D-M-D'$ , sólo fuese la fórmula propia de una modalidad del capital, del capital mercantil. Pero no es así: el capital industrial es también dinero que se convierte en mercancía, para convertirse nuevamente en más dinero mediante la venta de aquélla. Finalmente, en el capital dado a interés la circulación  $D-M-D'$  se presenta bajo una forma concentrada, sin fase intermedia ni mediador, como  $D-D'$ . Por consiguiente  $D-M-D'$  es la fórmula genérica del capital, tal y como se presenta directamente en la órbita de la circulación.

Lo que distingue a la forma de circulación en que el dinero sale de la crisálida convertido en capital de la circulación simple de mercancías, es la serie inversa en que se desarrollan los dos procesos antagónicos, que son los mismos en ambos casos: la venta y la compra. ¿De qué manera se explica que esta diferencia puramente formal haga cambiar por encanto el carácter de estos procesos? La inversión de que se habla aquí sólo existe para una de las tres partes que intervienen en el trato. El capitalista compra la mercancía a A y la revende a B; en cambio, el poseedor simple de mercancías vende su mercancía a B, para luego comprar otra a A. Para

los contratantes A y B la diferencia de que se habla aquí no existe, pues actúan como comprador y vendedor de mercancías, respectivamente. A su vez, el tercero se enfrenta con ellos, según los casos, como simple poseedor de dinero o como poseedor de mercancías, como comprador o vendedor; unas veces este tercero es respecto a uno de los contratantes un simple comprador y respecto al otro un simple vendedor, para el uno dinero y para el otro mercancía, y para ninguno de los dos capital o capitalista. Para este tercero, el hecho de comprar a A y vender a B son dos fases lógicas de un mismo proceso. Pero para él existe ilación lógica entre estos dos actos. A no se preocupa en lo más mínimo de su transacción con B, y a éste le tiene sin cuidado su trato con A. Y si el tercero en cuestión pretendiera demostrarles la ventaja que supone para él el invertir el orden, ellos le probarían que se equivocaba en cuanto a este orden y que la operación total no comenzaba por una compra para terminar en una venta, sino al revés. No contentos con esto, A y B sostendrían que toda esta operación era perfectamente inútil, como un juego malabar. A su modo de ver, bastaría con que A hubiese vendido su mercancía directamente a B, y éste se la hubiese comprado directamente a A. Es decir, sólo se trataría de un acto de la circulación vulgar de mercancías.

Si se enfoca el proceso de circulación en una forma de simple intercambio de mercancías, ambas partes contratantes se desprenden de mercancías que como valores de uso no les sirven de nada, obteniendo a cambio otras de cuyo uso necesitan. Aquí se trata, en todo caso, de un simple cambio de forma de la mercancía. No hay aquí cambio alguno en lo que a la magnitud de valor se refiere, porque se trata del cambio de mercancías equivalentes según resulta de sus precios. Así ocurre cuando el proceso se da en su forma pura. Sin embargo, en la realidad las cosas no se presentan en toda su pureza.

En el mercado no hay más que poseedores de mercancías. Los poseedores de mercancías sólo se distinguen los unos de los otros como vendedores o poseedores de mercancías y compradores o poseedores de dinero. Supóngase, dice Marx, que gracias a un misterioso privilegio, al vendedor le sea dado vender la mercancía por encima de su valor, a 110, por ejemplo, a pesar de que sólo vale 100. Este mismo vendedor -siguiendo con la suposición- después de ser vendedor, se convierte en comprador. Ahora, se enfrenta con un poseedor de mercancías que hace

funcione de vendedor y que goza, a su vez, del privilegio de vender su mercancía un 10 por ciento más cara. Nuestro hombre habrá ganado 10 como vendedor, para volver a perder 10 como comprador. Visto en su totalidad, el asunto se reduce, en efecto, a que todos los poseedores de mercancías se las vendan unos a otros con un 10 por ciento de recargo sobre su valor, lo que es exactamente lo mismo que si las vendiesen por lo que valen. Los precios de las mercancías crecerían, pero sus proporciones de valor permanecerían invariables. Si, por el contrario, se supone que es el comprador quien tiene el privilegio de comprar las mercancías por debajo de su valor, se ha de recordar que él, el comprador, será, a su vez, cuando le llegue el turno, vendedor. Mejor dicho, lo ha sido ya, antes de actuar como comprador. Por tanto, antes de ganar, como comprador, el 10 por ciento, habrá perdido la misma suma como vendedor. Por consiguiente, la creación de la plusvalía y, por consiguiente, la transformación del dinero en capital, no puede, como se ve, tener su explicación en el hecho de que el vendedor venda las mercancías por más de lo que valen. Lo único que separa a los dos productores que se enfrentan aquí es que el uno compra y el otro vende. Puede ocurrir que el poseedor de mercancías, a, sea tan astuto, que engañe a sus colegas B o C y que éstos, pese a toda su buena voluntad, no sean capaces de tomarse la revancha. A vende a B vino por valor de 40 pesos y recibe a cambio trigo por valor de 50 pesos. Mediante esta operación A habrá convertido sus 40 pesos en 50, sacando más dinero del que invirtió y transformando su mercancía en capital. Ahora bien, antes de realizarse esta operación, había en manos de A vino por valor de 40 pesos, y en manos de B trigo por valor de 50 pesos, o sea, un valor total de 90 pesos. Realizada la operación, el valor total sigue siendo el mismo: 90 pesos. Lo único que ha variado es su distribución entre A y B. Lo que de un lado aparece como plusvalía, es del otro lado minusvalía. La conclusión es que la circulación o el cambio de mercancías no crea valor. Por eso mismo, Marx, en su análisis de la forma básica del capital prescinde, por el momento, de sus manifestaciones vulgares y antediluvianas: el capital comercial y el capital usurario. En el verdadero capital comercial es donde se presenta con mayor pureza la forma D-M-D', comprar para vender más caro. Además, todo él se mueve dentro de la órbita de la circulación. Marx explica que el capital, que no puede brotar de la circulación, no puede brotar tampoco fuera de la circulación. Entonces, necesariamente ha de brotar en ella y fuera de ella al mismo tiempo.

En este punto, precisamente, llega Marx al tema “compra y venta de la fuerza de trabajo”. La transformación del valor del dinero llamado a convertirse en capital no puede operarse en este mismo dinero, porque, como medio de compra y medio de pago, no hace más que realizar el precio de la mercancía que paga. La transformación del dinero en capital no puede brotar tampoco de la segunda fase de la circulación, de la reventa de la mercancía, pues este acto se limita a convertir nuevamente la mercancía de su forma natural en la forma dinero. Por tanto, la transformación tiene necesariamente que operarse en la mercancía comprada en la primera fase, D-M, pero no en su valor, puesto que el cambio versa sobre equivalentes y la mercancía se paga por lo que vale. La transformación a que nos referimos sólo puede brotar del valor de uso de la mercancía, como tal, es decir, de su consumo. Pero, para poder obtener valor del consumo de una mercancía, el poseedor de dinero tenía que descubrir, dentro de la órbita de la circulación, en el mercado, una mercancía cuyo valor de uso poseyese la cualidad de ser fuente de valor; una mercancía cuyo consumo efectivo fuese, al propio tiempo, materialización de trabajo, y, por tanto, creación de valor. Esta mercancía específica es la **fuerza de trabajo**, que se da en la personalidad viviente de un hombre y que éste pone en acción al producir valores de uso de cualquier clase. Para que el poseedor de dinero pueda encontrar en el mercado, como una mercancía, la fuerza de trabajo, tienen que concurrir diversas condiciones que configuran un estado de cosas que es resultado de una larga serie de transformaciones económicas, de la destrucción de toda una serie de formaciones antiguas en el campo de la producción social. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al obrero libre como vendedor de su fuerza de trabajo. El valor de la fuerza de trabajo como mercancía se determina, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para su producción, incluyendo, claro está, la reproducción de este artículo específico. La fuerza de trabajo sólo existe como aptitud del ser viviente y su producción presupone, por consiguiente, la existencia de éste. Entonces, el valor de la fuerza de trabajo e el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia de su poseedor, en su estado normal de vida y de trabajo. Las necesidades naturales, el alimento, el vestido, etc., varían con arreglo a las condiciones del clima y a las demás condiciones naturales de cada país. Además, el volumen de las llamadas necesidades naturales, y el

modo de satisfacerlas, son un producto histórico que depende, en gran parte, del nivel de cultura de un país, sobre todo, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres. Pero, en un país y en una época determinados la suma media de los medios de vida necesarios constituye un factor fijo. Para que sea continua la presencia de la fuerza de trabajo, es necesario que el vendedor de la fuerza de trabajo se eternice, “como se eterniza todo ser viviente, por la procreación”. La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, por lo tanto, los medios de vida de los sustitutos, es decir, de los hijos de los obreros. Además, para desarrollar la habilidad y la destreza del hombre para un trabajo determinado, hácese necesaria una determinada cultura o educación, que a su vez exige una suma mayor o menor de equivalentes de mercancías.

El rasgo peculiar de la mercancía específica que es la fuerza de trabajo, hace que su valor de uso no pase de hecho a manos del comprador al cerrarse el contrato entre éste y el vendedor. Como toda mercancía, tenía ya un valor antes de lanzarse a la circulación. Pero su valor de uso no se despliega hasta después, porque reside en el empleo o aplicación de ella. Entonces, la enajenación de la fuerza de trabajo y su existencia como valor de uso, no coinciden en el tiempo. Y tratándose de mercancías en que la enajenación formal del valor de uso mediante la venta y su entrega real y efectiva al comprador se desdoblan en el tiempo, el dinero del comprador funciona casi siempre como medio de pago. En los países en que impera el régimen capitalista de producción, la fuerza de trabajo no se paga nunca hasta que ha funcionado durante el plazo señalado en el contrato de compra. Sin embargo, el que el dinero funcione como medio de pago no altera para nada el carácter del cambio de mercancías. El precio de la fuerza de trabajo se fija contractualmente, y la fuerza de trabajo queda vendida, aunque no se pague hasta más tarde. Sin embargo, para enfocar el fenómeno en toda su pureza, es conveniente partir del supuesto provisional de que al poseedor de la fuerza de trabajo se le abona el precio contractualmente estipulado en el momento mismo de venderla. Qué valor de uso obtiene a cambio del dinero que abona el que ha comprado la fuerza de trabajo, el poseedor del dinero, es algo que revelará el conocimiento de lo que ocurre en el taller oculto de la producción. Así se llegará a conocer el secreto de la producción de la plusvalía.

### **Sección tercera**

#### **La producción de la plusvalía absoluta**

El obrero trabaja bajo el control del capitalista. El capitalista se cuida de vigilar que el trabajo que le pertenece se ejecute como es debido y que los medios de producción se empleen convenientemente, racionalmente. El producto es propiedad del capitalista, y no del obrero. El capitalista que paga el valor de un día de fuerza de trabajo, es dueño de utilizar como le convenga, durante un día, el uso de esa fuerza de trabajo. Desde el punto de vista del capitalista, el proceso de trabajo es el consumo de la mercancía fuerza de trabajo comprada por él, si bien sólo la puede consumir facilitándole medios de producción. El producto -propiedad del capitalista- es un valor de uso: hilado, botas, etc. Pero el capitalista no fabrica valores de uso por sí mismos; persigue dos objetivos: producir un valor de uso que tenga un valor de cambio, una mercancía; producir una mercancía cuyo valor cubra y rebase la suma de valores de las mercancías invertidas en su producción, es decir, de los medios de producción y de la fuerza de trabajo. El capitalista aspira a una plusvalía, a un valor mayor. Así, el proceso de producción de la mercancía tiene necesariamente que englobar dos cosas: un proceso de producción y un proceso de creación de valor. El valor de toda mercancía se determina por el tiempo de trabajo, socialmente necesario para su producción. Este criterio rige también para con el producto que va a parar a manos del capitalista como resultado del proceso de trabajo. Corresponde, entonces, ver, ante todo, el trabajo materializado en este proceso. Marx toma un ejemplo: el capital compra en el mercado cierta cantidad de algodón por lo que vale y en cuyo precio se contiene ya, como trabajo social general, el trabajo necesario para su producción. La masa de husos a desgastarse con los demás medios de trabajo para elaborar en hilado el algodón, posee un valor determinado que también resulta del trabajo social necesario para su producción. Entonces, el mismo tiempo de trabajo aparece representado, de una parte, en el valor útil hilado y, de otra parte, en los valores útiles algodón y huso. El hecho de que el huso y el algodón, en vez de yacer inmóviles se combinen en el proceso de la hilatura, convirtiéndose en hilado, no afecta para nada a su valor; es exactamente lo mismo que si se trocasen por un equivalente de hilado mediante un simple cambio. El tiempo de trabajo necesario para producir el algodón forma parte

integrante del tiempo de trabajo necesario para producir el hilado al que sirve de materia prima, y se contiene, por lo tanto, en éste. Y lo mismo acontece con el tiempo de trabajo necesario para producir la masa de husos sin cuyo desgaste o consumo no podría hilarse el algodón. Por consiguiente, cuando se analiza el valor del hilado, el tiempo de trabajo necesario para su producción, se puede considerar como fases distintas y sucesivas del mismo proceso de trabajo los diversos procesos concretos de trabajo, que es necesario recorrer para producir el algodón y la masa de husos consumida, hasta convertir por fin en hilado los husos y el algodón. Todo el trabajo contenido en el hilado es trabajo pretérito. Pero el hecho de que el tiempo de trabajo necesario para la producción de sus elementos integrantes se haya ejecutado antes, mientras que el trabajo invertido directamente para llevar a término el proceso final, el hilar, se halle más cerca del presente, es un hecho absolutamente indiferente. Lo que importa es el total del tiempo de trabajo absorbido por el hilado.

Así, los valores de los medios de producción, el valor del algodón y de los husos, forman parte integrante del valor del hilado, del valor del producto. Esto requiere dos condiciones; 1) que el algodón y los husos sirvan para la fabricación del hilado; 2) que solamente se invierta el tiempo de trabajo necesario bajo las condiciones sociales de producción reinantes, el trabajo socialmente necesario. En el valor del hilado, los medios de producción, o sea, el algodón y los husos, representan una cierta cantidad de pesos que son la materialización de cierto número de jornadas de trabajo. ¿Cuál es la parte de valor que el hiladero, con su trabajo, añade al algodón? Este trabajo ha de ser enfocado aquí desde el punto de vista totalmente distinto de aquel en que uno ha de situarse para analizar el proceso de trabajo. En el proceso de trabajo, todo gira en torno a una actividad encaminada a un fin específico: convertir el algodón en hilado. Pero, enfocado como fuente de valor, el trabajo del hiladero no se distingue absolutamente en nada de los trabajos del plantador de algodón y del fabricante de husos, materializados en los medios de producción del hilado, o de cualquier otro trabajo. Esta identidad es la que permite que el plantar algodón, el fabricar husos y el hilar sean otras tantas partes cuantitativamente distintas del mismo valor total, del valor del hilo. Aquí no se trata de la calidad del trabajo, sino pura y exclusivamente de su cantidad. Y ésta se calcula por una sencilla operación aritmética. Para ello, suponemos que el trabajo de hilar es

trabajo simple, trabajo social medio. Al final de una hora de trabajo, las manipulaciones del hilandero se traducen en una determinada cantidad de trabajo. Aquí una hora de trabajo significa inversión en el algodón de las fuentes vitales del hilandero durante una hora: el trabajo del hilandero sólo interesa en cuanto inversión de fuerza de trabajo y no como la modalidad específica de trabajo que supone el hilar. Las primeras materias y el producto presentan aquí, al igual que el trabajo, una fisonomía completamente distinta de la que presentan cuando se enfocan elementos desde el punto de vista del proceso de trabajo en sentido estricto. Ahora, la materia prima sólo interesa en cuanto absorbe y asimila una determinada cantidad de trabajo. Aquí el producto no es más que el termómetro del trabajo absorbido por el algodón de nuestro ejemplo. Determinadas cantidades de producto sólo representan determinadas cantidades de trabajo, una determinada masa de tiempo de trabajo cuajado.

Para examinar el proceso de creación de valor se ha de comenzar calculando el valor del producto que el capitalista ha obtenido con la fuerza de trabajo y con los medios de trabajo comprados por él. Supóngase que el capitalista compre la fuerza de trabajo de un obrero por un día y le paga por ese día de seis horas de trabajo socialmente necesario, 30 pesos. Supóngase que un kilogramo de algodón represente dos horas de trabajo, es decir, 10 pesos. Con un kilogramo de algodón se puede hilar uno de hilado. Si por cada 100 kilogramos de algodón se desgasta un huso, es decir, 1/100 por kilogramo. En cada huso se hallan incorporadas 20 horas de trabajo que equivalen a 100 pesos. Si en una hora de trabajo se pueden hilar 2 kilogramos de algodón, en 6 horas se hilarán 12 kilogramos. ¿Cuál será, entonces, el valor contenido en un kilogramo de hilado? Ante todo figurarán en este valor los del algodón y de la proporción del huso consumidos y el valor que el trabajo añade al algodón. Hasta ahora el capital no se ha valorizado, no se ha convertido en capital. De la simple suma de valores existentes jamás puede brotar un valor nuevo, la plusvalía. El capitalista podría, entonces, pensar que en adelante comprará la mercancía, lista y terminada, en el mercado, en vez de fabricarla por su cuenta. Pero, si todos los capitalistas hacen lo mismo, ¿de dónde van a salir las mercancías para él? El capitalista ha producido el hilado para venderlo.

En este punto señala Marx, desarrollando su pensamiento, que el capitalista, en nuestro ejemplo, paga al obrero el valor de 30 pesos. El obrero, al incorporar al algodón un valor de 30 pesos, le devuelve un equivalente exacto: son dos valores iguales que se cambian. Analizando los hechos metódicamente, se comprueba: El valor de un día de fuerza de trabajo ascendía a 30 pesos, porque en él se materializaba media jornada de trabajo; es decir, porque los medios de vida necesarios para producir la fuerza de trabajo durante un día costaban media jornada de trabajo. Pero el trabajo pretérito encerrado en la fuerza de trabajo y el trabajo vivo que ésta puede desarrollar, su coste diario de conservación y su rendimiento diario, son dos magnitudes completamente distintas. La primera determina su valor de cambio, la segunda forma su valor de uso. El que para alimentar y mantener en pie la fuerza de trabajo durante veinticuatro horas haga falta media jornada de trabajo, no quiere decir, ni mucho menos, que el obrero no pueda trabajar durante una jornada entera. El valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son, por tanto, dos factores completamente distintos. Al comprar la fuerza de trabajo, el capitalista no perdía de vista esta diferencia de valor. El carácter útil de la fuerza de trabajo, en cuanto apta para fabricar hilado o botas, es *conditio sine qua non*, toda vez que el trabajo, para poder crear valor, ha de invertirse siempre en forma útil. Pero el factor decisivo es el valor de uso específico de esta mercancía, que le permite ser fuente de valor, y de más valor que el que ella misma tiene. He aquí el servicio específico que de ella espera al capitalista. Y, al hacerlo, éste no se desvía ni un ápice de las leyes eternas del cambio de mercancías. En efecto, el vendedor de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, realiza su valor de cambio y enajena su valor de uso. No puede obtener el primero sin desprenderse del segundo. El valor de uso de la fuerza de trabajo, o sea, el trabajo mismo, deja de pertenecer a su vendedor. Si el poseedor de dinero paga el valor de un día de fuerza de trabajo, le pertenece el uso de esta fuerza de trabajo durante un día. El hecho de que la diaria conservación de la fuerza de trabajo no supone más coste que el de media jornada de trabajo, a pesar de poder funcionar, trabajar, durante un día entero “es una suerte bastante grande para el comprador, pero no supone, ni mucho menos, ningún atropello que se cometa contra el vendedor”.

El obrero se encuentra en el taller con los medios de producción necesarios, no para un proceso de trabajo de seis horas, sino de doce. Si 10 kilogramos de algodón absorbían seis horas de trabajo y se transformaban en 10 kilogramos de hilado, 20 kilogramos de algodón absorberán doce horas de trabajo y la pertinente porción de uso y se convertirán en 20 kilogramos de hilado. El resultado a que se llega es que el valor del producto excede en determinada cantidad al valor desembolsado para su producción. Los pesos invertidos arrojan una plusvalía. El dinero se ha convertido en capital.

El capitalista retorna al mercado a vender su mercancía, después de haber comprado las de otros. Y he aquí que saca de la circulación una cierta suma además de lo que invirtió en ella al comenzar. Y todo este proceso, la transformación de dinero en capital, se opera en la órbita de la circulación y no se opera en ella. Se opera por medio de la circulación, pues está condicionado por la compra de la fuerza de trabajo en el mercado de mercancías. No se opera en la circulación, pues este proceso no hace más que iniciar el proceso de valorización, cuyo centro reside en la órbita de la producción.

Al transformar el dinero en mercancías, que luego han de servir de materias para formar un nuevo producto o de factores de un proceso de trabajo; al incorporar a la materialidad muerta de estos factores la fuerza de trabajo viva, el capitalista transforma el valor, el trabajo pretérito, materializado, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo. Si se compara el proceso de creación de valor y el proceso de valorización de un valor existente, se ve que el proceso de valorización no es más que el mismo proceso de creación de valor prolongado a partir de un determinado punto. A su vez, la diferencia entre el trabajo considerado como fuente de valor de uso y el mismo trabajo en cuanto crea valor, se presenta al estudiar los diversos aspectos del proceso de producción. Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor, el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías; como unidad de proceso de trabajo y de proceso de valorización, el proceso de producción es un proceso de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías. para los efectos del proceso de valorización, es de todo punto indiferente el que el trabajo apropiado por

el capitalista sea trabajo simple, trabajo social medio, o trabajo complejo, trabajo de peso específico más alto que el normal.

\* \* \*

Los diversos factores que entran en el proceso de trabajo no intervienen todos por igual en la formación del valor del producto. El obrero añade nuevo valor al objeto sobre el que recae el trabajo, incorporándole una determinada cantidad de trabajo. A su vez, los valores de los medios de producción absorbidos reaparecen en el producto como partes integrantes de su valor. La transformación del valor de los medios de producción en el producto al cual se transfiere, se opera por obra del trabajo, el cual trabajo conserva el valor anterior por la simple adición de un valor nuevo. La adición de nuevo valor al objeto sobre que se trabaja y la conservación de los valores anteriores en el producto, son dos resultados distintos que el obrero crea en el mismo tiempo, aunque sólo trabaje una vez durante él. Este doble resultado se explica por el doble carácter del trabajo. Durante el mismo tiempo, el trabajo, considerado en uno de sus aspectos, crea valor; considerado en el otro aspecto, conserva o transfiere un valor ya creado.

El obrero incorpora tiempo de trabajo y, por consiguiente, valor, siempre única y exclusivamente bajo la forma de su trabajo productivo peculiar. La forma apta para un fin en que el obrero incorpora a una materia trabajo en general, convierte a los medios de producción en elementos integrantes de un producto, de un nuevo valor de uso. El obrero conserva los valores de los medios de producción desgastados, los transfiere como elementos de valor al producto, incorporándoles trabajo abstracto, sólo por el carácter útil concreto, por la forma específicamente productiva del trabajo que incorpora. Si el trabajo específico, productivo, del obrero no fuese, por ejemplo, hilar, no transformaría el algodón en hilo, ni, por tanto, transferiría a éste los valores del algodón y de los husos. Y si el obrero cambia de oficio y se hace carpintero, seguirá añadiendo valor a su material con cada jornada de trabajo. Por eso, lo que añade valor es su trabajo social, abstracto, general. Si este trabajo añade una determinada magnitud de valor, no es porque tenga un carácter útil específico, sino porque dura un determinado tiempo. De esto fluye que, en su aspecto abstracto general, considerado como aplicación de la fuerza

humana de trabajo sin más, el trabajo del hilandero añade nuevo valor a los valores del algodón y de los husos, y en su aspecto concreto, específico útil, enfocado como proceso de hilar, transfiere el valor de estos medios de producción al producto, conservando así en éste su valor. Esto explica el doble carácter del resultado del trabajo durante el mismo tiempo. El carácter del trabajo como conservador de valores durante el mismo proceso invariable es sustancialmente distinto de su carácter como fuente de valor nuevo. Cuanto mayor es el tiempo de trabajo necesario absorbido durante la operación de hilado por la misma cantidad de algodón, tanto mayor, también, el valor nuevo que al algodón se añade; y a medida que aumentan los kilogramos de algodón que se hilan durante el mismo tiempo de trabajo, aumenta también el valor antiguo conservado en el producto. Si las condiciones técnicas del proceso de hilado no se alteran, ni se opera tampoco ningún cambio de valor en los medios de producción, el hilandero seguirá consumiendo durante el mismo tiempo de trabajo cantidades iguales de materia prima y maquinaria por un valor igual. En este caso, el valor que conserve en el producto está en razón directa al nuevo valor que le añade. Permaneciendo invariables las condiciones de producción dadas, el obrero conservará tanto más valor cuanto mayor valor incorpore, pero no conservará más valor porque incorpore más valor, sino porque lo incorpora bajo condiciones invariables e independientes de su propio trabajo. En un sentido relativo, puede decirse que el obrero conserva siempre los valores creados en la misma proporción en que añade nuevo valor.

Al producto sólo pasa el valor que los medios de producción pierden como tales medios de producción. Y los factores materiales del proceso de trabajo no se comportan todos idénticamente en este respecto. El carbón que se quema en la máquina desaparece sin dejar rastro. Las materias primas forman la sustancia del producto, aunque cambiando de forma. Materias primas y materias auxiliares, como el color y otras, pierden la forma independiente con que entran, como valores de uso, en el proceso de trabajo. No acontece así con los medios de trabajo en sentido estricto. Un instrumento, una máquina, un edificio fabril, un recipiente, etc., sólo prestan servicio en el proceso de trabajo mientras conservan su forma primitiva, y mañana vuelven a presentarse en el proceso de trabajo bajo la misma forma que tenían ayer. Los cadáveres de las máquinas, herramientas, edificios fabriles, etc., no se confunden jamás con los

productos que contribuyen a crear. Si una máquina de hilar tiene 10 años de vida, su valor total pasará al producto decenal durante un proceso de 10 años. La experiencia enseña cuánto tiempo vive, por término medio, un medio de trabajo. Si el valor de uso de una máquina en el proceso de trabajo no dura más que seis días, cada día de trabajo supondrá para ella, por término medio, la pérdida de  $1/6$  de su valor de uso, es decir, cada día que trabaje transferirá al producto  $1/6$  de su valor. Allí donde al producto se incorporan medios de producción que brinda la naturaleza sin la mediación de la mano del hombre -la tierra, el aire, el agua, etc.- estos medios contribuyen a crear un valor de uso sin intervenir en la creación de un valor de cambio.

Otro interesante fenómeno hay. Supóngase que una máquina valga 100.000 pesos y tenga 1000 días de vida. Ello querrá decir que cada día que funcione transferirá a su producto diario un milésimo de su valor. Pero, aunque su fuerza vital disminuya, la máquina seguirá actuando en conjunto en el proceso de trabajo. Tenemos, pues, aquí, un factor del proceso de trabajo, un medio de producción, que es totalmente absorbido por el proceso de trabajo, pero que sólo desaparece en parte en el proceso de valorización. La diferencia existente entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización se refleja aquí en sus factores materiales, puesto que el mismo medio de producción, considerado como elemento del proceso de trabajo cuenta íntegramente, y en cuanto elemento del proceso de creación de valor, sólo cuenta fragmentariamente en el mismo proceso de producción. También puede ocurrir que un medio de producción sea íntegramente absorbido por el proceso de valorización y sólo intervenga fragmentariamente en el proceso de trabajo. Supongamos que al hilar el algodón, de cada 115 kilogramos diarios haya 15 que no den hilo, sino desperdicio. A pesar de ello, si este desperdicio es normal, inseparable de la elaboración media del algodón, el valor de los 15 kilogramos de algodón perdidos se transfiere al valor del hilo, ni más ni menos que el valor de los 100 kilogramos que forman su sustancia. Esta pérdida de algodón es una de tantas condiciones de producción del hilo. Los medios de producción sólo transfieren un valor a la nueva forma del producto en la medida en que, durante el proceso de trabajo, pierden valor bajo la forma de su antiguo valor de uso. Los medios de producción no pueden jamás añadir al producto más valor que el que ellos mismos poseen independientemente del proceso de trabajo al que sirven. El conservar

valor añadiendo valor, es un don natural de la fuerza de trabajo puesta en acción, de la fuerza de trabajo viva, un don natural que al capitalista le rinde mucho, pues supone para él la conservación del valor de su capital.

Supóngase que el proceso de producción se interrumpe en el punto en que el obrero produce un equivalente del valor de su fuerza propia de trabajo, en que, por ejemplo, después de seis horas de trabajo, crea un valor de 30 pesos. Este valor forma el remanente del valor del producto sobre la parte integrante que se debe al valor de los medios de producción. Es el único valor original que ha brotado dentro de este proceso, la única parte de valor del producto creada por el propio proceso, que sólo repone el dinero adelantado por el capitalista al comprar la fuerza de trabajo e invertido por el obrero en adquirir medios de vida. En relación con los 30 pesos desembolsados, el nuevo valor de 30 pesos parece una simple reproducción. Pero es una reproducción real y no aparente, como la del valor de los medios de producción. Aquí, la sustitución de un valor por otro se opera mediante una creación de nuevo valor. Pero, el proceso de trabajo se remonta sobre el punto en que reproduce y añade al objeto sobre que recae un simple equivalente del valor de la fuerza de trabajo. En vez de las seis horas que bastan para eso, el proceso de trabajo dura, por ejemplo, doce horas, si se trata de una jornada laboral de doce horas. Por tanto, la fuerza de trabajo puesta en acción no se limita a reproducir su propio valor, sino que produce un valor nuevo. Esta plusvalía forma el remanente del valor del producto sobre el valor de los factores del producto consumidos, es decir, los medios de producción y la fuerza de trabajo.

De esta manera quedan, según Marx, definidas las funciones de las diversas partes integrantes del capital en su propio proceso de valorización.

Los medios de producción, de una parte, y, de otra, la fuerza de trabajo no son más que dos diversas modalidades de existencia que el valor originario del capital reviste al desnudarse de su forma de dinero para transformarse en los dos factores del proceso de trabajo. La parte de capital que se invierte en medios de producción, es decir, en primeras materias, materias auxiliares e instrumentos de trabajo, no cambia de magnitud de valor en el proceso de producción. Marx le da el nombre de

“capital constante”. A su vez, la parte de capital que se invierte en fuerza de trabajo cambia de valor en el proceso de producción. Reproduce su propia equivalencia y crea un remanente, la plusvalía, que puede también variar siendo más grande o más pequeño. Es el “capital variable”. La distinción entre capital constante y capital variable en el proceso de valorización corresponde a la distancia entre factores objetivos y subjetivos, medios de producción y fuerza de trabajo, desde el punto de vista del proceso de trabajo.

El concepto de capital constante no excluye la posibilidad de una modificación en el valor de los elementos que lo integran. El kilogramo de algodón puede, a consecuencia de una mala cosecha, aumentar su precio de 10 pesos a 20. El algodón viejo que continúe elaborándose añadiría al producto un valor de veinte pesos, a pesar de haberse comprado a razón de 10. Y lo mismo ocurriría con el algodón ya elaborado, que podría incluso circular en el mercado convertido en hilo: añadiría también al producto el doble de su primitivo valor. Estas alteraciones de valor son independientes de la valorización del algodón en el proceso mismo del hilado. El algodón viejo podría revenderse a 20 pesos en vez de a 10, aun sin necesidad de que el proceso de trabajo se hubiese iniciado siquiera. Aquí, el cambio de valor brota en el proceso que produce el algodón, pero no en el proceso en que éste funciona como medio de producción y, por tanto, como capital constante.

El valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo contenida en ella, pero, a su vez, esta cantidad está socialmente determinada. Si varía el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción, este cambio repercute sobre las viejas mercancías. Y al igual que ocurre con el valor de las primeras materias, también el valor de los medios de trabajo, maquinaria, etc., empleados en el proceso de producción, puede cambiar, cambiando también, por tanto, la parte de valor que transfieren al producto. Si gracias a un nuevo invento se llega a reproducir con menor costo maquinaria de la misma clase, la maquinaria antigua resultará más o menos depreciada y transferirá, por tanto, al producto una parte relativamente más pequeña de valor. Pero, aquí, el cambio de valor brota también al margen del proceso de producción en que la máquina funciona como medio productivo. Dentro de este proceso, la máquina no puede jamás transferir más valor que el que ella misma

posea independientemente de él. Los cambios sobrevenidos en el valor de los medios de producción, aunque puedan repercutir cuando se dan después de incorporarse al proceso de trabajo, no hacen modificar su carácter de capital constante. Del mismo modo, los cambios que pueden surgir en cuanto a la proporción entre capital constante y capital variable, no alteran tampoco su diferencia funcional

\* \* \*

La valorización del valor del capital desembolsado, que designamos con la letra C, se presenta a primera vista como el remanente del valor del producto sobre la suma del valor de sus elementos de producción. El capital C se descompone en dos partes: una suma de dinero, c, invertida en medios de producción, y otra suma de dinero, v, invertida en fuerza de trabajo; c representa la parte de valor convertida en capital constante, v, la que se convierte en capital variable. Al comenzar el proceso,  $C = c + v$ , por ejemplo, el capital de 500 pesos desembolsado = 420 pesos (c) + 90 pesos (v). Al terminar el proceso de producción, brota una mercancía cuyo valor es  $= (c + v) + p$ , representando p la plusvalía; así por ejemplo, 410 pesos (c) + 90 pesos (v) + 90 pesos (p). El capital primitivo C se ha convertido en C', de 500 pesos en 590. La diferencia entre ambas cantidades es 0 p, y representa la plusvalía de 90.

El valor del capital variable -valor de la fuerza de trabajo comprada por el capitalista- determina la parte necesaria de la jornada de trabajo La plusvalía, a su vez, está determinada por la parte restante de esta jornada de trabajo. Resulta, entonces, que la plusvalía guarda con el capital variable la misma relación que el trabajo excedente con el trabajo necesario para la subsistencia del obrero. La cuota de plusvalía es, por tanto, la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital o del obrero por el capitalista. En el ejemplo concreto que Marx utiliza, aunque no conozcamos la duración absoluta de la jornada de trabajo, ni el período del proceso de trabajo (días, semanas, etc.) ni conozcamos tampoco, finalmente, el número de obreros que el capital variable de 90 pesos pone en acción simultáneamente, la cuota de plusvalía revela con toda precisión, por su convertibilidad en trabajo excedente / trabajo necesario, la proporción que media entre las dos partes integrantes de la jornada de trabajo. Esta proporción era, para Marx, del

100 por 100. Es decir, el obrero trabaja la mitad de la jornada para sí y la otra mitad para el capitalista. Cuando Marx escribía *El Capital*, el obrero invertía más de la mitad de su jornada de trabajo en producir una plusvalía que luego se repartía entre varias personas.

La suma de trabajo necesario y del trabajo excedente, del espacio de tiempo en que el obrero repone el valor de su fuerza de trabajo y aquel en que produce la plusvalía, forma la jornada de trabajo. Decirlo importa plantear, justamente, como tema de estudio el de esta jornada. Marx partía del supuesto de que la fuerza de trabajo se compra y vende por su valor, el cual valor se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción. Por tanto, si la producción de los medios de vida del obrero, exige, un día con otro, 6 horas, deberá trabajar también 6 horas diarias por término medio, para producir su fuerza diaria de trabajo o reproducir el valor obtenido con su venta. La parte necesaria de su jornada de trabajo asciende, entonces, a 6 horas y representa, como se ve, siempre que las demás condiciones no varíen, una magnitud determinada. Pero esto no dice por sí solo cuál sea la duración de la jornada de trabajo. supongamos que la línea a----b representa la duración o longitud del tiempo de trabajo necesario, digamos 6 horas,. Alargando 1, 3, ó 6 horas, etc., el trabajo representado por la línea a-----b, obtenemos los tres esquemas siguientes: Jornada de trabajo I: a----b-c; jornada de trabajo II: a-----b---c; jornada de trabajo III: a-----b-----c, que representan tres distintas jornadas de trabajo de 7, 9 y 12 horas respectivamente. La línea de prolongación b-c representa la longitud de trabajo excedente. Como la jornada de trabajo es = a-b-c, es decir, a-c. varía al variar la magnitud variable b---c. Las variaciones de esta pueden medirse siempre por comparación con la magnitud constante a-b. En la jornada de trabajo I, la proporción es de 1/6, en la jornada de trabajo II es de 3/6, en la jornada de trabajo III, es de 6/6. Además, como la razón tiempo de trabajo necesario / tiempo de trabajo excedente determina la cuota de plusvalía, para obtener ésta no hay más que establecer aquella proporción.

Las oscilaciones de la jornada de trabajo se contienen dentro de límites físicos y sociales. Mas, unos y otros tienen un carácter muy elástico y dejan el más amplio margen. Así se explica que en la época de Marx hubiera jornadas de trabajo de 8, 10, 12, 14, 16 y 18 horas, es decir, de la más diversa duración.

El capitalista compra la fuerza de trabajo por su valor diario y tiene el derecho de hacer trabajar al obrero a su servicio durante un día. Pero, ¿qué se entiende por un día de trabajo? Menos, desde luego, de un día natural. ¿Con cuánto menos? Al capitalista como tal sólo le interesa crear plusvalía, trabajo excedente. Pero, de pronto se alza la voz del obrero.. El capitalista, pugnando por alargar todo lo posible la jornada de trabajo, llega, incluso, si puede, a convertir una jornada de trabajo en dos. así, el capitalista afirma sus derechos de comprador. DE otra parte, el carácter específico de la mercancía vendida entraña un límite opuesto a su consumo por el comprador, y, al luchar por reducir a una magnitud normal determinada la jornada de trabajo, el obrero reivindica sus derechos de vendedor. Nos encontramos, pues, ante dos derechos encontrados, sancionados ambos por la ley que rige el intercambio de mercancías. Entre derechos iguales y contrarios, decide la fuerza. Por eso, en la historia de la producción capitalista, la reglamentación de la jornada de trabajo se revela como una lucha que, en torno a los límites de la jornada, libran, de un lado, la clase capitalista y, del otro, la clase obrera.

Marx se detiene en la jornada de trabajo de niños y de adultos en Inglaterra. Observa, por ejemplo, cómo en diversas ramas industriales, ramas fatigosísimas, la jornada oficial de trabajo de cada obrero ascendía por lo regular a 12 horas, diurnas o nocturnas. Pero el trabajo extraordinario después de cubierta esta jornada era, en muchos casos, según palabras de un informe oficial inglés, algo verdaderamente espantoso. Se aplicaba, además, un sistema que tendía a evitar interrupciones en las tareas.

El establecimiento de una jornada normal de trabajo es el fruto de una lucha prolongada entre capitalistas y obreros. En la historia de esta lucha se destacan dos fases contrapuestas. Mientras que las modernas leyes fabriles acortan obligatoriamente la jornada de trabajo, en los días de Marx, los estatutos del trabajo, que rigieron en Inglaterra en el período desde el siglo XIV hasta la mitad del siglo XVIII, tendían en cambio, a alargarla. En ese período, las condiciones económicas no gravitaban todavía con suficiente fuerza y, por eso, tenía que intervenir el Estado para asegurarle al capital, con su protección, el derecho a absorber una cantidad bastante grande de trabajo excedente. Hubieron de pasar siglos

hasta que el obrero “libre”, al desarrollarse el régimen capitalista de producción, se vio obligado por las condiciones sociales a vender todo el tiempo activo de su vida y hasta su propia capacidad de trabajo simplemente para poder comer.

Marx trae referencias sobre la jornada de trabajo en distintas épocas históricas. Luego, señala que bien entrado el siglo XVIII y lindando ya con la época de la gran industria, el capital, en Inglaterra, no había conseguido todavía adueñarse de la semana íntegra del obrero, ni aun pagándole el valor semanal de la fuerza de trabajo: la única excepción eran los obreros de la campaña. El hecho de que con el jornal de cuatro días pudiesen vivir una semana entera no les parecía a los obreros razón bastante para trabajar también a beneficio del capitalista los otros dos días. Una parte de los economistas ingleses denunciaba desafortadamente este abuso; otros, defendían a los obreros. De manera particular se detiene Marx en la lucha por la jornada normal de trabajo, en la restricción legal del tiempo de trabajo y, específicamente, en la legislación fabril inglesa desde 1833 a 1864.

De la simple ilación de los hechos históricos que relata y que sería inoficioso recordar, deduce Marx dos consecuencias:

Primera: En las industrias revolucionadas primeramente por el agua, el vapor y la maquinaria, es decir, en las industrias en que nace el moderno régimen de producción, en las fábricas de hilados y tejidos de algodón, lana, lino y seda, es donde primero se sacia el hambre del capital con la prolongación desenfrenada de la jornada de trabajo. El nuevo régimen material de producción y las nuevas condiciones sociales de los productores, creadas por él, determinan los abusos desmedidos, provocando, luego, como reacción, el control social que restringe, regula y uniforma la jornada de trabajo, con sus correspondientes descansos. He aquí por qué durante la primera mitad del siglo XIX adopta la forma de una legislación puramente excepcional. Mas, tan pronto como la legislación hubo conquistado la zona nativa del nuevo régimen de producción, se descubrió que, entre tanto, se habían acogido al verdadero régimen fabril muchas otras ramas de producción. El legislador vióse, entonces, forzado a ir despojando gradualmente a dichas leyes de su carácter de excepción.

Segunda: La historia de la reglamentación de la jornada de la jornada de trabajo, en algunas ramas de producción, y, en otras, la lucha todavía persistente en torno a esta reglamentación, demostraban palpablemente en tiempo de Marx que, al alcanzar un cierto nivel de progreso la producción capitalista, el obrero aislado, el obrero como vendedor "libre" de su fuerza de trabajo, se halla totalmente indefenso frente al capital. La creación de una jornada normal de trabajo es, por tanto, fruto de una larga y difícil guerra civil, más o menos encubierta, entre la clase capitalista y la clase trabajadora. Esta lucha se entabla primeramente en el campo de la industria moderna; por eso es lógico que sus primeras manifestaciones se hayan dado en el país nativo de la moderna industria: Inglaterra. Y así fue cómo, donde antes se alzaban los "Derechos inalienables del Hombre" apareció luego la modesta *Magna Charta* de la jornada legal de trabajo, que establecía "dónde termina el tiempo vendido por el obrero y dónde empieza aquél de que él puede disponer".

\* \* \*

El valor de la fuerza de trabajo, o sea, la parte de la jornada de trabajo necesaria para la reproducción o conservación de la fuerza de trabajo, es una magnitud dada, una magnitud constante. La cuota de plusvalía indica la masa de plusvalía que un determinado obrero rinde al capitalista en un período de tiempo dado. Si el trabajo necesario representa 6 horas diarias, expresadas en una cierta cantidad de oro, se tiene que esta cantidad de oro es el valor desembolsado para comprar una fuerza de trabajo durante un día. Y si la cuota de plusvalía es del 100 por ciento, este capital variable de -traduciéndolo a términos de nuestra moneda- 100 pesos, producirá una masa de plusvalía de 100 pesos, es decir, el obrero rendirá una masa de plusvalía de 6 horas diarias. Y el valor del capital variable será, por tanto, igual al valor medio de una fuerza de trabajo multiplicado por el número de las fuerzas de trabajo empleadas. Por consiguiente, sabiendo el valor de la fuerza de trabajo, la magnitud del capital variable estará en razón directa al número de obreros simultáneamente empleados. A su vez, la masa de plusvalía producida es igual a la plusvalía que rinde la jornada de trabajo de cada obrero multiplicada por el número de obreros empleados. Pero como, además, dado el valor de la fuerza de trabajo, la masa de plusvalía que produce cada obrero depende de la cuota de

plusvalía, se tiene esta primera ley: La masa de plusvalía producida es igual a la magnitud del capital variable desembolsado, multiplicado por la cuota de plusvalía, o, lo que es lo mismo, se determina por la relación compleja entre el número de las fuerzas de trabajo explotadas simultáneamente por el mismo capitalista y el grado de explotación de cada fuerza de trabajo de por sí. Si el capital variable disminuye, aumentando al mismo tiempo y en la misma proporción la cuota de plusvalía, la masa de plusvalía producida permanece invariable. Y, por el contrario, la disminución de la cuota de plusvalía deja intangible la masa de plusvalía producida, siempre que aumenten en la misma proporción la magnitud del capital variable o el número de obreros empleados.

Sin embargo, la compensación del número de obreros o de la magnitud del capital variable mediante el aumento de la cuota de plusvalía o la prolongación de la jornada de trabajo, tienen sus límites infranqueables.

Entonces: el límite absoluto de la jornada media de trabajo, que es siempre, por naturaleza, inferior a 24 horas, opone un límite absoluto a la posibilidad de compensar la disminución del capital variable aumentando la cuota, o el número menor de obreros explotados aumentando el grado de explotación de la fuerza de trabajo. Esta ley ayuda a explicar muchos fenómenos que brotan de la tendencia, que más tarde se explicará, del capital a reducir todo lo posible el número de obreros por él empleados, o lo que es lo mismo, su parte variable, en aparente contradicción con otra tendencia suya: la de producir la mayor masa posible de plusvalía.

Otra ley se desprende del hecho de que la masa de plusvalía producida está determinada por los dos factores, cuota de plusvalía y magnitud del capital variable desembolsado. Dada la cuota de plusvalía o grado de explotación de la fuerza de trabajo y el valor de ésta o la magnitud del tiempo de trabajo necesario, es evidente que cuanto mayor sea el capital variable tanto mayor será también la masa del valor y la plusvalía producidos. Dado el límite de la jornada de trabajo y dado también el límite del tiempo de trabajo necesario, la masa de valor y plusvalía que puede producir un capitalista determinado depende sólo de la masa de trabajo que ponga en acción. Y ésta, a su vez, depende, siempre bajo los supuestos que se acaban de indicar, de la masa de fuerza de trabajo o del

número de obreros que explote, el cual está, por su parte, condicionado por la magnitud del capital variable que el patrono desembolse. Dada la cuota de plusvalía y dado también el valor de la fuerza de trabajo, las masas de plusvalía producida se hallan, pues, en razón directa a las magnitudes del capital variable desembolsado. Ahora bien, el capitalista divide su capital en dos partes. Una la invierte en medios de producción; es una parte **constante** del capital. Otra la aplica a fuerza de trabajo viva; es la parte **variable**. Aun siendo el mismo el régimen de producción, la división del capital en partes variable y constante difiere según las distintas ramas de producción. Y dentro de la misma rama de producción, la proporción cambia al cambiar la base técnica y la combinación social del proceso de proceso de producción. Pero, la ley que Marx ha dejado sentada no se altera, a su juicio, cualesquiera que sean las proporciones en que se descomponga un capital dado en constante y variable. Marx concluye que la ley formulada más arriba reviste esta forma: las masas de valor y de plusvalía producidas por capitales distintos, están suponiendo que se trate de valores dados y de grados de explotación de la fuerza de trabajo iguales, en razón directa a las magnitudes de la parte variable de aquellos capitales. Esta ley se halla en contradicción con la experiencia basada en la observación vulgar. Todo el mundo sabe que el fabricante de hilados de algodón que, incluyendo el tanto por ciento del capital global desembolsado, invierte en proporción más capital constante que variable, no obtiene por ello una ganancia o una plusvalía menor que el panadero, a pesar de que éste pone en movimiento mucho más capital variable que constante. Para resolver esta aparente contradicción, aclara Marx, son necesarios aún muchos eslabones.

El trabajo puesto en movimiento un día con otro por el capital global de una sociedad puede ser considerado como **una única jornada de trabajo**. Si el número de obreros que trabajan es un millón y la jornada de trabajo media de un obrero es de 10 horas, la jornada social de trabajo será de 10 millones de horas. Partiendo de una duración dada de esta jornada de trabajo, la masa de plusvalía sólo puede aumentar aumentando el número de obreros, es decir, la población trabajadora. El incremento de la población constituye aquí el límite matemático con que tropieza la producción de plusvalía por el capital global de la sociedad. Y, a la inversa, si se parte de una magnitud de población dada, este límite lo traza

la posible prolongación de la jornada de trabajo. Esta ley sólo rige para la forma de plusvalía que Marx estudia aquí.

Para que haya **capital** es necesario que se concentre en manos de un poseedor de dinero o de mercancías un *mínimum* determinado de dinero o de valores de cambio. La mínima expresión del capital variable es el precio de coste de una sola fuerza de trabajo, de la fuerza de trabajo de un solo obrero, empleada durante todo el año, un día con otro, para la obtención de plusvalía. Si este obrero contase con medios de producción propios y se bastase a sí mismo para vivir como obrero, sólo necesitaría trabajar el tiempo indispensable para reproducir sus medios de vida, por ejemplo, 8 horas diarias, y, por consiguiente no necesitaría tampoco más que medios de producción para 8 horas por día. En cambio, el capitalista, que además, de estas 8 horas le hacía rendir, por ejemplo, en tiempo de Marx, 4 horas diarias de trabajo excedente, necesita contar con una suma de dinero adicional para adquirir los medios de producción adicionales. Sin embargo, bajo el supuesto de que se parte aquí, para poder vivir como un obrero de la plusvalía diaria acumulada, es decir, para poder cubrir sus necesidades más perentorias, el capitalista necesitaría dar trabajo a dos obreros por lo menos. Si así fuese, la finalidad de su producción sería simplemente ganar para vivir y no incrementar su riqueza, como ocurre en la producción capitalista. Para poder vivir doble de bien que un simple obrero y volver a convertir en capital la mitad de la plusvalía producida, tendría que multiplicar por ocho el número de obreros que emplea y el mínimo de capital desembolsado. Claro que también él puede intervenir directamente en el proceso de producción, como un obrero más, pero en este caso no será más que un término medio entre el capitalista y el obrero: un “pequeño maestro”. Y al llegar a un cierto nivel de desarrollo, la producción capitalista exige que el capitalista invierta todo el tiempo en controlar el trabajo de otros y en vender los productos de este trabajo. El poseedor de dinero o de mercancías sólo se convierte en verdadero capitalista allí donde la suma mínima desembolsada en la producción rebasa con mucho la tasa máxima de la Edad Media, cuando se quería impedir que el maestro se hiciera capitalista. Aquí, dice Marx, como en las ciencias naturales, se confirma la exactitud de aquella ley descubierta por Hegel en su *Lógica* según la cual, allegar a un cierto punto, los cambios puramente cuantitativos se truecan en diferencias cualitativas. Ahora bien, el mínimo de suma de valor de que debe disponer un

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO I, SECCIÓN III*

poseedor de dinero o de mercancías para transformarse en capitalista varía con las distintas etapas de desarrollo de la producción capitalista y, dentro de cada una de estas etapas, con las diversas esferas de producción, según las condiciones técnicas especiales imperantes en cada una de ellas.

En las páginas precedentes vimos como Marx se ha ocupado de la producción de la “plusvalía absoluta”. En las siguientes veremos su exposición sobre la producción de la “plusvalía relativa”.

LEÓN DUJOVNE

## **Sección cuarta**

### **La producción de la plusvalía relativa**

El obrero, después de cubrir el trabajo necesario para producir un equivalente del valor de la fuerza de trabajo abonada por el capital, puede seguir trabajando 2, 3, 4, 6 y más horas. De la magnitud de esta prolongación dependen la cuota de plusvalía y la duración de la jornada de trabajo. Así, el tiempo de trabajo necesario es constante; en cambio, la jornada de trabajo total es una magnitud variable. ¿De qué modo se puede acrecentar la producción de plusvalía, el trabajo excedente, sin alargar más la jornada o independientemente de cualquier prolongación de ella? Si se toma una jornada de 12 horas de las que 10 son de trabajo necesario, para que el excedente pudiera prolongarse de 2 horas a 3, es indispensable que el trabajo necesario se comprimiera de 10 horas a 9. En estas condiciones, la prolongación del trabajo excedente exige que una parte del tiempo de trabajo que el obrero venía empleando para sí mismo se convierta en tiempo de trabajo para el capitalista.

La magnitud del trabajo excedente se obtiene descontando de la jornada total el tiempo de trabajo necesario. Si de 12 horas sacamos 10, quedan 2, y no es fácil comprender que, en las condiciones de nuestro ejemplo, pueda prolongarse el trabajo excedente más de 2 horas. Pero, el capitalista puede hacer descender el salario del obrero por debajo del valor de su fuerza de trabajo. Por este camino, el trabajo excedente se prolongaría a costa de rebasar sus límites normales, sus dominios se extenderían mediante una usurpación del terreno reservado al tiempo de trabajo necesario. Por el momento, este método, que desempeña un papel muy importante en el movimiento real de los salarios, queda excluido de las consideraciones de Marx. Es evidente que el tiempo de trabajo necesario para producir la fuerza de trabajo o reproducir su valor no disminuirá por el mero hecho de que el salario del obrero quede por debajo del valor de su fuerza de trabajo, sino que para ello será indispensable que disminuya este mismo valor. Dada la duración de la jornada de trabajo, el trabajo excedente sólo puede prolongarse reduciendo el tiempo de trabajo necesario, pero, no al revés, acortarse el tiempo de trabajo necesario prolongando el trabajo excedente. Es decir, se hace indispensable que la capacidad productiva del trabajo aumente, que

ocurra una revolución en el régimen de producción, y, por tanto, en el propio proceso de trabajo. Entonces, para conseguir su propósito el capital tiene, ahora, que transformar las condiciones técnicas y sociales del proceso de trabajo.

Marx llama “plusvalía absoluta” a la producida mediante la prolongación de la jornada de trabajo; llama “plusvalía relativa” a la que proviene de la reducción del tiempo de trabajo necesario, con el consiguiente cambio en cuanto a la proporción de magnitudes entre ambas partes de l jornada de trabajo. Ya hemos visto lo que tuvo que decir sobre la primera. Ahora veremos sus ideas sobre la segunda. Para que disminuya el valor de la fuerza de trabajo, el aumento de la capacidad productiva de éste tiene que afectar a ramas industriales cuyos productos determinan aquel valor y que, consiguientemente, figuren entre los medios de vida habituales o puedan suplirlos. Pero el valor de una mercancía no depende solamente de la cantidad de trabajo que le imprime la forma con que se lanza al mercado, sino que depende también de la masa de trabajo contenida en sus medios de producción. El aumento de la capacidad productiva y el correspondiente abaratamiento de las mercancías en aquellas industrias que suministran los elementos materiales del capital constante, los instrumentos de trabajo y los materiales para la elaboración de los medios de vida necesarios, contribuyen, por tanto, a hacer bajar el valor de la fuerza de trabajo. En cambio, si se da en ramas de producción que no suministran medios de vida necesarios ni medios de producción para fabricarlos, el aumento de la capacidad productiva deja intacto aquel valor.

Aquí Marx no trata de analizar cómo se manifiestan en la dinámica externa de los capitales las leyes inmanentes de la producción capitalista, cómo se imponen a manera de otras tantas leyes imperativas de la concurrencia y cómo, por tanto, se revelan a la conciencia del capitalista individual en cuanto motivos propulsores. Pero lo que desde luego puede, a su juicio, afirmarse es que para analizar científicamente el fenómeno de la concurrencia es necesario comprender la estructura interna del capital. Observa que el valor real de una mercancía no lo indica su valor individual, sino su valor social; se mide por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Por eso, si un capitalista empleando nuevos métodos vende su mercancía por su valor social de un

peso, la venderá, por ejemplo, 30 céntimos por encima de su valor individual, realizando así una plusvalía extraordinaria de 30 céntimos. Mas, por otra parte, la jornada de trabajo de 12 horas, que antes arrojaba, por ejemplo, 12 piezas de la mercancía fabricada, arroja, ahora, para él, 24. Por tanto, para dar salida al producto de una jornada de trabajo, este productor necesitará contar con doble demanda o con un mercado doblemente mayor. Suponiendo que las demás circunstancias no varíen, sus mercancías sólo lograrán conquistar un mercado mayor a fuerza de reducir el precio. El fabricante colocado en esta situación se verá, pues, obligado a vender sus productos por encima de su valor individual, pero por debajo de su valor social. Esto le permitirá, a pesar de todo, sacar de cada pieza vendida una plusvalía extraordinaria de, supongamos, 10 céntimos. Y este beneficio extraordinario lo favorece, aunque su mercancía no figure entre los medios de vida indispensables y aunque, por tanto, no contribuya a determinar el valor general de la fuerza de trabajo. Como se ve, aun prescindiendo de esta circunstancia, todo capitalista individual tiene sus motivos para abaratar las mercancías intensificando la fuerza productiva del trabajo. Sin embargo, aun en este caso, la producción mayor de plusvalía tiene su fuente en la reducción del tiempo de trabajo necesario y en la consiguiente prolongación del trabajo excedente.

El valor de las mercancías está en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo. Y otro tanto acontece con el valor de la fuerza de trabajo, ya que éste se halla determinado por los valores de las mercancías. En cambio, la plusvalía relativa está en razón directa a la fuerza productiva del trabajo, aumentando cuando ésta aumenta, y disminuyendo cuando ella disminuye. Y, por eso, es afán inmanente y tendencia persistente del capital reforzar la productividad del trabajo, para de este modo abaratar las mercancías, y con ellas los obreros. Al capitalista que produce la mercancía le tiene sin cuidado, de suyo, el valor absoluto que ella tenga. A él sólo le interesa la plusvalía que encierra y que puede realizar en el mercado. La realización de la plusvalía incluye ya por sí misma la reposición del valor que se desembolsó. La plusvalía relativa aumenta en razón directa al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, mientras que el valor de las mercancías disminuye en razón inversa a este desarrollo, siendo, por tanto, el mismo proceso que abarata las mercancías el que hace aumentar la plusvalía contenida en ellas. Este hecho aclara el

misterio del que el capitalista, a quien sólo interesa la producción de valor de cambio, tienda constantemente a reducir el valor de cambio de sus mercancías.

Así, en la producción capitalista, la economía del trabajo mediante el desarrollo de su fuerza productiva tiende simplemente a acortar el tiempo de trabajo necesario para la producción de una determinada cantidad de mercancías. Lo que con ella se busca es acortar la parte de la jornada durante la que el obrero trabaje para sí mismo, a fin de alargar la otra parte de la jornada, durante la cual tiene que trabajar gratis para el capitalista.

Marx estudia los diversos métodos de producción de la plusvalía relativa. Señala hasta qué punto puede alcanzarse este resultado sin necesidad de abaratar las mercancías.

El primer método de producción que examina es el de la “cooperación” en el trabajo.

La producción capitalista tiene, histórica y lógicamente, su punto de partida en la reunión de un número relativamente grande de obreros que trabajan la mismo tiempo, en el mismo campo de trabajo, en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista. La manufactura, por ejemplo, apenas se distingue en sus orígenes de la industria gremial del artesanado más que por el hecho de haberse ampliado el taller del maestro artesano. Así, en un principio la diferencia es meramente cuantitativa. A primera vista, lo mismo daría que 1.000 obreros produzcan aislada o conjuntamente, bajo el mando del mismo capital. Sin embargo, dentro de ciertos límites, la cosa cambia. El trabajo materializado en el valor es trabajo de calidad social media, aplicación de una fuerza media de trabajo. Pero, para obtener una magnitud media, es necesario reunir muchas magnitudes individuales de la misma especie. Las divergencias individuales dentro de una misma rama industrial, que matemáticamente se llaman “errores”, se compensan y desaparecen en cuanto se reúne un número relativamente grande de obreros. El productor individual, si quiere acogerse íntegramente a la ley de la valorización, tiene que producir como capitalista, es decir, emplear muchos obreros al mismo tiempo, poniendo en acción trabajo social

medio. El empleo simultáneo de un número relativamente grande de obreros revoluciona también las condiciones objetivas del proceso de trabajo, aunque el régimen de trabajo no varíe. Esto permite utilizar colectivamente en el proceso de trabajo, no sólo los edificios en que se congregan muchos obreros, sino toda una parte de los medios de producción. De un lado, el valor de cambio de las mercancías, incluyendo por tanto los medios de producción, no aumenta porque se explote más intensivamente su valor de uso, y, de otra parte, crece la escala de los medios de producción empleados colectivamente. Los mismos medios de producción empleados colectivamente transfieren al producto individual una parte más pequeña de valor, por dos razones: porque el valor total que transfieren se reparte entre una masa mayor de productos y porque estos elementos entran en el proceso de producción con un valor que, en términos relativos y dado su radio de acción, es más reducido. De este modo, disminuye una parte integrante del valor del capital constante, disminuyendo también, como es lógico, en proporción a su magnitud, el valor total de la mercancía. Hay una economía en el empleo de los medios de producción que proviene exclusivamente de su aplicación colectiva en el proceso de trabajo de muchos. Esta economía puede enfocarse desde dos puntos de vista, uno de los cuales, aquel en que abarata las mercancías, interesa aquí, en cuanto, a la vez, se reduce el valor de la fuerza de trabajo. El otro, aquel en que modifica la proporción entre la plusvalía y el capital total desembolsado, lo estudiará Marx en el libro tercero de *El Capital*.

“Cooperación” es la forma del trabajo de muchos obreros coordinados y reunidos con arreglo a un plan en un mismo proceso de producción o en procesos distintos enlazados. La cooperación tiende a crear una fuerza productiva nueva, con la característica de fuerza de masa. Aunque los muchos obreros congregados ejecuten simultáneamente el mismo trabajo o un trabajo de la misma clase, puede ocurrir que los trabajos individuales de los distintos obreros, considerados como partes del trabajo colectivo, representen diversas fases del proceso de trabajo, fases que el objeto elaborado recorrerá más rápidamente gracias a la cooperación. Una jornada combinada de trabajo de 144 horas que ataque al objeto sobre el que se trabaja por varias partes dentro del espacio, hace que el producto colectivo avance más rápidamente de lo que avanzaría en 12 jornadas de trabajo de 12 horas de obreros más o menos aislados, obligados a trabajar

en un solo sitio. Cuando los obreros que en gran número se completan los unos a los otros realizan el mismo trabajo o un trabajo análogo, se está ante la forma de trabajo colectivo más sencilla. En los casos en que el proceso de trabajo es complicado, la existencia de una masa de obreros coordinados permite distribuir entre diversos brazos, y, por tanto, ejecutar simultáneamente, las diversas operaciones, acortándose con ello el tiempo de trabajo necesario para la fabricación del producto total.

La jornada de trabajo combinada trae aparejada una intensificación de la fuerza productiva, unas veces porque ella aumenta la potencia mecánica del trabajo; otras veces, porque extiende su radio de acción, o reduce el campo geográfico de producción en proporción a la escala de ésta; otras veces, se trata de poner en acción mucho trabajo en poco tiempo, para aprovechar los momentos críticos. Además da a los trabajos análogos de muchos el sello de continuidad y polifacetismo; permite ejecutar simultáneamente distintas operaciones; economiza medios de producción, permitiendo empearlos colectivamente, e imprime al trabajo individual el carácter de trabajo social medio. La fuerza productiva específica de la jornada de trabajo combinada es la fuerza productiva social del trabajo o la fuerza productiva del trabajo social. En la cooperación, al coordinarse de un modo sistemático con otros, el obrero se sobrepone a sus limitaciones individuales y desarrolla su capacidad de creación. Ahora bien, el número de los obreros que cooperen depende ante todo de la medida en que cada capitalista disponga de los medios de subsistencia de muchos obreros. Y lo mismo que con el capital variable, acontece con el capital constante.

En los comienzos del capitalismo entendiase que el capital de un individuo había de rebasar un límite mínimo para que el número de obreros simultáneamente explotados, y, por tanto, la masa de plusvalía producida, bastase para eximir al patrono del trabajo manual, convirtiéndolo de maestro artesano en capitalista y consagrando de un modo formal el régimen del capitalismo. Actualmente, esta exigencia se presenta como condición material para transformar muchos procesos de trabajo individuales en un proceso de trabajo combinado social. La función de dirección, de vigilancia y enlace se convierte en función del capital tan pronto como el trabajo sometido a él reviste carácter cooperativo y asume también una importancia específica. Por su

contenido, la dirección capitalista es un proceso social de trabajo para la creación de un producto y es un proceso de valorización del capital, y por su forma es una dirección despótica. Primero, tan pronto como su capital alcanza un límite mínimo, a partir del cual comienza la verdadera producción capitalista, el patrono se exime del trabajo manual. Luego, el ejército obrero puesto bajo el mando del mismo capital, reclama toda una serie de jefes, directores, gerentes u oficiales, inspectores, contra maestres. La labor de alta dirección y vigilancia va reduciéndose a su función específica y exclusiva. El capitalista no es tal por ser director industrial, sino al revés: es director industrial por ser capitalista. A su vez, los obreros, como personas independientes, son individuos que entran en relación con el mismo capital, pero no entre sí. Su cooperación comienza en el proceso de trabajo. Por consiguiente, la fuerza productiva desarrollada por el obrero como obrero social, es fuerza productiva social, no le cuesta nada al capital.

La eficacia de la cooperación simple se acusa con rasgos colosales en las obras gigantescas de los antiguos asiáticos, egipcios, etruscos, etc. La forma capitalista de la cooperación en el proceso de trabajo, a diferencia de las anteriores, presupone, desde el primer momento, la existencia de obreros libres y asalariados que venden su fuerza de trabajo al capital. Las formas anteriores importaban siempre un régimen casi de esclavitud. Sin embargo, históricamente, la forma capitalista se desarrolla por oposición a la economía agraria y al artesanado independiente, tenga o no éste forma gremial. Frente a estas formas, la cooperación capitalista no se presenta como una forma histórica especial de cooperación, sino que ésta reviste la forma peculiar del proceso capitalista de producción, forma específica que lo caracteriza y lo distingue. La fuerza productiva social del trabajo se presenta como fuerza productiva del capital; la cooperación aparece también como una forma específica del proceso capitalista de producción. Este es el primer cambio, elemental y espontáneo, que experimenta el proceso efectivo de trabajo al ser absorbido por el capital. Su premisa es el empleo simultáneo de un número relativamente grande de obreros asalariados en el mismo proceso de trabajo, que constituye el punto de arranque de la producción capitalista. Históricamente, este momento coincide con el nacimiento del capital. Para Marx, el régimen capitalista de producción es una necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social; esta forma social del proceso de

trabajo, a su vez, aparece como un método empujado por el capital para explotarlo con más provecho, intensificando su fuerza productiva.

Las precedentes observaciones de Marx se refieren a la “cooperación”, el primero de los métodos de producción de la plusvalía relativa que hubo de estudiar. Ahora pasa al tema de la división del trabajo y la manufactura, deteniéndose, ante todo, en el origen de esta última. Para Marx hay un “verdadero período manufacturero”, que va desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII. La manufactura surge históricamente de dos modos. Uno de ellos consiste en reunir en un taller bajo el mando del mismo capitalista a obreros de diversos oficios independientes, por cuyas manos tiene que pasar el producto hasta su terminación. El otro sigue un camino inverso al anterior: cuando el mismo capital reúne simultáneamente en el mismo taller a muchos oficiales que ejecutan el mismo trabajo o un trabajo análogo, que hacen, por ejemplo, papel o tipos de imprenta o agujas. Es un caso de cooperación en su forma más simple, en la que cada uno de los artesanos hace la mercancía completa. Pero cualquiera que sea su punto especial de partida, la forma final de la manufactura es siempre la misma: la de un mecanismo de producción cuyos órganos son hombres.

Para comprender el alcance de la división del trabajo en la manufactura, se han de tener en cuenta los siguientes puntos; 1) el análisis del proceso de producción en sus fases especiales coincide aquí por entero con la descomposición de un oficio manual en las diversas operaciones parciales que lo integran, pero la ejecución de estas operaciones, simples o complejas, conserva su carácter manual; 2) esta base técnica estrecha excluye un análisis verdaderamente científico del proceso de producción, porque todo proceso parcial recorrido por el producto ha de ser necesariamente ejecutable como trabajo parcial manual; 3) el hecho de que la pericia manual del operario forma aquí la base del proceso de producción, hace que cada obrero sólo se asimile una función parcial y su fuerza de trabajo se convierta en órgano vitalicio de esta función; 4) esta división del trabajo es una modalidad especial de cooperación, muchas de cuyas ventajas se derivan, no de esta misma forma específica de cooperación, sino de su carácter general. El obrero total combinado que forma el mecanismo viviente de la manufactura, es una suma de obreros parciales y limitados. La división del trabajo permite producir más en

menos tiempo merced a otras tantas funciones exclusivas de diversos obreros. Cuando las diversas operaciones de un proceso de trabajo se desglosan y cada operación parcial adquiere una forma específica y exclusiva puesta en manos de un operario especializado, presenta la manufactura estos dos rasgos característicos: a) la diferenciación de los instrumentos de trabajo, gracias a la cual instrumentos de la misma clase adquieren formas fijas especiales para cada aplicación concreta; b) su especialización, que hace que estos instrumentos sólo adquieran plena eficacia y den todo su rendimiento puestos en manos de operarios parciales especializados. El período manufacturero simplifica, perfecciona y multiplica los instrumentos de trabajo, adaptándose a las funciones especiales y exclusivas de los operarios parciales<sup>1</sup>. Con esto, la manufactura crea una de las condiciones materiales para el empleo de maquinaria, que no es más que una combinación de instrumentos simples.

Considerada la manufactura en su conjunto, ella aparece en dos formas fundamentales: manufactura heterogénea y manufactura orgánica. Aunque a veces estas dos formas fundamentales se combinen, constituyen dos tipos esencialmente distintos y desempeñan papeles radicalmente diferentes también, sobre todo por lo que se refiere a la transformación ulterior de la manufactura en la gran industria basada en el maquinismo. Este doble carácter responde a la naturaleza de los trabajos realizados. Unas veces, el objeto fabricado está compuesto por un conjunto puramente mecánico de productos parciales independientes; otras veces, es el resultado de una serie sucesiva de manipulaciones y procesos enlazados entre sí. Un reloj puede servir de ejemplo del primer tipo de manufactura, con la división manufacturera del trabajo. El segundo tipo de manufactura produce artículos que recorren toda una serie de fases y

<sup>1</sup> Aquí recuerda Marx, en una nota, que **Darwin**, en su obra *El origen de las especies*, refiriéndose a los órganos naturales de los animales y las plantas, dice: “cuando el mismo órgano tiene a su cargo diferentes funciones puede encontrarse una explicación a su mutabilidad en el hecho de que la educación natural no conserva o evita las pequeñas desviaciones de forma tan minuciosa como tratándose de órganos destinados a una sola función concreta. Así, por ejemplo, los cuchillos destinados a cortar diversos objetos son, siempre, poco más o menos, de la misma forma; en cambio las herramientas destinadas a un uso determinado presentan una forma distinta para cada uso”.

procesos graduales, como ocurre, por ejemplo, con el alambre en las manufacturas de agujas, que pasaban por las manos de 92 obreros parciales especializados.

Comparada con el artesanado, esta forma de producción supone un aumento de fuerza productiva. Por otra parte, su principio peculiar de división del trabajo se traduce en un aislamiento entre las diversas fases de producción. Para crear y mantener la cohesión necesaria entre las funciones aisladas, se plantea la necesidad de transportar continuamente el artículo fabricado de una mano a otra y de uno a otro proceso. Desde el punto de vista de la gran industria, esto constituye una desventaja característica, costosa e inmanente al principio de la manufactura. Si se observa una determinada cantidad de materias primas, por ejemplo, de alambre en una manufactura de agujas, se advierte que recorre en manos de los diversos obreros parciales, hasta llegar a su forma final, toda una serie de fases sucesivas de producción. En cambio, si se observa el taller como un mecanismo total, se comprueba que la materia prima se presenta simultáneamente y de una vez en todas sus fases de producción. Y esto permite suministrar más mercancías acabadas en el mismo tiempo.

El período manufacturero enseguida de aparecer proclama como principio consciente la reducción del tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía. Durante su transcurso va desarrollándose esporádicamente el empleo de máquinas, sobre todo para ciertos procesos primarios simples, susceptibles de ser ejecutados en masa y con gran despliegue de fuerzas. En esto la forma elemental fue legada por el Imperio Romano, con los molinos de agua. La época del artesanado legó las grandes invenciones de la brújula, la pólvora, la imprenta y el reloj automático. Pero, en términos generales, la maquinaria desempeña todavía en esa época una función secundaria. El empleo esporádico de máquinas cobra gran importancia en el transcurso del siglo XVII. La maquinaria específica del período de la manufactura, es, desde luego, el mismo obrero colectivo producto de la combinación de muchos obreros parciales. Como las funciones del obrero colectivo son unas veces más sencillas y otras más complicadas, más primitivas, o más desarrolladas, reclaman de los obreros individuales grados muy distintos de desarrollo, razón por la cual éstos poseen un valor muy diverso. De este modo, la manufactura va creando una jerarquía de fuerza de trabajo, a la que

corresponde una escala o gradación de salarios. A la vez, la manufactura crea, en todos los oficios que se asimila, una clase especial de obreros, la de los llamados **peones** que no tenían cabida en la industria artesana; los peones son obreros para los cuales no hay que hacer gastos de educación.

Después de señalar las analogías entre la división del trabajo dentro de la sociedad y la división del trabajo dentro de un taller, observa Marx que, a pesar de ellas, media una diferencia, no sólo de grado, sino esencial, entre una y otra. Donde más palmaria aparece la analogía es allí donde un vínculo interno une a varias ramas industriales: la producción de pieles, la curtiembre, la fabricación del calzado. Lo que enlaza los trabajos independientes del ganadero, el curtidor y el zapatero es el hecho de que sus productos respectivos tengan la consideración de mercancías. En cambio, lo que caracteriza a la división manufacturera del trabajo es el hecho de que el obrero parcial no produce mercancías. Lo que se convierte en mercancía es el producto común de todos ellos. La división manufacturera del trabajo supone la concentración de los medios de producción en manos de un capitalista; la división social del trabajo supone el fraccionamiento de los medios de producción entre muchos productores de mercancías independientes los unos de los otros. En la manufactura la ley férrea de la proporcionalidad adscribe determinadas masas de obreros a determinadas funciones; a su vez, en la distribución de los productores de mercancía y de sus medios de producción entre las diversas ramas sociales de trabajo reinan el caótico juego de azar y la arbitrariedad. En la sociedad del régimen capitalista de producción, la anarquía de la división social del trabajo y el despotismo de la división del trabajo en la manufactura se condicionan recíprocamente.

Marx señala que “mientras la división del trabajo dentro de la estructura total de una sociedad, hállese o no condicionada al intercambio de mercancías, es inherente a los tipos económicos más diversos de sociedad, la división manufacturera del trabajo constituye una creación peculiar y específica del régimen capitalista de producción”. La división manufacturera del trabajo convierte en necesidad técnica la incrementación del censo de obreros empleados. La división del trabajo reinante prescribe a cada capitalista el mínimo de obreros que ha de emplear. De otra parte, las ventajas de una división más acentuada del trabajo se hallan condicionadas al aumento del número de obreros. Ahora

bien: al crecer el capital variable, tiene que crecer también necesariamente el capital constante y al aumentar de volumen las condiciones comunes de producción, los edificios, los hornos, etc., tienen también que aumentar, y mucho más rápidamente que el censo de obreros, las materias primas. Por tanto, el volumen mínimo progresivo del capital concentrado en manos de cada capitalista, o sea, la transformación progresiva de los medios de vida y de los medios de producción de la sociedad en capital, es una ley que brota del carácter técnico de la manufactura. En sus orígenes, el obrero vendía la fuerza de trabajo al capitalista por carecer de los medios materiales para la producción de una mercancía; ahora, su fuerza individual de trabajo se queda inactiva y ociosa sino la venda al capital. Como el fruto de la división manufacturera del trabajo se erige frente a los obreros, la potencia espiritual del proceso material de producción. Hay, así, un proceso de disociación que comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura, que mutila al obrero al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria.

La división manufacturera del trabajo crea una determinada organización del trabajo social y desarrolla al mismo tiempo la nueva fuerza social productiva del trabajo. Como forma específicamente capitalista del proceso social de producción, esta organización no es más que un procedimiento para incrementar las ganancias del capital, a costa de los obreros. Si de una parte constituye un progreso histórico y una fase necesaria de desarrollo en el proceso económico de cultura de la sociedad, de otra parte debe ser considerada como un instrumento de explotación civilizada y refinada. Pero la manufactura no podía abarcar la producción social en toda su extensión, ni revolucionarla en su entraña. Al alcanzar cierto grado de desarrollo, su propia base técnica, estrecha, hízose incompatible con las necesidades de la producción que ella misma había creado. Uno de sus frutos más acabados era el taller de fabricación de los propios instrumentos de trabajo, y sobre todo de los aparatos mecánicos complicados que ya comenzaban a empujarse. La máquina pone fin a la actividad manual artesana como principio normativo de la producción social. De este modo, se consiguen dos cosas. Primero, desterrar la base técnica en que se apoyaba la aneja vida del obrero a una función parcial. Segundo, derribar los diques que este mismo principio oponía al

imperio del capital. Entonces aparece en la exposición de Marx un nuevo e importantísimo tema: el tema “maquinaria y gran industria”.

Para Marx, en la máquina-herramienta, en la verdadera máquina de trabajo, reaparecen, en rasgos generales, los aparatos y herramientas con que trabajan el obrero manual y el obrero de la manufactura. Pero, en vez de ser herramientas en manos de un hombre, ahora son herramientas mecánicas, engranadas en un mecanismo. La máquina herramienta es un mecanismo que, una vez que se le transmite el movimiento consiguiente, ejecuta con sus herramientas las mismas operaciones que antes ejecutaba el obrero con otras herramientas semejantes. El que la fuerza motriz proceda del hombre o de otra máquina no cambia para nada los términos esenciales del asunto. La herramienta se convierte de simple herramienta en máquina cuando pasa de manos del hombre a pieza de un mecanismo. Y la diferencia salta inmediatamente a la vista, aun cuando el hombre siga siendo el motor primordial. El número de instrumentos de trabajo con que el hombre puede operar al mismo tiempo está circunscrito por el número de los instrumentos naturales de producción con que cuenta. En cambio, el número de herramientas con que puede funcionar simultáneamente la misma máquina de trabajo salta desde el primer instante esa barrera orgánica que se alza ante el trabajo manual del obrero.

La máquina de que arranca la revolución industrial reemplaza al obrero que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una masa de herramientas iguales o parecidas a la vez y movida por una sola fuerza motriz, cualquiera que sea la forma de ésta. Al ampliarse el volumen de la máquina de trabajo y multiplicarse el número de herramientas con que opera simultáneamente, se hace necesario un mecanismo motor más potente, el cual a su vez, para poder vencer su propia resistencia, exige una fuerza motriz más potente que la humana. De todas las grandes fuerzas motrices legadas por el período manufacturero, la más imperfecta de todas es el caballo. Sin embargo, el caballo fue la fuerza motriz más generalizada durante los años de infancia de la gran industria. El viento era demasiado inconstante e incontrolable. En Inglaterra, cuna de la gran industria, el empleo de la fuerza hidráulica predominaba ya durante el período manufacturero. Ya en el siglo XVII se había intentado accionar con una sola rueda hidráulica dos torniquetes y dos molinos. Pero resultó que el enorme volumen del mecanismo de

transmisión excedía de la fuerza del agua. Ciertamente es que fueron desarrollándose durante el período manufacturero los primeros elementos científicos y técnicos de la gran industria. La máquina de hilar de Arkwright, llamada "*Thristless*", se movía desde el primer momento por agua, pero esto llevaba aparejadas ciertas dificultades. Fue la segunda máquina de vapor, de Watt, la llamada máquina doble, la que introdujo el primer motor cuya fuerza motriz se alimentaba con carbón y agua y cuya potencia era controlable en un todo por el hombre; una máquina universal por sus posibilidades tecnológicas de aplicación y relativamente poco supeditada a circunstancias de orden local. En abril de 1784 fue expedida a favor de Watt la patente en la que su máquina de vapor se presenta como un agente general de la gran industria. En 1851 se exhibió en la exposición industrial de Londres la gigantesca máquina de vapor para Ocean Steamers. Después de convertirse las herramientas en instrumentos del organismo humano en instrumentos de un aparato mecánico, la máquina motriz reviste una forma sustantiva, emancipada de las trabas con que tropieza la fuerza humana. Con esto, la máquina-herramienta, que había sido una máquina aislada, se reduce a un simple elemento de la producción a base de maquinaria. Crece la máquina motriz y se desarrolla el mecanismo de transmisión, convirtiéndose en un aparato voluminoso.

Hay que distinguir la cooperación de muchas máquinas semejantes y el sistema de maquinaria. En el primer caso, todo el trabajo se ejecuta por la misma máquina. Ésta realiza las diversas operaciones que el obrero manual ejecutaba con su herramienta. En el segundo caso, en el que existe un verdadero sistema de maquinaria y no una serie de máquinas independientes, el objeto trabajado recorre diversos procesos parciales articulados entre sí como otras tantas etapas y ejecutados por una cadena de máquinas diferentes, que se complementan mutuamente. Pero, si bien se vuelve a encontrar aquí aquella cooperación basada en la división del trabajo característica de la manufactura, ahora se presenta como combinación de diferentes máquinas parciales. Si en la manufactura el aislamiento de los procesos diferenciados es un principio dictado por la propia división del trabajo, en la fábrica ya desarrollada impera el principio de la continuidad de los procesos específicos. Mas, todo sistema de maquinaria, ya se base en la simple cooperación de máquinas de trabajo de la misma clase, o en la combinación de máquinas distintas,

constituye de por sí, siempre que esté impulsado por un motor que no reciba la fuerza de otra fuente motriz, un gran autómatas.

Al revolucionarse el régimen de producción en una rama industrial, ésta arrastra consigo a las otras, principalmente en las ramas industriales que, aunque aisladas por la división social del trabajo, aparecen, sin embargo, entrelazadas como otras tantas fases de un proceso general. Y, a su vez, la revolución experimentada por el régimen de producción agrícola e industrial determinó un cambio revolucionario en cuanto a los medios de comunicación y transporte. La gran industria no tuvo más remedio que adueñarse de su medio característico de producción, de la máquina, y producir máquinas por medio de máquinas. En los primeros decenios del siglo XIX, al desarrollarse la industria maquinizada, la maquinaria se fue adueñando paulatinamente de la fabricación de máquinas-herramientas.

En la manufactura, la división y articulación del proceso social del trabajo es una simple combinación de obreros parciales, en el sistema basado en la maquinaria, la gran industria posee un organismo perfectamente objetivo de producción con que el obrero se encuentra como con una condición material de producción lista y acabada. En la cooperación simple, e incluso en la cooperación especificada por la división del trabajo, el desplazamiento del obrero aislado por el obrero colectivo, se presenta siempre como algo más o menos casual. La maquinaria, en cambio, con algunas excepciones, sólo funciona en manos del trabajo directamente socializado o colectivo. Por tanto, ahora es la propia naturaleza del instrumento de trabajo la que impone como una necesidad técnica el carácter cooperativo del proceso de trabajo.

A primera vista es evidente que la gran industria, incorporando al proceso de producción las enormes fuerzas de la naturaleza que se llegan a dominar mediante los conocimientos que suministran las ciencias naturales, tiene que reforzar extraordinariamente la productividad del trabajo; lo que ya no es tan evidente, ni mucho menos, es que esta fuerza productiva reforzada no lo sea a costa de una intensificación redoblada de trabajo por la otra parte. La maquinaria, como todo lo que forma parte del capital constante, no crea valor. En la medida en que implican un valor propio y en que, por tanto, los transfieren al producto, las máquinas

forman parte integrante del valor del mismo. Lejos de abaratarlo, lo que hacen es encarecerlo en proporción a su propio valor. La maquinaria es absorbida siempre íntegramente por el proceso de trabajo y sólo de un modo parcial por el proceso de valorización. No añade nunca más valor que el que pierde por término medio mediante el desgaste. Entre el valor de la máquina y la parte de valor transferida periódicamente por ella al producto, media, pues, una gran diferencia. Si se deduce de ambas, maquinaria y herramienta, su gasto diario medio, o sea la parte de valor que añaden al producto por el desgaste medio diario y el consumo de materias auxiliares, aceite, carbón, etc., se comprueba que ambas actúan gratis, como si se tratase de simples fuerzas naturales sin mezcla de trabajo humano. Por tanto, cuanto mayor sea el radio productivo de acción de la maquinaria, comparado con el de la herramienta, mayor será también su margen de funcionamiento gratuito. Es al llegar a la gran industria cuando el hombre aprende a hacer funcionar gratis, en gran escala, como una fuerza natural, el producto de su trabajo pretérito, ya materializado.

Considerada exclusivamente como medio de abaratamiento del producto, el límite de aplicación de la maquinaria reside allí donde su propia producción cuesta menos trabajo que el trabajo que su empleo viene a suplir. Sin embargo, para el capital, este límite es más estricto. Como el capital no paga el trabajo invertido, sino el valor de la fuerza de trabajo aplicada, para él el empleo de la maquinaria tiene su límite en la diferencia entre el valor de la máquina y el valor de la fuerza de trabajo suplida por ella. Como la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y trabajo excedente varía en los distintos países y, dentro de cada país, en las distintas épocas o según las distintas ramas industriales, dentro de cada época; y como, además, el salario real del obrero oscila, siendo unas veces inferior y otras veces superior al valor de sus fuerzas de trabajo, la diferencia entre el precio de la maquinaria y el precio de la fuerza de trabajo suplida por ella puede variar considerablemente, aun cuando la diferencia entre la cantidad de trabajo necesaria para producir la máquina y la cantidad global de trabajo suplida por ésta sea la misma. Ahora bien, es la primera diferencia, exclusivamente, la que determina el coste de producción de la mercancía para el propio capitalista y la que actúa sobre él, mediante las leyes coactivas de la competencia. Así se explicaba que en tiempo de Marx se produjeran en Inglaterra máquinas

que sólo se empleaban en Norteamérica, del mismo modo que Alemania inventó, en los siglos XVI y XVII, máquinas que sólo tenían salida en Holanda y Francia, y en el siglo XVIII aportó ciertos inventos explotados solamente en Inglaterra.

La gran industria tiene su punto de arranque en la revolución operada en los instrumentos de trabajo, y, a su vez, los instrumentos de trabajo transformados cobran su configuración más acabada en el sistema articulado de maquinaria de la fábrica. Pero, antes de ver cómo se alimenta este organismo objetivo con material humano, corresponde examinar algunas de las repercusiones generales de esa revolución sobre el propio obrero. La maquinaria, al hacer inútil la fuerza muscular permite emplear obreros sin fuerza muscular o sin un desarrollo físico completo, que posean en cambio una gran flexibilidad en sus miembros. El trabajo de la mujer y del niño, fue, por tanto, el primer grito de la aplicación capitalista de la maquinaria. De este modo, ésta se convertía inmediatamente en medio de multiplicación del número de asalariados. Más todavía: según arguye Marx, la maquinaria, además de ampliar el material humano de explotación, también amplía su grado de explotación. Las máquinas revolucionaron también radicalmente la base formal sobre la que se establecía el régimen capitalista: el contrato entre el patrono y el obrero. Sobre el plano del intercambio de mercancías era condición primordial que el capitalista y el obrero se enfrentasen como personas libres. Ahora el capital compraba seres carentes, en todo o en parte, de personalidad. Ahora el obrero vendía a su mujer y a su hijo. Se convertía en esclavista. Algo más, en las industrias de que se adueñaba directamente, fue el medio más formidable para prolongar la jornada de trabajo haciéndola rebasar todos los límites naturales.

El desarrollo de la industria explotada a base de maquinaria hace que, de un lado, aumente cada vez más el capital invertido en una forma que, de una parte, pierde valor de uso y valor de cambio tan pronto como se interrumpe su contacto con el trabajo vivo. El volumen cada vez mayor de la maquinaria hace “deseable” una prolongación creciente de la jornada de trabajo. La máquina produce plusvalía relativa, no sólo porque deprecia directamente la fuerza de trabajo, abaratándola además indirectamente al abaratar las mercancías que entran en su reproducción, sino también porque en sus primeras aplicaciones esporádicas convierte el

trabajo empleado por su poseedor en trabajo potenciado. El valor social del producto de la máquina resulta exaltado por encima de su valor individual. Así logra el capitalista suplir el valor diario de la fuerza de trabajo por una parte más pequeña de valor de su producto diario. Durante el período de transición, en que la explotación de las máquinas constituye una especie de monopolio, las ganancias tienen un carácter extraordinario, y el capitalista procura, como es lógico, prolongar la jornada de trabajo todo lo posible. Al generalizarse la maquinaria en una rama de producción, el valor social del producto elaborado por medio de máquinas desciende al nivel de su valor individual y se impone la ley de que la plusvalía no brota de las fuerzas de trabajo que el capitalista sufre por medio de la máquina, sino de aquellas que la atienden. La plusvalía sólo brota de la parte variable del capital, y ya se sabe que la masa de plusvalía está determinada por dos factores: la cuota de plusvalía y el número de obreros simultáneamente empleados.

La aplicación de maquinaria para la producción de plusvalía adolece de una contradicción inmanente. En efecto, dos son los factores de la plusvalía que supone un capital de magnitud dada. Uno de ellos, la cuota de plusvalía, sólo aumenta a fuerza de disminuir el otro, el número de obreros. Esta contradicción inmanente es la que empuja, a su vez, al capital, sin que él mismo lo sepa, a prolongar violentamente la jornada de trabajo, para compensar la disminución del número proporcional de obreros, con el aumento, no sólo del trabajo excedente relativo, sino también del trabajo excedente absoluto. Así, de una parte el empleo capitalista de la maquinaria creaba nuevos motivos poderosos que determinaban la prolongación desmedida de la jornada de trabajo, a la par que revolucionaba los mismos métodos de trabajo y el carácter del organismo social de trabajo. De otra parte, en tiempo de Marx la maquinaria ponía a disposición del capital sectores de la clase obrera que antes les eran inaccesibles. Quedaban en la calle los obreros desplazados por la máquina, se producía una población obrera sobrante, que no tenía más remedio que someterse a la ley impuesta por el capital.

La prolongación desmedida de la jornada de trabajo provocó al cabo de cierto tiempo una reacción de la sociedad. Esta reacción acabó por imponer una jornada normal de trabajo limitada por la ley. Así se desarrolló y adquirió importancia decisiva el fenómeno de la

intensificación del trabajo. Cuando se analizó la plusvalía absoluta, interesaba primordialmente la magnitud extensiva del trabajo, dando por supuesto su grado de intensidad. Aquí, se podrá ver cómo la magnitud extensiva se trueca en intensiva o en magnitud de grado. Al progresar la maquinaria, y con ella la experiencia de una clase especial de obreros mecánicos, aumentan, por impulso natural, la velocidad y, por tanto, la intensidad del trabajo. En Inglaterra, la prolongación de la jornada de trabajo avanzó durante medio siglo paralela y conjuntamente con la intensidad del trabajo fabril. Sin embargo, pronto se comprendió que, en un trabajo en que no se trata de paroxismos pasajeros, sino de una labor uniforme y rítmica, repetida día tras días, tenía que sobrevenir necesariamente un punto, un nudo, en que la prolongación de la jornada de trabajo y la intensidad de éste se excluían recíprocamente. Tan pronto como el movimiento creciente de rebeldía de la clase obrera obligó al Estado a acortar por la fuerza la jornada de trabajo, el capital se lanzó, con todos sus bríos y con plena conciencia de lo que hacía, a producir plusvalía relativa acelerando los profesos del sistema de maquinaria. Al mismo tiempo, se produjo un cambio en cuanto al carácter de la plusvalía relativa. En general, el método de producción de la plusvalía relativa consiste en hacer que el obrero, intensificando la fuerza productiva del trabajo, pueda producir más con el mismo desgaste de trabajo y en el mismo tiempo. El mismo tiempo de trabajo añade al producto global, antes y después, el mismo valor, aunque este valor de cambio invariable se traduzca ahora en una cantidad mayor de valores de uso, disminuyendo con ello el valor de cada mercancía. Mas la cosa cambió tan pronto como la reducción de la jornada de trabajo impuesta por la ley, impuso a la par un desgaste mayor de trabajo durante el mismo tiempo, una tensión redoblada de la fuerza de trabajo, obligando al obrero a condensar el trabajo hasta un grado que sólo era posible sostener durante una jornada de trabajo corta. Por tanto, hubo que tener en cuenta, además de la medida del tiempo de trabajo como "magnitud extensa", la medida de su grado de condensación. Se planteó, entonces, la cuestión de cómo se intensifica el trabajo. El primer efecto de la jornada de trabajo reducida descansa en la ley evidente de que la capacidad de rendimiento de la fuerza de trabajo está en razón inversa al tiempo durante el cual actúa. En las manufacturas, la alfarería, por ejemplo, en que la maquinaria no desempeñaba ningún papel o tenía sólo un valor secundario, la implantación de la ley fabril en Inglaterra demostró palmariamente que con sólo reducir la jornada de

trabajo aumentaban el ritmo, la uniformidad, el orden, la continuidad y la energía del trabajo. Sin embargo, en la verdadera fábrica este efecto no era tan claro, pues aquí la supeditación del obrero a los movimientos continuos y uniformes de la máquina hacía ya mucho tiempo que había creado la más rigurosa disciplina. Y por otras razones que Marx menciona, tan pronto como la ley impuso la reducción de la jornada de trabajo, la máquina se convirtió en manos del capital en un medio objetivo y sistemáticamente aplicado para estrujar más trabajo dentro del mismo tiempo.

Recuerda Marx una definición de la fábrica automática, según la cual ésta es la “cooperación de diversas clases de obreros, adultos y no adultos, que vigilan con destreza y celo un sistema de maquinaria productiva, accionado ininterrumpidamente por una fuerza central, el motor primario”. También se la definió como “un gigantesco autómeta, formado por innumerables órganos mecánicos, dotados de conciencia propia, que actúan de mutuo acuerdo y sin interrupción para producir el mismo objeto, hallándose supeditados todos ellos a una fuerza motriz, que se mueve por su propio impulso”. Estas dos definiciones no son idénticas, ni mucho menos. En la primera aparece como sujeto activo el obrero total combinado, el cuerpo social del trabajo, y el autómeta mecánico como objeto; en la segunda, el autómeta es el sujeto, y los obreros simples órganos conscientes equiparados a los órganos inconscientes de aquél y supeditados con ellos a la fuerza motriz central. La primera definición es aplicable a todo empleo de maquinaria en gran escala; la segunda caracteriza su empleo capitalista y, por tanto, el sistema fabril moderno.

Hicieron falta tiempo y experiencia antes de que el obrero supiese distinguir la maquinaria de su empleo capitalista. Sin embargo, la maquinaria no actúa solamente como competidor, invencible, que se halla siempre al acecho para “quitar de en medio” al obrero asalariado, Como potencia hostil al obrero, la maquinaria es proclamada y manejada de un modo tendencioso y ostentoso por el capital. Las máquinas se convierten en el arma poderosa para reprimir las sublevaciones obreras periódicas, las huelgas y demás movimientos desatados contra la autocracia del capital.

Los obreros desplazados por la maquinaria se ven lanzados del taller al mercado de trabajo, donde van a aumentare el censo de las fuerzas de trabajo disponibles. Este efecto de la maquinaria es el látigo más cruel que azota a los trabajadores. Hay unos antagonismos y contradicciones que no brotan de la maquinaria misma, sino de su empleo capitalista. La maquinaria, considerada de por sí, acorta la jornada de trabajo, mientras que empleada al servicio del capitalismo la alarga; de suyo facilita el trabajo, mientras que aplicada capitalísticamente refuerza más todavía su intensidad; de por sí representa un triunfo del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, mientras que puesta al servicio del capitalismo coloca al hombre bajo el yugo de las fuerzas naturales; de por sí aumenta la riqueza del productor, mientras que como instrumento capitalista lo empobrece.

En las ramas de trabajo en que se implanta, la maquinaria desplaza forzosamente a un cierto número de obreros; sin embargo, es posible que provoque en otras ramas de trabajo una demanda mayor de mano de obra. Pero esto no significa que el segundo hecho sea una compensación para el primero. Todo producto mecánico es más barato que el producto manual de la misma clase desplazado por él. De esto fluye, como ley absoluta, la siguiente: si la cantidad total del artículo producido a máquina sigue siendo igual a la del artículo manual o manufacturero que aquel viene a sustituir, la suma total del trabajo invertido disminuirá. El aumento de trabajo que suponga la producción del instrumento de trabajo, de la máquina, del carbón, etc., tiene que ser, forzosamente, inferior a la disminución de trabajo conseguida mediante el empleo de la maquinaria. De otro modo el producto mecánico sería tan caro o más que el producto manual. En realidad, lejos de mantenerse invariable, la masa total de los artículos mecánicos producidos por un número menor de obreros excede en mucho a la masa total de los artículos manuales desplazados por aquellos. De lo dicho extrae Marx, entre otras consecuencias, ésta: al extenderse la maquinización en una rama industrial, comienza a desarrollarse la producción en las otras ramas que suministran los medios de producción a aquella. La medida en que esto haga crecer la masa de obreros colocados dependerá de la composición orgánica de los capitales invertidos, es decir, de la proporción entre su parte constante y su parte variable. A su vez, esta proporción se modifica considerablemente según la extensión que la maquinaria haya tomado ya o tome en aquellas industrias. El censo de hombre que trabajaban en las minas de carbón y de

metal creció en proporciones enormes con los progresos de la maquinaria inglesa, aunque en los últimos decenios antes de que Marx escribiera *El Capital* este incremento fue amortiguado por el empleo de una nueva maquinaria para las minas. Con la máquina nace una nueva clase de obreros: sus productores. La maquinización se adueña de esta rama de producción de donde nacen las mismas máquinas en una escala cada vez más intensa. por lo que se refiere a las primeras materias, no ofrece, por ejemplo, ninguna duda que la marcha arrolladora de la industria textil algodónera fomentó el cultivo del algodón en los Estados Unidos, y con él, no sólo la trata de esclavos de África, sino también la cría de negros, como uno de los negocios más florecientes en los estados esclavistas.

En aquellos casos en que la maquinaria se apoderaba también de las fases previas o intermedias recorridas por un objeto de trabajo antes de revestir su forma definitiva, con el material de trabajo aumentaba también la demanda de éste en las industrias explotadas todavía a mano o manufactureramente y que trabajaban sobre objetos ya elaborados a máquina. El crecimiento de la masa de primeras materias, artículos a medio fabricar, instrumentos de trabajo, etc., producidos con un número relativamente pequeño de obreros por la industria maquinizada, trajo un resultado que Marx señala. Merced a este crecimiento, la fabricación de las primeras materias y de los artículos a medio elaborar se desglosó en una serie innumerable de categorías y variantes. Con esto se desarrolló la variedad de las ramas sociales de producción. La maquinización impulsó la división social del trabajo mucho más que la manufacturera.

Merced a la maquinaria aumenta la plusvalía y, con ella, la masa de producción en que toma cuerpo. Al mismo tiempo que incrementa la sustancia de que vive la clase capitalista, con todo su cortejo, hace aumentar el contingente de estas capas sociales. Hay, a la vez, un descenso constante relativo del número de obreros necesarios para la producción de artículos de primera necesidad y la creación de nuevas necesidades de lujo de la clase capitalista y nuevos medios para su satisfacción. La producción de lujo crece. No sólo se desarrolla el intercambio de artículos extranjeros de consumo por productos indígenas, sino que la industria nacional va utilizando, como medios de producción, una cantidad cada vez mayor de primeras materias, ingredientes, artículos a medio fabricar, etc., importados del extranjero. Estas relaciones

internacionales provocan un alza de la demanda de trabajo en la industria del transporte, haciendo que ésta se desdoble en numerosas variedades nuevas. El aumento de los medios de producción y de consumo, acompañado de un descenso relativo del número de obreros, fomenta la actividad en una serie de ramas industriales, como los canales, los muelles de mercancías, los túneles, los puentes, etc., cuyos productos sólo son rentables en un remoto porvenir. Se crean ramas de producción y campos de trabajo totalmente nuevos. Sin embargo, el espacio ocupado por ellos en la producción global no es considerable, ni aun en los países más avanzados.

Finalmente, el aumento extraordinario de fuerza productiva en las esferas de la gran industria permitía en tiempo de Marx emplear improproductivamente a una parte cada vez mayor de la clase obrera, reproduciendo así, principalmente, en una escala cada vez más intensa, bajo el nombre de “clase doméstica”, la categoría de los antiguos esclavos familiares: criados, doncellas, lacayos, etc. En tiempo de Marx había en total en Inglaterra ocho millones de personas cuyo oficio se reducía a vivir del trabajo ajeno en forma de rentas, intereses, etc., y finalmente, los mendigos, los vagabundos, los criminales, etc., personas de ambos sexos y de todas las edades, incluyendo entre ellas a todos los capitalistas que intervienen de algún modo en la producción, el comercio, las finanzas, etc.

Marx explica cómo **la gran industria revoluciona la manufactura, los oficios manuales y el trabajo doméstico**. Comienza señalando que la maquinaria destruyó la cooperación basada en el trabajo manual y la manufactura establecida sobre el régimen de división del trabajo de este tipo. Con el desarrollo del régimen fabril y la transformación de la agricultura, que este régimen lleva aparejada, se extendió la escala de la producción en todas las demás ramas industriales y cambio su carácter. el principio de la industria mecanizada consistente en la aplicación de las ciencias naturales, dio el tono en todas las industrias. Por oposición al período manufacturero, el plan de la división del trabajo se basaba ahora en el empleo del trabajo de la mujer, del trabajo de los niños de todas las edades, de obreros no calificados, siempre que ello era factible; en una palabra, de “trabajo barato”. Esto acontecía también en la llamada industria doméstica moderna. La industria doméstica se convertía ahora

en una prolongación de la fábrica, de la manufactura o del bazar. En la moderna manufactura la explotación de mano de obra barata e incipiente presentaba en la época de Marx formas más descaradas que en la verdadera fábrica. Y en el llamado trabajo a domicilio, formas más descaradas todavía que en la manufactura. Además, el trabajo a domicilio tenía que contender siempre con la misma rama de producción con la industria mecanizada o, por lo menos, con la industria manufacturera. Finalmente, en este último refugio a que venían a guarecerse los obreros desalojados por la gran industria y la agricultura, la competencia de la mano de obra alcanzó su punto culminante.

\* \* \*

El abaratamiento de la fuerza de trabajo por el empleo de la mano de obra femenina e incipiente, el simple despojo de todas las condiciones normales de trabajo y de vida y la intensificación del trabajo intensivo y el laboreo nocturno, acabaron tropezando con ciertas barreras naturales. Al llegar a este punto, y se tardó en llegar, sonó la hora de la implantación de la maquinaria y de la rápida transformación del trabajo domiciliario desperdigado o de la manufactura en industria fabril. El ejemplo más gigantesco de esta transición lo ofrecía la producción de artículos de vestir. Las manufacturas de esta rama de producción debían su origen, principalmente, a la necesidad sentida por el capitalista de tener bajo su mando un ejército capaz de lanzarse al ataque a medida que lo exigiera la demanda del mercado. No obstante, permitieron que a su lado siguiera viviendo, como base difusa, dispersa, la industria manual y domiciliaria. La gran producción de plusvalía arrancada a estas ramas de trabajo y el abaratamiento progresivo de sus artículos se debía principalmente a los salarios mínimos reducidos a lo estrictamente indispensable, unidos a unas jornadas de trabajo que representaban el máximo de lo humanamente posible. Esta baratura del trabajo era lo que dilataba el mercado, y, en Inglaterra, sobre todo el mercado colonial.

Cuando sobrevino el punto crítico, necesariamente, por circunstancias que Marx explica, había sonado la hora de la maquinaria. La máquina revolucionaria decisiva fue en todas las ramas de esta órbita de producción la máquina de coser. El nuevo personal mecánico estuvo integrado, casi exclusivamente, por muchachas y mujeres jóvenes. Con

ayuda de la fuerza mecánica, éstas destruyeron el monopolio de los hombres en los trabajos pesados y desalojaron de los trabajos ligeros a grandes contingentes de mujeres viejas y niños pequeños. La concurrencia prepotente de la máquina batía en retirada a los obreros manuales más flojos. La transformación del tipo social de explotación, producto obligado de la transformación experimentada por el instrumento de producción, se operó a través de un caos abigarrado de formas de transición, pero con la tendencia hacia la transformación de estas industrias en verdaderas fábricas, tendencia alimentada por el carácter de la misma máquina de coser. Finalmente, apareció la inevitable expropiación de los artesanos y obreros domiciliarios que producían con máquinas de su propiedad. Este destino era ya, en parte, una realidad en la época de Marx. Luego la sustitución del hombre por la máquina de vapor dio la señal decisiva, en éste como en otros procesos semejantes de transformación. La concentración de muchas máquinas de trabajo en grandes manufacturas empujaba al empleo de la fuerza de vapor y la concurrencia que se entablaba entre el vapor y los músculos humanos aceleró la concentración de obreros y de máquinas de trabajo en grandes fábricas. Esta revolución industrial, que se desarrolló como un proceso natural y espontáneo, era acelerada artificialmente al hacerse extensivas las leyes fabriles a todas las ramas industriales en que trabajaban mujeres, jóvenes y niños.

Una condición esencial de la explotación fabril, sobre todo una vez sujeta a la reglamentación de la jornada de trabajo, era la seguridad normal del resultado. Además, hacía falta que las pausas legales inherentes a la jornada reglamentaria de trabajo con la interrupción repentina y periódica de éste no trajera daño al producto en vías de elaboración. Esta seguridad del resultado era, naturalmente, más fácil de conseguir en industrias puramente mecánicas que en aquellas en que desempeñaban cierto papel los procesos químicos y físicos, como ocurría, por ejemplo, en la alfarería, en la lavandería, en la tintorería, etc. Prescindiendo de los obstáculos puramente técnicos y susceptibles de ser superados técnicamente, la reglamentación de la jornada de trabajo chocó con los hábitos anormales de los propios obreros, sobre todo en las industrias en que imperaba el destajo y donde el tiempo perdido durante un día o una semana podía compensarse redoblando el trabajo después o trabajando por la noche, método que brutalizaba al obrero adulto y

aplastaba a los obreros jóvenes y a las mujeres. No sólo había que considerar las alternativas periódicas generales del ciclo industrial y las oscilaciones especiales del mercado en cada rama de producción. También se debía tener en cuenta las llamadas “temporadas”, ya respondieran a la periodicidad de las estaciones del año favorables a la navegación o a la moda, con una serie de encargos importantes y repentinos que era necesario ejecutar en el más corto plazo. La práctica de estos encargos se extendía con el ferrocarril y el telégrafo. En las fábricas y manufacturas aún no sometidas a la ley fabril reinaba periódicamente, durante las llamadas temporadas, un espantoso agobio de trabajo,, desencadenado de golpe por los encargos repentinos. Con la prolongación de la fábrica, de la manufactura y del bazar en la órbita del trabajo domiciliario, se fue formando y disciplinando, sistemáticamente, un ejército industrial de reserva siempre disponible, diezmado durante una temporada al año por un inhumano yugo del trabajo y sumido en la miseria durante el resto del año por no tener en qué trabajar.

Las circunstancias que se acaban de recordar determinaron en Inglaterra una reacción de la sociedad con la llamada “legislación fabril”, Había en ella cláusulas sobre jornada de trabajo y sanitarias muy pobres. A su vez, las cláusulas educativas proclamaban la enseñanza elemental como condición obligatoria del trabajo. El éxito de estas normas puso de relieve por vez primera la posibilidad de combinar la enseñanza y la gimnasia y el trabajo manual, y, por tanto, éste con la enseñanza y la gimnasia.

La gran industria venía a abolir técnicamente la división manufacturera del trabajo, y anexionaba de por vida a un hombre a una operación detallista. A su vez, la forma capitalista de la gran industria reproducía en proporciones todavía más monstruosas la división del trabajo. En la verdadera fábrica, se convertía al obrero en accesorio con conciencia propia de una máquina parcial. La contradicción entre la división manufacturera del trabajo y lo que constituye la esencia de la gran industria se revelaba, por ejemplo, en el hecho de que gran parte de los niños que trabajaban en las fábricas y manufacturas modernas encadenados desde su más tierna infancia a las más sencillas manipulaciones, se vieran explotados años y años sin aprender ningún otro trabajo que les permitiera prestar un servicio útil ni siquiera en la

misma fábrica o manufactura. Lo mismo que con la división manufacturera del trabajo dentro del taller, ocurría con la división del trabajo dentro de la sociedad. Mientras que el oficio manual y la manufactura fueron las bases generales de la producción social, eran necesarios la absorción del producto por una rama de producción exclusivamente y el descoyuntamiento de la primitiva variedad de sus trabajos.

La gran industria desgarró el velo que ocultaba a los ojos del hombre su propio proceso social de producción. Su principio, que Marx ha venido caracterizando, según acabamos de verlo, creó la ciencia modernísima de la tecnología. Esta ciencia descubrió las pocas grandes formas fundamentales del movimiento a las que se ajusta forzosamente toda la actividad productiva del cuerpo humano. La moderna industria no consideró ni trató jamás como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Su base técnica era, por tanto, revolucionaria, conforme Marx ya lo había indicado en el *Manifiesto Comunista*. El carácter de la gran industria llevó aparejados constantes cambios de trabajo, desplazamientos de función, una completa movilidad del obrero. De otra parte, reprodujo en su forma capitalista la vieja división del trabajo, con sus particularidades fosilizadas. Esta contradicción absoluta destruyó toda la quietud, la firmeza y la seguridad en la vida del obrero. Esta misma contradicción se manifestó estrepitosamente en una orgía ininterrumpida de que es víctima la clase obrera, en el derroche desenfrenado de fuerzas de trabajo y en los estragos de la anarquía social. Tal es el lado negativo del fenómeno. Pero si en tiempo de Marx los cambios del trabajo sólo se imponían como una ley natural arrolladora y con la ciega eficacia destructora propia de una ley natural que choca en todas partes con barreras, la gran industria, a vuelta de sus catástrofes, erigió en cuestión de vida o muerte la diversidad y el cambio en los trabajos. Se produjo así un proceso de transformación en el que representaron una etapa, provocada de un modo espontáneo por la gran industria, las escuelas politécnicas y agronómicas, y otra las “escuelas de enseñanza profesional”, en las que los niños de los obreros recibían algunas enseñanzas en materia de tecnología y en el manejo práctico de los diversos instrumentos de producción.

Toda la legislación fabril para reglamentar el trabajo en las fábricas, las manufacturas, etc. y toda la reglamentación del llamado trabajo a domicilio eran considerados, en tiempos de Marx, como una intromisión en los derechos de explotación del capital. Sin embargo, la fuerza de los hechos obligó al Parlamento inglés a reconocer que, al desintegrar los fundamentos económicos de la vieja familia y del trabajo familiar congruente con ella, la gran industria desintegraba también las viejas condiciones familiares. Fue necesario proclamar los derechos de los hijos. Algo más: la experiencia constantemente repetida probaba que el capital tan pronto como viene sujeto al control del estado en unos cuantos puntos de la periferia social, se venga en los demás de un modo muchos más desenfrenado; por otro lado, el clamor de los propios capitalistas pedía igualdad en las condiciones de competencia; es decir, trabas iguales a la explotación del trabajo. Es a la luz de estas reflexiones que Marx examina dos leyes inglesas de 1867, una de las cuales reglamentaba las grandes industrias y la otra las pequeñas.

Para Marx, era en la órbita de la agricultura donde la gran industria tenía una eficacia más revolucionaria, porque destruía el reducto de la sociedad antigua, el “campesino”, sustituyéndolo por el obrero asalariado. De este modo, las necesidades de transformación y los antagonismos del campo se nivelaron con los del a ciudad. La explotación rutinaria e irracional fue reemplazada por la aplicación tecnológica y consciente de la ciencia. La ruptura del primitivo vínculo familiar entre la agricultura y la manufactura, que rodeaba las manifestaciones incipientes de ambas, se consumaba con el régimen capitalista de producción. Pero, al mismo tiempo, este régimen creó las condiciones para una nueva y más alta síntesis o coordinación de la agricultura y la industria, sobre la base de sus formas desarrolladas en un sentido antagónico. Al crecer de un modo incesante el predominio de la población urbana, la producción capitalista acumulaba, de una parte, la fuerza histórica motriz de la sociedad, mientras que, de otra parte, perturbaba el metabolismo entre el hombre y la tierra. La dispersión de los obreros del campo en grandes superficies venció su fuerza de resistencia, al paso que la concentración robustecía la fuerza de resistencia de los obreros de la ciudad. Al igual que en la industria urbana, en la moderna agricultura la intensificación de la fuerza productiva y la más rápida movilización del trabajo se consiguieron a costa de devastar y agotar la fuerza de trabajo del obrero.

## **Sección quinta**

### **La producción de la plusvalía absoluta y relativa**

En la tercera sección del libro primero de *El Capital* estudió Marx la producción de plusvalía absoluta. En la siguiente, la de plusvalía relativa. Ahora las estudia en conjunto. El proceso de trabajo en abstracto, independientemente de sus formas históricas, es un proceso entre el hombre y la naturaleza. El instrumento de trabajo y el objeto sobre que éste recae son medios de producción, y el trabajo, un “trabajo productivo”. Pero, este concepto del trabajo productivo, tal como se desprende desde el punto de vista del proceso simple del trabajo, es insuficiente para “el proceso capitalista de producción”. Es que la producción capitalista es, sustancialmente, producción de plusvalía.

La economía política clásica ha considerado siempre la producción de plusvalía como característica fundamental y decisiva del obrero productivo. Por eso su definición del obrero productivo cambia al cambiar sus ideas acerca del carácter de la plusvalía. Los fisiócratas, por ejemplo, entendían que sólo era productivo el trabajo agrícola, porque para ellos sólo existía plusvalía bajo la forma de renta del suelo. Marx, por su parte, conforme lo vimos, distingue entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa. Estudia la producción de una y otra. La producción de la plusvalía absoluta se consigue prolongando la jornada de trabajo por encima del punto en que el obrero se limita a producir un equivalente del valor de su fuerza de trabajo y haciendo que este plustrabajo se lo apropie el capital. La producción de plusvalía absoluta es la base general sobre que descansa el sistema capitalista y el punto de arranque para la producción de plusvalía relativa. En ésta, la jornada de trabajo aparece desdoblada de antemano en dos segmentos: trabajo necesario y trabajo excedente. Para prolongar el segundo se acorta el primero mediante una serie de métodos, con ayuda de los cuales se consigue producir en menos tiempo el equivalente del salario. La producción de plusvalía absoluta gira toda ella en torno a la duración de la jornada de trabajo. La producción de plusvalía relativa revoluciona desde los cimientos hasta el remate los procesos técnicos del trabajo y las agrupaciones sociales. Ella supone un régimen de producción específicamente capitalista, que sólo puede nacer y desarrollarse por un proceso natural y espontáneo, a base de la supeditación formal del trabajo al capital. Esta supeditación formal es

sustituida por la supeditación real del obrero al capitalista. Para la producción de plusvalía absoluta basta con la simple supeditación formal del trabajo al capital; basta con que el artesano que antes trabajaba para sí o como oficial al servicio del maestro, trabaje ahora como obrero bajo el control directo de un capitalista. sin embargo, según se ha visto, los métodos empleados para la producción de plusvalía relativa, son a la vez también métodos de producción de plusvalía absoluta. Desde cierto punto de vista, la distinción entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa puede parecer puramente ilusoria. La plusvalía relativa es absoluta en cuanto condiciona la prolongación absoluta de la jornada de trabajo después de cubrir el tiempo de trabajo necesario para la existencia del obrero. Y la plusvalía absoluta es relativa en cuanto se traduce en un desarrollo de la productividad del trabajo, que permite limitar el tiempo de trabajo necesario a una parte de la jornada. Pero si se presta atención a la dinámica de la plusvalía, esta apariencia de identidad se esfuma. Una vez instaurado el régimen capitalista de producción y erigido en régimen de producción general, la diferencia entre la plusvalía absoluta y la relativa se pone de manifiesto tan pronto se trate de reforzar, por los medios que sea, la cuota de plusvalía. Suponiendo que la fuerza de trabajo se pague por su valor, se presenta esta alternativa: dada la fuerza productiva de trabajo y dado también su grado normal de intensidad, la cuota de plusvalía sólo se podrá aumentar prolongando de un modo absoluto la jornada de trabajo; en cambio, dada la duración de la jornada de trabajo, sólo podrá reforzarse la cuota, si no se quiere reducir el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, logrando un cambio en el rendimiento o intensidad de éste.

Si el obrero necesita todo su tiempo para producir los medios de vida indispensables para su sostenimiento y el de los suyos, no le quedará ningún tiempo libre para trabajar gratuitamente al servicio de otro. A menos que su trabajo haya alcanzado cierto grado de rendimiento, el obrero no gozará de tiempo sobrante, y no habrá plusvalía ni habrá, por tanto, capitalistas. Cabe, pues, hablar de una base natural de la plusvalía, pero sólo en el sentido muy general de ausencia de obstáculos naturales absolutos que impidan a una persona desentenderse del trabajo necesario para su propia subsistencia y echar ese fardo sobre los hombros de un semejante.

Ahora bien, si se arranca de la producción capitalista como factor dado y siempre que las demás condiciones permanezcan invariables y la duración

de las jornadas sea una y fija, la cantidad de trabajo excedente variará con las condiciones naturales del trabajo y principalmente con la fertilidad del suelo. Mas, de aquí no se sigue, ni mucho menos, por deducción a la inversa, que el suelo más fructífero sea el más adecuado para que en él se desarrolle el régimen capitalista de producción. Este régimen presupone el dominio del hombre sobre la Naturaleza. Una Naturaleza demasiado pródiga no obliga al hombre, por imposición natural, a desenvolver sus facultades. La cuna del capitalismo no es el clima tropical, con su vegetación exuberante, sino la zona templada. En la historia de la industria desempeña un papel decisivo la necesidad de dominar socialmente una fuerza natural, de administrarla, de apropiársela o someterla mediante obras creadas por la mano del hombre en gran escala.

La bondad de las condiciones naturales no hace más que brindar la posibilidad, nunca la realidad, del trabajo excedente y, por tanto, de la plusvalía o del plusproducto. La diversidad de las condiciones naturales del trabajo hace que la misma cantidad de trabajo satisfaga en distintos países distintas masas de necesidades, y que, por consiguiente, en condiciones por lo demás análogas, el tiempo de trabajo necesario sea distinto. Esas condiciones sólo actúan sobre el trabajo excedente como frontera natural; es decir, señalando el punto en que puede comenzar el trabajo para otros. Esta frontera natural retrocede a medida que gana terreno la industria. en el seno de la sociedad europea occidental, donde el obrero sólo podría trabajar por su propio sustento a cambio de rendir trabajo excedente para otros, se acaba por creer fácilmente que la facultad de rendir un producto sobrante es algo innato del trabajo humano. Para Marx, lo que hace el capital es anexionarse, considerándolas como fuerzas productivas suyas, tanto las fuerzas productivas históricamente desarrolladas, sociales, como las fuerzas productivas del trabajo que brinda la Naturaleza. Ricardo, al proclamar que la fuerza productiva del trabajo es la causa determinante de la plusvalía, representó un progreso respecto a los mercantilistas, quienes derivaban el remanente de precio de los productos después de cubrir su costo de producción del cambio, del hecho de venderlos por más de su valor. Sin embargo, tampoco la escuela de Ricardo resolvió el problema. Veamos cómo lo resuelve Marx.

El valor de la fuerza de trabajo se determina por el valor de los medios de vida consuetudinariamente necesarios para el sustento del obrero

medio. La masa de estos medios de vida debe considerarse, dentro de una época y de una sociedad determinadas, como una magnitud constante. Lo que cambia es el valor de esta masa. En la determinación de la fuerza de trabajo entran, además, otros dos factores: 1) su costo de desarrollo, que varía con el régimen de producción; 2) su diferencia de naturaleza, según que se trate de trabajo masculino o femenino, maduro o incipiente. Marx, prescindiendo de estos dos factores, da por supuesto que las mercancías se venden por su valor y que el precio de la fuerza de trabajo, aunque a veces exceda de su valor, no es nunca inferior a él. Ya se ha visto que las magnitudes relativas del precio de la fuerza de trabajo y de la plusvalía dependían de tres circunstancias: a) la duración de la jornada de trabajo; b) la intensidad normal de trabajo, o sea, inversión de una determinada cantidad de trabajo en un determinado espacio de tiempo; c) finalmente, la fuerza productiva del trabajo, pues, según el grado de desarrollo de las condiciones de producción, la misma cantidad de trabajo puede arrojar en el mismo espacio de tiempo una cantidad mayor o menor de productos. Caben, evidentemente, combinaciones muy diversas, según que de estos tres factores permanezcan uno constante y dos variables, dos constantes y uno variable o los tres variables conjuntamente.

Cuando la magnitud de la jornada de trabajo y la intensidad de éste son constantes dadas y la fuerza productiva de trabajo es variable, el valor de la fuerza de trabajo y la plusvalía se determinan por el juego de tres leyes: a) Una jornada de trabajo de magnitud dada se traduce siempre en el mismo producto de valor, por mucho que varíe la productividad del trabajo y, con ella, la masa de productos y, por tanto, el precio de cada mercancía. b) El valor de la fuerza de trabajo y la plusvalía cambian en sentido inverso el uno de la otra. c) El aumento o la disminución de la plusvalía es siempre consecuencia, jamás causa, del correspondiente descenso o aumento del valor de la fuerza de trabajo.

Cuando la jornada de trabajo -y es el segundo caso que Marx examina- es constante y la fuerza productiva del trabajo también es constante y la intensidad del trabajo es variable, habrá un cambio en la magnitud del producto de valor del trabajo, independientemente de la naturaleza de los artículos en que este valor encarne. Si la intensidad del trabajo aumentase simultáneamente y por igual en todas las ramas industriales, el nuevo grado, más alto, de intensidad, se convertiría en el grado social medio o normal. Sin embargo, aun en este caso, los grados

medios de intensidad del trabajo de los distintos países seguirían siendo diferentes y modificarían, por tanto, la aplicación de la ley del valor a las distintas jornadas nacionales de trabajo. La jornada más intensiva de trabajo de una nación se traduce en una expresión monetaria más alta que la jornada menos intensiva de otro país.

El tercer caso que Marx examina es aquel en que la fuerza productiva y la intensidad del trabajo son constantes y la jornada de trabajo es variable, acortándose o alargándose. la reducción de la jornada de trabajo no modifica aquí para nada el valor de la fuerza de trabajo, ni, por tanto, el tiempo de trabajo necesario. Lo que hace es reducir el plus trabajo y la plusvalía. Y con la magnitud absoluta de ésta disminuye su magnitud relativa. El capitalista sólo podría mantenerse indemne de esta disminución rebajando el precio de la fuerza de trabajo a menos de su valor. Ahora bien, las objeciones contra la reducción de la jornada de trabajo parten del supuesto de que el fenómeno se desarrolle en las condiciones a que Marx se refiere; pero, en la realidad no ocurre así, sino que la reducción de la jornada de trabajo va siempre precedida o seguida directamente de un cambio en cuanto a la productividad e intensidad del trabajo. Cuando, en cambio, la jornada de trabajo se prolonga, por ejemplo, en dos horas, permaneciendo invariable el precio de la fuerza de trabajo, aumentarán la magnitud absoluta y la magnitud relativa de la plusvalía. Como el producto de valor en que se traduce la jornada de trabajo crece al prolongarse ésta, el precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía pueden aumentar simultáneamente, con incremento igual o desigual. Por tanto, este desarrollo simultáneo puede darse en dos casos: cuando se prolongue de un modo absoluto la jornada de trabajo y cuando, sin prolongarse ésta, la intensidad del trabajo aumente. Al prolongarse la jornada de trabajo, puede ocurrir que el precio de la fuerza de trabajo quede por debajo de su valor, aunque nominalmente permanezca invariable o incluso aumente. En efecto, el valor de un día de fuerza de trabajo está calculado sobre su duración normal media o sobre la duración normal de la vida de un obrero y sobre el desgaste normal medio, ajustado a la naturaleza humana. Hasta cierto punto, cabe compensar el desgaste mayor de la fuerza de trabajo que necesariamente supone toda prolongación de la jornada, aumentando al mismo tiempo la remuneración. Pero, rebasado ese punto, el desgaste crece en progresión geométrica, destruyéndose al mismo tiempo todas las condiciones

normales de reproducción y de funcionamiento de la fuerza de trabajo. A partir de este momento, el precio de la fuerza de trabajo y su grado de explotación dejan de ser magnitudes conmensurables entre sí.

En las variaciones simultáneas en punto a la duración, fuerza productiva e intensidad del trabajo, cabe toda una serie de combinaciones. Puede ocurrir que varíen dos factores y el tercero permanezca constante o que los tres varíen conjuntamente. Pueden variar en el mismo grado o en grado distinto, y en el mismo sentido o en sentido opuesto, por lo cual sus variaciones se contrarrestarán en todo o en parte. Sin embargo, después de las conclusiones a que Marx ha llegado en los apartados anteriores no le resulta difícil analizar todos los casos que pueden presentarse. Para encontrar los resultados de cada combinación, examina, una tras otra, las distintas hipótesis, suponiendo que en cada una de ellas se presente un factor como variable y los otros dos como constantes. Los dos casos más importantes reclamarán su atención. En el primero de ellos, disminuye la fuerza productiva del trabajo, prolongándose simultáneamente la jornada. Al hablar de la disminución de la fuerza productiva de trabajo, se refiere a las ramas industriales cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo, por ejemplo, a la disminución de la fuerza productiva del trabajo que se opera al aumentar la esterilidad del suelo, con el consiguiente encarecimiento de sus productos. La conclusión es que si la fuerza productiva del trabajo disminuye y al mismo tiempo se prolonga la jornada de trabajo, la magnitud absoluta de la plusvalía puede permanecer invariable, mientras su magnitud proporcional disminuye. Y, viceversa, cabe que su magnitud proporcional permanezca invariable, mientras su magnitud absoluta aumente, todo según el grado de prolongación de la jornada. ¿Qué ocurre cuando aumentan la intensidad y la fuerza productiva del trabajo, disminuyendo simultáneamente la jornada? En primer término observa aquí Marx que el aumento de la fuerza productiva del trabajo y su creciente intensidad actúan uniformemente en el mismo sentido. Ambos factores incrementan la masa de productos elaborada en un período de tiempo. Ambos disminuyen, por tanto, la parte de la jornada que el obrero tiene que trabajar para producir sus medios de subsistencia o su equivalente. El límite mínimo absoluto de la jornada de trabajo es el que traza esta parte suya necesaria, pero no restringible. Si toda la jornada de trabajo se redujese a esto, desaparecería el trabajo excedente, cosa inconcebible bajo el régimen del capital. La supresión de la forma capitalista de producción permitiría reducir la jornada de trabajo

al trabajo necesario. Sin embargo, éste, suponiendo que todas las demás circunstancias permaneciesen inalterables, dilataría sus límites. Por dos razones. Primero, porque las condiciones de vida del obrero serían más prósperas y sus exigencias mayores. Segundo, porque se incorporaría al trabajo necesario una parte de lo que actualmente es trabajo excedente: la cantidad de trabajo necesaria para crear un fondo social de reserva y acumulación.

Cuanto más crece la fuerza productiva del trabajo, más puede acortarse la jornada, y cuanto más se acorta ésta, más puede crecer la intensidad del trabajo. Socialmente considerada, la productividad del trabajo crece también con su economía. Ésta no incluye solamente la economía de los medios de producción, sino también la supresión de todo lo que sea trabajo inútil. Pero, mientras que el régimen capitalista de producción impone la economía dentro de cada empresa individual, su sistema anárquico de concurrencia engendra el despilfarro más desenfrenado de medios sociales de producción y fuerza de trabajo, obligando, además, a sostener un sinnúmero de funciones que si actualmente se hacen inexcusables, de suyo son superfluas.

Marx traza las fórmulas de las diversas modalidades de la cuota de plusvalía, fórmulas que presentan con el aspecto de enunciados matemáticos sus observaciones y reflexiones acerca de la realidad económica empíricamente verificable. Lo que aquí importa retener es que, para él, el capital no es sólo un puesto de mando sobre el trabajo, sino un puesto de mando sobre trabajo no retribuido. Toda plusvalía es sustancialmente materialización de tiempo de trabajo no pagado. El misterio de la virtud del capital para valorizarse a sí mismo tiene su clave en el poder de disposición sobre una determinada cantidad de trabajo ajeno no retribuido. Y esto ocurre porque, en el régimen capitalista de producción, el valor de la fuerza de trabajo se convierte en salario.

LEÓN DUJOVNE

## **Sección sexta**

### **El salario**

Visto superficialmente, el salario percibido se presenta como el precio del trabajo. Ahora bien, el valor de una mercancía es la forma materializada del trabajo social invertido para su producción y la magnitud de este valor se mide por la magnitud del trabajo que encierra. Si tratándose, por ejemplo, del valor de una jornada de trabajo de 12 horas, se dijera que su valor es el del trabajo contenido en una jornada de 12 horas, se incurriría en una redundancia. Para poder venderse en el mercado como mercancía, es evidente que el trabajo tendría que existir antes de ser vendido. Pero, si el obrero pudiese dar a su trabajo una existencia independiente, vendería mercancía, y no trabajo. Aun prescindiendo de estas contradicciones, un intercambio de dinero, es decir, de trabajo materializado, por trabajo vivo, anularía la ley del valor, ley que precisamente se desarrolla en toda su plenitud a base de la producción capitalista, o destruiría la propia producción capitalista, basada justamente en el trabajo asalariado. Supóngase, por ejemplo, que una jornada de trabajo de 12 horas se represente por un equivalente en dinero de 6 pesos. Podría ocurrir que se cambiasen equivalentes y entonces el obrero percibiría por su trabajo de 12 horas 6 pesos. El precio del trabajo sería, en este caso, igual al precio de su producto. En estas condiciones, el obrero no produciría plusvalía alguna para el comprador de su trabajo. Más, podría también ocurrir que percibiese por 12 horas de trabajo menos de 6 pesos, es decir, menos de 12 horas de trabajo. Doce horas de trabajo se cambiarían, en este caso, por 10, por 6, etc. Esta equiparación de magnitudes desiguales equivaldría a destruir la ley de determinación del valor. Semejante contradicción no puede en modo alguno proclamarse siquiera como ley. De nada sirve argumentar que el intercambio de más trabajo por menos trabajo se debe a la diferencia de forma, tratándose en un caso de trabajo materializado y en otro caso de trabajo vivo. Esta pretendida explicación es tanto más lamentable cuanto que el valor de una mercancía no se determina por la cantidad de trabajo realmente invertida en ella, sino por la cantidad de trabajo vivo necesario para su producción. Piénsese en una mercancía que representa 6 horas de trabajo. Al inventarse una máquina que permita producirla en 3 horas, el valor de esta mercancía, aun el de la ya producida, descenderá a la mitad.

Ahora, las 6 horas de trabajo social necesario han quedado reducidas a 3. Como se ve, lo que determina la magnitud de valor de una mercancía es la cantidad de trabajo necesario para su producción, y no la forma objetiva que este trabajo reviste. Es que el trabajo es la sustancia y la medida inmanente de los valores, pero de suyo carece de valor. Esto significa que el trabajo no es propiamente una mercancía, aunque es fuente y medida de todos los valores. Cuando se dice “valor del trabajo”, se emplea una expresión puramente imaginaria, como cuando se habla, por ejemplo, del valor de la tierra. Sin embargo, tales expresiones imaginarias brotan del mismo régimen de producción. Son categorías en que cristalizan las formas exteriores en que se manifiesta la sustancia real de las cosas. En casi todas las ciencias se sabe que muchas veces las cosas se manifiestan con una forma inversa de lo que en realidad son; la única ciencia que ignora esto es la economía. Es que la economía política clásica ha tomado de la vida diaria, sin pararse a criticarla, la categoría del “precio del trabajo”; no ha advertido el significado del hecho de que el valor y los precios de la fuerza de trabajo se transfiguran en forma de salarios. De aquí parte Marx. Observa que el valor del trabajo no es más que una expresión impropia para designar el valor de la fuerza de trabajo. Entonces, el valor del trabajo tiene que ser siempre más reducido que su producto de valor. Así ha de ser porque el capitalista hace que la fuerza de trabajo funcione siempre más tiempo del necesario para reproducir su propio valor. En el trabajo feudal, se distinguía el trabajo que el vasallo realizaba para sí y el trabajo forzado que rendía para el señor del suelo. En el trabajo de los esclavos aun la parte de la jornada en que el esclavo no hacía más que reponer el valor de lo que consumía para vivir, se presentaba exteriormente como trabajo realizado para su dueño. Todo el trabajo del esclavo parecía no retribuido. Con el trabajo asalariado ocurre lo contrario: aquí, hasta el trabajo excedente o trabajo no retribuido parece pagado.

A simple vista, el intercambio del capital y el trabajo se desenvuelve igual que la compra y la venta de cualquier otra mercadería. La conciencia jurídica reconoce, a lo sumo, una diferencia material, que se expresa en las fórmulas jurídicamente equivalente de *do ut des*, *do ut facias*, *facio ut des* y *facio ut facias*. Además, como el valor de cambio y el valor de uso son de por sí magnitudes inconmensurables, la expresión de “valor del trabajo”, “precio del trabajo”, no es más ni menos irracional que la de “valor del algodón” o “precio del algodón”. Añádase a esto que

al obrero se le paga después de ejecutar su trabajo. En su función de medio de pago, el dinero realiza, *a posteriori*, el valor o precio del artículo entregado, es decir, en este caso concreto, el valor o precio del trabajo vendido. Finalmente, el “valor de uso” que el obrero entrega al capitalista no es realmente la fuerza de trabajo, sino su función, un determinado trabajo útil, el cual es un elemento general creador de valor, condición que lo distingue de todas las demás mercancías.

En el régimen capitalista de producción se compra, no el trabajo, sino la fuerza de trabajo, que es pagada después de haber sido consumida. Lo que al capitalista le interesa es la diferencia entre el precio de la fuerza de trabajo y el valor creado por la función de ésta. Pero, no cae en la cuenta de que si realmente existiese algo como el valor del trabajo, y, al adquirirlo, pagase efectivamente este valor, el capital no existiría, ni su dinero podría, por tanto, convertirse en capital. Además, el verdadero movimiento de los salarios presenta fenómenos que a primera vista parecen demostrar que lo que se paga no es el valor de la fuerza de trabajo, sino el valor de su función, el trabajo mismo. Estos fenómenos pueden clasificarse en dos grandes grupos. Primero: casos en que el salario cambia al cambiar la duración de la jornada de trabajo. Segundo, las diferencias individuales en los salarios de distintos obreros que ejecutan la misma función. En el sistema de trabajo del asalariado, las ventajas de la fuerza de trabajo superior al nivel medio o el quebranto de la que no alcanza este nivel, favorecen o perjudican al propio obrero. Por lo demás, la forma exterior “valor y precio del trabajo” o “salario”, a diferencia de la realidad sustancial que en ella se exterioriza, o sea, el valor y el precio de la fuerza de trabajo, está sujeta a la misma ley que todas las formas exteriores y su fondo oculto. Las primeras se reproducen de un modo directo y espontáneo, como formas mentales que se desarrollasen por su cuenta; el segundo, es la ciencia quien ha de descubrirlo. La economía política clásica tocó casi a la verdadera realidad, pero sin llegar a formularla de un modo consciente.

Marx estudia las dos formas principales de salario: por unidades de tiempo y a destajo o por pieza.

Las leyes sobre el cambio de magnitudes del precio de la fuerza de trabajo y la plusvalía, se convierten, mediante simples cambios de forma,

en leyes del salario. La diferencia entre el valor de cambio de la fuerza de trabajo y la masa de medios de vida en que se invierte este valor, se presenta también aquí como diferencia entre el salario nominal y el salario real. La suma de dinero (aquí se parte siempre del valor del dinero como un valor constante) que el obrero percibe por su trabajo diario, semanal, etc., forma la cuantía de su salario nominal, o sea, del salario calculado con arreglo al valor. Pero es evidente que, según la duración de la jornada de trabajo, el mismo jornal diario, semanal, etc., puede representar cantidades de dinero muy distintas para la misma cantidad de trabajo. Por tanto, en el salario por tiempo hay que distinguir entre la cuantía total del salario por días, por semanas, etc., y el precio del trabajo. Ahora bien, el precio medio del trabajo se fija dividiendo el valor diario medio de la fuerza de trabajo entre el número de horas de la jornada de trabajo media. El precio de la hora de trabajo sirve, consiguientemente, como unidad para medir el precio del trabajo. Entonces, el salario por días, por semanas etc., puede seguir siendo el mismo, aunque el precio del trabajo descienda constantemente. No obstante, el salario por días o semanas puede aumentar aun permaneciendo constante e incluso descendiendo el precio del trabajo. Así, por ejemplo, si la jornada de trabajo es de 10 horas y el valor de un día de fuerza de trabajo 30 pesos, el precio de una hora de trabajo será tres pesos. Si el obrero, al aumentar el quehacer y sin que el precio del trabajo se altere, trabaja 12 horas, su jornal aumentará hasta 36 pesos sin variación en el precio del trabajo. Y a idéntico resultado se llegaría si, en vez de la magnitud extensiva del trabajo, aumentase su magnitud intensiva. Por tanto, puede ocurrir que el alza del salario nominal por días o por semanas vaya acompañada del estacionamiento o la baja del precio del trabajo. Entonces, fluye esta ley general: dada la cantidad del trabajo diario, semanal, etc., el jornal diario o semanal depende del precio del trabajo que, a su vez, varía con el valor de la fuerza del trabajo o con las desviaciones entre su precio y su valor. Por el contrario, dado el precio del trabajo, el jornal diario o semanal depende de la cantidad del trabajo rendido por días o por semanas. La unidad de medida del salario por tiempo, o sea, el precio de la hora de trabajo, es el resultado de la división del valor de un día de fuerza de trabajo por el número de horas de la hornada de trabajo normal. Supongamos que la jornada de trabajo es de 12 horas, y el producto de un valor de 6 horas. Como, según el supuesto de que Marx parte, tiene el obrero que trabajar por término medio 6 horas diarias para producir un

salario equivalente al valor de su fuerza de trabajo, y como, siempre según el mismo supuesto, de cada hora que trabaja, media loase para sí y media para el capitalista, es evidente que no podrá arrancar el producto del valor de 6 horas trabajando menos de 12.

Si el salario por horas se fija de tal modo que el capitalista se no obligue a pagar al obrero el jornal de un día o de una semana, sino solamente el de las horas que lo ponga a trabajar según su capricho, podrá ocurrir que lo tenga trabajando menos tiempo del que se toma como base originaria para calcular el salario por horas ola unidad de medida del precio del trabajo. En este caso queda rota la trabazón entre el trabajo pagado y el trabajo no retribuido, y el capitalista puede destruir todo el ritmo normal del trabajo y empalmar el exceso de trabajo más abrumador con un paro relativo o absoluto, según su comodidad, su capricho o su momentáneo interés. La limitación legal de la jornada de trabajo pone coto a estos abusos, al paro parcial que brota de la concurrencia de la maquinaria, de los cambios en cuanto a la calidad de los obreros empleados y de las crisis parciales y generales.

Al crecer el salario diario o semanal puede ocurrir que el precio del trabajo permanezca nominalmente constante y que, sin embargo, su nivel normal baje. Así acontece siempre que, no alterándose el precio del trabajo o de la hora de trabajo, la jornada de trabajo se prolongue, rebasando su duración normal. El valor de la fuerza de trabajo, de su desgaste, aumenta al aumentar el tiempo durante el cual funciona y en proporción mayor que éste. Por eso en muchas ramas industriales en las que imperaba el régimen del salario por tiempo sin que la ley limitara la jornada de trabajo, se creó por impulso natural la costumbre de no considerar como normal la jornada de trabajo más allá de un cierto límite, por ejemplo, diez horas. Rebasado este límite el tiempo de trabajo se consideraba tiempo extraordinario y, tomando la hora como unidad de medida, se le pagaba al obrero por una tarifa superior. También en esto la limitación legal de la jornada de trabajo puso coto a los excesos.

Para Marx, el salario por piezas o a destajo no es más que la forma transfigurada del salario por tiempo. A primera vista, se podría creer, erróneamente, que en el salario a destajo, a diferencia del salario por tiempo, el valor de uso vendido por el obrero fuese no el trabajo vivo,

sino el trabajo ya materializado en el producto. Pero he ahí que ambas formas de salario coexisten simultáneamente en las mismas ramas industriales. La diferencia de forma, en cuanto al pago del salario, no altera para nada la naturaleza de éste, aunque una forma sea o pueda ser más favorable que la otra para el desarrollo de la producción capitalista. Como en el salario a destajo la calidad y la intensidad del trabajo son controladas por la forma misma del salario, éste hace inútil una parte de la fiscalización del trabajo. El régimen de destajo facilita la filtración de parásitos entre el capitalista y el obrero, con el régimen de subarrendamiento del trabajo. La ganancia de los intermediarios se nutre exclusivamente de la diferencia entre el precio del trabajo abonado por el capitalista y la parte que va a parar a manos del obrero.

Aceptado el destajo, el obrero se halla interesado en desplegar su fuerza de trabajo con la mayor intensidad posible y en que la jornada de trabajo se prolongue, pues con ello aumenta su salario diario o semanal. En el salario por tiempo rige, salvo ligeras excepciones, igual salario para trabajos iguales. En cambio, en el destajo, la forma de salario que mejor cuadra al régimen capitalista de producción, aunque el precio del tiempo de trabajo se mida por una determinada cantidad de productos, el salario diario o semanal varía según la capacidad individual del obrero. Pero, esto no altera en nada las relaciones generales que rigen entre el capital y el trabajo asalariado.

\* \* \*

Conforme se desarrolla en un país la producción capitalista, la intensidad y productividad del trabajo dentro de él van remontándose sobre el nivel internacional. Por consiguiente, las diversas cantidades de mercancías de la misma clase producidas en distintos países durante el mismo tiempo de trabajo tienen distintos valores internacionales, expresados en distintos precios, es decir, en sumas de dinero que varían según los valores internacionales. Por consiguiente, el valor relativo del dinero será menor en los países en que impere un régimen progresivo de producción capitalista, que en aquellos en que funcione un régimen capitalista de producción más atrasado. Por eso, el salario nominal, el equivalente de la fuerza de trabajo expresado en dinero, tiene que ser también más alto en los primeros países que en los segundos; lo cual no

quiere decir que este criterio sea también aplicable al salario real, es decir, a los medios de vida percibidos por el obrero. Pero, aun prescindiendo de estas diferencias relativas que se acusan en cuanto al valor del dinero en los distintos países, con frecuencia el salario diario, semanal, etc., es más alto en los primeros países que en los segundos, mientras que el precio relativo del trabajo, es decir, el precio del trabajo en relación tanto con la plusvalía como con el valor del producto, es más alto en los segundos países que en los primeros.

LEÓN DUJOVNE

## **Sección séptima**

### **El proceso de acumulación del capital**

En el mercado, en la órbita de la circulación, se realiza la primera fase porque atraviesa la cantidad de valor puesta en funciones como capital, fase de transformación de una suma de dinero en medios de producción y fuerza de trabajo. La segunda fase, el proceso de producción, finaliza tan pronto como los medios de producción se convierten en mercancías cuyo valor exceda del valor de sus partes integrantes. A su vez, estas mercancías han de lanzarse nuevamente a la órbita de la circulación. Necesariamente ha de realizarse en dinero su valor, para convertir este dinero en nuevo capital, y así sucesivamente, sin interrupción. Este ciclo, que recorre siempre las mismas fases sucesivas, es el ciclo de circulación del capital.

Una vez producida la plusvalía, el capitalista que la produce tiene que repartirla con otros capitalistas que desempeñan diversas funciones en el conjunto de la producción social, con el terrateniente, etc. Por tanto, la plusvalía se divide en varias partes, que revisten diversas formas transfiguradas, independientes las unas de las otras, tales como las de ganancia, interés, beneficio comercial, renta del suelo, etc., que Marx estudiará en el libro tercero de *El Capital*. Aquí da por sentado: 1) que el capitalista que produce las mercancías las vende por su valor; 2) que el productor capitalista es propietario de toda la plusvalía que produce, o si se quiere, representa a cuantos participan de ella. Saliendo de estos dos supuestos, analiza la acumulación del capital en su forma simple y fundamental, en su pureza.

Todo proceso social de producción es, al mismo tiempo, un proceso de reproducción. Las condiciones de la producción son a la par las de la reproducción. Ninguna sociedad puede producir constantemente, es decir, reproducir, sin volver a convertir constantemente una parte de sus productos en medios de producción o elementos de la nueva producción. Allí donde la producción presenta forma capitalista, la presenta también la reproducción. En el régimen capitalista de producción el proceso de trabajo sólo es un medio para el proceso de valorización; del mismo modo, la reproducción es simplemente un medio para reproducir como

capital, es decir, como valor que se valoriza, el valor desembolsado. Como incremento periódico del valor-capital o fruto periódico del capital en acción, la plusvalía revista la forma de renta producida por el capital. Cuando el capitalista sólo se aprovecha de esta renta como fondo de consumo o se la gasta con la misma periodicidad con que lo obtiene, el proceso, si las demás circunstancias no varían, es una “reproducción simple”.

El proceso de producción empieza con la compra de la fuerza de trabajo por un determinado tiempo, comienzo que se renueva constantemente. Pero al obrero sólo se le paga después de rendir su fuerza de trabajo y una vez realizadas, en forma de mercancías, no sólo su valor, sino también la plusvalía. Por tanto, el obrero produce, además de la plusvalía, en la que aquí sólo vemos, por el momento, el fondo de consumo del capitalista, el fondo del que se le paga, el capital variable, ante de que vuelva a sus manos en forma de salario, y sólo se le da ocupación en la medida en que lo reproduzca constantemente. De aquí nace la fórmula de los economistas en la que el salario se presenta como parte del propio producto. Es una parte del producto reproducido constantemente por el mismo obrero la que vuelve constantemente a sus manos en forma de salario. La clase capitalista entrega constantemente a la clase obrera, en forma de dinero, la asignación de una parte del producto creado por la segunda y apropiado por la primera. El obrero devuelve estas asignaciones a la clase capitalista no menos constantemente, privándose así incluso de la parte de su propio producto que a él le corresponde. La forma de mercancía que presenta el producto y la forma de dinero que presenta la mercancía disfrazan esta transacción.

El capital variable sólo es una forma histórica concreta de manifestarse el fondo de medios de vida o el fondo de trabajo de que necesita el obrero para su subsistencia y reproducción y que tiene constantemente que producir y reproducir en todos los sistemas de producción social. La manera de manifestarse el fondo de trabajo no altera para nada el hecho de que el capitalista desembolsa, para pagar al obrero, el propio trabajo materializado de éste.

Claro está que el capital variable sólo pierde el carácter de un valor desembolsado de los propios fondos del capitalista cuando se enfoca el

proceso de producción capitalista en el flujo constante de su renovación. Pero este proceso tiene necesariamente que comenzar en algún sitio y en algún momento. Así, pues, desde el punto de vista que se acaba de adoptar hasta aquí, lo probable es que el capitalista haya entrado en posesión del dinero en un determinado momento, por virtud de una cierta acumulación originaria, independiente de la apropiación de trabajo ajeno no retribuido, pudiendo, gracias a ello, acudir al mercado como comprador de fuerza de trabajo. Sin embargo, la mera continuidad del proceso capitalista de producción o la reproducción simple, determina además otros cambios singulares, que no afectan solamente al capital variable, sino a todo el capital.

La mera continuidad del proceso de producción, o sea, la simple reproducción, transforma necesariamente todo capital, más tarde o más temprano, en capital acumulado o en plusvalía capitalizada. Aunque al lanzarse al proceso de producción fuese propiedad personalmente adquirida por el trabajo de quien lo explota, antes o después se convierte forzosamente en valor apropiado, sin retribución, en materialización, sea en forma de dinero o bajo otra forma cualquiera, de trabajo ajeno no retribuido. Ahora bien, ya se ha visto que para transformar el dinero en capital era menester, ante todo, que se enfrentaran, como comprador y vendedor, de un lado el poseedor de medios de producción y de vida, y, de otro, el hombre sin más patrimonio que su fuerza de trabajo. Es que el proceso capitalista de producción tiene como premisa real dada, el divorcio entre el producto del trabajo y el trabajo mismo. Pero lo que al principio no era más que punto de partida acaba produciéndose y reproduciéndose incesantemente. Como el proceso de producción es al mismo tiempo proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista que la adquiere, el producto del obrero no sólo se transforma constantemente en mercancía, sino también en capital. Es decir, que el propio obrero produce constantemente la riqueza objetiva como capital, como una potencia extraña a él, que lo domina y lo explota, y el capitalista produce, no menos constantemente, la fuerza de trabajo como fuerza subjetiva de riqueza, separada de sus mismos medios de realización y materialización, como fuente abstracta que radica en la mera corporeidad del obrero o, para decirlo brevemente, el obrero como obrero asalariado. Esta constante reproducción o eternización del obrero es el *sine qua non* de la producción capitalista.

Cuando el capitalista convierte su fuerza de trabajo una parte de su capital, saca provecho, no solamente a lo que el obrero le entrega, sino también a lo que él da al obrero. El capital de que se desprende a cambio de la fuerza de trabajo se convierte en medios de vida, cuyo consumo sirve para reproducir los músculos, los nervios, los huesos, el cerebro de los obreros actuales y para procrear los venideros. Así, pues, dentro de los límites de lo absolutamente necesario, el consumo individual de la clase obrera vuelve a convertir el capital abonado a cambio de la fuerza de trabajo en nueva fuerza de trabajo explotable por el capital. Es producción y reproducción del medio de producción indispensable para el capitalista, del propio obrero. El consumo individual del obrero es, así, un factor de la producción y reproducción del capital, ya se efectúe dentro fuera del taller, de la fábrica, etc., dentro o fuera del proceso de trabajo. El proceso capitalista de producción reproduce, por su propio mecanismo, el divorcio entre la fuerza de trabajo y las condiciones de trabajo, reproduciendo y eternizando de este modo las condiciones de explotación del obrero. El proceso de producción o de reproducción capitalista enfocado en su conjunto no produce solamente mercancías, no produce solamente plusvalía, sino que produce y reproduce el mismo régimen del capital de una parte, al capitalista, y de la otra, al obrero asalariado.

Ya se ha visto cómo la plusvalía brota del capital. Agréguese ahora que el capital nace de la plusvalía. Acumulación de capital es el nombre que se da a la inversión de la plusvalía como capital o la reversión a capital de la plusvalía. Marx analiza este fenómeno, ante todo, desde el punto de vista del capitalista individual, Para convertir en capital el nuevo valor, la plusvalía, un patrono hilandero, por ejemplo, que con 8.000 pesos invertidos en medios de producción y 2.000 en salarios obtuvo 2.000 de plusvalía, invertirá cuatro quintas partes de esta suma en comprar algodón etc., y el resto en comprar nueva fuerza de trabajo. El nuevo capital así distribuido comenzará a funcionar en la fábrica de hilados y arrojará, a su vez, una nueva plusvalía. El valor del primer capital revestía forma de dinero desde el momento mismo desembolsarse; en cambio, la plusvalía se presenta desde el primer momento como valor de una determinada parte del producto bruto, Al venderse todo el producto obtenido, el valor del capital recobra su forma primitiva, pero la plusvalía cambia de forma o modalidad. Mas, a partir de este instante, ambos elementos, el capital y la plusvalía, son sumas de dinero y su

reversión a capital se efectúa del mismo modo, sin que medie ya diferencia alguna. El capitalista invierte ambas sumas en comprar las mercancías que le permitan acometer de nuevo la fabricación de su artículo, esta vez sobre una escala más alta. Sin embargo, para poder comprar estas mercancías, tiene que empezar por encontrarlas en el mercado. Si sus hilados circulan es porque él lanza al mercado su producto anual, ni más ni menos que hacen los demás capitalistas con las mercancías de su fabricación. Pero, antes de lanzarse al mercado, estos productos figuraban ya en la masa global de objetos de todo género en los que se convierte, al cabo del año, la suma global de los capitalistas individuales o el capital global de la sociedad y del que cada capitalista individual sólo posee una parte alícuota. Las operaciones del mercado establecen el intercambio entre las distintas partes integrantes de la producción anual; las hacen pasar de mano en mano, pero sin hacer que aumente de volumen la producción global de un año ni que cambien de naturaleza los objetos producidos. Así, el uso que se haga o pueda hacerse del producto global anual dependerá de su propia contextura, pero no de la circulación.

En primer lugar, la producción anual debe suministrar todos los valores de uso con los que han de reponerse los elementos materiales del capital consumidos en el transcurso del año. Deducidos estos elementos, queda el producto neto o producto excedente que encierra la plusvalía. ¿En qué consiste este producto excedente? Si consistiera en objetos destinados a satisfacer las necesidades y los apetitos de la clase capitalista, y entrara en su fondo de consumo, la plusvalía se gastaría toda sin dejar rastro; no habría margen más que para la reproducción simple. Para acumular, es forzoso convertir en capital una parte del trabajo excedente. Pero, sólo se pueden convertir en capital los medios de producción, y aquellos otros con que pueden mantenerse los obreros, es decir, los medios de vida. Por consiguiente, una parte del trabajo excedente anual deberá invertirse en crear los medios de producción y de vida adicionales, rebasando la cantidad necesaria para reponer el capital desembolsado: la plusvalía sólo es susceptible de transformarse en capital porque el producto excedente cuyo valor ella representa, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital. Para hacer que estos elementos entren en funciones como capital, la clase capitalista necesita contar con nueva afluencia de trabajo. El mecanismo de la propia producción

capitalista resuelve este problema, al reproducir a la clase obrera como clase supeditada al salario, cuyos ingresos normales bastan para asegurar su conservación y para garantizar su multiplicación. Con esto le basta al capitalista para que la plusvalía se transforme en capital. Concretamente, la acumulación se reduce a la reproducción del capital en una escala progresiva. El ciclo de la reproducción simple se modifica y transforma, según la expresión de Sismondi, en forma de espiral.

El capital primitivo continúa reproduciéndose y produciendo plusvalía al lado de los capitales de nueva formación. A su vez, el capital adicional es plusvalía capitalizada. Él no encierra, desde su origen, ni un solo átomo de valor que no provenga de trabajo ajeno no retribuido. Los medios de producción a los que se incorpora la fuerza de trabajo adicional, así como los medios de vida con que ésta se mantiene, no son más que partes integrantes del producto excedente, del tributo obtenido anualmente de la clase obrera por la clase capitalista.

Cuando el capital adicional emplea a su propio productor, éste, de una parte, tiene que seguir fomentando el valor del capital primitivo y, de otra parte, rescatar el producto de su trabajo anterior con más trabajo del que costó. Como transacción entre la clase capitalista y la clase obrera, no altera para nada el problema el hecho de que con el trabajo no retribuido de los obreros empelados anteriormente se contraten otros nuevos. Algunas veces, el capitalista invierte el capital adicional en una máquina que lanza al arroyo los productos de ese capital, sustituyéndolos por un par de muchachos. Tanto en uno como en otro caso, la clase obrera, con lo que trabaja demás este año, crea el capital necesario para dar al año que viene entrada al trabajo adicional. Esto es lo que se llama producir capital con capital. La única condición en que descansa la apropiación actual de trabajo vivo no retribuido, en proporciones cada vez mayores, es la propiedad de trabajo pretérito sin retribuir. La suma que el capitalista puede acumular es tanto mayor cuanto mayor sea la que haya acumulado antes.

El régimen capitalista de apropiación brota de la aplicación de las leyes originales de la producción de mercancías. Aunque la transformación originaria del dinero en capital se desarrolla en la más completa armonía con las leyes económicas de la producción de

mercancías y con los títulos de propiedad derivados de ella, su resultado es: 1º) que el producto pertenezca al capitalista y no al obrero; 2º) que el valor de este producto encierre, además del valor del capital desembolsado, una plusvalía que al obrero le ha costado trabajo y al capitalista no le ha costado nada y que, sin embargo, es legítima propiedad del segundo; 3º) que el obrero alimente y mantenga en pie su fuerza de trabajo, pudiendo volver a venderla si encuentra comprador.

La reproducción simple no es más que la repetición periódica de la primera operación, consistente en convertir, una vez y otra, el dinero en capital. Y bien, los términos del problema no cambian cuando la reproducción simple es sustituida por la producción en una escala más alta, por la acumulación. En la primera, el capitalista devora toda la plusvalía; en ésta sólo gasta para sí una parte y convierte el resto en dinero. La plusvalía es propiedad suya, sin que jamás haya pertenecido a otro. Si la desembolsa para la producción, hace exactamente lo mismo que hizo el día en que pisó por primera vez el mercado: desembolsa sus propios fondos. Pero la cosa cambia si se enfoca la producción capitalista en el curso ininterrumpido de su renovación y si, en vez de considerar a un solo capitalista y a un solo obrero, se encara la totalidad, de la clase capitalista, de una parte, y, de otra de la totalidad de la clase obrera.

En el período capitalista la riqueza social se convierte, en proporciones cada vez mayores, en propiedad de quienes disponen de medios para apropiarse constantemente el trabajo no retribuido de otros. Cuando la producción de mercancías se convierte en producción capitalista, las leyes de la propiedad inherentes a la producción de mercancías se truecan en las leyes de apropiación del capitalismo. En la reproducción simple todo capital desembolsado, cualquiera que fuese su origen, se convertía en capital acumulado o en plusvalía capitalizada. Pero, en el raudal de la producción, los capitales iniciales desembolsados van convirtiéndose en una magnitud cada vez más reducida si se la compara con el capital directamente acumulado, es decir, con el producto excedente revertido a capital, ya funcione en las mismas manos que lo acumularon o en manos ajenas. Por eso, la economía política define generalmente el capital como “riqueza acumulada” (plusvalía o renta transformada en capital) “invertida nuevamente en la producción de plusvalía”, o presenta al capitalista como “poseedor del producto

excedente”. Este modo de concebir se expresa también cuando se dice que todo capital es interés acumulado o capitalizado, pues el interés no es más que una modalidad de la plusvalía. La economía clásica está en lo cierto cuando hace hincapié en que el consumo del producto excedente por obreros productivo y no por gentes improductivas es la característica del proceso de acumulación. Pero aquí comienza también su error. A. Smith puso de moda el definir la acumulación simplemente como el consumo del producto excedente por obreros productivos y la capitalización de la plusvalía como su simple inversión en fuerza de trabajo. Marx, crítico de Smith, observa que éste pone fin a su investigación allí donde comienza realmente la dificultad. Señala que mientras sólo se toma en cuenta la producción global de un año, el proceso anual de la reproducción será fácil de entender. Lo grave es que todos los elementos integrantes de la producción anual deben ser llevados al mercado, donde comienza la dificultad. La dinámica de los distintos capitales y de las rentas personales se entrecruzan, se mezclan, se pierden en un cambio general de puestos - la circulación de la riqueza social- que desorienta la mirada del investigador y le plantea problemas muy complicados. Más adelante veremos cómo Marx intentó analizar esta cuestión en el segundo libro de *El Capital*.

Entre tanto continuaremos viendo lo que sorbe la acumulación del capital expone en el primer libro de la obra.

La Plusvalía o el producto excedente es fondo individual de consumo del capitalista y es, al propio tiempo, fondo de acumulación. Esto significa que una parte de la plusvalía es gastada por el capitalista, como renta; por otra parte, es invertida como capital, o acumulada. Dentro de una masa dada de plusvalía, una de estas dos partes serán tanto mayor cuanto menor sea la otra,. Suponiendo que todas las demás circunstancias permanezcan invariables, es la magnitud de la acumulación la que determina la proporción en que aquella masa se divide. Pero quien establece la división es el propietario de la plusvalía, el capitalista. De la parte del tributo percibido por él que destina a la acumulación se dice que la ahorra, porque cumple su misión de enriquecerse.

El desarrollo de la producción capitalista convierte en ley de necesidad el incremento constante del capital invertido en una empresa

industrial, y la concurrencia impone a todo capitalista individual las leyes inmanentes del régimen capitalista de producción como leyes coactivas impuestas desde fuera. En los orígenes históricos del régimen capitalista de producción imperan, como pasiones absolutas, la avaricia y la ambición de enriquecerse. Pero los progresos de la producción capitalista no crean solamente un mundo de goces. Con la acumulación y el sistema de crédito, estos progresos abren mil posibilidades de enriquecerse de prisa. Al llegar a un cierto punto culminante de desarrollo, se impone incluso como una necesidad profesional para el capitalista una dosis convencional de derroche, que es a la par ostentación de riqueza y, por tanto, medio de crédito. Acumular por acumular, producir por producir; en esta fórmula recoge y proclama la economía clásica la misión histórica del período burgués. Para la economía clásica, el proletariado no es más que una máquina de producir plusvalía; en justa reciprocidad, no se ve tampoco en el capitalista más que una máquina para transformación [de] esta plusvalía en capital excedente.

En los más diversos tipos económicos de sociedad, no sólo hay la reproducción simple, sino también, aunque en diferente proporción, la reproducción en una escala más alta. La producción y el consumo van aumentando progresivamente, aumentando también, como es lógico, la cantidad de productos convertidos en medios de producción. Pero este proceso no presenta el carácter de acumulación de capital, ni, por lo tanto, el de función del capitalista, mientras nos enfrentamos con el obrero, en forma de capital, sus medios de producción y, por consiguiente, su producto y sus medios de vida. Partiendo de una proporción dada en cuanto a la distribución de la plusvalía en capital y renta, es evidente que el volumen del capital acumulado depende de la magnitud absoluta de la plusvalía, y la cuota de plusvalía depende en primer término del grado de explotación de la fuerza de trabajo. Al estudiar la producción de la plusvalía, partía Marx siempre del supuesto de que el salario representa, por lo menos, el valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo -observa- en la práctica la reducción forzada del salario por debajo de este valor tiene una importancia demasiado grande para que no se la señale. Gracias a esta reducción el fondo necesario de consumo del obrero se convierte de hecho, dentro de ciertos límites, en un fondo de acumulación de capital.

Factor importante en la acumulación del capital es el grado de rendimiento del trabajo social. Con la fuerza productiva del trabajo crece la masa de productos en que se traduce un determinado valor y, por lo tanto, una magnitud dada de plusvalía. Si la cuota de plusvalía se mantiene inalterable, e, incluso, si decrece, siempre y cuando que decrezca más lentamente de lo que aumente la fuerza productiva del trabajo, la masa del producto excedente se acrecienta. Por tanto, si su distribución en renta y capital adicional no se modifica, el consumo del capitalista puede aumentar sin que disminuya el fondo de acumulación. Además, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo reacciona también sobre el capital original, o sea, sobre el capital lanzado ya al proceso de producción. Una parte del capital constante en funciones consiste en medios de trabajo, tales como maquinaria, etc., que sólo pueden consumirse, y consiguientemente, reproducirse o reponerse por nuevos ejemplares de la misma clase, en períodos relativamente largos de tiempo. Pero cada año muere o alcanza la meta de su función productiva una parte de estos medios de trabajo. Es decir, que, cada año, esta parte se halla en la fase de su reproducción periódica o de su reposición por nuevos ejemplares de tipo igual. Cuando la fuerza productiva del trabajo aumenta en los hogares de producción de estos medios de trabajo, desarrollándose constantemente con los avances ininterrumpidos de la ciencia y la técnica, las máquinas, las herramientas, los aparatos, etc., antiguos ceden el puestos a otros nuevos, más eficaces y más baratos en proporción a su rendimiento. El capital antiguo se reproduce bajo una forma más productiva, aun prescindiendo del cambio constante de detalle de los medios de trabajo existentes. La otra parte del capital constante, las materias primas y las materias auxiliares, se reproduce continuamente dentro del año, y en las ramas agrícolas anualmente, por lo general. Toda implantación de nuevos métodos, etc., surte pues, casi al mismo tiempo, los efectos de un nuevo capital, de un capital ya en funciones.

El trabajo transfiere al producto el valor de los medios de producción consumidos por él. El valor y la masa de los medios de producción puestos en movimiento por una cantidad dada de trabajo crecen a medida que éste se hace más productivo. Así, pues, aunque la misma cantidad de trabajo transfiere siempre a sus productos la misma suma de nuevo valor, el antiguo capital transferido también a aquellos por el trabajo crece al crecer la productividad de éste. Por ejemplo, si en tiempo de Marx, un

hilandero inglés y otro chino trabajaban el mismo número de horas y con la misma intensidad, ambos creaban al cabo de una semana valores iguales. Y, sin embargo, a pesar de esta igualdad, entre el valor del producto semanal creado por el inglés, que trabajaba con una formidable máquina automática, y el del chino, que sólo disponía de un instrumento rudimentario, mediaba una diferencia gigantesca. Durante el tiempo que necesitaba el chino para hilar una libra de algodón, hilaba el inglés varios cientos de libras. El valor del producto de éste encerraba una suma varios cientos de veces mayor de valores antiguos, que, así cobraban forma útil, pudiendo funcionar nuevamente como capital. El conservar los valores antiguos al crear nuevos es un don natural de trabajo vivo. Al aumentar la eficacia, el volumen y el valor de sus medios de producción, es decir, con la acumulación que acompaña al desarrollo de su fuerza productiva, el trabajo conserva y eterniza, por tanto, bajo una forma constantemente nueva, un capital cada vez más voluminoso. Esta virtud natural del trabajo se presenta como fuerza de propia conservación del capital que se lo anexiona del mismo modo que las fuerzas sociales productivas de aquél pasan por ser cualidades propias de éste y la constante apropiación de trabajo excedente por el capitalista aparece como creación espontánea constante de valor del capital. Las fuerzas todas del trabajo se proyectan como otras tantas formas del capital, al igual que las formas de valor de la mercancía se reflejan, como espejismo, como formas de dinero.

Al crecer el capital, crece la diferente entre capital empleado y capital consumido. Dicho en otros términos: crece la masa de valor y de materia de los medios de trabajo, edificios, maquinaria, tuberías de drenaje, ganado de labor, aparatos de toda clase, etc., que sólo se desgastan paulatinamente y, por tanto, pierden valor trozo a trozo, lo que equivale a transferirlo también trozo a trozo al producto. En la proporción en que estos medios de trabajo se aplican íntegramente, pero consumiéndose sólo en parte, prestan el mismo servicio gratuito que las fuerzas naturales, el agua, el aire, el vapor, la electricidad, etc. Este servicio gratuito del trabajo pretérito, cuando el trabajo vivo se adueña de él y lo anima, se acumula conforme crece la escala de la acumulación. El trabajo pretérito se disfraza siempre de capital.

Dado el grado de explotación de la fuerza de trabajo, la masa de plusvalía se determina por el número de obreros explotados

simultáneamente y éste corresponde, aunque su proporción oscile, al volumen del capital. Por tanto, cuanto más crezca el capital en el transcurso de la sucesiva acumulación, tanto más crecerá también la suma de valor que se desdobra en el fondo de acumulación y el fondo de consumo. De este modo, el capitalista podrá vivir cada vez mejor y “renunciar” a más. Finalmente, la energía con que funcionan todos los resortes de la producción es tanto mayor cuanto más se amplía su escala al crecer la masa del capital desembolsado. Mas, aclara Marx, el capital no es ninguna magnitud fija, sino una parte elástica de la riqueza social, parte que fluctúa incesantemente, por la división de la plusvalía en renta y nuevo capital. además, aunque el capital en funciones represente una magnitud dada, la fuerza de trabajo por él asimilada, la ciencia y la tierra, constituyen potencias elásticas del mismo, que, dentro de ciertos límites, le dejan un margen de acción independiente de su propia magnitud,. A este resultado se llega prescindiendo de todos los factores del proceso de circulación, que determina diversos grados de eficacia de la misma masa de capital.

Bajo el título de “*la ley general de la acumulación de capital*” estudia Marx la influencia que el incremento de capital ejerce sobre la suerte de la clase obrera. El factor más importante de esta investigación, es la composición del capital y los cambios experimentados por ella en el transcurso del proceso de la acumulación. La composición del capital puede interpretarse en dos sentidos. Atendiendo al valor, la composición del capital depende de la proporción en que se divide el capital constante, o valor de los medios de producción, y capital variable, o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios. Atendiendo a la materia, los capitales se dividen siempre en medios de producción y fuerza viva de trabajo; esta composición se determina por la proporción existente entre, de una parte, la masa de los medios de producción aplicados, y, de otra, la cantidad de trabajo necesaria para su aplicación. Llama Marx a la primera **composición de valor** y a la segunda, **composición técnica del capital**. Hay entre ambas una relación de mutua interdependencia. Para expresarla, da a la composición de valor, en cuanto se halla determinada por la composición técnica y refleja los cambios operados en ésta, el nombre de **composición orgánica del capital**. A ella se referirá siempre cuando hablará de la “composición” del capital pura y simplemente. Los numerosos capitales invertidos en una determinada rama de producción

presentan una composición más o menos diversa. La media de sus composiciones individuales arroja la composición del capital global de esta rama de producción. Finalmente, la media total de las composiciones medias de todas las ramas de producción arroja la composición del capital social de un país.

El incremento del capital lleva consigo al incremento de su parte variable, pues una porción de la plusvalía convertida en nuevo capital tiene por fuerza que volver a convertirse en fondo adicional de trabajo. Si la composición del capital permanece inalterable, es evidente que la demanda de trabajo y el fondo de subsistencia de los obreros crecerán en proporción al capital y con la misma rapidez con que éste aumente. El capital produce todos los años una masa de plusvalía, una parte de la cual se incorpora anualmente al capital originario. Este incremento de capital crece también todos los años al crecer el volumen del capital ya puesto en movimiento. Por eso, y finalmente, la escala de la acumulación puede ampliarse repentinamente bajo el estímulo del afán de enriquecerse, por ejemplo, al abrirse nuevos mercados, nuevas esferas de inversión de capitales, etc. Ello puede ocurrir con solo variar la distribución de la plusvalía o del producto en capital y renta. Entonces, las necesidades de acumulación del capital pueden sobrepasar el incremento de la fuerza de trabajo o del número de obreros; la demanda de obreros puede preponderar sobre su oferta, haciendo con ello subir los salarios. Más aún; cuando los supuestos anteriores se mantengan inalterables durante cierto tiempo, los salarios tienen necesariamente que subir. Para Marx, ésta es su conclusión, la acumulación del capital supone el aumento del proletariado.

Bajo las condiciones de acumulación supuestas hasta aquí, las más favorables a los obreros, el estado de sumisión de éstos al capital reviste formas “cómodas y liberales”. Con el incremento del capital, en vez de desarrollarse de un modo intensivo, este estado de sumisión no hace más que extenderse: la órbita de explotación e imperio del capital se va extendiendo con su propio volumen y con la cifra de sus súbditos. Estos, al acumularse el producto excedente convirtiéndose en nuevo capital acumulado, perciben una parte mayor de lo producido, bajo la forma de medios de pago. Ello le permite vivir un poco mejor, alimentar con un poco más de amplitud su fondo de consumo, dotándolo de ropas,

muebles, etc., y formar un pequeño fondo de reserva en dinero. Pero, esto no hace desaparecer la explotación del obrero asalariado, rasgo específico de la producción capitalista. Quien compra la fuerza de trabajo lo hace para explotar el capital; lo hace para producir mercancías que contienen una parte de valor que al capitalista no le cuesta nada. La producción de plusvalía, la fabricación de ganancia, es la ley absoluta de este sistema de producción. La fuerza de trabajo sólo encuentra salida en el mercado cuando sirve para hacer que los medios de producción funcionen como capitales. Por muy favorables que sean para el obrero las condiciones en que vende su fuerza de trabajo, estas condiciones llevan siempre consigo la necesidad de volver a venderla constantemente y la reproducción constantemente ampliada de la riqueza como capital. El aumento del salario sólo supone, en el mejor de los casos, la reducción cuantitativa del trabajo no retribuido que el obrero está obligado a entregar. Pero esta reducción no puede jamás rebasar ni alcanzar siquiera el límite a partir del cual supondría una amenaza para el sistema.

El alza del precio del trabajo determinada por la acumulación del capital trae consigo la siguiente alternativa. Puede ocurrir que el precio del trabajo continúa subiendo, porque su alza no estorbe los progresos de la acumulación, pues los grandes capitales con ganancia pequeña crecen más rápidamente que los pequeños con ganancia mayor. El otro término de la alternativa es que la acumulación se amortigüe al subir el precio del trabajo, si esto embota el agujón de la ganancia. Entonces, la acumulación disminuye. Pero, al disminuir, desaparece la causa de su disminución, o sea, la desproporción entre el capital y la fuerza de trabajo explotable. Es decir, que el propio mecanismo del proceso de producción capitalista se encarga de vencer los obstáculos pasajeros que él mismo crea. El precio del trabajo vuelve a descender al nivel que puede ser inferior, superior o igual al que se reputaba normal antes de producirse la subida de los salarios. Como se ve, en el primer caso no es el descenso operado en el crecimiento absoluto o proporcional de la fuerza de trabajo o de la población obrera el que hace que sobre capital, sino que es, por el contrario, el incremento del capital el que hace que sea insuficiente su fuerza de trabajo explotable. Y, en el segundo caso, la insuficiencia del capital no se debe al descenso operado en el crecimiento absoluto o proporcional de la fuerza de trabajo, o población obrera, sino que es, por el contrario, la disminución del capital la que crea un remanente de fuerza

de trabajo explotable o, mejor dicho, la que hace excesivo su precio. Estas variaciones absolutas en la acumulación del capital, que se reflejan como variaciones relativas en la masa de la fuerza de trabajo explotable, induce a creer que se deben a las oscilaciones propias de ésta.

La ley de producción capitalista se reduce sencillamente a esto: la relación entre el capital, la acumulación y la cuota de salarios no es más que la relación entre el trabajo no retribuido, convertido en capital, y el trabajo remanente indispensable para los manejos del capital adicional. Es, en última instancia, pura y simplemente, la relación entre el trabajo no retribuido y el trabajo pagado de la misma población obrera.

Hasta aquí, Marx sólo ha estudiado aquella fase concreta del proceso del incremento constante del capital y el grado de su celeridad, sin que se altere su composición técnica. Pero el proceso sigue su curso y se remonta sobre esta fase. El proceso de la acumulación llega siempre a un punto en que el incremento de la productividad del trabajo social se convierte en la palanca más poderosa de acumulación. Prescindiendo de las condiciones naturales, tales como la fertilidad del suelo, etc., y de la destreza de los productores independientes y aislados -destreza que, sin embargo, suele traducirse más bien en la calidad que en la cantidad del producto- el grado social de productividad del trabajo se refleja en el volumen relativo de medios de producción que el obrero convierte en producto durante cierto tiempo y con la misma tensión de la fuerza de trabajo. La masa de medios de producción con que un obrero opera, crece al crecer la productividad de su trabajo. Los medios de producción desempeñan aquí un doble papel. El incremento de unos es efecto, el de otros, condición determinante de la creciente productividad del trabajo. De otra parte, la masa de maquinaria puesta en movimiento, la masa de ganado de labor, de abonos minerales, de tubos de desecación etc., es condición de la productividad creciente. Y lo mismo, la masa de medios de producción concentrados en los edificios, altos hornos, medios de transporte, etc. Pero, sea condición o efecto, el volumen creciente de los medios de producción comparado con la fuerza de trabajo que absorben expresa siempre la productividad creciente del trabajo. Por consiguiente, el aumento de ésta se revela en la disminución de la masa de trabajo, puesta en relación con la masa de medios de producción movidos por ella, o sea, la disminución de magnitud del factor subjetivo del proceso de trabajo, comparado con su factor objetivo. Este

cambio operado en la composición técnica del capital, este incremento de la masa de medios de producción, comparada con la masa de la fuerza de trabajo que la pone en movimiento, se refleja, a su vez, en su composición de valor, en el aumento del capital constante a costa del capital variable. Sin embargo, la disminución del capital variable con respecto al capital constante o los cambios operados en la composición del capital sólo indican aproximadamente los cambios que se operan en la composición de sus elementos materiales. Para Marx, así procura demostrarlo, el aumento de la diferencia entre el capital constante y el variable es mucho más pequeño que el de la diferencia entre la masa de los medios de producción en que se invierte aquél y la masa de la fuerza de trabajo a que se destina ésta. La primera diferencia crece con la segunda, pero en grado menor. Por lo demás, aunque el proceso de la acumulación disminuye la magnitud relativa del capital variable, no excluye con ello, ni mucho menos, el aumento de su magnitud absoluta. Marx volverá a referirse a este tema al estudiar en el libro tercero de *El Capital* la “ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia”.

El desarrollo de la fuerza social productiva del trabajo presupone la cooperación en gran escala. Sólo en este régimen pueden organizarse la división y combinación del trabajo, con, entre otras consecuencias, la de una verdadera aplicación tecnológica de la ciencia. Sobre el cimiento de la producción de mercancías, sólo en forma capitalista puede erigirse una producción en gran escala. Por eso el régimen específicamente capitalista de producción presupone una cierta acumulación del capital en manos de los productores individuales de mercancías. Esto ha de tenerse en cuenta al estudiar el tránsito del artesanado a la industria capitalista, y Marx efectivamente así lo hizo. A tal acumulación se le puede dar el nombre de acumulación originaria, ya que no es resultado histórico, sino, por el contrario, base histórica o punto de arranque de la producción específicamente capitalista. Pero, aunque el régimen de producción específicamente capitalista presuponga un cierto grado de acumulación de capital, este régimen, una vez instaurado, contribuye a acelerar la acumulación.

Todo capital individual es una concentración, mayor o menor, de medios de producción, con el mando consiguiente sobre un ejército más o menos grande de obreros. Toda acumulación sirve de medio de nueva

acumulación. El capital social crece al crecer los muchos capitales individuales. Los capitales individuales y, con ellos, la concentración de los medios de producción crecen en la proporción en que son partes alícuotas del capital global de la sociedad. Al mismo tiempo, se desgajan de los capitales originales fragmentos de ellos que empiezan a funcionar como nuevos capitales independientes. Entre otros factores, desempeña aquí un papel importante la división de la fortuna entre las familias capitalistas. La acumulación del capital aumenta, entonces, en mayor o menor medida, el número de capitalistas. Dos puntos caracterizan esta clase de concentración, basada directamente en la acumulación. El primero es que la concentración creciente de los medios sociales de producción en manos de capitalistas individuales se halla, suponiendo que las demás circunstancias no varíen, limitada por el grado de desarrollo de la riqueza social. El segundo, que la parte del capital social adscripta a cada esfera concreta de producción se distribuye entre muchos capitalistas, enfrentados como productores de mercancías independientes los unos de los otros y en competencia mutua. Si de una parte la acumulación actúa como un proceso de concentración creciente de los medios de producción y del poder de mando sobre el trabajo, de otra parte funciona también como resorte de repulsión de muchos capitales individuales entre sí.

La dispersión del capital global de la sociedad en muchos capitales individuales y la repulsión de sus partes integrantes entre sí aparecen contrarrestadas por su movimiento de atracción. No se trata ya de una simple concentración, idéntica a la acumulación, de los medios de producción y del poder de mando sobre el trabajo. Se trata de la **concentración** de los capitales ya existentes, de la anulación de su autonomía individual, de la expropiación de unos capitalistas por otros, de la aglutinación de muchos capitales pequeños para formar unos cuantos capitales grandes. Este proceso se distingue del primero en que sólo presupone una distinta distribución de los capitales ya existentes y en funciones; en que, por tanto, su radio de acción no está limitado por el incremento absoluto de la riqueza social o por las fronteras absolutas de la acumulación. Se trata de una verdadera **centralización**, que no debe confundirse con la acumulación y la concentración.

En lucha de la concurrencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías, que depende, *caeteris paribus*, del rendimiento del trabajo y éste de la escala de la producción. Según esto, los capitales mayores desalojan necesariamente a los más pequeños. Por otra parte, al desarrollarse el régimen capitalista de producción, aumenta el volumen mínimo del capital individual necesario para explotar un negocio en condiciones normales. Por eso, los capitales más modestos se lanzan a las órbitas de producción de que la gran industria sólo se ha adueñado todavía esporádicamente o de un modo imperfecto. Aquí, la concurrencia actúa vertiginosamente, en razón directa al número y en razón inversa al volumen de los capitales que rivalizan entre sí. Y termina siempre con la derrota de los muchos capitalistas pequeños, cuyos capitales son engullidos por el vencedor, o desaparecen. A su vez el crédito, creación de la producción capitalista, concluye siendo un arma nueva y temible en el campo de batalla de la concurrencia y acaba por convertirse en un gigantesco mecanismo social de centralización de capitales. La concurrencia y el crédito son las dos palancas más poderosas de centralización de capitales. Además, los progresos de la acumulación aumentan los capitales individuales, mientras que la expansión de la producción capitalista crea, de una parte, la necesidad social, y de otra, los medios técnicos de esas gigantescas empresas industriales cuya viabilidad exige una previa centralización del capital. Pero los progresos de la centralización no obedecen, ni mucho menos, al incremento positivo de magnitud del capital social. Esto es lo que distingue de un modo específico la centralización de la concentración, que no es más que una denominación distinta que se da a la reproducción sobre una escala ampliada.

La acumulación, o sea, el incremento paulatino del capital mediante la reproducción, que abandona su forma circular para desarrollarse en espiral, es un proceso harto lento, comparado con la centralización, a la que le basta con modificar la agrupación meramente cuantitativa de las partes que integran el capital social. En la época de Marx aún no habrían existido ferrocarriles si para ello hubiera habido que aguardar a que la acumulación permitiese a unos cuantos capitalistas individuales acometer la construcción de vías férreas. La centralización lo consiguió en un abrir y cerrar de ojos, gracias a las sociedades anónimas. Las masas de capital fundidas y unificadas de la noche a la mañana por obra de la

centralización se reproducen e incrementan como las otras, sólo que más de prisa. Cuando se habla del proceso de la acumulación social, en él van implícitos los efectos de la centralización.

Los capitales adicionales formados en el transcurso de la acumulación normal sirven preferentemente de vehículo para la explotación de nuevos inventos y descubrimientos y para el perfeccionamiento de la industria en general. Pero también a los capitales antiguos les llega con el tiempo la hora de su renovación orgánica, el momento en que aparecen bajo una forma técnica más perfecta, bajo una forma en la que una masa menor de trabajo se basta ya para poner en movimiento una masa mayor de maquinaria y materia prima. El descenso absoluto de la demanda de trabajo que de esto se deriva necesariamente, es tanto mayor cuanto mayores son las proporciones en que se fundan, gracias al movimiento centralizador, los capitales sujetos a este proceso de renovación. Así, pues, de una parte, los nuevos capitales formados en el transcurso de la acumulación atraen a un número cada vez menor de obreros, en proporción a su magnitud. De otra parte, los capitales antiguos periódicamente reproducidos con una nueva composición van repeliendo a un número cada vez mayor de los obreros a que antes daban trabajo.

\* \* \*

La acumulación de capital, que al principio sólo parecía representar una dilatación cuantitativa, se desarrolla, en un constante cambio cualitativo de su composición, haciendo aumentar incesantemente el capital constante a costa del capital variable. Es cierto que al crecer el capital total crece también el capital variable, y, por tanto, la fuerza de trabajo absorbida por él, pero en una proporción continuamente decreciente. Los intervalos durante los cuales la acumulación se traduce en un simple aumento de la producción sobre la base técnica existente, van siendo cada vez más cortos. Ahora, para absorber un determinado número adicional de obreros y aun conservar en sus puestos, dada la metamorfosis constante del capital primitivo, a los que ya trabajan, se requiere una acumulación cada vez más acelerada del capital total. Y, además, esta misma acumulación y centralización creciente se trueca, a su vez, en fuente de nuevos cambios en cuanto a la composición del capital, impulsando otra vez el descenso del capital variable para hacer que

augmente el constante. Este descenso relativo del capital variable, se revela, de otra parte, invirtiéndose los términos, como un continuo crecimiento absoluto de la población obrera, más rápido que el del capital variable o el de los medios de ocupación que éste suministra. La acumulación capitalista produce continuamente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital.

Ahora bien, si la existencia de una superpoblación obrera es producto necesario de la acumulación o del incremento de la riqueza dentro del régimen capitalista, esta superpoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación de capital. Más aún, se convierte en una de las condiciones de vista del régimen capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva, que brinda al capital el material humano, dispuesto siempre para ser explotado a medida que lo reclamen sus necesidades variables de explotación, e independiente, además, de los límites que pueda oponer el aumento real de población.

\* \* \*

Al llegar a este punto se refiere Marx a las “crisis”. El curso característico de la industria moderna, la línea -interrumpida sólo por pequeñas oscilaciones- de un ciclo decenal de períodos de animación media, producción a todo vapor, crisis y estancamiento, descansa en la constante formación, absorción más o menos intensa y reanimación del ejército industrial de reserva o superpoblación obrera. A su vez, las alternativas del ciclo industrial se encargan de reclutar la superpoblación, actuando como uno de sus agentes de reproducción más activos.

La expansión súbita e intermitente de la escala de producción es la premisa de su súbita contracción; ésta provoca, a su vez, una nueva expansión, que no puede prosperar sin un aumento del censo obrero, independiente del crecimiento absoluto de la población. Esto se consigue mediante un simple proceso, consistente en dejar “disponibles” a una parte de los obreros, con ayuda de métodos que disminuyan la cifra de obreros que trabajan en proporción con la nueva producción incrementada. Toda la dinámica de la industria moderna brota, por tanto, de la continua transformación de una parte del censo obrero en brazos

parados u ocupados sólo a medias. La producción social, una vez proyectada en esa línea alternativa de expansiones y contracciones, se mantiene ya siempre dentro de ella. Los efectos se convierten, a su vez, en causas y las alternativas de todo este proceso, que reproduce constantemente sus propias condiciones, revistenla forma de la periodicidad. La producción capitalista necesita, para poder desenvolverse desembarazadamente, un ejército industrial de reserva.

El desarrollo del régimen capitalista de producción y de la fuerza productiva del trabajo -causa y efecto a la par de la acumulación- permite al capitalista poner en juego, con el mismo desembolso de capital variable, mayor cantidad de trabajo. Lo consigue mediante una mayor explotación, extensiva o intensiva, de las fuerzas de trabajo individuales. Con el mismo capital compra más fuerzas de trabajo, tendiendo progresivamente a sustituir los obreros hábiles por otros menos hábiles, la fuerza de trabajo madura por otra incipiente, los hombres por mujeres, los obreros adultos por jóvenes o por niños. Por tanto, de una parte, conforme progresa la acumulación, a mayor capital variable se pone en juego más trabajo sin necesidad de adquirir más obreros; de otra parte, el mismo volumen de capital variable hace que la misma fuerza de trabajo despliegue mayor trabajo y, finalmente, moviliza una cantidad mayor de fuerzas de trabajo inferiores, eliminando las más perfectas. Gracias a esto, la formación de una superpoblación relativa ola desmovilización de obreros avanza todavía con mayor rapidez que la transformación técnicas del proceso de producción, acelerada ya de suyo con los progresos de la acumulación y el correspondiente descenso proporcional del capital variable respecto al constante. Así, concurren diversos factores para acelerar la formación del ejército industrial de reserva en una escala proporcionada a los progresos de la acumulación social.

A grandes rasgos, el movimiento general de los salarios se regula exclusivamente por las expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, que corresponden a las alternativas periódicas del ciclo industrial. No obedece, pues, a las oscilaciones de la cifra absoluta de la población obrera, sino a la proporción oscilante en que la clase obrera se divide en ejército en activo y ejército de reserva, al crecimiento y descenso del volumen relativo de la superpoblación, al grado en que ésta es absorbida o nuevamente desmovilizada. La moderna industria se

caracteriza por su ciclo decenal y sus fases periódicas, que además, en el transcurso de la acumulación, se combinan con una serie de oscilaciones irregulares en sucesión cada vez más rápida. Así reza el dogma económico según el cual la acumulación del capital hace subir los salarios. Los salarios altos estimulan el más rápido crecimiento de la población obrera, crecimiento que se sostiene hasta que el mercado de trabajo se satura, es decir, hasta que el capital resulta insuficiente en relación a la oferta de trabajo. Los salarios, entonces, bajan y la medalla presenta su reverso.

Es menester no confundir las leyes que regulan el movimiento general de los salarios o la relación entre la clase obrera y el capital global de la sociedad, con las leyes que distribuyen la población entre las diferentes órbitas de producción. Si, por ejemplo, al presentarse una coyuntura favorable, la acumulación se anima especialmente en una determinada esfera de producción, entonces, lógicamente, crecerá en ella la demanda de trabajo y subirán los salarios. Los salarios altos empujan a un sector mayor de la población obrera a la órbita de producción favorecida, hasta que ésta se satura de fuerza de trabajo y los salarios, a la larga, vuelven a su nivel normal primitivo o caigan incluso por debajo de él, como ocurrirá si la afluencia de obreros es excesiva. A partir de este instante, no sólo cesará el movimiento inmigratorio de obreros en la rama industrial de que se trata, sino que se promoverá incluso un movimiento de emigración.

Para Marx, la superpoblación relativa es el fondo sobre el cual se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Sostiene que el mecanismo de la producción capitalista cuida de que el incremento absoluto del capital no vaya acompañado por el alza correspondiente en cuanto a la demanda general de trabajo. El capital actúa sobre dos frentes a la vez. Cuando su acumulación hace que aumente, en un frente, la demanda de trabajo, aumenta también, en el otro frente, la oferta de obreros, al dejarlos “disponibles”. Al mismo tiempo la presión ejercida por los obreros parados sobre los que trabajan obliga a estos a rendir más trabajo, haciendo, por tanto, hasta un cierto punto, que la oferta de trabajo sea independiente de la oferta de obreros. El juego de la ley de la oferta y la demanda de trabajo erigida sobre esta base viene a hacer culminar el dominio del capital. Por su parte, los obreros, tan pronto como se dan cuenta de que el grado de intensidad de la competencia entablada entre

ellos mismos depende completamente de la presión ejercida por la superpoblación relativa, procuran implantar, por medio de las tradeuniones, etc., un plan de cooperación entre los obreros en activo y los parados. Es decir, procuran anular o por lo menos atenuar los efectos desastrosos de aquella ley natural de la producción capitalista para su clase.

\* \* \*

La superpoblación relativa existe, o existía en tiempo de Marx, bajo los matices más diversos, que él describe. Todo obrero forma parte de ella durante el tiempo que está parado o trabaja sólo a medias. Si se prescinde de las grandes formas periódicas que le imprime el cambio de fases del ciclo industrial y que unas veces, en los períodos de crisis, hacen que se presente con carácter agudo, y otras veces, en las épocas de negocio flojas, con carácter crónico, la superpoblación relativa revista tres formas constantes: la flotante, la latente y la intermitente. En los centros de la industria moderna la producción tan pronto repele como vuelve a atraer en gran cantidad contingentes de obreros, por donde el número de obreros en activo aumenta en términos generales, aunque siempre en proporción decreciente a la escala de producción. Aquí, la superpoblación existe en forma “flotante”. Tanto en las verdaderas fábricas como en todos los grandes talleres que funcionan a base de maquinaria o en los que se introduce, por lo menos, la división moderna del trabajo, se necesitan masas de obreros varones que no hayan alcanzado todavía la edad juvenil. Al llegar a esta edad, sólo un número muy reducido tiene cabida en las dependencias de la misma fábrica o taller; la mayoría de estos obreros son, generalmente, despedidos. Estos obreros pasan a engrosar la superpoblación fluctuante, que crece al crecer las proporciones de la industria. Una parte de ellos emigran, yendo en realidad en pos del capital emigrante. Una de las consecuencias de esto, en tiempo de Marx, era que la población femenina creciera con mayor rapidez que la masculina, como ocurría en Inglaterra. El hecho de que el incremento natural de la masa obrera no sacie las necesidades de acumulación del capital y a pesar de ello las rebase, es una contradicción inherente al propio proceso capitalista. El capital necesitaba en aquel tiempo grandes masas de obreros de edad temprana y masas menores de edad viril. Esta contradicción no es más escandalosa que la que supone quejarse de falta

de brazos en un momento en que andan tirados por la calle miles de hombres porque la división del trabajo los encadena a una determinada rama industrial. Además, en tiempo de Marx, el capital consumía la fuerza de trabajo tan a prisa, que un obrero de edad media era ya, en la mayoría de los casos, un hombre más o menos caduco. Tan pronto como la producción capitalista se adueña de la agricultura, o en el grado en que la somete a su poderío, la acumulación del capital que aquí funciona, hace que aumente en términos absolutos la demanda respecto a la población obrera rural, sin que su repulsión se vea complementada por una mayor atracción, como ocurre en la industria no agrícola. Por tanto, una parte de la población rural se encuentra constantemente abocada a verse absorbida por el proletariado urbano o manufacturero y en acecho de circunstancias propicias para esta transformación. Pero, su constante fluir hacia las ciudades presupone la existencia en el propio campo de una superpoblación “latente” constante, cuyo volumen sólo se pone de manifiesto cuando por excepción se abren de par en par las compuertas de desagüe. La tercera categoría de la superpoblación relativa, la “intermitente”, forma parte del ejército obrero en activo, pero con una base de trabajo muy irregular. Esta categoría brinda al capital un receptáculo inagotable de fuerza de trabajo disponible.

Los últimos despojos de la superpoblación relativa son, finalmente, los que se refugian en la órbita del pauperismo. Dejando a un lado a ese que Marx llama proletariado andrajoso (“lumpenproletariado”) esta capa social se halla formada por tres categorías. Primera: personas capacitadas para el trabajo. Segunda: huérfanos e hijos de pobres. Tercera: degradados, despojos, incapaces para el trabajo. Cuanto mas crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. Dicha ley se trueca en esta otra: cuanto mayor es la fuerza productiva del trabajo y mayor, por tanto, la presión ejercida por el obrero sobre los instrumentos que maneja, más precaria es su condición de vida: venta de la propia fuerza para incrementar la riqueza de otro o alimentar el incremento del capital. Es decir, que el rápido desarrollo de los medios de producción y de la productividad del trabajo, así como de la población productiva, se trueca, capitalísticamente, en lo contrario: en que la población obrera crece siempre más rápidamente que la necesidad de explotación del capital. Todos los métodos de producción de plusvalía son

al mismo tiempo métodos de acumulación y todos los progresos de la acumulación se convierten, a su vez, en medios de desarrollo de aquellos métodos. De donde se sigue que a medida que se acumula el capital, tiene necesariamente que empeorarse la situación del obrero, cualquiera que sea su retribución, sea alta o baja. Finalmente, la ley que conserva siempre la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la intensidad de la acumulación, tiene al obrero encadenado al capital con ataduras muy firmes. Esta ley determina una acumulación de miseria equivalente a la acumulación de capital.

A continuación estudia Marx la llamada **acumulación originaria** y el secreto de ella<sup>1</sup>. Por nuestra parte hemos transcrito lo esencial de su exposición al presentar la manera en que Marx describe el advenimiento del régimen capitalista. Lo mismo hicimos con el contenido de las páginas que dedica a la teoría moderna de la colonización.

En el libro segundo de *El Capital* se estudia “el proceso de circulación del capital”.

<sup>1</sup> En la edición alemana del libro primero de *El Capital* figuran dos capítulos XXIV y XXV, con el presente título y el de “La teoría moderna de la colonización”, ambos incluidos en la séptima y última sección del libro. En la edición francesa forman una nueva “sección” dividida en ocho capítulos.

LEÓN DUJOVNE

## [Libro II]

### Sección primera La metamorfosis del capital y su ciclo

El Dinero es una mercancía que tiene la característica singular de ser “la figuración material y tangible del valor de cambio de todas las otras mercancías”. Capital, a su turno, es una suma de valor que produce o, por lo menos, debe producir plusvalía. consiguientemente, el capital dinero ha de ser empleado en la producción de mercancías. Una vez realizada la producción, es menester vender los productos, para que el capital dinero y la plusvalía engendrada tomen su forma monetaria. El proceso cíclico del capital se desarrolla en tres fases. En la **primera**, “el capitalista aparece en el mercado como comprador”; su dinero, convertido en mercancías, recorre el acto de circulación D-M. En **la segunda fase**, el capitalista emplea en la producción las mercancías compradas, y, así, su capital recorre el proceso de producción del que resulta una mercancía de valor superior al de los elementos que la producen. En **la tercera fase**, el capitalista vuelve al mercado como vendedor, sus mercancías se convierten en dinero, esto es, realizan el acto de circulación M-D. Por consiguiente, la fórmula del ciclo del capital dinero es: D-M...P...M'-D'. En esta fórmula los puntos indican la interrupción del proceso de producción (P), y M' y D' representan M y D incrementados por la plusvalía.

Ya hemos visto las ideas de Marx sobre la segunda fase, la de la producción. Corresponde ahora exponer las que enunció sobre la primera y la tercera. Marx parte del supuesto “de que las mercancías se venden por su valor, y de que esto se realiza, además, en circunstancias invariables”. También prescinde de las variaciones de valor que se pueden producir durante el proceso cíclico<sup>1</sup>, D-M es la primera fase del “proceso cíclico”, es una compra de mercancías que pasan a ocupar el puesto del dinero. Ha de tratarse de mercancías que sean, por una parte, medios de producción y, por otra, fuerza de trabajo, que se adecuen entre sí

<sup>1</sup> Carlos Marx, *El Capital*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, Tomo 2, p. 33.

mutuamente. Si se llama T a la fuerza de trabajo y Mp a los medios de producción y se tiene presente que la suma de dinero D se distribuye en dos partes, una destinada a la compra de fuerza de trabajo y la otra a la compra de medios de producción, se tendrá la fórmula

$$D - M \begin{cases} T \\ Mp \end{cases}$$

La adecuación mutua entre T y Mp no sólo ha de serlo de las respectivas índoles de los dos términos, sino que, además, cuantitativamente, el capitalista debe adquirir los medios de producción suficientes para subvenir a las horas de trabajo que compra. Hecho esto el capital del capitalista se ha vuelto **capital productivo**. D-T es la fase merced a la cual el capital desembolsado en forma de dinero se convierte realmente en capital, “en valor creador de plusvalía”. La adquisición de medios de producción, D-Mp, “no tiene más finalidad que facilitar la realización de la masa de trabajo comprada por medio de D-T”.

La compra de trabajo por dinero es considerada como la característica de la economía monetaria, porque hay compra y venta de actividad humana. En cuanto la fuerza de trabajo figura en el mercado como mercancía de quien la posee, su venta y su compra ya no son más extrañas que la venta o la compra de cualquier otra mercancía. Y lo característico aquí es que la fuerza de trabajo tome la forma mercancía. La existencia de obreros libres como un hecho social general es la condición indispensable para que D-M, transformación de dinero en mercancía, pueda ser representada como la transformación de capital-dinero en capital productivo. Es decir, se requiere la existencia permanente de la clase de asalariados y una producción capitalista ya desarrollada para que haya el movimiento circulatorio del capital con la modalidad D-M...P...M<sup>2</sup>-D'. La producción capitalista empieza generalizando la producción de mercancías “y luego va convirtiendo poco a poco toda la producción de mercancías en producción capitalista”<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Carlos Marx, ob. cit. T. 2, pp. 44-45.

Una vez terminada la producción, P, hay una cierta cantidad de mercancías, M', de un valor superior al conjunto de las mercancías con las que ha tenido lugar la producción. En este acrecentamiento de valor se comprueba que la mercancía producida es un capital. Pero en tanto que ella permanece inerte en el mercado, la producción se detiene. Según la rapidez con la que el capital vuelve a pasar de la forma mercancía a la forma dinero, este mismo valor de capital servirá de manera muy desigual a la creación de nuevos productos o de un nuevo valor. Agréguese que la masa de mercancías M' debe ser vendida íntegramente para que el capital transforme en dinero todo el valor capital y toda la plusvalía. Después de la venta al término de todo el movimiento circulatorio, el valor del capital íntegramente bajo la forma que había tenido al comienzo y, entonces, puede recomenzar y redescibir ese movimiento en calidad de capital-dinero. Cuando está terminada la venta M'-D', en la suma de dinero que del resultado último de todo el movimiento circulatorio, existen, uno al lado de la otra, el valor capital original y la plusvalía producida, de modo que es posible separarlos.

Para que el movimiento circulatorio del capital se opere normalmente, es menester que no haya solución de continuidad entre sus diferentes fases. Por otra parte, el movimiento circulatorio exige la fijación del capital, durante plazos determinados, en las diversas secciones del ciclo. En cada una de estas fases el capital industrial está ligado a una forma determinada, capital-dinero, capital-mercancía. Sólo después de haber cumplido la función correspondiente a cada forma momentánea, adquiere la forma nueva, o puede comenzar una nueva fase de metamorfosis. Para comprender bien este punto se ha de suponer que el valor capital de la masa de mercancías fabricadas durante la producción es igual a la suma total del valor capital primitivamente adelantada bajo forma de dinero. Pero aquí se ha de tener presente que una parte del capital constante, los verdaderos medios de trabajo, las máquinas, por ejemplo, sirven siempre de nuevo en un número más o menos grande de repeticiones de los mismos procesos de producción y sólo cede parcialmente su valor al producto.

En la fórmula general D-M...P...M'-D', se encara el producto de P como un objeto que tiene una existencia distinta del proceso de producción. Pero, hay industrias autónomas en las que el producto no es

un nuevo **producto material**. Desde el punto de vista económico, la única industria importante de este género es la del transporte de mercancía y de hombres. Lo que ella vende es el cambio de lugar. Aquí el efecto útil es consumible sólo durante el proceso de producción. Pero el valor de cambio de este efecto útil está determinado, como el de toda otra mercancía, por el valor de los elementos de producción, fuerza de trabajo y medios de producción consumidos para producirlo, aumentando con la plusvalía creada por el sobretrabajo de los obreros. Marx trata este tema con otros que le son afines bajo el título de “gastos de circulación”. Por el momento, señalemos que, para él,

“la magnitud absoluta del valor que el transporte añade a las mercancías se halla siempre y cuando que las demás circunstancias no varían, en razón inversa a la productividad de la industria del transporte y en razón directa a las distancias que hay que recorrer”<sup>3</sup>.

Volviendo al tema de las metamorfosis del capital y su ciclo, se ha de señalar que el capital industrial es el único que no sólo se apropia de plusvalía o sobreproducto, sino que igualmente los produce. Su existencia implica la de la oposición de clases entre capitalistas y asalariados. en la medida en que se apodera de la producción social, la técnica y la organización social del proceso de trabajo son modificadas y, con ellas, el tipo económico histórico de la sociedad. Las otras especies de capital surgidas con anterioridad en medio de condiciones de producción desaparecidas o en camino de desaparecer, se halla ahora subordinadas al capital industrial.

Hay una estrecha correlación entre producción y circulación. En la primera fase, la circulación general de las mercancías permite al capital revestir la forma bajo la cual puede funcionar como capital productivo. En la segunda fase, ella le permite despojarse de la forma mercancía y le abre la posibilidad de separar su propio movimiento circulatorio de la circulación de la plusvalía con la que se ha acrecentado. El movimiento circulatorio del capital es, para la circulación del capital industrial, la forma más absoluta y más característica; la meta y el móvil determinante

<sup>3</sup> Carlos Marx, ob. cit, T., 2, p. 161.

de esta circulación. Puesta en valor del valor, producción de dinero y acumulación se encuentran allí expresadas de la manera más satisfactoria: comprar para vender más caro. Todo el proceso de producción capitalista tiene como condición la circulación, el comercio.

El capitalista generalmente debe pagar en seguida, en un plazo breve, la fuerza de trabajo que compra. Tratándose de los medios de producción, los términos de compra y de pago son diferentes. Entonces, una parte del dinero debe realizar el acto D-M, mientras que otra parte del dinero permanece como tal. Así, de las necesidades de la circulación resulta una acumulación de dinero. Todo el dinero sustraído a la circulación se acumula en forma de un tesoro: el funcionamiento regular del capital-dinero implica el atesoramiento. La constitución de un tesoro monetario también se produce de otra manera. En efecto, ya se ha visto, que la plusvalía es siempre incorporada al capital. Se la emplea en el desarrollo de la producción o en la creación de usinas nuevas. Pero, para esto, es menester tener un cierto número de obreros y subvenir a la compra de los medios de producción que les son necesarios. Si la plusvalía surgida de un movimiento circulatorio del capital es insuficiente, se ha de acumularla para que alcance la magnitud deseada, después de muchas repeticiones de ese movimiento. En el intervalo la plusvalía se inmoviliza bajo forma de tesoro y constituye dinero que puede servir, pero que aún no sirve, como capital. Cuando las mercancías vendidas por el capitalista son pagaderas al cabo de cierto plazo, la parte del sobreproducto que debe ser incorporada al capital no se torna en dinero, sino que se toma la forma de créditos.

Cuando la producción está acabada, el capitalista arroja sus mercancías en la circulación para venderlas. Ellas tienen un valor mayor que las mercancías que el capitalista compró antes de la producción. Por la venta de sus productos retira, entonces, de la circulación, bajo la forma de dinero, un valor superior al que había hecho entrar en el origen, igualmente bajo la forma de dinero. En la medida en que se considere solamente al capitalista industrial, éste siempre aporte a la circulación más valor mercancía que el que requiere de ella. Y esto que es propio del capitalista individual, lo es igualmente de toda la clase capitalista.

El capital adelantado se divide en dos partes, una para comprar medios de producción y otra para comprar trabajo. Del punto de vista del valor, la demanda de medios de producción es más pequeña que el capital-mercancía aportado finalmente en la circulación. Por otro lado, la demanda de trabajo es, según se comprueba al estudiar la acumulación, cada vez más inferior a la demanda de medios de producción. En tanto que el obrero convierte casi siempre su salario en medios de subsistencia, en su mayor parte en medios de subsistencia necesarios, la demanda del capitalista de trabajo es directamente una demanda de artículos que entran en el consumo de la clase obrera. El límite máximo de la demanda del capitalista está dado por lo que necesita como medios de producción y como trabajo. En cambio, su oferta es igual a su demanda más la plusvalía.

Una de las características más tangibles del proceso cíclico del capital industrial, es el hecho de que, por una parte, los elementos integrantes del capital productivo proceden del mercado de mercancías, mientras que, por otra parte, “el producto del proceso de trabajo sale de él como mercancía, necesitando venderse constantemente, una y otra vez, como tal mercancía”.

Se han distinguido tres formas de dinámica económica de la producción social: la economía natural, la economía pecuniaria y la economía basada en el crédito. Para Marx estas tres formas no representan tres fases de desarrollo equiparables entre sí. La llamada economía de crédito sólo es una forma de la economía pecuniaria. En la producción capitalista desarrollada, la economía pecuniaria y la de crédito corresponden simplemente a dos fases distintas de desarrollo de la producción capitalista. Las categorías de economía pecuniaria y economía de crédito no destacan y subrayan como característica distintiva el proceso de producción, sino el sistema de crédito entre los diversos agentes de la producción o productores que correspondan a esa economía. Entonces, se podría llamar a la primera categoría, economía de trueque en vez de economía natural.

La producción capitalista es la producción de mercancías como forma general de la producción, pero lo es exclusivamente, y cada vez más a medida que se desarrolla, porque aquí el propio trabajo aparece como

mercancía. A medida que el trabajo se convierte en trabajo asalariado, el productor se convierte en capitalista industrial. Por eso, la producción capitalista, la producción de mercancías, sólo cobra su expresión completa allí donde queda incluido también en la categoría de los obreros asalariados el productor agrícola directo. En la relación entre el capitalista y el obrero asalariado, la relación entre comprador y vendedor se convierte en una relación inmanente a la misma producción, que descansa, fundamentalmente, en el carácter social de la producción y no en el del tráfico: éste obedece, por el contrario, a aquél.

Cuando el capitalista actúa simplemente como personificación del capital, como capitalista industrial, su oferta de valor en forma de mercancías es siempre mayor que su demanda de valor en idéntica forma. Si hubiera coincidencia entre esta demanda y aquella oferta no podría valorizarse su capital. El capitalista logra “vender más caro que compró” precisamente porque, gracias al proceso capitalista de producción, puede convertir la mercancía más barata, pro ser de menos valor, comprada por él, en otra más cara, por ser de mayor valor. La cuota de valorización de su capital conseguida por el capitalista será tanto mayor cuanto mayor sea la diferencia entre su oferta y su demanda. Y lo que se dice del capital individual es aplicable a toda la clase capitalista.

La demanda del capitalista de medios de producción lo es de menos valor que la del capital-mercancías que lanza al mercado. Su demanda de fuerza de trabajo se halla determinada, en cuanto a su valor, por la relación entre su capital variable y su capital global. Por eso, dentro de la producción capitalista tiende a ser cada vez más pequeña que la demanda de medios de producción, demanda en continuo aumento. El capital es mayor comprador de Mp que de T. como el obrero invierte la mayor parte de su salario en medios de subsistencia y su casi totalidad en artículos de primera necesidad, se llega a la conclusión de que la demanda de fuerzas de trabajo por parte del capitalista es, al mismo tiempo, indirectamente demanda de los medios que entran en el consumo de la clase obrera. Para esta demanda es = v, ni un átomo mayor, pues si el obrero ahorra una parte de su salario -dejando de lado aquí, necesariamente, todos los factores de crédito- ello equivale a decir que atesora una parte de su salario con respecto a la cual no pone en juego la demanda, no actúa como comprador. El límite máximo de la demanda del capitalista es =

$C=c+v$ , pero su oferta es  $=c+v+p$ . Cuanto mayor sea el porcentaje de la masa  $p$  –la cuota de ganancia– menor será la demanda del capitalista en relación con su oferta. A medida que se desarrolla la producción, la demanda de fuerza de trabajo por parte del capitalista, y, por tanto, indirectamente, de artículos de primera necesidad, disminuye progresivamente con respecto a su demanda de medios de producción. Por otra parte, no se debe olvidar que su demanda de medios de producción, es siempre menor que su capital, calculado un día y otro. Por eso la demanda de medios de producción tiene que encerrar si menos valor que el producto de mercancías del capitalista que le suministra estos medios de producción, suponiendo que opera con el mismo capital y las demás circunstancias sean idénticas.

\* \* \*

Con respecto a la rotación, Marx supone, por ejemplo, que el capital global de una capitalista sea de 5.000 pesos. De ellos 4.000 son capital fijo y 1.000 capital circulante; estos 1.000 pesos, a su vez, se componen en 800 (capital constancia) y 200 (capital variable). Su capital circulante deberá describir cinco rotaciones al año, para que su capital global describa una rotación; su producto-mercancía será, en esta condiciones = 6.000 pesos, es decir, superior en 1.000 pesos a su capital desembolsado, lo que a su vez da como resultado la misma proporción de plusvalía.

Esta rotación no altera en lo más mínimo la proporción entre su demanda global y su oferta global, pues la primera sigue siendo 1/5 menor que la segunda. Si se supone que su capital fijo haya de renovarse en 10 años, amortizará, por tanto, 1/10: 400 pesos en dinero. Las reparaciones necesarias, siempre que no excedan del nivel medio, sólo son inversión de capital hecha *a posteriori*. Se puede enfocar el problema como si el capitalista hubiese incluido los gastos de reparación al calcular el valor de su capital de inversión, en la medida en que éste entra en el producto-mercancía anual, quedando, por tanto, englobada en él 1/10 de amortización anual. Supongamos, ahora, que, con una rotación anual de su capacidad global su demanda anual sea = 5.000 pesos. Entonces, ella será igual a su valor capital primitivamente desembolsado. Aun así, aumenta, sin embargo, con relación a la parte circulante del capital,

mientras que con respecto a la parte fija del mismo va en continua disminución.

\* \* \*

En cuanto a la reproducción, Marx supone que el capitalista consume toda la ganancia **d** y sólo vuelve a invertir en capital productivo la suma primitiva del capital **C**. Aquí, la demanda del capitalista se halla equiparada a su oferta. pero no con relación al movimiento de su capital, pues como capitalista sólo ejerce una demanda equivalente a 4/5 de su oferta y 1/5 lo consume, pero para satisfacer sus necesidades privadas o sus placeres. La cuenta, calculada a base de tantos por ciento, será la siguiente:

como capitalista, demanda = 100,	oferta = 120
como particular, “ = 20,	“ =

---

Total demanda = 120,      oferta = 120

Esta premisa equivale al supuesto de la inexistencia de la producción capitalista y de la inexistencia del mismo capitalista industrial. Pues el capitalismo queda destruido por su base al sentar la premisa de que su motivo propulsor es el disfrute y no el enriquecimiento. Pero, además, esto es técnicamente imposible, pues el capitalista no sólo debe formar un capital de reserva para ponerse a salvo de las oscilaciones de los precios y poder esperar la coyuntura más favorable para comprar o vender; debe, además, acumular capital para ampliar la producción e incorporar a su organismo productivo los progresos de la técnica. Mientras dura el atesoramiento, el capitalista no incrementa su demanda. El dinero permanece inmovilizado.

El capital describe un ciclo que **dura**. El tiempo total que el capital tarde en describir su ciclo “equivale a la suma del tiempo de producción y del tiempo de circulación”. El tiempo de producción, naturalmente, abarca el proceso de trabajo, “pero no se reduce a él”. Puede haber interrupciones del proceso de trabajo, sin que la producción, propiamente, se interrumpa, como ocurre, por ejemplo, cuando sustancias empleadas en

la producción quedan expuestas a un proceso de fermentación pro el transcurso del tiempo. Además, el capitalista ha de mantener “en disponibilidad” cierta cantidad de materias primas y auxiliares. Hay, entonces, una diferencia entre el tiempo de producción y el tiempo de trabajo, que “reside en el exceso del primero sobre el segundo”. Y este exceso se debe a que el capital productivo se halla de un modo **latente** en la esfera de producción, o bien funciona en el proceso de producción sin hallarse en el proceso de trabajo. Las interrupciones normales del proceso de producción no producen ni valor ni plusvalía. De ahí la tendencia a hacer trabajar también durante la noche. Cierto es que el capitalista tiende a disminuir el excedente del período de producción sobre el período de trabajo.

Además del período de producción, el capital debe recorrer el período de circulación. Para Marx,

“el tiempo de circulación y el tiempo de producción se excluyen mutuamente”, pues “mientras circula, el capital no funciona como capital productivo, ni produce, por tanto, mercancías ni plusvalías”.

Esto hace que el capitalista procure acelerar el período de circulación. Y cuanto más lo consigue, mayor es la plusvalía. De ahí proviene la falsa apariencia según la cual la plusvalía puede nacer de la circulación.

“En la producción de mercancías, la circulación es tan necesaria como la misma producción; y los agentes de circulación tan necesarios, por consiguiente, como los de producción. El proceso de reproducción engloba ambas funciones del capital; implica también, por tanto, la necesidad de que estas funciones se hallen representadas ya sea por el mismo capitalista o por sus obreros asalariados, por sus agentes”.

Pero no se ha de confundir los agentes de la circulación con los de la producción.

“Los agentes de la circulación tienen que ser pagados por los agentes de la producción”<sup>4</sup>.

Los capitalistas al comprar y vender entre sí, no crean con este acto productos ni valor. Esto es así aunque el volumen de sus negocios les permita y les exija desplazar estas funciones a otros.

Para que el capital se convierta de mercancía en dinero y de dinero en mercancía es menester que el capitalista realice operaciones comerciales, actos de compra y venta. Para ello se requiere el tiempo en el que el comprador y vendedor se pongan de acuerdo y trabajo para transferir el valor de una forma a otra. Cuando los poseedores de mercancías son productores directos y autónomos, el tiempo empleado en la venta ha de deducirse de su tiempo de trabajo. Por eso, en la Antigüedad y en la Edad Media procuraron realizar tales operaciones los días festivos y los domingos,

“para el capitalista que hace trabajar a otros a su servicio, la compra y la venta constituyen una función fundamental”<sup>5</sup>.

Como se apropia en una gran escala social del producto de otros, está obligado también a vender este producto en las mismas proporciones y luego volver a convertir el dinero en los elementos de producción. Pero ahora, como antes, ni la compra ni la venta crean valor. Hay una “ilusión” creada por el funcionamiento del capital comercial, de la que Marx se ocupará más adelante. De momento señala que cuando, por la división del trabajo, un comerciante poseedor de un capital particular asume la función de hacer circular, con mayor rapidez, los productos de muchos productores,

“habrá que considerarlo como una máquina destinada a reducir un gasto inútil de fuerzas, ayudando a dejarlas libres para emplearlas en el proceso de producción”.

Para simplificar las cosas, Marx supone, por ahora, que el comerciante se gana la vida como otro se la gana con otro trabajo. Pero el suyo tiene la

<sup>4</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, pp. 135-136.

<sup>5</sup> Carlos Marx, ob. cit. T. 2, p. 140.

particularidad de que por su contenido no crea un valor ni un producto. “Figura entre los *faux frais* de la producción”. Es útil en cuanto y porque disminuye la cantidad de fuerza de trabajo y de tiempo de trabajo que la sociedad consagra a esta función improductiva. Si se admite que sea un simple asalariado, mejor pagado que otros, en calidad de asalariado trabaja siempre gratuitamente una parte de su tiempo.

“Obtendrá, por ejemplo, diariamente el producto de ocho horas de trabajo y trabajará diez. Las dos horas de trabajo sobrante que efectúe no producirán ningún valor, ni más ni menos que las ocho horas de trabajo necesario, aunque por medio de éstas se transfiera a él una parte del producto social”.

Pero, los gastos de circulación que él representa disminuyen en un quinto. Esto significa que la sociedad no paga ningún equivalente por una quinta parte de este tiempo activo de circulación de que es agente el comerciante. En resumen, el desembolso de capital que se invierte en comprar fuerzas de trabajo aplicables solamente a la circulación “no crea un producto ni un valor”.

Se invierte un cierto tiempo de trabajo en la contabilidad, en la que entra, además, trabajo materializado en forma de implementos y gastos de oficina. El productor individual tiene su contabilidad en su cabeza, o sólo la registra accidentalmente y fuera de su tiempo de producción. En cambio, para el capitalista, ella representa un consumo adicional de tiempo e instrumentos de trabajo. Si bien son necesarios, suponen una merma tanto del tiempo que se puede emplear productivamente como de los instrumentos de trabajo aplicados al verdadero proceso de la creación de un producto o de un valor. Pero, los gastos que ocasiona la contabilidad y los gastos que resultan del tiempo consagrado a la compra y venta difieren entre sí. Estos últimos derivan de hecho de que el producto sea mercancía y desaparecerían en cuanto la producción adoptara otra forma social. En cambio, la contabilidad se torna tanto más necesaria en cuanto el proceso pasa más a la escala social y pierde su carácter puramente individual. Pero, por otro lado, los gastos de la contabilidad disminuyen “a medida que se concentra la producción y aquélla se va convirtiendo en una contabilidad social”.

También existen los gastos del **dinero**. Como dentro de la producción capitalista, la parte de la riqueza social que funciona como mercancía crece de un modo incesante, tiene que crecer también el volumen del oro y la plata que funcionan como medio de circulación, como medio de pago, reserva, etc. El oro y la plata son trabajo social plasmado bajo una forma que les permita servir de simple máquina de circulación. Por consiguiente, una parte de la riqueza social está condenada a esta forma improductiva. Además, el dinero se desgasta y esto reclama la constante reposición de él. Estos gastos de reposición, en las naciones de capitalismo desarrollado, son considerables. Se trata de una parte de la riqueza social “que necesita sacrificarse al proceso de circulación”<sup>6</sup>.

Los gastos de circulación, de la circulación idealmente considerada, no se incorporan al valor de las mercancías. Pero, hay unos gastos de circulación que pueden nacer “de procesos de producción proseguidos ejemplarmente en la circulación y cuyo carácter productivo se oculte bajo la forma de ésta”.

También pueden, socialmente considerados, constituir meros gastos, una inversión improductiva de trabajo, sea vivo o materializado y, sin embargo, precisamente por ello, “traducirse en una creación de valor para el capitalista individual, representando una adición al precio de venta de su mercancía”.

Son los gastos del almacenamiento “en general” y del almacenamiento “en sentido estricto”, que requieren edificios, depósitos, es decir, un adelanto de capital constante y el pago de fuerza de trabajo. Y el valor de uso de las mercancías no aumenta por el almacenamiento: hasta puede disminuir en un grado limitado. Tampoco aumenta el valor de la mercancía, pero se le agrega trabajo nuevo, trabajo materializado como trabajo viviente.

Para Marx es ley que **todos los gastos de circulación que responden simplemente a un cambio de forma de la mercancía no añaden a ésta ningún valor**. Otra cosa ocurre con unos gastos importantes, los de transporte. Cuando A vende una casa a B, la casa circula como mercancía,

<sup>6</sup> Carlos Marx, ob. cit. T. 2, p. 145.

pero no se desplaza. También es posible que mercancías muebles sean vendidas y vueltas a vender a “los especuladores” sin cambiar de lugar. Lo que en estos casos se mueve es el título de propiedad sobre la cosa, y no la cosa misma. Mas, cierto es que la industria del transporte es importante en un régimen capitalista. Ahora bien, el transporte no aumenta la cantidad de los productos. Mas **el valor de uso de las cosas sólo se realiza por su consumo**, y éste puede hacer necesario su cambio de lugar. Entonces, el transporte acaba la producción. El capital productivo comprometido en la industria del transporte agrega valor a los productos transportados, sea transmitiéndoles una fracción del valor de los medios de transporte, sea agregándoles valor por el trabajo de transporte. Esta última adición de valor se descompone, como en toda producción capitalista, en dos partes: una es la que repone los salarios, otra es la plusvalía.

## Sección segunda La rotación del capital

El tiempo total de circulación de un capital dado es el que media entre el momento en que se desembolsa el valor-capital bajo una determinada forma y el momento “en que el valor-capital en acción retorna a su punto de partida en la misma forma inicial”. En este momento, el valor-capital está forzado a recomenzar el mismo proceso si se quiere que el valor se perpetúe y produzca plusvalía como capital valor. En la vida del capital, el ciclo individual es simplemente una etapa que se renueva constantemente; “es un período”.

**Rotación** es el ciclo del capital, considerado como proceso periódico, y no como operación aislada. La duración de la rotación está dada por la suma del tiempo de producción y del tiempo de circulación. El tiempo de rotación de los capitales difiere con arreglo a sus distintas esferas de inversión. El año es la unidad de medida para la duración de las rotaciones del capital. Durante el tiempo de rotación de su capital, el capitalista debe tenerlo desembolsado, para valorizarlo y recobrarlo en su forma primitiva.

Antes de examinar la influencia de la rotación en el proceso de producción y valorización, examina dos formas nuevas de capital “que brotan del proceso de producción y valorización o influyen en la forma de rotación de aquel”: el “capital fijo” y el “capital circulante”.

En cuanto a **composición** del capital, Marx distingue una porción **constante** y una **variable**. Una parte de la primera “retiene la forma determinada de uso con que entra en el proceso de producción frente a los productos que contribuye a crear”. Efectúa siempre las mismas funciones durante un período más o menos largo, en procesos de trabajo continuamente repetidos. Se trata de los edificios, la maquinaria, etc., todo lo que Marx engloba bajo el nombre de “**medios de trabajo**”.

“Esta parte del capital constante transfiere valor al producto en la misma proporción en que pierde, con su valor de uso, su propio valor de cambio”<sup>1</sup>.

Hay, pues, una transferencia cuyo valor se determina

“por un cálculo en que se mide la duración media de un medio de producción desde el momento en que entra en el proceso hasta el momento en que queda completamente agotado y se lo ha de reemplazar con un nuevo ejemplar”.

La función que les es propia vincula los medios de trabajo de modo permanente a la esfera de la producción, una vez que se han incorporado a ella. Una parte del capital desembolsado **se fija** en esta forma, determinada por la función que el medio de trabajo desempeña en el proceso. El medio de trabajo se va desgastando, y, entonces, por el desgaste correspondiente, una parte de su valor pasa al producto. La otra permanece adherida al medio de trabajo y, por tanto, al proceso de producción. El valor así adherido va disminuyendo constantemente hasta que el medio de trabajo queda fuera de uso y su valor se distribuye, por consiguiente, durante un período de tiempo más o menos largo, entre una masa de productos que brotan de una serie de procesos de trabajo constantemente repetidos. Pero, mientras el medio de trabajo no es sustituido por un nuevo ejemplar, leva siempre adherido una parte de capital constante; otra parte del valor originariamente adherido a él se transfiere al producto y circula como parte integrante del **stock** de mercancías. Cuanto más lento es el desgaste del medio de trabajo, más tiempo permanece adherido en esta forma útil el valor del capital constante. La proporción en que transfiere el valor se halla siempre en razón inversa al total de tiempo durante el cual funciona. Si de dos máquinas del mismo valor una se desgasta en cinco años y la otra en diez, la primera transferirá en el mismo tiempo el doble de valor que la segunda.

“Esta parte del valor-capital plasmada en medios de trabajo circula lo mismo que cualquier otra. Hemos visto, en términos generales, que todo valor-capital se halla constantemente en circulación y

<sup>1</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, p. 169.

que, en este sentido todo capital es capital circulante. Pero la circulación de esta parte del capital a que aquí nos referimos presenta un carácter peculiar. En primer lugar, no circula en su forma útil, pues lo que circula es simplemente su valor, y circula, además, gradualmente, fragmentariamente, a medida que se va transfiriendo al producto que circula como mercancías. Durante todo el tiempo que funciona, una parte del valor permanece fijada en él, con existencia independiente frente a las mercancías que contribuye a producir. Esta característica peculiar da a esta parte del capital constante su forma de **capital fijo**. Todos los demás elementos materiales integrantes del capital desembolsado en el proceso de producción forman, por oposición a aquél, el **capital circulante**<sup>2</sup>.

Algunos medios de producción no entran materialmente en el producto. Trátase de **materias auxiliares**, de las que unas, como el combustible, son consumidas por los medios de trabajo durante su funcionamiento, y otras se limitan a apoyar el proceso de producción, como el gas de alumbrado, etc. Estos medios de producción forman parte del capital circulante.

Cuando un medio de producción que no es un medio de trabajo en el sentido estricto de la palabra, por ejemplo, materias auxiliares, materias primas, materias semi-elaboradas o semiproductos, etc., se comporta desde el punto de vista de la transferencia del valor, y consiguientemente, bajo la relación del modo de circulación de su valor, como los medios de trabajo, es igualmente capital fijo. Es el caso de las mejoras, que agregan al suelo sustancias químicas cuyo efecto se reparte en períodos de varios años. La fijación más o menos larga de un medio de un medio de producción en procesos de trabajo repetidos, pero conexos, y continuos y que, por consiguiente, forman un período de producción, exige absolutamente, como el capital fijo, adelantos más o menos prolongados de parte del capitalista. Sin embargo, no se trata de capital fijo. Las semillas, por ejemplo, no son capital fijo, sino materias primas fijadas durante alrededor de un año en el proceso de producción.

<sup>2</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, pp. 169-170.

La circulación particular del capital fijo lleva una rotación particular. La parte de valor que pierde como consecuencia de la usura circula como parte del valor del producto. Por su circulación, el producto cambia de mercancía en dinero; por tanto, ello ocurre también con la parte del valor del medio de trabajo puesto en circulación por el producto. Y este valor fluye gota a gota, bajo forma de dinero, del proceso de circulación, en la medida en que este medio de trabajo decrece en valor en el proceso de producción. En el curso de su funcionamiento la parte de su valor convertida en dinero aumenta sin cesar, y ello hasta que el medio de trabajo haya terminado de vivir y que todo su valor, separado de sus “despojos”, se haya convertido en dinero. Aquí es donde se muestra la particularidad en la rotación del capital fijo. La transformación de su valor en dinero se hace al mismo tiempo que la conversión de la mercancía en dinero. Pero su retransformación de la forma de dinero en la forma de uso se separa de la retransformación de la mercancía en sus otros elementos de producción; ella más bien está determinada por el tiempo durante el cual el medio de trabajo ha sido usado y ha debido ser reemplazado por otro ejemplar de la misma especie. Marx trae un ejemplo para ilustrar su pensamiento en este punto. El valor del capital constante, es decir, el valor de las materias primas auxiliares y de las materias primas, lo mismo que el valor de los medios de trabajo, reaparece en el valor del producto como valor simplemente transferido, mientras que la fuerza de trabajo agrega al producto un equivalente de su propio valor. Además, ciertas materias auxiliares, el carbón, el gas de alumbrado, etc., que son consumidas en el proceso de trabajo sin entrar materialmente en el producto, mientras que otras entran corporalmente en el producto. **Pero todas estas diferencias importan poco para la circulación y, consiguiente, para el modo de rotación.** Algo más y en relación con esto: en oposición al capital fijo, un mismo modo de rotación es común a la fuerza de trabajo y a los elementos del capital constante que **no son capital fijo**; la parte del capital adelantado en fuerza de trabajo se opone al capital fijo **como capital circulante o líquido**. Al mismo tiempo que su propio valor, la fuerza de trabajo agrega al producto plusvalía, encarnación del trabajo no pagado, que es igualmente arrastrada en la circulación por el producto acabado y convertida en dinero como los otros elementos de su valor. Ahora bien, aquí se trata, ante todo, de la rotación del valor capital y no de la rotación, simultánea, de la plusvalía.

Marx llega a estas conclusiones: 1) Los caracteres de capital fijo y de capital circulante sólo resultan de la doble naturaleza de la rotación del valor capital que funciona en el proceso de producción en tanto que **capital productivo**, el único que puede escindirse en capital fijo y en capital circulante. En cambio, esta distinción no existe para el capital mercancía y para el capital dinero. El capital-dinero y el capital-mercancía, aunque circulen intensamente, sólo se vuelven realmente capital circulante por oposición al capital fijo si se transforman en elementos circulantes del capital productivo. Según Marx, son capital de circulación por oposición al capital productivo pero no son capital circulante por oposición al capital fijo. 2) La rotación del elemento fijo del capital y, por consiguiente, el tiempo necesario para esta rotación, engloba varias rotaciones de los elementos circulantes. Mientras el capital fijo ejecuta una rotación, el capital circulante efectúa varias. 3) La parte del valor del capital productivo comprometida como capital fijo fue adelantada en totalidad y en una sola vez, para toda la duración de funcionamiento de la parte respectiva de los medios de producción. Entonces, el capitalista ha lanzado este valor de un solo golpe en la circulación; pero él es retirado de la circulación por fracciones y progresivamente. Por otro lado, los medios de producción en que un elemento del capital productivo es fijado, son retirados en bloque de la circulación, para ser incorporados al proceso de producción por toda la duración de su funcionamiento, para el mismo período, no tienen necesidad de ser reemplazados por nuevos ejemplares de la misma especie. Durante ese tiempo no exigen, entonces, que el capitalista renueve su adelanto. Finalmente, una parte del capital adelantado en capital fijo es continuamente convertida en dinero, sin transmutarse de la forma dinero en su forma natural primitiva. Esta retransformación sólo tiene lugar al fin del período de funcionamiento, cuando el medio de producción está enteramente consumido.

Los elementos del capital circulante son fijados en el proceso de producción -si se quiere que sea continuo- de manera tan constante como los elementos del capital fijo. Siempre se encuentran materias primas y materias auxiliares en el proceso de producción, pero son siempre ejemplares nuevos de la misma especie. En el proceso de producción se encuentra continuamente fuerza de trabajo, pero únicamente gracias a la renovación constante de su compra. En cambio, los edificios, las

máquinas, etc., funcionan sin sustitución durante los repetidos procesos de producción, “a través de las reiteradas rotaciones del capital circulante”.

En una inversión de capital, los distintos elementos que forman el capital fijo “tienen distinto tiempo de vida y también, por tanto, distintos tiempos de rotación”. Además, en toda la gran industria, desempeña su papel el envejecimiento y “el desgaste moral” de las máquinas. Es que la mayoría de los medios de trabajo son constantemente revolucionados por los progresos de la industria, y se los reemplaza en su forma perfeccionada. Esto, por una parte, ofrece una razón para la introducción solamente progresiva de máquinas nuevas y constituye, entonces, un obstáculo a la introducción general y rápida de medios de trabajo perfeccionados. Por otra parte, la competencia obliga a los capitalistas a reemplazar antes de término los medios de trabajo antiguos por medios de trabajo nuevos. Pero, son principalmente las catástrofes, las crisis, etc., quienes determinan en el material de explotación tal renovación prematura, en una mayor escala social.

Los elementos de que se compone el capital fijo no duran todos lo mismo y hay que renovarlos parcialmente a intervalos diferentes. Entonces, la situación es ésta: se adelanta para diez años, por ejemplo, una cierta suma, bajo una forma determinada de capital fijo. Este adelanto se hace de una sola vez. Pero una cierta parte de este capital fijo se repone cada año en especie, mientras que la otra parte continúa existiendo en su forma natural primitiva.

“La inversión por una vez y la reproducción simplemente fragmentaria y bajo forma natural es lo que distingue a este capital fijo, del capital circulante”<sup>3</sup>.

Otras partes del capital fijo se componen de elementos desiguales, cuyo desgaste y consiguiente reemplazo se operan a intervalos desiguales. Lo mismo ocurre en cuanto a la duración de los diferentes elementos de la misma máquina. La parte del valor del capital fijo acumulada bajo forma de dinero como fondo de reserva, puede ser empleada para dar extensión

<sup>3</sup> Carlos Marx, Ob. cit., T. 2, p. 184.

a la empresa, o para introducir en la maquinaria perfeccionamientos que acrecientan su rendimiento. En intervalos más o menos breves, se opera una especie de reproducción en una escala aumentada; ella es extensiva si el campo de producción es ensanchado; es intensiva si el medio de producción es vuelto más eficaz. Esta reproducción en una escala mayor no resulta de la acumulación -conversión de plusvalía en capital-, sino de la transformación del valor que se ha desprendido, bajo forma de dinero, del cuerpo del capital fijo para volverse un nuevo capital dijo de la misma especie, adicional o, por lo menos, más eficaz.

El capital fijo ocasiona gastos especiales de conservación que en parte son resultado del proceso de trabajo y en parte se deben a que este capital se deteriora cuando no funciona. La maquinaria requiere ser limpiada de tiempo en tiempo. Se trata aquí de un trabajo adicional sin el cual quedaría fuera de uso. La duración normal del capital fijo se calcula sobre la base de la hipótesis de que se hallan reunidas las condiciones en las que puede funcionar normalmente durante cierto tiempo. No se trata del reemplazo del trabajo contenido en la máquina, sino de un trabajo adicional continuo, que el funcionamiento de la máquina necesita. El capital invertido para este trabajo forma parte de esa porción del capital circulante que debe cubrir los falsos gastos generales y repartirse sobre el producto según su promedio anual. En la industria propiamente dicha, este trabajo de limpieza es suministrado gratuitamente por los obreros en sus momentos de reposo y no es computado en el precio del producto. Por lo tanto, el consumidor aprovecha de él gratuitamente. Por otro lado, el capitalista, a su vez, nada ha pagado, entonces, por la conservación de la máquina. Pero, para poder ser limpiada, debe ser retirada del proceso de producción; este trabajo de conservación figura entre los gastos corrientes, y, por consiguiente, es una parte del capital circulante. a su vez, las reparaciones propiamente dichas o reacondicionamientos exigen un gasto de trabajo y de capital que no se hallan contenidos en el capital primitivamente invertido y pueden, por consiguiente, ser compensados y reemplazados, pero no siempre, por la reposición sucesiva del valor del capital fijo.

La transferencia del valor como consecuencia del desgaste del capital fijo se calcula según su duración media, pero esta misma es calculada de manera que constantemente sea invertido el capital necesario para dicha

perpetua puesta en condiciones. El valor agregado por este gasto en capital y en trabajo pasa al producto según un cálculo de promedios. La experiencia muestra la frecuencia media de los gastos de reparación que necesita durante su existencia media el capital fijo. Este gasto promedio se reparte sobre la vida media del capital y se agrega en porciones alícuotas al precio del producto y es repuesto por la venta del producto. El capital adelantado para las reparaciones propiamente dichas constituye, así, un capital de una especie particular, ni fijo ni circulante, aunque entra más bien en el concepto de capital circulante, por destinarse a cubrir gastos corrientes. Muy diferente es el caso del seguro que concierne a la destrucción por acontecimientos naturales extraordinarios: incendio, inundación, etc. El seguro debe ser pagado por la plusvalía de la que, por consiguiente, se deduce. Algo más: el desgaste y los gastos de reparación aparecen con grandes desigualdades, aun para capitales de la misma importancia y empleados en la misma rama industrial en condiciones idénticas. Esto se comprueba cuando se trata de establecer el correspondiente promedio social. La apuntada circunstancia, como otras que dan lugar a que en una misma industria los distintos capitalistas, explotando igual fuerza de trabajo, no realicen la misma ganancia, hace aún más difícil la comprensión de la verdadera naturaleza de la plusvalía.

Todo capitalista aislado necesita disponer de un fondo de amortización para aquella parte del capital fijo que sólo llega a su término de reproducción de una vez y a la vuelta de varios años, debiendo entonces reponerse en bloque. Una parte considerable del capital fijo excluye por su propia naturaleza la posibilidad de una reproducción gradual.

“Además, allí donde la reproducción se efectúa gradualmente, de tal modo que las partes depreciadas son sustituidas por otras nuevas, es necesaria, según el carácter específico de cada rama de producción, una acumulación previa en dinero de mayor o menor volumen”.

Desde el punto de vista de la simple circulación del dinero, sin considerar el sistema de crédito, se llega aquí, en cuando al mecanismo del movimiento, a una comprobación que merece ser tenida en cuenta. En el libro primero de *El Capital* señaló Marx que si una parte del dinero

existente en una sociedad se inmoviliza en forma de tesoro, mientras que otra parte funciona como medio de circulación o como fondo inmediato de reserva del dinero directamente circulante, cambia constantemente la proporción en que la masa total del dinero se distribuye como tesoro y como medio de circulación. En el caso que trata aquí, el dinero que es menester se acumula en gran volumen como tesoro en manos de un gran capitalista se lanza de una vez a la circulación mediante la compra del **capital fijo**. Este dinero vuelve a repartirse en la sociedad como medio de circulación y como tesoro. Mediante el fondo de amortización, en que, en la medida del desgaste del capital fijo, el valor de éste revierte a su punto de partida, una parte del capital circulante vuelve a erigirse -por un período de tiempo más o menos largo- en tesoro en manos del mismo capitalista cuyo tesoro se convirtió en medio de circulación y se alejó de él al comprar el capital fijo.

“Es una distribución constantemente cambiante del tesoro existente en la sociedad, que unas veces funciona como medio de circulación y otras veces vuelve a separarse de la masa del dinero circulante para inmovilizarse como tesoro”.

Cuando se desarrolla el sistema del crédito, este dinero deja de actuar como tesoro. Empieza a funcionar como capital, pero no ya en manos de sus propietarios, “sino de otros capitalistas que pueden disponer de él”.

Los elementos fijos y circulantes del capital productivo tienen una rotación distinta que se realiza en distintos períodos. A su vez, los distintos elementos integrantes del capital fijo afectado a la misma industria tienen también distintos períodos de rotación, según su distinto período de vida y, por tanto, de reproducción. Por su parte, la rotación global del capital desembolsado

“es la rotación media de las diversas partes que lo integran”; “nada más fácil que establecer la media, naturalmente, cuando las diferencias sólo afectan a los períodos de tiempo”. Pero, “las diferencias que aquí se aprecian pueden no ser simplemente cuantitativas, sino también cualitativas”<sup>4</sup>. Entonces, “para calcular

<sup>4</sup> Carlos Marx, Ob. cit., T. 2, p. 196.

la rotación global del capital productivo desembolsado debemos fijar todos sus elementos en la forma-dinero, de tal modo que sea el retorno a esta forma lo que cierra la rotación”.

Este es el criterio que Marx aplica. Merced a él se puede obtener la **media** que interesa establecer.

Aunque la mayor parte del capital productivo desembolsado se componga de capital fijo cuyo período de reproducción, y por tanto de rotación, abarque un ciclo de varios años, el valor capital que efectúe su rotación durante el año puede ser, como consecuencia de las rotaciones sucesivas del capital circulante, más grande que el valor total del capital desembolsado. La conclusión de Marx es que **el valor capital desembolsado debe cumplir un ciclo de rotaciones y este ciclo está determinado por la duración del capital fijo empleado**. A medida que se desarrolla el modo de producción capitalista, la vida de la industria y del capital industrial se desarrolla igualmente hasta poder prolongarse durante años. Pero, si una parte de esta vida se prolonga por el desarrollo del capital fijo, ella, por otro lado, se abrevia por la revolución incesante de los medios de producción, que, a su vez, también se acrecienta con el desarrollo del modo de producción capitalista. En la época en que Marx escribía *El Capital*, ese ciclo de existencia era de diez años término medio para las ramas más importantes de la gran industria. Lo más significativo en este punto es que el ciclo de rotaciones, que se prolongan durante varios años, en que el capital es retenido por su elemento fijo, constituye una base material de las crisis periódicas que hacen pasar los negocios por fases sucesivas de paralización, de vivacidad media, de precipitación. Los períodos de colocación del capital son en realidad muy diferentes, disímiles; pero la crisis constituye siempre el punto de partida de grandes empresas y consiguientemente, -si se considera toda la sociedad- constituye más o menos una nueva base material para el próximo ciclo de rotación.

Siempre con respecto a la “rotación del capital”, Marx se ocupa del “período de trabajo”. Toma dos ramas industriales en las que rija la misma jornada de trabajo, de diez horas al día, por ejemplo, la rama de hilados de algodón y la de fabricación de locomotoras. Una de estas industrias suministra diaria o semanalmente una determinada cantidad de

producto elaborado; la otra, en cambio, tiene que repetir el proceso de trabajo durante tres meses, supongamos, para poder fabricar una locomotora. En un caso, el producto constituye una cantidad discreta y el mismo trabajo se reanuda cada día o cada semana; en el otro, el proceso de trabajo es una cantidad continuada, que se extiende a lo largo de una serie prolongada de procesos de trabajo diarios. Aunque la duración del proceso de trabajo diario es la misma en ambos casos, media una diferencia muy importante en cuanto a la duración del acto de producción que se requiere para convertir el capital productivo en capital mercancías. Nada tiene que ver con esto la distinción entre el capital fijo y el capital circulante.

Las diferencias en cuanto a la duración del acto de producción no se dan solamente entre ramas de producción distintas, sino también dentro de la misma rama, según el volumen del producto que se trata de suministrar. Para construir una locomotora bastan tres meses y para construir un acorazado se necesitan varios años. Varían infinitamente las diferencias en cuanto a la duración del acto de producción. A igual inversión del capital, la diversidad en cuanto a la duración del acto de producción debe traducirse necesariamente “en una diferencia en cuanto al ritmo de la rotación”. Si se toma una fábrica de hilados y una fábrica de locomotoras que funcionan a base de la misma inversión de capital y con las mismas porciones entre las distintas clases de capital y la misma jornada de trabajo, se llega a este resultado. Cualquiera que sea el volumen del capital desembolsado, en un caso se desembolsa por una semana y en el otro por doce semanas, “antes de operar de nuevo con la misma suma, de repetir con ella la misma operación o de iniciar otra distinta”.

Aquí, justamente, aparece en la exposición de Marx la noción de “período de trabajo”. Supóngase, por ejemplo, que la construcción de **una locomotora o de una máquina cualquiera cuete 100 jornadas de trabajo**. Estas jornadas constituyen magnitudes homogéneas discontinuas, discretas, en lo tocante a los obreros que trabajan en la fábrica de locomotoras. Pero, en lo tocante al producto -a la locomotora- ellas forman una magnitud continua, de 1.000 horas, si la hornada de cada trabajador es de 10 horas, es decir, forman un solo acto de producción; forman un **período de trabajo**. Por tanto, se ha de aceptar que las

interrupciones, las perturbaciones provocadas en el proceso social de producción, etc., influyen de manera muy diferente sobre los productos de naturaleza discontinua y sobre los productos que resultan de un período largo y continuo.

Durante todo el período de trabajo, se va acumulando por capas la parte de valor que el capital fijo transfiere diariamente al producto hasta su elaboración. Así se revela aquí, con toda su importancia práctica, la diferencia entre capital fijo y capital circulante.

“El capital fijo se desembolsa para el proceso de producción por un período de tiempo más largo y no necesita renovarse antes de que transcurra este período, que puede durar varios años. El hecho de que la máquina de vapor transfiera fragmentariamente, día por día, su valor al hilado, producto de un proceso de trabajo discreto, o que lo transfiera cada tres meses si se trata de una locomotora, producto de un acto de producción continuo, no altera en lo más mínimo la inversión del capital necesario para la compra de la máquina a vapor. En un caso, su valor refluye en pequeñas dosis, por ejemplo semanalmente; en el otro, en grandes masas, por ejemplo, trimestralmente. Pero la renovación de la máquina de vapor sólo se plantea, tanto en uno como en otro caso, a la vuelta de 20 años, por ejemplo”<sup>5</sup>.

Otra cosa ocurre con los elementos circulantes del capital desembolsado, La fuerza de trabajo comprada para una semana se gasta durante esta misma semana y se materializa en el producto. Es necesario pagarla al final de la semana. Y esto se repite semanalmente durante los tres meses, sin que la venta de producto haga volver a las manos del capitalista el dinero necesario. Y lo mismo se ha de decir respecto de la otra parte del capital circulante, la formada por las materias primas y auxiliares. Una capa tras otra de trabajo se van depositando sobre el producto. Y durante el proceso de trabajo, se transfiere al producto, no sólo el valor de la fuerza de trabajo empleada, sino, además, la plusvalía; pero ellas se transfieren a un producto inacabado, que aún no puede ser vendido. Esto se aplica igualmente al valor capital que las materias

<sup>5</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, p. 247.

primas y las materias auxiliares siempre transfieren gradualmente al producto. Y como el tiempo de rotación es igual a la suma del período de producción y del período de circulación del capital,

“al alargarse el período de producción el ritmo de rotación disminuye, exactamente lo mismo que si se alarga el período de circulación”.

Es necesaria una constante inversión adicional de capital circulante según la mayor o menor duración del período de trabajo. Y la masa del capital adicional desembolsado poco a poco, crece con la longitud del período de trabajo.

“Los métodos destinados a acortar el período de trabajo son aplicables en un grado muy diverso según las distintas ramas industriales y no compensan las diferencias existentes en cuanto a la duración de los distintos períodos de trabajo”.

Es posible que el empleo de nuevas máquinas-herramientas acorte en términos absolutos el período de trabajo necesario para construir una locomotora.

“En cambio, aunque el perfeccionamiento de los procesos de trabajo aplicados en una fábrica de hilados haga aumentar en proporciones incomparables la rapidez en la producción diaria o semanal, la duración del período de trabajo en la fabricación de maquinaria habrá aumentado en términos relativos, comparada con la de la fabricación de hilados”.

“El tiempo de trabajo es siempre tiempo de producción, es decir, tiempo durante el cual el capital se halla inmovilizado en la órbita de la producción”. Pero, “no todo el tiempo durante el cual el capital permanece en la órbita de la producción es necesariamente, por ese solo hecho, tiempo de trabajo”.

Al decirlo, Marx no se refiere a las interrupciones del proceso de trabajo debidas al reposo o a los días feriados, sino a interrupciones durante las cuales el objeto del trabajo debe sufrir cambios físicos,

químicos u otros. En muchas ramas industriales el producto necesita someterse a un proceso de secado; en otras, debe someterse a la acción de ciertos factores que modifican su composición química. Entre la siembra y la cosecha de trigo el proceso de trabajo está casi enteramente interrumpido, pues sólo se requiere un trabajo insignificante. En los casos en que el tiempo de producción es mayor que el tiempo de trabajo, el período de rotación se prolonga. En cuanto el tiempo de producción excedente sobre el tiempo de trabajo no está determinado, una vez por todas, por leyes naturales dadas, como es el caso de la maduración del trigo, el período de rotación puede, en ciertos casos, ser más o menos acortado, abreviando artificialmente el tiempo de producción. Es lo que en la época de Marx ocurrió en la industria del curtido y en la industria siderúrgica, en la que se logró acelerar el tiempo de producción “incrementando también, en la misma medida, la inversión de capital fijo”<sup>6</sup>.

En empresas de la misma importancia, es decir, siendo el mismo el capital desembolsado, lo será en cantidades mayores por vez y por un tiempo mayor en aquellas en que el trabajo no es continuo. La duración de existencia del capital fijo se diferencia entonces igualmente de manera más marcada del tiempo en que funciona realmente de manera productiva. En efecto, el funcionamiento del capital fijo empleado se encuentra también, naturalmente, interrumpido por más o menos tiempo. Es lo que ocurre en la agricultura, por motivos concretos que Marx señala, con los animales de trabajo, las herramientas, las máquinas. En conclusión; no se deben confundir el tiempo de producción y tiempo de trabajo.

El tiempo de rotación del capital es igual a la suma de su tiempo de producción y de su tiempo de circulación. Si varía la duración del tiempo de circulación, tiene que variar también, necesariamente, la del tiempo de rotación y, por tanto, la del período de ésta. Según Marx, cabe comprobarlo más claramente comparando dos distintas inversiones de capital en que todos los demás factores que modifican la rotación sean iguales

<sup>6</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, pp. 256-257.

“y sólo varíen los tiempos de circulación o tomando un capital dado, con una determinada composición de capital fijo y circulante, con un período de trabajo dado, etc., y en el que sólo varíen hipotéticamente los períodos del tiempo de circulación”.

Uno de los períodos del tiempo de circulación, relativamente el más decisivo, es el de la venta, cuando el capital reviste la forma de capital-mercancía. Una causa que actúa en la diferenciación del tiempo de venta y, por tanto, del tiempo de rotación en general, “es la distancia a que el mercado en que ha de venderse la mercancía se halla de su centro de producción”.

A este tema se vinculan unas consideraciones de Marx sobre los medios de transporte y los cambios que se operan en ellos. Al mismo tema se vincula su reflexión acerca de que a medida que se prolonga el tiempo de circulación de las mercancías, aumenta el riesgo de que cambien los precios en el mercado de ventas, porque aumenta el período dentro del cual ese cambio puede efectuarse<sup>7</sup>. También pueden dar lugar a una diferencia en cuanto al tiempo de circulación, los diversos plazos de pago en las compras y en la ventas, hecho de suma importancia para el sistema de crédito. Igualmente el volumen de los contratos de suministro determina diferencias en cuanto al tiempo de rotación. El contrato de suministro es una operación perteneciente al mercado, a la órbita de circulación.

“Por tanto, las diferencias en cuanto al tiempo de rotación derivadas de aquí brotan de la órbita de la circulación, pero repercuten directamente sobre la esfera de la producción independientemente de todos los plazos de pago y de crédito y, por consiguiente, aun en los casos de pago al contado”.

La segunda etapa del tiempo de circulación es la del tiempo de compra, es decir, la etapa en que el capital revierte de la forma dinero a los elementos del capital productivo. Durante esta época el capital debe mantenerse más o menos tiempo bajo la forma de capital-dinero;

<sup>7</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, p. 271.

“es decir, una cierta parte del capital desembolsado debe adoptar constantemente esa forma, aunque esta parte se halla formada por elementos constantemente variables”. Mas, la forma de capital-dinero es "una forma propia de la órbita de circulación, y no de la esfera de producción”.

Efectos semejantes a los del alejamiento del mercado y a los del alejamiento de las fuentes principales de suministro de materias primas, se producen en distintas ramas industriales en virtud de los períodos más o menos largos en que se lanzan al mercado grandes masas de materias primas.

“Estos períodos determinan los principales plazos de compra de las materias primas correspondientes e influyen también sobre las compras, las cuales condicionan los desembolsos especulativos, mayores o menores, hechos para adquirir estos elementos de producción, del mismo modo que el carácter de las mercancías producidas influye sobre la retención especulativa, deliberada, más larga o más corta, del producto en forma de capital-mercancía potencial”.

Una porción del capital necesario para la industria no sólo recorre por turno las tres fases de capital-dinero, capital-productivo y capital-mercancías, sino que algunas partes de él revisten simultáneamente estas tres formas, aunque la magnitud relativa de lastres partes varía continuamente. Una parte existe constantemente bajo la forma de capital-dinero. Hecha esta advertencia, Marx examina la influencia del tiempo de rotación en la magnitud del capital desembolsado. Para ocuparse, en primer término, de la liberación del capital-dinero durante el tiempo de circulación, toma como ejemplo el capital-mercancías producto de un período de trabajo de nueve semanas. Si se prescinde por el momento tanto de la parte de valor del producto que le añade el desgaste promedio del capital fijo como de la plusvalía incorporada a él durante el proceso de producción, se comprueba que el valor de este producto es igual al valor del capital circulante invertido en su producción, es decir, al valor de los salarios y de las materias primas y auxiliares consumidas en ella. Supongamos que el valor sea de 900 pesos, es decir, que se haga una inversión de 100 pesos semanales. Poco importa en este caso que se trate

de un período de trabajo de 9 semanas para un producto continuo o de 9 semanas de trabajo para un producto discontinuo. Supone Marx que el tiempo de circulación tarda tres semanas, un cuarto del período total de rotación. Para que la producción sea continua y prosiga regularmente semana a semana, hay sólo dos soluciones posibles. O bien, hay que reducir la escala de la producción de tal modo que los 900 pesos basten para mantener en marcha el trabajo tanto durante el período de trabajo como durante el período de circulación de la primera rotación. De este modo, al comenzar la décima semana se inicia un nuevo período de trabajo y, por tanto, un nuevo período de rotación, antes de terminar el primero, porque, como ya se ha dicho, el ciclo de rotación dura doce semanas y el de trabajo nueve. Al repartir 900 pesos en 12 semanas, tenemos 75 pesos por semana. En primer lugar, es evidente que semejante reducción en la escala del negocio presupone una disminución en la inversión de capital fijo y, en general, una inversión de capital más reducida. Cabe preguntarse si esta reducción es posible. Según el desarrollo de la producción en las diversas industrias, el capital invertido debe alcanzar a un mínimo normal por debajo del cual ninguna industria individual podría hallarse en condiciones de competir con las demás. Este mínimo normal crece sin cesar con el desarrollo capitalista de la producción. Entre el mínimo normal dado en cada caso y el mínimo normal que se extiende sin cesar, hay numerosos grados intermedios, y el monto de inversión de capital varía según el grado, de manera que, para la empresa individual, una reducción puede ir hasta el número normal.

Supone, ahora, Marx, que el tipo de negocio excluya la posibilidad de toda reducción en la escala de producción y que la continuidad de la producción requiere, haciendo abstracción de todo sistema de crédito, un suplemento de capital circulante de, por ejemplo, 300 pesos. Pero, mientras que el capital desembolsado para el primer período de trabajo permanece tres semanas en el proceso de circulación después de haber terminado el proceso de producción, es luego un capital suplementario de 300 pesos el que funciona, manteniéndose sin interrupción la continuidad de la producción. Si, al fin de las tres semanas de circulación, se vende la mercancía, el capitalista entra en posesión de los 900 pesos primitivamente desembolsados, pues aquí se trata sólo de la parte **circulante** del capital, y no del capital fijo ni de la plusvalía. Mas, para la producción nueva, en marcha ya desde hace tres semanas, sólo son

menester 600 pesos. Los 300 pesos restantes se encuentran liberados, pero deben estar disponibles a las 6 semanas para recomenzar un nuevo período de producción. Hasta entonces, sin embargo, -y es en el ejemplo la mitad del conjunto del tiempo de rotación- estos 300 pesos permanecen sin ser empleados, bajo su forma dinero, o bien son utilizables en otra parte.

Si se prescinde de las cifras, arbitrariamente elegidas en el ejemplo mencionado, de 9 y 3 semanas, son posibles cuatro casos: a) el tiempo de producción y el tiempo de circulación, propiamente dicha, posterior a la producción, son de la misma magnitud; b) el tiempo de circulación es mayor, y es, 2, 3, ó 4 veces, etc... que el tiempo de producción; c) el tiempo de circulación es mayor que el tiempo de producción, sin ser un exacto múltiplo suyo (como en b); d) el tiempo de producción es mayor que el tiempo de circulación.

El cálculo detallado de estos cuatro casos conduce a los resultados siguientes. En los casos **a** y **b** no hay liberación de capital-dinero. En los casos **c** y **d**, en cambio, a partir de la segunda rotación, una parte del capital circulante total se encuentra liberada constantemente y periódicamente al final de cada período de trabajo. Entonces, para el capital social tomado en su parte circulante, la disponibilidad de capital es la regla, porque la igualdad del período de trabajo y el período de circulación o la igualdad del período de trabajo y de un simple múltiplo del período de trabajo sólo pueden producirse excepcionalmente. Una parte muy considerable del capital circulante social que efectúa varias rotaciones por año se encontrará, pues, periódicamente, durante el ciclo anual de rotación, bajo la forma de capital disponible. Además, -siendo las mismas todas las otras circunstancias- la magnitud de este capital disponible aumenta con la extensión del proceso de trabajo o con la escala de la producción, es decir, con el desarrollo de la producción capitalista.

Si se examina más de cerca el capital disponible, se ve que una parte considerable de él debe siempre tener la forma de capital-dinero. Se trata de la parte que el capitalista destina a las materias primas y auxiliares. Generalmente no la convertirá tampoco inmediatamente en mercancías, puesto que, acaso, podrá adquirir estas últimas más ventajosamente,

según las condiciones del mercado. Con el desarrollo del crédito, el capital-dinero que, así, queda disponible, desempeñará un papel considerable al lado del capital-dinero proveniente de los sucesivos ingresos de capital fijo. Más aún: el capital-dinero, necesario en todo proceso de trabajo para el pago de salarios, desempeña un papel importante como una de las bases del crédito. Por consiguiente, es menester, por un lado, que una fracción considerable del capital industrial exista siempre bajo la forma de dinero y, por otro lado, que una parte más considerable aún adopte por momentos esta misma forma. Además, de ello puede resultar una plétora o una insuficiencia en el mercado de dinero; plétora, cuando el tiempo de rotación es abreviado, e insuficiencia, en cambio, en el caso contrario.

Si el capital variable de 100 pesos desembolsado por semana produce una plusvalía de cien por ciento, es decir, 100 pesos, entonces la mitad de la jornada de trabajo consistirá en plusvalía y un período de 5 semanas producirá una plusvalía de 500 pesos. Si la rotación dura 5 semanas, en el transcurso de un año y contando cincuenta semanas por año, en nuestro ejemplo habrá 10 rotaciones y habrá 5.000 pesos de plusvalía. Pero el capital variable desembolsado es de 500 pesos. La plusvalía producida durante el año es 10 veces mayor que el capital variable desembolsado, es decir, es de mil por ciento.

Cuota anual de la plusvalía es la proporción entre la masa total de la plusvalía producida durante un año y el capital variable desembolsado.

Ahora toma Marx otro capital variable, de 5.000 pesos, que efectúa en un año, es decir, en 50 semanas, una sola rotación. Supone, además, que al fin del año el producto sea pagado el mismo día en que se termina. Como en el caso precedente, el proceso de trabajo absorbe cada semana un capital variable de 100 pesos. También la cuota de la plusvalía es la misma: cien por ciento. La masa de la fuerza de trabajo explotada y su grado de explotación son, según las hipótesis, exactamente los mismos que en el primer caso. La masa de la plusvalía producida por año es la misma en los dos casos: 5.000 pesos. Pero, la cuota anual de la plusvalía es totalmente diferente. En un caso es de mil por ciento y en el otro de cien por ciento, es decir, media entre la cuota de plusvalía del primer capital, A, y la cuota de plusvalía del segundo, B, una diferencia del 900

por ciento. Parecería, entonces, que la cuota de plusvalía no dependiese solamente de la masa y del grado de explotación de la fuerza de trabajo movilizadas por el capital variable, sino, además, de factores inexplicables, procedentes del proceso de circulación. Así ha querido equivocadamente interpretarse, en efecto este fenómeno, en la escuela ricardiana, desde comienzos de la década del veinte del siglo pasado [s. XIX]. Marx, por su parte, señala que lo que puede tener de misterioso este fenómeno desaparece tan pronto como se colocan los dos capitales, el A y el B, no sólo de un modo aparente, sino de un modo real, exactamente bajo las mismas circunstancias. Entonces, sus reflexiones lo conducen a esta conclusión: la masa de plusvalía es para el segundo capital 10 veces mayor que para el primero, pero ese segundo capital también debió poner en movimiento 10 veces más fuerza de trabajo. Y así ha de ser, porque quien produce la plusvalía es el capital efectivamente empleado en el proceso de trabajo. A otra conclusión llega Marx: en cuanto la rotación es más lenta, se requiere en la misma proporción un mayor capital variable. Si se toma como ejemplo dos casos, en que se hace, durante 50 semanas, un mismo desembolso de capital variable, podrá ocurrir que a un primer capitalista, cuyo capital efectúa 10 rotaciones por año, le basta para todo el año con 500 pesos; al segundo, cuyo capital hace una sola rotación por año, le hacen falta 5.000 pesos.

“La diferencia proviene de la diversidad de los períodos de rotación. Pero la producción de la plusvalía depende siempre de la magnitud del capital variable empleado y del grado de explotación del trabajo”<sup>8</sup>.

Para examinar, ahora, la rotación del capital desde el punto de vista social, Marx comienza partiendo del supuesto que un obrero cueste 100 pesos por semana y que la jornada de trabajo sea de 10 horas. Que lo mismo en el caso A que en el caso B se emplean durante el año 100 obreros. Entonces, 100 pesos por semana para 100 obreros arroja en 5 semanas 50 mil pesos y en 50 semanas quinientos mil, partiéndose aquí del supuesto que cada uno de ellos trabaje 60 horas por semana de 6 días. Entonces, 100 obreros rendirán por semana 6.000 horas de trabajo, o sean, 300.000 horas de trabajo en 50 semanas. Esta fuerza de trabajo se halla

<sup>8</sup> Carlos Marx, ob. cit., t. 2, p. 336.

incautada tanto por A, como por B, sin que, por consiguiente, pueda la sociedad destinarla a otros fines. En este sentido, el problema, desde el punto de vista social, se plantea lo mismo para A que para B. Además, lo mismo en A que en B cada 100 obreros obtienen un salario anual de 500 mil pesos; por tanto, los 200 en conjunto, un millón, y sustraen a la sociedad medios de subsistencia por esta suma.

“También en este sentido es el mismo problema, socialmente, en A y en B. Como los obreros son pagados por semana en ambos casos, sustraen a la sociedad semanalmente medios de subsistencia cuyo equivalente lanzan también, tanto en uno como en otro caso, semanalmente a la circulación”.

Pero aquí empieza la diferencia que tiene tres aspectos:

**Primero.** El dinero que el obrero lanza a la circulación en el caso A es, calculando ya a partir del segundo período de rotación después de iniciar la industria, la forma-dinero **de su propio producto de valor** (= al precio de la fuerza de trabajo más la plusvalía) del primer período de rotación, con el que se paga su trabajo durante el segundo período de rotación. En cambio, en el caso B, y con respecto al obrero, aunque el dinero es aquí un medio de pago al rendido por él, este trabajo rendido no se paga con su propio producto monetizado de valor (con la forma-dinero del valor producido por él mismo). En efecto, ello sólo puede ocurrir a partir del segundo año, en que el obrero, en B, es pagado con su producto monetizado de valor del año precedente.

**Segundo.** El obrero -y esto se halla relacionado con la primera distinción- lo mismo en B que en A, paga los medios de subsistencia por él comprados con el capital variable, que en sus manos se convierte en medio de circulación. Pero, como el dinero con que el obrero, en B, paga sus medios de subsistencia y los sustrae al mercado no es la forma-dinero de un producto de valor lanzado por él al mercado durante el año, como ocurre con el obrero en A, entrega al vendedor de sus medios de subsistencia dinero, pero no le entrega una mercancía -medio de producción o medio de vida- que éste pueda comprar con el dinero rescatado, como sucede, por el contrario, en A. Se sustraen, pues, al mercado fuerza de trabajo, medios de subsistencia para esta fuerza de trabajo, capital fijo bajo

la forma de los medios de trabajo empleados en B y materiales de producción. Y para reponer todo eso se lanza al mercado un equivalente en dinero, pero no se lanza durante el año ningún producto para reponer los elementos materiales del capital productivo sustraídos al mercado.

Sostiene Marx que si se concibe la sociedad al modo comunista, desaparecerá completamente el capital-dinero y, por tanto, el disfraz de las transacciones realizadas por medio de él. El problema, en la sociedad comunista, se reducirá, sencillamente, a que la sociedad calcule de antemano la cantidad de trabajo, medios de producción y medios de subsistencia que puede emplear sin quebrando en alguna de las ramas industriales, que como la construcción de ferrocarriles, por ejemplo, pasan largo tiempo, un año o más, sin suministrar medios de producción ni medios de subsistencia, ni rendir efecto útil alguno y que, sin embargo, sustraen trabajo, medios de producción y medios de subsistencia a la producción global anual. En cambio, en la sociedad capitalista, donde la razón social se impone siempre *post festum*, pueden producirse y se producen necesariamente y sin cesar grandes perturbaciones. Por una parte, presión sobre el mercado de dinero, mientras que, a la inversa, las facilidades de este mercado provocan a su vez empresas de esas en masa, es decir, aquellas circunstancias precisamente que más tarde presionarán sobre el mercado de dinero.

**Tercero.** Con respecto al mismo capital circulante empelado (tanto el variable como el constante), la duración de los períodos de rotación, cuando obedecen a la duración del período de trabajo, se traduce en esta diferencia:

“cuando el capital describe varias rotaciones al año puede ocurrir que algún elemento del capital circulante constante o variable sea suministrado por su producto, como sucede en los ramos de producción de carbón de hulla, de confección de ropas, etc. En otro caso no, al menos dentro del año”<sup>9</sup>.

Así, la diferencia en el período de rotación se traduce en una diferencia en cuanto a la cuota anual de la plusvalía, aun cuando

<sup>9</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, pp. 336-343.

permanezca idéntica la masa de la plusvalía producida anualmente. Pero, hay además necesariamente una diferencia en cuanto a la capitalización de la plusvalía, a la **acumulación**,

“diferencia que en este sentido afecta también a la masa de plusvalía producida durante el año, a base de una cuota de plusvalía mantenida invariable”.

En el ejemplo que se ha tomado antes, el capital A produce una renta periódica corriente. Con excepción del período de rotación con que se inicia el año, se sirve de su producción de plusvalía para cubrir su propio consumo dentro del año, sin necesidad de desembolsar nada de su propio fondo. No ocurre lo mismo con el capital B. Este capital produce en el mismo tiempo tanta plusvalía como A, pero esta plusvalía no es realizada y no puede consumirse, individual ni productivamente.

“Para los fines del consumo individual, se anticipa la plusvalía. Los fondos necesarios para ello deben ser desembolsados”<sup>10</sup>.

También aparece bajo una luz distinta una parte del capital productivo difícil de clasificar: “El capital adicional necesario para la reparación y el sostenimiento del capital fijo”.

En el caso A, esta parte de capital no se desembolsa al comenzar la producción. Surge de la misma marcha de la industria, por la transformación de la plusvalía en capital. Una parte de la plusvalía que periódicamente se va produciendo y, además, realizando dentro del año puede cubrir los gastos necesarios para reparaciones periódicas, etc. En el caso B ello es posible, pues en este caso esa parte del capital debe necesariamente integrar el capital primitivamente desembolsado. En ambos casos esta parte figurará en los libros del capitalista como capital desembolsado. Pero, mientras para B es realmente una parte del capital que hay que desembolsar o mantener disponible desde el comienzo, para A, en cambio, se emplea una parte de la plusvalía; es decir, lo que aparece como una parte del capital primitivamente desembolsado puede consistir en simple plusvalía capitalizada.

<sup>10</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, p. 344.

Al interponerse el desarrollo del crédito se complica aún más la relación entre el capital primitivamente desembolsado y la plusvalía capitalizada. Por ejemplo, A, porque carece de capital propio suficiente, toma en préstamo del banquero C una parte del capital productivo, con la que inicia su industria o la prosigue durante el año. La suma que el banquero le presta consiste pura y simplemente en la plusvalía de los industriales D, E, F, etc.; el banquero es un agente que capitaliza la plusvalía expropiada por ellos.

\* \* \*

En el primer libro de *El Capital* había Marx indicado que

“la acumulación, la transformación de la plusvalía en capital, constituye por su contenido real un proceso de reproducción en escala ampliada, ya se manifieste esta ampliación de un modo extensivo, bajo la forma de incorporación de nuevas fábricas a las antiguas, **o de un modo intensivo, ampliando la escala anterior de la industria**”.

Ahora bien,

“la ampliación de la escala de producción puede desarrollarse en pequeñas dosis, empleando una parte de la plusvalía en mejoras que o bien sólo aumentan la fuerza productiva del trabajo aplicado, o bien permiten al mismo tiempo explotarlo más intensivamente. Otras veces allí donde la jornada de trabajo no se halla limitada por la ley, basta con una intervención adicional de capital circulante (en materiales de producción y salarios) para ampliar la escala de la producción sin necesidad de engrosar el capital fijo, limitándose a prolongar su utilización diaria a la par que se acorta proporcionalmente su período de rotación. Otras veces la plusvalía capitalizada, cuando la coyuntura del mercado es favorable, permite ciertas especulaciones con materias primas, operaciones para las que no habrá bastado el capital primitivamente desembolsado, etc.”<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, pp. 345-346.

Sin embargo, allí donde el número mayor de los períodos de rotación se traduce en una realización más frecuente de la plusvalía en el curso del año, habrá períodos en los que no será necesario prolongar la hornada de trabajo ni introducir mejoras de detalle, mientras que, por otra parte, la extensión de toda empresa sólo es posible dentro de ciertos límites y exige, además, un volumen de capital adicional que sólo puede suministrar la acumulación de capital adicional al cabo de varios años. Al lado de la verdadera acumulación, es decir, la transformación de la plusvalía en capital productivo, está la acumulación de dinero, mediante la cual se va amasando una parte de la plusvalía como capital-dinero latente, que sólo más tarde funcionará como capital activo suplementario, cuando cobre cierto volumen.

También se ha de tener presente que al desarrollarse la producción capitalista, se desarrolla, paralelamente, el sistema de crédito. El capital-dinero que el capitalista aún no puede emplear en su propia industria es empleado por otros que le pagan interés. Con la realización más frecuente de la plusvalía y el aumento de la escala de producción, hay, evidentemente, crecimiento de la proporción en la que el capital-dinero nuevo es lanzado al mercado y contribuye en gran parte a la extensión de la producción.

“La forma más simple -dice Marx- en que se puede presentar este capital-dinero latente adicional es la del tesoro. Este tesoro puede consistir en oro o plata adicionales, obtenidos directa o indirectamente por intercambio con los países productores de metales preciosos”.

También es posible que este capital-dinero latente sólo exista en signos de valor -prescindiendo aquí por el momento de dinero fiduciario- o en forma de documentos legales que consignan derechos de los capitalistas contra terceros.

“En todos estos casos, cualquiera que sea la modalidad que presente este capital-dinero adicional, sólo representa, en cuanto capital en ciernes, simples títulos jurídicos adicionales y mantenidos en reserva, de los capitalistas sobre la futura producción anual adicional de la sociedad”.

En la reproducción, si se prescinde de las perturbaciones que entorpecen incluso la reproducción en una escala dada, sólo pueden presentarse dos casos normales, que Marx estudia sucesivamente. El primero de ellos es la reproducción en escala simple; el segundo es el de la capitalización de la plusvalía o acumulación.

Veremos lo que Marx dice de uno y otro.

**I. Reproducción simple.** Aquí -y Marx ya lo señaló en la sección séptima del primer libro de *El Capital*- la plusvalía es consumida improproductivamente por el capitalista. Pero aun en esta hipótesis, una parte de la plusvalía debe constantemente existir bajo forma de dinero, y no de producto; si así no fuera, no podría, en vista del consumo, convertirse en producto. Se debe, entonces, examinar esta transformación de la plusvalía, de su forma-mercancía primitiva, en dinero. Conviene encarar el problema en su modalidad más sencilla, suponiendo: 1) la circulación exclusiva del dinero-metal, de la moneda, que constituye un verdadero equivalente de la mercancía; 2) que la producción del oro y la plata se efectúa en el mismo país. Si se prescinde de lo que es necesario para los artículos de lujo, el mínimo de la producción anual de oro y de plata debe ser igual al desgaste anual de la moneda metálica como consecuencia de la circulación. Además, si la suma de los valores de las mercancías producidas y puestas en circulación durante el año sufre un aumento, es menester también que haya aumento de la producción anual del oro y la plata, siempre y cuando que la suma acrecentada de valor de las mercancías circulantes y la masa de dinero necesaria para su circulación (y el correspondiente atesoramiento) no sean compensadas por la mayor celeridad monetaria y por la función más extensiva del dinero como medio de pago, es decir, por un mayor saldo mutuo de las compras y las ventas sin la interposición de dinero real. Por tanto, es menester que una parte de la fuerza de trabajo y de los medios de producción de la sociedad se invierta anualmente en la producción de oro y plata.

Si se parte del supuesto de la reproducción simple, los capitalistas que explotan la producción de oro y plata, y sólo la explotan dentro de los límites del desgaste medio anual y del consumo medio anual de oro y plata que eso ocasiona, lanzan su plusvalía directamente a la circulación en forma de dinero. Esta forma es para ellos la forma natural y no, como

en las otras ramas de producción, la forma transformada del producto. Finalmente, la misma cosa ocurre con la parte de su producto que contiene el valor del capital constante circulante y del capital circulante fijo absorbido durante el año.

Marx observa el ciclo o la rotación del capital invertido en la producción de los metales preciosos, primeramente bajo la forma D-M...P...D'. El producto, D', representa una suma de dinero igual al capital variable invertido en salarios, más el capital constante circulante invertido en medios de producción, más el valor del capital fijo desgastado, más la plusvalía.

Ante todo se ha de prestar atención a la parte circulante del capital desembolsado en producción de metal precioso. Una cierta suma de dinero se lanza a la circulación para el pago de salarios y la compra de materiales de producción. Pero esta suma no es sustraída de nuevo a la circulación por el ciclo de **este** capital para ser lanzada otra vez en ella. El producto ya es dinero por su forma natural; entonces, no ha de ser convertido en dinero por medio del cambio. La forma-dinero del capital circulante consumida no es reemplazada por la venta del producto, sino por la forma natural del producto mismo; es decir, no por la nueva sustracción de su valor a la circulación, sino por dinero adicional, nuevamente producido.

Para ilustrar su pensamiento, supone Marx un capital circulante de 500 pesos, un período de circulación de 5 semanas, un período de trabajo de 4 semanas y un período de circulación de una semana solamente.

“Aquí -aclara- el período de circulación no determina el tiempo que cuesta convertir la mercancía en dinero, sino el tiempo que tarda en convertirse el dinero en elementos de producción”.

Desde el principio el dinero ha de ser desembolsado por cinco semanas, ya bajo forma de provisión de material productivo, ya bajo forma de salarios. Al comenzar la sexta semana, habrán refluído 400 pesos y quedarán disponibles 100. Y esto se renueva constantemente. Por consiguiente, aquí se encontrarán durante cierto tiempo del período de rotación 100 pesos disponibles siempre. Pero, estos 100 pesos consistirán

en dinero adicional nuevamente producido, exactamente igual que los 400 pesos restantes. Tenemos aquí 10 rotaciones por año y el producto anual es de 5.000 pesos.

En cualquier otro capital de 500 pesos que refluye y efectúa sus rotaciones bajo las mismas condiciones, la forma dinero constantemente renovada es la forma transformada del capital-mercancías producido, que se lanza a la circulación cada cuatro semanas y que retoma periódicamente la forma-dinero al venderse, es decir, mediante la sustracción periódica de la suma de dinero en cuya forma entró primitivamente en el proceso. En el presente caso, al contrario, una nueva forma adicional de dinero, por valor de 500 pesos, sustraerá constantemente al proceso, materiales de producción y fuerza de trabajo. Este dinero lanzado a la circulación aumenta mediante las masas de oro que continuamente son producidas de nuevo.

Si se considera la parte variable de este capital circulante y se lo supone, como arriba, de 100 pesos, se comprueba que en una producción normal de mercancías estos 100 pesos bastarán, con una suma de diez rotaciones, para pagar constantemente la fuerza de trabajo. Aquí, en la producción de dinero, basta con la misma suma, pero el productor de oro paga a sus obreros directamente con una parte del oro que ellos producen. Por consiguiente, los 1.000 pesos invertidos cada año en fuerza de trabajo y lanzados por los obreros a la circulación no retornan por medio de la circulación a su punto de partida.

“En lo que se refiere al capital fijo, éste requiere, en la primera inversión, el desembolso de un gran capital-dinero, el cual se lanza, por tanto, a la circulación. Y como ocurre con todo capital fijo, sólo refluye fragmentariamente a la vuelta de varios años. Pero refluye como una parte directa del producto, del oro, no mediante la venta del producto y su consiguiente transformación en dinero”.

Por eso, no va adquiriendo gradualmente su forma de dinero mediante la sustracción de dinero a la circulación, sino mediante la acumulación de una parte correspondiente del producto. El capital dinero así restaurado no es una suma de dinero sustraída gradualmente a la circulación para

compensar la suma de dinero primitivamente lanzada a ella en concepto de capital fijo, sino que es una masa de dinero adicional.

Finalmente, la plusvalía es también igual a una parte del nuevo producto-oro lanzada a la circulación en cada nuevo período de rotación, para invertirse -según la hipótesis de que se ha partido-improductivamente, en pago de medios de subsistencia y de artículos de lujo. Pero, según el supuesto de que se ha partido, toda esta producción anual de oro -que constantemente sustrae al mercado fuerza de trabajo y materiales de producción, mas no dinero, y le aporta continuamente dinero adicional- sólo repone el dinero desgastado durante el año.

Se plantea la cuestión de cómo hace el capitalista para retirar de la circulación más dinero del que hace entrar en ella. Es decir, se plantea aquí la cuestión, no de dónde viene la plusvalía, sino, de dónde viene el dinero necesario para su realización bajo forma de moneda. El capital-mercancía debe transformarse en dinero antes de su reconversión en capital productivo y antes de que sea gastada la plusvalía que encierra. ¿De dónde proviene el **dinero necesario** para esta transformación? Supongamos que el capital circulante de 500 pesos -se podría decir 500 millones de pesos- es desembolsado bajo forma de capital circulante total de la sociedad, es decir, de la clase capitalista. Supongamos, además, que la plusvalía sea de 100 pesos. ¿Cómo puede la clase capitalista retirar continuamente 600 pesos de la circulación en la que sólo lanzó 500?

La plusvalía de 100 pesos es lanzada en la circulación bajo forma de mercancías. A este respecto no caben dudas. Pero, esta operación no proporciona el dinero adicional necesario para la circulación de este valor mercancías adicional. En la sociedad capitalista sólo existen dos conductos por los que el dinero pueda ser lanzado en la circulación: el capitalista y el obrero. Todas las otras personas deben o recibir dinero en estas dos clases por servicios prestados, o bien, en la medida en que reciben dinero sin contraprestación, han de ser coposeedores de plusvalía, bajo forma de renta, de intereses, etc. El hecho de que el dinero no permanezca en el bolsillo del industrial sino que haya de ser compartido por él con otras personas, nada tiene que ver con la cuestión que se examina aquí. Esta cuestión, en efecto, es la de saber cómo realiza el industrial su plusvalía en forma de moneda, y la de cómo se reparte luego

la moneda obtenida. Pero, en lo que concierne al obrero, el dinero que él invierte para el pago de sus medios de subsistencia existe antes que el capital variable y es, desde el origen, lanzado en la circulación por el capitalista, a fin de comprar fuerza de trabajo. Entonces, es la clase capitalista el único punto de partida de la circulación del dinero. Ahora bien, es la propia clase capitalista, aunque parezca paradójico, la que pone en circulación el dinero que sirve para realizar la plusvalía que en las mercancías se contiene. Pero, no lo lanza a la circulación como dinero desembolsado, como capital, sino como medio de compra para su consumo individual.

“No es, por tanto, dinero adelantado por ella, aunque constituye el punto de partida de su circulación”.

Marx toma, como ejemplo ilustrativo, a un determinado capitalista y, a continuación discurre sobre la producción de metales preciosos. Ella a este resultado:

“si una parte de los capitalistas retira constantemente de la circulación más dinero de que lanza a ella, la parte que produce oro incorpora a ella, en cambio, constantemente, más dinero del que toma de ella en medios de producción”<sup>12</sup>.

El hecho de que el oro se produzca en países extranjeros, a su juicio, en nada modifica lo que acaba de decir. Una parte de la fuerza social de trabajo y de los medios de producción sociales del país A es convertida en un producto-tela, supongamos, de un valor de 500 pesos, que es exportado al país B para comprar con él oro. El capital productivo empleado así en el país A no lanza al mercado de este país mercancías; pues es exactamente como si se lo empleara directamente en la producción de oro. Este producto de A aparece representado por 500 pesos oro y sólo entra como dinero en la circulación del país A.

Prosiguiendo el análisis, Marx parte ahora del supuesto de que se mantienen sin variación las mismas circunstancias, sin cambio en la

<sup>12</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, pp. 361-362.

duración, la intensidad y la productividad de la jornada de trabajo, pero que

**“cambia la distribución del producto de valor** entre el salario y la plusvalía, porque aumenta el primero y se reduce la segunda, o viceversa”. Comprueba “que esto no afecta para nada a la masa del dinero circulante”.

Es decir, esa modificación puede ocurrir sin que haya aumento ni disminución de la masa de dinero en circulación. Considera en particular el caso en que se reúnan las siguientes condiciones: 1) que el salario experimente un alza general y, en consecuencia que -en las condiciones indicadas- la rueda de la plusvalía experimente una baja igualmente general; que, en la hipótesis de que se parte, no sufra alteración alguna el valor de la masa de mercancías en circulación. En este caso aumentará indudablemente el capital-dinero que es necesario desembolsar como capital variable, en las mismas proporciones exactamente en que aumente la masa de dinero necesaria para llenar la función de capital variable,

“disminuirá la plusvalía y también, como es lógico, la masa de dinero necesaria para su realización”.

Según Marx, la suma de la masa de dinero necesario para la realización de valor de las mercancías no resulta afectada para nada por este cambio, como tampoco el valor del mismo de las mercancías. "

“El precio de costo de la mercancía aumenta para cada capitalista de por sí, pero su precio social de producción permanece intacto. Lo que se altera es la proporción en que, independientemente de la parte constante del valor, se divide el precio de la producción de las mercancías en salario y ganancias”<sup>13</sup>.

Se podría objetar que una mayor inversión de capital dinero variable significa una masa mayor de medios pecuniarios en manos de los obreros. Esto, a su vez, trae, como consecuencia, una mayor demanda de mercancías por ellos y un aumento de precio de las mismas. En uno y otro

<sup>13</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, p. 365.

caso, el aumento general de los salarios conduce a un alza de los precios de las mercancías. Por lo tanto, es menester una mayor masa de dinero para hacerlas circular. Marx responde a ambas objeciones. En cuanto a la primera, señala que el aumento de los salarios traerá como consecuencia una mayor demanda de artículos de primera necesidad; también aumentará, aunque en menor grado, la demanda de artículo de lujo o de artículos que antes no entraban en la órbita del consumo de los obreros. El repentino aumento de consumo de artículos de primera necesidad hará subir, de momento, sus precios. Y Marx agrega que, consiguientemente, una disminución de la plusvalía lleva a los capitalistas a disminuir sus demandas de artículos de lujo. Después de algunas oscilaciones la masa de las mercancías en circulación tiene el mismo valor que antes. Las oscilaciones momentáneas tendrán como único resultado

“lanzar a la circulación interior del país el capital-dinero ocioso que antes buscaba salida en operaciones bursátiles de especulación o en el extranjero”<sup>14</sup>.

Acerca de la segunda objeción, dice Marx: si dependiera de los productores capitalistas el subir a su antojo los precios de las mercancías lo harían sin necesidad de subir los salarios. Los salarios jamás aumentarían al bajar los precios de las mercancías. La clase capitalista nunca se opondría a los sindicatos, porque ella podría hacer a cada instante lo que actualmente hace en condiciones determinadas, particulares, locales, por así decirlo: aprovechar de todo aumento de salario para aumentar, en proporciones mucho más considerables, los precios de las mercancías y embolsar ganancias más elevadas.

Al acelerarse la rotación,

“circula también con mayor rapidez la parte del dinero que realiza la plusvalía”. “En cambio, una circulación más rápida del dinero no implica, a la inversa, necesariamente, una rotación más acelerada del capital y, por tanto, una rotación más rápida del dinero; es decir, no implica forzosamente un acortamiento y una renovación más rápida del proceso de reproducción”.

<sup>14</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 2, p. 365.

La circulación del dinero se acelera siempre que se efectúa con la misma masa de dinero una masa mayor de transacciones.

“Este fenómeno puede darse también con los mismos períodos de reproducción del capital, por efecto de ciertos cambios efectuados en la técnica de circulación del dinero”.

Además, es posible que, por ejemplo, con las llamadas operaciones de bolsa, etc., aumente la masa de las transacciones en que circula dinero sin expresar una circulación real de mercancías. También es posible que desaparezca completamente la circulación de dinero, por ejemplo, cuando el agricultor sea el mismo terrateniente no se efectuará la circulación de dinero que en otro caso media entre el terrateniente y el arrendatario; cuando el capitalista industrial sea el mismo propietario del capital, no habrá la acostumbrada circulación entre el capitalista y el financiero que le abre crédito.

El régimen de producción capitalista sólo puede desarrollarse con toda la amplitud y la profundidad deseadas si existe en el país una masa de dinero suficiente para la circulación y la constitución de un tesoro (fondo de reserva, etc.). “Esta premisa es histórica”, pero no se ha de interpretarla en el sentido de que es necesario primeramente una masa suficiente de dinero para que luego se desarrolle la producción capitalista.

“Ésta se desarrolla, en realidad, a la par con el desarrollo de sus condiciones, y una de ellas es la afluencia de metales preciosos en cantidad suficiente”.

Por eso, a partir del siglo XVI la afluencia cada vez mayor de metales preciosos constituye un momento esencial en la historia del desarrollo de la producción capitalista.

**II. Acumulación y reproducción ampliada.** Si la acumulación se efectúa en forma de reproducción en escala ampliada no se plantea ningún problema nuevo con respecto a la circulación del dinero. Ante todo, el capital-dinero adicional necesario para la función del capital productivo creciente es suministrado por la parte de la plusvalía realizada lanzada a la circulación por los capitalistas como capital-dinero, en vez de ser puesta

en circulación como forma-dinero de la renta. El dinero se halla ya en manos de los capitalistas. Lo único que difiere es su empleo. Como resultado del funcionamiento del capital productivo adicional, se pone en circulación, como producto suyo, una masa adicional de mercancías. con esta masa adicional de mercancías se lanza a la circulación, al mismo tiempo, una parte del dinero adicional necesario para su realización, siempre y cuando, concretamente, que el valor de esta masa de mercancías sea igual al valor del capital productivo consumido para producirla. Esta masa adicional de dinero se desembolsa precisamente como un capital-dinero adicional ya fluye, por tanto, a manos del capitalista mediante la rotación de su capital. Y aquí vuelve a presentarse el mismo problema que se planteaba más arriba: ¿de dónde sale el dinero adicional para realizar la plusvalía adicional existente ahora bajo forma de mercancías?

Y la respuesta general a esta pregunta es también la misma que se indicó más arriba. La suma de precios de la masa de mercancías circulante aumenta, no porque hayan subido los precios de una masa dada de mercancías, sino porque la masa de las mercancías que ahora se hallan en circulación sea compensada por una baja de los precios. El dinero adicional necesario para la circulación de esta masa mayor de mercancías de valor superior debe obtenerse de uno u otro de estos dos modos: o economizando y todavía más la masa de dinero circulante -bien mediante el mecanismo de la compensación de pagos, etc. bien empleando medios que aceleren la circulación de las mismas monedas, o poniendo en circulación una parte del dinero atesorado.

Cuando todos estos medios no basten, hay que recurrir a la producción adicional de oro o al cambio directo o indirecto por oro de una parte del producto adicional.

La suma total de la fuerza de trabajo y de los medios sociales de producción invertidos como medios de circulación en la producción anual de oro y plata representan una partida importante de los *faux frais* del régimen capitalista de producción, régimen basado en la producción de mercancías. Sustrae al empleo social una suma proporcional de posibles medios adicionales de producción y de consumo, es decir, una parte proporcional de la riqueza efectiva. En la medida en que partiendo de una

escala dada e invariable de la producción o de un determinado grado de extensión, se reducen los gastos de esta maquinaria tan cara de circulación, aumenta la fuerza productiva del trabajo social. Por consiguiente, en la medida en que los recursos que se van perfeccionando con el régimen de crédito surten este efecto, aumentan directamente la riqueza capitalista, entre otras razones porque se eleva la capacidad de funcionamiento de la masa de dinero que se halla realmente en funciones.

\* \* \*

Corresponde ahora estudiar el caso en que no se opera una ampliación directa de la escala de producción, sino en que una parte de la plusvalía realizada se acumula como fondo de reserva, para un tiempo más largo o más corto, para convertirse, luego, en capital productivo. La cosa es evidente cuando el dinero así acumulado sea dinero adicional. Este dinero sólo puede ser una parte del oro adicional que procede de los países productores de este metal. Debe tenerse presente que el producto nacional entregado a cambio de oro deja de existir dentro del país. Emigra al extranjero, en sustitución del oro que afluye a él. Si, por el contrario, es parte del supuesto de que sigue circulando en el país la misma masa de dinero que antes, esto quiere decir que el dinero acumulado y el que se acumula procede de la circulación y que lo único que cambia es su función. De dinero circulante se convierte en un capital dinero que va formándose gradualmente, en capital-dinero latente. El dinero que aquí se acumula es la forma-dinero de las mercancías vendidas, y concretamente de aquella parte de su valor que representa plusvalía para quien lo posee. Al decirlo parte Marx del supuesto de que no existe un sistema de crédito. El capitalista que acumula ese dinero ha vendido, en la parte correspondiente, sin comprar.

Este proceso aparece inexplicable si se lo enfoca parcialmente. Una parte de los capitalistas retiene una porción del dinero obtenido por la venta de su producto sin retirar por ello del mercado producto alguno. En cambio, otra parte convierte todo su dinero en producto, con excepción del capital-dinero, constantemente necesario para poder seguir explotando la producción. Una porción del producto que se lanza al mercado como portador de plusvalía está formado por medios de producción o por los elementos reales del capital variable, por artículos de primera necesidad.

Puede, por tanto, utilizarse directamente para ampliar la producción. Pues no se da por supuesto, en modo alguno, que una parte de los capitalistas acumulen capital-dinero mientras los demás consumen íntegramente su plusvalía, sino simplemente que una parte acumula en forma de dinero, forma capital dinero latente, mientras que los demás acumulan de un modo efectivo, es decir, amplían la escala de producción, agrandan realmente su capital productivo. La masa de dinero existente sigue siendo suficiente para cubrir las necesidades de la circulación aun cuando una parte de los capitalistas se dedique alternativamente a acumular dinero, mientras la parte restante amplía la escala de producción y viceversa. Además, la circulación de dinero en uno de los lados puede llevarse a cabo sin que medie dinero constante, por la simple acumulación de créditos. Pero la dificultad surge cuando se parte del supuesto, no de una acumulación parcial, sino de la acumulación general del capital-dinero entre la clase capitalista en su conjunto. Fuera de esta clase no existe, según el supuesto de que aquí se parte -régimen general y exclusivo de producción capitalista-, más clase que la obrera. Todo lo que la clase obrera compra equivale a la suma del capital variable desembolsado por la clase capitalista en su totalidad. Este dinero refluye a la clase capitalista por medio de la venta de sus productos a la clase obrera. De este modo, el capital variable por ella desembolsado recobra su primitiva forma-dinero.

Prescindiendo del caso en que la acumulación total sólo expresa la distribución de los metales preciosos adicionales importados, cualquiera que sea la proporción entre los distintos capitalistas individuales, ¿cómo se las arregla la clase capitalista en su conjunto para acumular dinero? Para ello, todos los capitalistas tendrían que vender una parte de su producto, sin volver a comprar. Nada tiene de misterioso el hecho de que todos ellos posean un determinado fondo de dinero, que emplean como medio de circulación para su consumo y una cierta parte del cual vuelve a recuperar cada uno de ellos de la circulación. Pero este fondo de dinero se hallará formado, entonces, precisamente como fondo de circulación, mediante la realización monetaria de la plusvalía, y en modo alguno como capital-dinero latente.

El capital-dinero acumulado para su empleo ulterior se halla integrado: 1) Por los depósitos bancarios; aquí sólo se acumula capital-dinero nominalmente, pues lo que realmente se acumula son créditos de

dinero, que son realizados monetariamente, porque la suma que se encuentra como dinero en poder del banco es siempre pequeña. 2) Por los títulos de la Deuda Pública, que no constituyen en modo alguno capital, sino que son simples créditos que dan derecho a una parte del producto anual de la nación. 3) Por acciones que son títulos posesorios sobre un capital efectivo perteneciente a una entidad colectiva, verdadero capital y derecho a percibir una parte de la plusvalía anual producida por él. En ninguno de estos tres casos existe acumulación de dinero, pues lo que por una parte aparece como acumulación de capital-dinero, aparece como acumulación de capital-dinero, aparece por la otra como una inversión de dinero constante y real. Para estos efectos, tanto da que el dinero sea invertido por aquel a quien pertenece o por otras personas deudoras suyas.

Es que dentro de la producción capitalista, el atesoramiento como tal no constituye nunca una finalidad, sino el resultado de una de tres cosas: 1) de un estancamiento de la circulación, cuando asume la forma de tesoro por la rotación; 2) de la formación de un capital-dinero, que por el momento presenta forma latente, pero que está destinado a funcionar como capital productivo. Cuando, por un lado, se retira de la circulación una parte de la plusvalía realizada en dinero, para acumularla como tesoro, al mismo tiempo, de otro lado, se convierte constantemente en capital productivo otra parte de la plusvalía. Si se exceptúa la distribución de los metales preciosos adicionales en el seno de la clase capitalista, la acumulación en forma de dinero no se opera nunca simultáneamente en todos los puntos.

Con la parte del producto anual que representa plusvalía en forma de mercancías ocurre exactamente lo mismo que con la parte restante del producto anual. Su circulación presupone la existencia de una cierta suma de dinero. Esta suma de dinero pertenece a la clase capitalista, al igual que la masa de mercancías anualmente producida que representa plusvalía. Originariamente, es la propia clase capitalista la que la pone en circulación. Y por medio de la circulación, se distribuye constantemente entre los capitalistas. Lo mismo que ocurre con la circulación monetaria en general, una parte de esta masa se estanca constantemente en diversos puntos, variables, mientras que la parte restante circula continuamente. El hecho de que una parte de esta acumulación sea deliberada, con la intención de formar capital dinero, no cambia los términos del problema.

LEÓN DUJOVNE

### Sección tercera

#### La reproducción y circulación del capital social en conjunto

Los ciclos de los capitales individuales se entrelazan unos con otros, se presuponen y condicionan mutuamente. Este entrelazamiento forma la dinámica del capital social en conjunto. Por eso corresponde ahora estudiar el proceso de circulación -que es la forma, en su conjunto, del proceso de reproducción- de los capitales individuales considerados como partes integrantes del capital global de la sociedad, y por consiguiente, el proceso de circulación de este capital social.

En cuanto a la función del capital-dinero, la producción capitalista de mercancías presupone este capital como **primer motor** de todo negocio nuevo que comienza y como motor constante. El capital circulante en especial presupone como motor la aparición continuamente repetida y en cortos plazos del capital-dinero. Todo el valor-capital desembolsado, es decir, todos los elementos del capital consistentes en mercancías, la fuerza de trabajo, los medios de trabajo y las materias de producción han de comprarse sin interrupción con dinero. Esto también se aplica al capital social que es la suma de muchos capitales individuales. Sin embargo, de aquí no se deduce que el campo de acción del capital, la escala de la producción, dependa en términos **absolutos**, ni siquiera sobre bases capitalistas, del volumen del capital-dinero en funciones.

Al capital se incorporan elementos de producción cuya extensión es, dentro de ciertos límites, independiente de la magnitud del capital-dinero desembolsado. Con la misma retribución, la fuerza de trabajo puede ser explotada más extensiva o intensivamente, pero si esta mayor explotación aumenta el capital-dinero, es decir, eleva el salario, no lo aumentará proporcionalmente, esto es, *pro tanto*.

Las materias naturales explotadas productivamente no son un elemento de valor del capital; la tierra, el mar, los minerales, los bosques, etc., pueden explotarse en mayor proporción, intensiva o extensivamente, haciendo que el mismo número de obreros trabaje más, sin aumentar por ello el desembolso de capital-dinero. De este modo, sin necesidad de un desembolso adicional de capital-dinero, aumentan los elementos reales

del capital productivo. En los casos en que el desembolso adicional es necesario para la adquisición de nuevas materias auxiliares, el capital-dinero en que se desembolsa el valor-capital no aumentará proporcionalmente, es decir, *pro tanto*, en relación con el aumento de la eficacia del capital productivo. Los mismos medios de trabajo y, consiguientemente, el mismo capital fijo pueden emplearse con mayor eficacia, ya sea prolongando el tiempo diario durante el cual se usan o dándoles un empleo más intensivo, sin necesidad de una inversión adicional de dinero en concepto de capital fijo. En estos casos, la rotación del capital fijo se operará más rápidamente y se movilizarán también con mayor rapidez los elementos de su reproducción. Aun prescindiendo de las materias naturales, puede ocurrir que se incorporen también al proceso de producción, como agentes, con mayor o menor eficacia, fuerzas naturales que no cuestan nada. El grado de eficacia de estos agentes dependerá de los métodos y progresos de la ciencia, que no suponen ningún desembolso para el capitalista. Otro tanto acontece con la combinación social de la fuerza de trabajo en el proceso de producción y con la pericia acumulada de los obreros individuales.

Es cierto que la potenciación de las fuerzas productivas del trabajo, cuando no supone una inversión adicional de valores de capital, sólo acrecienta primordialmente la masa del producto, no su valor. Pero crea, al mismo tiempo, nueva materia de capital y con ella la base para incrementar la acumulación de éste.

La organización del mismo trabajo social, y por tanto el aumento de la fuerza productiva social del trabajo, exige que se produzca en mayor escala, y, por consiguiente, que los capitalistas desembolsen capital-dinero en grandes masas. En la medida en que esto se hace necesario, ello se consigue, en parte, mediante la centralización de los capitales en pocas manos, sin necesidad de que aumente en términos absolutos el volumen de los capitales en funciones ni, por tanto, el volumen del capital-dinero. Así se logra que la magnitud de los capitales individuales pueda aumentar, sin que su suma social aumente. Lo único que cambia es la división de los distintos capitales. Finalmente acortando el período de rotación, cabe poner en movimiento el mismo capital productivo con menos capital dinero o poner en acción con el mismo capital-dinero un capital productivo mayor. Todo esto, no guarda la menor relación con el

verdadero problema del capital-dinero. Indica únicamente que el capital productivo -una suma determinada de valor, compuesta en su forma libre, en su forma de valor, por una cierta suma de dinero-, después de convertirse en capital productivo, encierra potencias productivas cuyos límites no se contienen dentro de los límites de su valor, sino que pueden, hasta cierto punto, actuar con efectos diversos, ya sea intensiva o extensivamente. Partiendo de los precios de los elementos de producción -medios de producción y fuerza de trabajo-, se puede establecer la magnitud del capital-dinero necesario para comprar una determinada cantidad de estos elementos de producción disponibles como mercancías. Es decir, se puede establecer la magnitud de valor del capital que ha de desembolsarse. Pero, siempre es elástico y variable el volumen en que este capital funciona como fuerza creadora de valor y de productos.

Es evidente que la parte del trabajo social y de los medios sociales de producción que ha de invertirse anualmente en producir o comprar oro, para reponer las monedas desgastadas, viene a mermar *pro tanto* en la misma medida el volumen de la producción social. Pero, el valor-dinero, que funciona en parte como medio de circulación y en parte como tesoro, existe como algo adquirido al lado de la fuerza de trabajo, de los medios de producción producidos y de las fuentes naturales de la riqueza, y no puede ser considerado como límite de estos. Al convertirse en medios de producción, por el cambio con otros pueblos, podría aumentar la escala de la producción. Pero esto presupone que el dinero siga desempeñando igual que antes su papel de dinero universal.

La observación del producto-mercancías que la sociedad crea al cabo del año, permite conocer cómo se desarrolla el proceso de reproducción del capital social, qué caracteres distinguen a este proceso de reproducción del proceso de reproducción de un capital individual y qué caracteres son comunes a uno y otro. El producto anual incluye tanto las partes del producto social que reponen el capital, es decir, la reproducción social, como las partes que corresponden al fondo de consumo de los obreros y los capitalistas y, por consiguiente, el consumo productivo y el consumo individual al mismo tiempo. Abarca conjuntamente la reproducción (es decir, el sostenimiento) de la clase capitalista y de la clase obrera y también, por tanto, la reproducción del carácter capitalista de todo el proceso de reproducción.

Cuando se trata de analizar el valor del producto de cada capital de por sí, se puede partir del **supuesto** de que cada capitalista sólo ha de convertir en dinero las partes integrantes de su capital mediante la venta de su producto-mercancías, para volver luego a transformarlo en capital productivo, invirtiendo de nuevo aquel dinero en los elementos de producción que se le ofrecen en el mercado de mercancías. Ahora ya no es posible partir del mismo supuesto. El problema, tal como se plantea directamente, es éste: ¿cómo se repone a base del producto anual el valor del capital absorbido por la producción y cómo se entrelaza el movimiento de esta reposición con el consumo de la plusvalía por los capitalistas y el del salario por los obreros? Se trata, por tanto, en primer lugar, de la reproducción simple. Además, se parte de la premisa, no sólo de que los productos se cambian con arreglo a su valor, sino también de que no se opera ninguna transformación de valor en cuanto a las partes integrantes del capital productivo. En la medida en que los precios difieren de los valores, esta circunstancia no puede influir para nada en el movimiento del capital social. Seguirán combinándose, en conjunto, las mismas masas de productos, aunque los distintos capitalistas se hallen ahora interesados en ellas en cantidades de valor que no sean ya proporcionales a sus respectivos desembolsos y a la masa de plusvalía producida por cada uno de ellos en particular. Las transformaciones del valor no alteran en lo más mínimo las proporciones entre las partes integrantes del valor del producto anual en su conjunto, siempre que se distribuyan de un modo general y uniforme, representarán perturbaciones que, en primer lugar, sólo podrán comprenderse, como tales, siempre que se considere como **divergencias** de las proporciones de valor que permanecen iguales. En segundo lugar, una vez establecida la ley según la cual una parte del valor del producto anual repone el capital constante y otra el capital variable, cualquier transformación que afecte al valor del capital constante o al del capital variable, no alterará para nada esta ley. Sólo alterará la magnitud relativa de las partes de valor que funcionan como capital de una u otra clase, puesto que los valores primitivos serán sustituidos por otros nuevos.

En el examen de la producción de valor y el valor del producto-mercancía individualmente considerado, la forma natural del producto-mercancía es de todo punto indiferente: tanto da que se trate, por ejemplo, de máquinas, de trigo, o de espejos. Lo que interesa es el proceso

inmediato de producción, que se revela en cada uno de sus puntos como proceso de un capital individual. Desde el punto de vista de la reproducción del capital, basta con partir del supuesto de que, dentro de la esfera de circulación, la parte del producto-mercancía que representa valor-capital encontraría los medios necesarios para volver a convertirse en sus elementos de producción y, por tanto, para recobrar su forma de capital productivo; del mismo modo que basta partir de la premisa de que el capitalista y obrero encontrarían en el mercado, dispuestos para ser utilizadas, las mercancías en que invertir su plusvalía y sus salarios, respectivamente. Pero este método puramente formal de exposición no basta ya cuando se trata de estudiar el capital social en su conjunto y el valor de su producto. La reversión de una parte del valor del producto a capital y la incorporación de otra parte al consumo individual de la clase obrera constituyen un movimiento que se efectúa dentro del mismo valor del producto en que se traduce el capital global; y este movimiento no es solamente reposición de valor, sino también reposición de materia, por cuya razón se halla condicionada tanto por la relación mutua entre las partes integrantes del valor del producto social como por su valor de uso, por su forma material.

\* \* \*

El producto global, y por tanto la producción total de la sociedad, se divide en dos grandes sectores: **Medios de producción y medios de consumo**. Asentado esto, Marx, apoyado en cifras y cálculos, estudia detalladamente la circulación del conjunto del capital social tanto en la reproducción simple como en la acumulación. Se trata de una parte en extremo ardua, y discutida, de *El Capital*. El manuscrito que dedicado a este tema incluyó Engels en la sección tercera del segundo libro de *El Capital* figuraba entre los que más requerían una cuidadosa revisión que diera al texto un carácter distinto del de meras anotaciones de ideas para su autor, a la espera de una redacción definitiva. Engels mismo señala, en el prólogo a la edición del segundo libro de *El Capital* que Marx, consideraba “la sección tercera, la reproducción y circulación del capital social, apremiantemente necesitada de una nueva elaboración”.

En el texto como se ha publicado se advierte que Marx tropezó con dificultades que no tuvo tiempo de encarar y resolver. Rosa Luxemburgo, en su libro *La acumulación del capital*, declara: “entre los servicios

imperecederos prestados por Marx a la economía política figura su modo de plantear el problema de la reproducción del capital social en conjunto”. Pero, ella misma señala que en *El Capital* “no se halla la solución del importante problema de la acumulación capitalista”<sup>1</sup>. Para Rosa Luxemburgo, aunque Marx planteó ciertas cuestiones relacionadas con la acumulación del capital “con toda precisión”, se equivocó al intentar resolverlas. En otros casos, “al plantear la cuestión ha estado equivocado desde el principio”. La misma autora ensayó resolver, en el libro nombrado más arriba, el problema que Marx no alcanzó a estudiar plenamente. Por nuestra parte, hemos resumido o transcrito unas páginas de Marx para poner de manifiesto su enfoque del asunto. Pensamos que podemos prescindir de todo intento de resumir el resto de su examen del tema a que nos estamos refiriendo. Al propio tiempo, sin embargo, nos parece que puede interesar al lector el conocimiento de cómo, en su exposición del pensamiento de Marx, encara este problema M. Bober, en su libro *Karl Mar's Interpretation of History*. El estado espacio que Bober dedica al tema de la “acumulación” nada tiene de extraño. En general los expositores de Marx sólo se atienen al primer libro de *El Capital* y dedican relativamente poca atención a los otros dos, editados, como lo dijimos, por Engels. Marx, según ya tuvimos ocasión de verlo, se ocupa de la “acumulación” en el primero de los libros de *El Capital* en la forma que ya expusimos. Pero también se ocupa del mismo asunto en los otros dos, que dejó en borradores de redacción inconclusa, sobre todo en el segundo, la que Rosa Luxemburgo declara que Marx se equivocó “desde el principio” al plantear la cuestión de la acumulación del capital. M. M. Bober dedica al tema de la “acumulación” tres páginas, para exponer las ideas de Marx, a la vez que para dirigirles algunas observaciones críticas.

“La plusvalía representa lo que pertenece al obrero, pero que él no obtiene. De la plusvalía proviene todo ingreso que no sea del obrero y todo gasto no hecho por el trabajo. Interés, renta y ganancia, las cobranzas del comerciante y el banquero y todo el trabajo alquilado por ellos, el ingreso del médico, o el actor, o el juez, el policía o el soldado y los gastos en escuelas, parques y

<sup>1</sup> Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, Buenos Aires, Editorial Tilcara, 1963, p. 139.

buques de guerra provienen todos de la plusvalía. Es evidente que en cuanto los trabajadores obtienen libremente educación, asistencia médica, pensiones a la vejez y servicios de bibliotecas, caminos y canchas de juego, obtienen la restitución de una parte de la plusvalía; así, no toda la plusvalía es robo. Marx no se detiene en esta idea. Enseña que bajo el comunismo las deducciones se hacen del producto del trabajo con los propósitos siguientes: conservación del capital, capital para la expansión de la producción, reservas de seguro contra accidentes, costos generales de administración", las necesidades comunes, como escuelas y salud y la ayuda a los inhabilitados para el trabajo. Naturalmente Marx diría que todas estas deducciones son, en una sociedad comunista, exclusivamente para beneficio de las masas laboriosas; pero, al condenar toda plusvalía como tributo proletario para el uso de los medios de producción, ignora, si no niega, que bajo el capitalismo por lo menos una parte de la plusvalía retorna en beneficio del obrero”.

“La plusvalía es la matriz del fenómeno clave, la acumulación del capital. Marx establece una distinción entre reproducción simple, o reproducción en la misma escala, de un lado, y, del otro, reproducción ampliada, reproducción en una escala aumentada, o acumulación. Reproducción simple significa que no se hace ninguna inversión más allá de la reposición del capital gastado. No hay extensión del capital o la producción: en términos más recientes, no hay ni una profundización ni un ensanchamiento de la estructura del capital. ¿El reemplazo deriva de la plusvalía, o la plusvalía emerge **después** de que se ha atendido a la reposición? La respuesta depende de la página que uno lee. En algunos pasajes afirma Marx que un burgués puede acumular capital por su propio trabajo, pero con el tiempo el capital es usado y reemplazado con fondos de la plusvalía. Eso hace de todo capital un derivado de la plusvalía, principio que Marx expresa más de una vez. Pero, más frecuentemente, y correctamente, indica, con ejemplos numéricos y afirmaciones generales, que la plusvalía solamente aparece después de la deducción para la reproducción. Esta última afirmación encuadra con la fórmula del valor dada antes: el valor =  $c+v+p$ , en la que  $c$  representa la reposición.

“Más común que la reproducción simple es la acumulación. El capitalista consume una parte de la plusvalía y una parte es acumulada, gastada en capital adicional, es decir, en capital variable adicional y en capital constante adicional. El gasto en capital constante es propiamente inversión. Así, la progresiva construcción de instrumentos para la explotación del trabajo tiene como fundamento trabajo no pagado; el obrero forja sus propias cadenas. Marx sabe de la teoría de la abstinencia ahorrativa, pero con desdén descarta esta **muestra sin par... de los descubrimientos de la economía vulgar**”.

“La acumulación presenta dos fases. Una **fase especial** representa el amontonamiento de capital de la misma cualidad, que requiere un número proporcionalmente mayor de obreros para ponerlo en movimiento a medida que crece en cantidad. Las inversiones en capital constante y en capital variable marchan juntas y la composición orgánica permanece sin modificaciones”.

“Pero el capitalismo es dinámico y esta fase estacionaria escasamente se halla ejemplificada en la realidad. La división del trabajo se torna más compleja, se descubren empleos más prácticos y rendidores de las fuerzas de la naturaleza y se adoptan maquinarias y procesos superiores. El trabajo se vuelve más productivo, y el mismo número de trabajadores transformará más materiales y maquinaria que antes en mercancías. La composición orgánica del capital en una planta típica se eleva; es decir,  $c : v$  es mayor. Esta es la ley de Marx del **incremento progresivo del capital constante en relación al variable**. Ciertamente mientras la parte variable desciende relativamente con respecto a la constante, aumenta en términos absolutos. Para emplear el ejemplo de Marx, un Capital de 6.000 libras esterlinas puede tener una composición 50:50. Cuando aumenta a 18.000 libras, la composición puede cambiar 80:20 a 14.400:3.600. El capital variable ha bajado relativamente, pero ha crecido absolutamente de 3.000 a 3.600”.

“Marx da dos razones a favor de la acumulación. En primer lugar habla de **amor de poder, del deseo de volverse rico**, de la **sórdida avaricia** y de la **pasión de la acumulación ¡Acumular, acumular!**

**Esto es Moisés y los profetas.** Pedir al capitalista que consuma más es entender mal al capitalista y al capitalismo. **El capitalismo es destruido en su misma base** si suponemos que su motivo es el disfrute, y no la acumulación. De esto no se ha de inferir que el capitalista es únicamente abstemio. El lujo y la prodigalidad crecen sin restricción, pero se dejan para la acumulación montos siempre crecientes”.

“Segundo, la inmediata razón compulsiva para la acumulación se encuentra en la competencia. En la lucha por mercados y ganancias el arma mejor es bajar el coste de las mercancías, y esto implica mayor productividad del trabajo, o una proporción más elevada del capital constante con relación al capital variable. Consiguientemente, hay incesante presión para un ensanchamiento de la escala de la instalación de maquinaria en la busca de las que ahora se llamarían economías internas y para la introducción de perfeccionamientos. El innovador puede vender por debajo del precio prevaleciente, o **valor social**, y, a la vez, apoderarse del negocio de sus rivales y obtener mayores ganancias”.

“Esto sólo lo puede disfrutar temporariamente, porque entre tanto sus rivales se ven forzados a emplear los métodos nuevos, si han de sobrevivir. Entonces desciende el precio de venta de todos los productos en el mercado, constituyendo un nuevo punto de partida para ulteriores rivalidades y adelantos. Ésta -dice Marx en su *Salario, trabajo y capital*- es la ley que continuamente empuja a la producción burguesa fuera de su huella vieja y compele al capital a intensificar las fuerzas productivas del trabajo. El capitalista, ya sea que inicie un adelanto o que lo siga, comprende que es indispensablemente necesario un fondo de capital dinero acumulado. Es obvio que esta segunda razón es básicamente una nueva instrumentación de la primera razón. El capitalista reconoce la necesidad de la acumulación si ha de permanecer en el campo de la competencia; la ganancia es la fuente exclusiva de la acumulación”<sup>2</sup>.

\* \* \*

<sup>2</sup> M.M. **Bober**, *Karl Marx's Interpretation of History*, pp. 199-203.

Lo que hemos reproducido de Bober sobre el tema de la “acumulación” tal como aparece tratado en el conjunto de *El Capital*, y no solamente en su libro segundo, no ayuda mucho a formarse una noción clara de lo que a su respecto pensaba Marx. Sus ideas en este punto, conforme lo señalamos, han merecido serias objeciones por parte de Rosa Luxemburgo. Por eso, ella ha ofrecido para el problema de la acumulación del capital una solución que, a su juicio, habría de reemplazar a la que Marx no alcanzó a elaborar. Mas, lo que interesa aquí no es una teoría de Rosa Luxemburgo, sino la explicación de Marx de la “acumulación del capital”. La interpretación de esta explicación no es fácil, probablemente por deficiencias del texto en que la expuso. Por ello nos parece útil presentar, ahora, al lector las opiniones de dos autores que no pretenden suplir la deficiencia que Rosa Luxemburgo señala al texto de Marx, sino explicar lo que Marx ha dicho. Estos autores son Maximilien Rubel y Henri Bartoli.

Rubel encara las opiniones de Marx teniendo en cuenta sus antecedentes históricos según el propio Marx los reconoce<sup>3</sup>. Comienza señalando que la dicotomía social burguesía-proletariado era para Marx un postulado metodológico. Merced a él se esforzó por expresar una tendencia, una orientación del movimiento de la sociedad capitalista más que una perceptible realidad concreta. En busca de una expresión teóricamente valedera de la realidad, hubo de imaginar un capitalismo “en estado puro” y funcionando idealmente. Esta imagen ficticia la desglosó Marx de las suposiciones conceptuales de los economistas clásicos y de sus epígonos. Al compararla con ciertos datos del funcionamiento real de la economía capitalista llegaba a formular la que llamó “ley natural” o “ley económica del movimiento de la sociedad moderna”, según lo expresa en el primer tomo de *El Capital*.

Para su construcción esquemática del funcionamiento del proceso de producción capitalista Marx se inspiró en el *Cuadro Económico* de Quesnay, al que calificó como “idea genial”. Era a su juicio la primera tentativa de exposición del proceso de conjunto de la producción del capital como proceso de reproducción. En dicho **cuadro** la circulación de las mercancías solamente era considerada como la forma de este proceso.

<sup>3</sup> M. Rubel, *Karl Marx, Essai de Biographie Intellectuelle*, pp. 378-384.

El *Cuadro* de Quesnay era una ilustración gráfica de las tesis fisiocráticas sobre la producción y la circulación de la riqueza nacional de un país esencialmente agrícola. Se trataba de mostrar cómo el producto total de un año circulaba entre las clases de un país, de manera de permitir la reproducción anual. Rubel observa que a Marx le impresionó el método de investigación que había permitido a Quesnay expresar abstractamente, por medio de algunas hipótesis hábilmente elegidas, el mecanismo de un sistema de producción muy complejo. En efecto, en el segundo libro de *El Capital*, Marx expresa que el sistema fisiocrático era “la primera concepción sistemática de la producción capitalista”, aunque Quesnay y sus discípulos creían que se trataba de la economía feudal. Declara:

“El representante del capitalismo industrial -la clase de los granjeros- dirige todo el movimiento económico. La agricultura se practica según métodos capitalistas, como empresa del granjero capitalista en gran escala; el labriego inmediato del suelo es el trabajador asalariado. La producción lo es no solamente de objetos de uso, sino también de su propio valor; su motor es, sin embargo, la busca de plusvalía, que surge en la esfera de la producción y no en la circulación. Entre las tres clases que figuran como representantes del proceso social de reproducción mediatizado por la circulación, el explotador inmediato del trabajo ‘productivo’, el productor de la plusvalía -el granjero capitalista- se distingue netamente de aquellos que sólo se apropian de la plusvalía”.

También observa Rubel que Marx en la crítica de los fisiócratas señala constantemente el error fundamental de su teoría: en ella se deja completamente de lado la relación de clases en el interior mismo de la agricultura y de la industria. Este error podía parecer particularmente extraño porque los fisiócratas habían comprendido que la plusvalía era el producto del trabajo de los asalariados. Para Marx, el gran mérito de los fisiócratas era el haber concebido los diversos elementos del proceso de trabajo como “formas fisiológicas de la sociedad” que fluyen necesariamente de las condiciones de la producción, independientemente de la voluntad, de la política, etc. En su historia de las teorías de la plusvalía observa Marx que el error de los fisiócratas consistió en considerar la ley material de una época histórica de la sociedad como una ley abstracta, que domina indiferentemente todas las formaciones sociales.

Al establecer sus propios esquemas del proceso de producción capitalista, Marx, conforme lo declara en la historia de las teorías de la plusvalía, tomó como modelo el método de los “padres de la economía política moderna”, partiendo de la tesis fundamental formulada por los fisiócratas. En efecto, estos habían postulado que la fuente de la plusvalía reside solamente en la esfera de la producción y que sólo el trabajo productor de plusvalía es un trabajo productivo. Sin embargo, en vez de la producción agrícola, los esquemas de Marx, por una parte se atienen únicamente a la industria (de los medios de producción y de los medios de consumo); d otra parte, sólo consideran como trabajo productivo la actividad de los obreros industriales.

Rubel observa textualmente:

“De los dos esquemas trazados por Marx, el de la reproducción simple es el más desarrollado, mientras que el esquema de la reproducción ampliada está presentado de manera mucho más sumaria, sin que haya motivo para suponer que se trate de un análisis incompleto”.

Rubel señala que Rosa Luxemburgo, si bien ha reconocido que la reproducción simple constituye el fundamento de la reproducción ampliada, ella estimaba que era insuficiente el esquema que presentaba Marx de esta última, debido a que no había concluido los manuscritos que forman el segundo libro de *El Capital*. En cierto modo objetando a Rosa Luxemburgo, Rubel hace notar que el tema de la reproducción ampliada ocupa en el primer libro de *El Capital* un lugar considerable y agrega que en el segundo libro Marx se proponía un objetivo fundamental diferente: presentar, a la manera del *Cuadro* de Quesnay, un esquema **abstracto** del funcionamiento del sistema capitalista, partiendo de suposiciones puramente imaginarias, tales como la dicotomía social y la composición orgánica permanente e inmutable del capital. Marx reconoce, insiste con otra observación Rubel, el carácter ficticio del primer esquema, el de la reproducción simple, cuando dice:

“La reproducción simple en una escala fija aparece como una abstracción en la medida en que, de una parte, sobre la base capitalista, la ausencia de toda acumulación de toda reproducción

en una escala ampliada es una hipótesis extraña y en que, de otra parte, las condiciones de producción no permanecen absolutamente idénticas de un año a otro (como nosotros lo suponemos)”.

El segundo esquema, dice Rubel, se distingue del primero por el abandono de la ficción fundamental de una economía en la que la plusvalía es enteramente consumida por la clase capitalista. El rasgo común, según Rubel, de los dos esquemas, es la hipótesis de la división de la sociedad en dos clases, disponiendo la clase asalariada solamente de su fuerza de trabajo y teniendo la clase capitalista el monopolio del dinero y de los medios de producción.

“Según el esquema de la reproducción simple, la condición del equilibrio económico es llenada en tanto que, de una parte los capitalistas encuentran en el mercado, en el curso del año, medios de producción de un valor idéntico a los del año precedente y que, de otra parte, obreros y capitalistas encuentren en el mercado objetos de consumo de un valor igual al poder total de compra de las dos clases”.

Marx mantiene en su esquema de la reproducción ampliada la ficción fundamental del esquema de la reproducción simple, es decir, la proporcionalidad estricta de los diversos elementos de la producción en las dos grandes categorías: industrias que producen medios de producción e industrias que producen los objetos destinados al consumo definitivo. Pero mientras que en el esquema de la reproducción simple la totalidad de la plusvalía de las dos secciones industriales es supuesta como gastada en consumo personal -lo que evidentemente es una suposición enteramente ficticia-, el esquema de la reproducción ampliada se aproxima a la realidad del sistema capitalista en un punto fundamental: una parte de la plusvalía figura en él como estando destinada a la ampliación de la producción, dicho de otro modo, al acrecentamiento del consumo productivo, a costa del consumo improductivo de los capitalistas.

Lo que a Marx le importaba al establecer el esquema de la reproducción ampliada, era indicar las condiciones exactas en las cuales la acumulación capitalista podía proseguir indefinidamente y sin

tropiezos; era dar, en cierto modo, la imagen de la perennidad de un capitalismo puramente ficticio, que funciona en las circunstancias ideales de un equilibrio perfecto y siempre renovado.

Rubel se pregunta qué se proponía Marx al presentar esta esquematización del proceso de producción capitalista. A su juicio la respuesta no ofrece lugar a dudas para quien esté familiarizado con los principios metodológicos observados por Marx en su obra principal: los esquemas ficticios de la reproducción capitalista solamente son para él construcciones auxiliares, apoyos metodológicos de una **sociología de las crisis** capitalistas. En efecto, los esquemas de Marx están contruidos con la ayuda de un postulado puramente arbitrario que contradice de manera flagrante, pero deliberada, a una de las leyes fundamentales del modo de producción capitalista, a la que llama “ley de modificación creciente de la composición orgánica del capital”. Según esta ley, de la que fluye la “ley de la baja tendencia de la cuota de ganancia”, expresión, en el tercer libro de *El Capital*, del desarrollo progresivo de la productividad del trabajo, en la evolución capitalista hay una disminución relativa del capital variable con respecto al capital constante, y con relación al capital constante puesto en movimiento.

“Esto significa simplemente -dice Marx en el primer tomo de *El Capital*- que el mismo número de obreros, la misma cantidad de fuerza de trabajo, vueltos disponibles para un capital variable de valor dado, y, por consiguiente, métodos de producción particular que se desarrollan en la producción capitalista, ponen en movimiento, utilizan y consumen productivamente en el mismo lapso una masa sin cesar más considerable de medios de trabajo, de maquinaria y de capital fijo de todas especies, de materias primas y auxiliares y, por consiguiente, un capital constante cada vez de mayor importancia. Esta progresiva disminución relativa del capital total es idéntica con la composición orgánica cada vez más elevada del capital social medio”.

Indica Rubel que los esquemas de la reproducción suponen una inalterada productividad del trabajo, dicho de otro modo, una relación fija entre el valor del capital constante y el valor del capital variable. Todo ocurre, por consiguiente, como si la producción encontrara, en cada

período de actividad industrial, a la vez los capitales y los instrumentos técnicos adicionales necesarios para su ensanchamiento y los obreros adicionales que este ensanchamiento de la producción reclama imperiosamente. Dicho en otros términos, los esquemas de Marx corresponden a la ficción implícitamente contenida en la teoría ricardiana y posricardiana, de acuerdo a la cual el modo de producción capitalista se desarrollaría según un plan perfectamente establecido, teniéndose en cuenta la necesidad de satisfacer las diversas urgencias sociales. Marx, en su historia de las teorías de la plusvalía, observa:

“Esta ficción solamente se explica por la incapacidad de concebir la forma específica de la producción burguesa; entre tanto esta incapacidad se explica si se considera obstinadamente la producción burguesa como la única posible”.

Rubel observa que Marx en su esquema de la reproducción ampliada opera con magnitudes numéricas que, ciertamente, elige de manera arbitraria, pero cuyos valores absolutos se encuentran en una relación determinada, calculada con rigor matemático. El capital constante del grupo I, el de los medios de producción, se encuentra con respecto al capital variable del mismo grupo en una relación de cinco a uno; el capital constante del grupo II, el de los objetos de consumo, es igual al capital variable adicionado a la plusvalía acumulada del grupo I. En los dos grupos la composición orgánica del capital es la misma, la cuota de la plusvalía y la fracción de la plusvalía acumulada no sufre ningún cambio en el proceso. En este punto señala Rubel que el esquema numérico de Marx se puede transformar en un esquema matemático, designando con letras los dos capitales constantes. Ruber recuerda que L. Sartre estableció un esquema más general, que muestra que el resultado teórico no cambia en nada si se da a la composición orgánica, a la cuota de la plusvalía y a la fracción de acumulación valores distintos de los valores que les asignó Marx.

Para Rubel todas las suposiciones ficticias del segundo esquema tienden manifiestamente a mostrar en cuáles condiciones hipotéticas el proceso de acumulación del capital podría desarrollarse sin perturbación y de manera continua. A ojos de su autor no tiene otra significación, y cabe, a partir del carácter **irreal** del esquema de la reproducción ampliada de Marx, llegar a formular su teoría de la crisis.

También piensa Rubel que el desconocimiento de la intención metodológica que preside al esquema de Marx está en el origen de una anormal literatura crítica y apologética en el seno mismo de las diversas corrientes marxistas. Recuerda a este respecto una serie de libros que se han escrito sobre el tema al cual nos estamos refiriendo.

Por nuestra parte, conforme lo dijimos, para que el texto, no fácilmente comprensible, sobre la acumulación, en el segundo libro de *El Capital*, se complete para el lector con interpretaciones y explicaciones útiles, para terminar con este tema reproduciremos lo que sobre él expone Henri Bartoli.

Bartoli trata este asunto bajo el título de *Los esquemas de la reproducción*<sup>4</sup>. La sociedad, dice, exponiendo a Marx, siempre debe consumir. También debe siempre producir. Para Marx, conforme lo declara textualmente, “todo proceso de producción social es entonces al mismo tiempo proceso de reproducción”. La plusvalía es fondo de consumo y fondo de acumulación. “Según que se consuma totalmente o no, estamos en presencia de una economía de reproducción simple o de reproducción ampliada”. Dicho esto Bartoli se ocupa primeramente de “la reproducción simple”. La economía de reproducción simple es un circuito económico sin crecimiento. Se plantean entonces dos problemas: de dónde procede el dinero y cuáles son las condiciones de equilibrio interno del sistema. Para esto expone Bartoli una primera hipótesis que es ésta: el producto social anual se compone de bienes que reemplazan al capital gastado en bienes que entran en el fondo de consumo de los asalariados y de los capitalistas. Por eso la economía nacional se encuentra dividida en dos secciones.

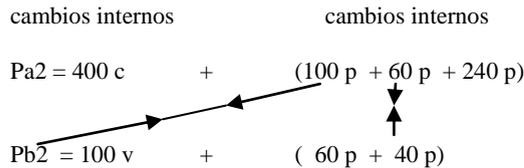
Supongamos, dice Bartoli, exponiendo a Marx, que la composición orgánica de los capitales comprometidos es, respectivamente, de 4.000 c más 1.000 v en la sección I (bienes de producción) y de 2.000 c más 500 v en la sección II (bienes de consumo). Supongamos también que la cuota efectiva de plusvalía es de cien por ciento en cada una de ellas. Admitamos igualmente que el desgaste del capital fijo no exige

<sup>4</sup> Henri Bartoli, *La doctrine sociale et économique de Karl Marx*, Paris, Éditions du Seuil, 1950, pp. 223-229.



Los cambios internos de la sección I no plantean ningún problema particular, pero no ocurre lo mismo con los de la sección II. Los asalariados de la sección II compran de los capitalistas de su sección una parte de su propio producto. Todo ocurre como si se les hubiera pagado en simples “signos valor”. Los capitalistas de la sección se compran y se venden recíprocamente bienes de consumo necesarios, y también bienes de lujo, de manera que el capital empleado en la sección II se divide en dos fracciones. Llamamos, dice Bartoli,  $Ca_2$  y  $Cv_2a$  los capitales respectivamente afectados a la producción de bienes de primera necesidad y de bienes de lujo y los suponemos compuestos, el primero, de 4000 v y 4000 p, y, el segundo, de 100 v y 100 p.

Los obreros de la sub-sección IIa conservan el equivalente de los 100 p de la sección IIa. Quedan 300 p de IIa y 100 p de II v. Los capitalistas de IIa emplean una fracción de la plusvalía de la que se benefician al comprar medios de subsistencia, por ejemplo, los  $\frac{3}{5}$ , y afectan la fracción restante a la compra de bienes de lujo. Esto permite a los capitalistas de IIv comprar los bienes de subsistencia que les son necesarios y apartar un excedente de bienes de lujo que consumen, como se muestra en el cuadro siguiente:



Para que tales cambios y tal equilibrio sean posibles es menester que el capital variable de IIv sea inferior a la plusvalía de IIa. Si no ocurre así, los obreros de IIv no se pueden procurar la subsistencia que necesitan y lo mismo ocurre para los capitalistas de IIa. Es menester que estos últimos se muestren pródigos, compren muchos objetos de lujo, pues en caso contrario los obreros de IIv no reciben el dinero necesario para sus propias compras.

La hipótesis de la reproducción simple significa que el valor total de los bienes de consumo anualmente producidos es igual a la suma de los

capitales variables empleados y de las plusvalías realizadas, lo que exige que el valor capital constante afectado a la producción de bienes de consumo sea igual al consumo del capital variable empleado en la fabricación de bienes de producción y de la plusvalía realizada en esta fabricación. Solamente si esta condición es respetada, el dinero puesto en circulación por los capitalistas vuelve a ellos en la misma cantidad.

Para que la reproducción de modo idéntico sea posible, también es menester que el valor del producto social compuesto de medios de producción sea igual al valor capital constante del capital social, sin lo cual los capitalistas de la sección II no pueden obtener del capital mercancía de la sección I la manera de reconstituir su capital productivo, o bien, si se hace la extracción, no les queda a los capitalistas de la sección I un conjunto productivo idéntico al que poseían antes de que comenzara la circulación del capital.

#### Segunda hipótesis

Si queremos aproximarnos a las condiciones de funcionamiento de las economías concretas hay que reintroducir los elementos fijos precedentemente eliminados.

El dinero sacado de la venta de los productos debe ser empleado inmediatamente en compras de fuerza de trabajo y de materias primas, si se quiere emprender un nuevo ciclo productivo, pero también se lo ha de afectar en parte a la amortización del capital fijo, por tanto acumulado. Chocamos con un nuevo dilema: ¿Cómo pueden los capitalistas de la sección II acumular? ¿Si venden más de lo que compran no resultará una sobreproducción en la sección I, un quebranto de todo el sistema, un abandono de la hipótesis de la reproducción simple?

El capital de todos los capitalistas de la sección II no se encuentra a la vez en el mismo estado. La diversidad de los períodos de trabajo, de circulación, de tiempo muerto, las diferencias en la composición orgánica del capital engendran diversificaciones. El capital fijo de lo uno debe ser reemplazado, el de los otros todavía es capaz de funcionar un lapso más o menos largo. Unos se encuentran en la misma situación que al crearse su empresa y deben renovar su utillaje, los otros deben solamente reemplazar

el capital circulante adelantado. Para que haya reproducción simple es menester y basta que el capital ahorrado y el capital invertido sean iguales. La igualdad entre el ahorro y la inversión es entonces la condición básica de la reproducción simple.

## 2. Reproducción ampliada

Los fisiócratas llaman acumulación a los descuentos operados sobre el ingreso destinado al consumo de los capitalistas. Smith da este nombre a los efectuados sobre la renta del suelo; la teoría del salario de Marx, sus teorías de la producción y del reparto lo llevan a llamar acumulación del capital “a la utilización de la plusvalía como capital o la retransformación de la plusvalía en capital”. La plusvalía sale del capital, y, a la inversa, el capital sale de la plusvalía.

El valor capital es adelantado, desde el origen, bajo la forma de capital dinero, y la plusvalía, por el contrario, existe instantáneamente como valor determinado del producto bruto: si es vendido, el valor capital retoma la forma dinero, la plusvalía, a su vez, toma esta forma, después de lo cual su transformación en capital aumentado se hace de la misma manera.

Para que pueda hacerse la acumulación es menester que los capitalistas puedan comprar en el mercado las materias primas, las máquinas y la fuerza de trabajo necesaria, es decir, que una parte del trabajo excedente anual se consagre a crear medios de producción y subsistencia en excedente.

“En una palabra, como dice Marx, la plusvalía sólo es convertible en capital porque el sobreproducto, del cual ella es el valor, ya contiene los elementos materiales de un nuevo capital”.

Para hacer funcionar estos elementos nuevos como capital, hace falta un suplemento de trabajo: el capitalista lo obtiene sea explotando más a los obreros que emplea, sea empleando obreros suplementarios. La acumulación del capital sólo es, entonces, “una reproducción del capital en un escala progresiva”.

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO II, SECCIÓN III*

Supongamos que en las secciones I y II de los capitales C1 y C2, compuestos, respectivamente de 4.000 c y 1.000 v, 1.500 c y 750 v, son empleados. Supongamos también que la cuota efectiva de la plusvalía es de cien por ciento y que la mitad de la plusvalía es objeto de una acumulación en una y otra sección. Si los coeficientes de producción no son cambiados, los capitalistas de la sección I acumulan 500 p y los transforman en 400 c y 100 v, los de la sección II acumulan 100 c correspondientes a 100 v nuevos de C1 y 500 v suplementarios necesarios. El capital total era antes de la acumulación de 7.250 y después es de 7.900, y el producto anual ha pasado de 9.000 unidades a 9.800, como se muestra en el cuadro siguiente:

	cambios internos	acumulación
antes de la acumulación	$P1 = 4.000\ c$	$+ 1.000\ v$
	$(P2 = 1.000\ c + 500\ c) + 750\ v$	$+ (500\ p + 400\ p + 100\ p)$
		$+ (600\ p + 100\ p + 50\ p)$
		cambios internos    acumulación

Después de la acumulación

$$P'1 = 4.400\ c + 1.100\ v + 1.100\ p$$

$$P'2 = 1.600\ c + 800\ v + 800\ p$$

Para que haya crecimiento equilibrado, hace falta que las inversiones en la sección II, ingresos procedentes de la sección I, sean suficientes para absorber la totalidad de la producción de la sección I, o, si se prefiere, que el ahorro en la sección II sea igual al valor de la producción de medios de producción en la sección I. Si esto no ocurre, si el capital constante de la sección II es más pequeño que la suma del capital variable de la sección I y de la fracción de la plusvalía realizada en la sección correspondiente a los utilajes suplementarios producidos, es necesario en la sección II un ahorro suplementario. Son las reacciones psicológicas de los ahorristas en una y otra sección las que provocan la igualación del ahorro y la inversión.

Son evidentes las dificultades que presenta la exposición de Marx sobre el tema de la “acumulación” en el segundo libro de *El Capital*. Sin embargo, creemos que la lectura de lo que sobre él hemos transcrito de Bartoli, después de las páginas que le dedicaron Bobel y Rubel y de las de Marx mismo, hasta llegar al planteo del problema que, según Rosa Luxemburgo, no llegó a encarar plenamente ni a resolver, permiten formarse alguna idea de lo que sobre él pensaba el autor de *El Capital*.

Las dificultades que el tema presenta son arduas. Las polémicas en torno a él han sido arduas inclusive entre quienes se declaran discípulos de Marx. Así, lo que sobre la “acumulación de capital” expuso Rosa Luxemburgo, por ejemplo, fue refutado por Bujarin.

En el segundo libro de *El Capital* estudia Marx “el proceso de circulación del capital”, después de haber estudiado en el primero “el proceso de producción del capital”. En el tercero se ocupa del “proceso de producción capitalista en su conjunto”.

**Libro Tercero**  
**El proceso de producción capitalista en su conjunto**

- I. La transformación de la plusvalía en ganancia y de la cuota de plusvalía en cuota de ganancia.
- II. Cómo se convierte la ganancia en ganancia media.
- III. Ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.
- IV. Cómo se convierte el capital-mercancías y el capital-dinero en capital-mercancías y capital-dinero de comercio (capital-comercial).
- V. Desdoblamiento de la ganancia en interés y ganancia de empresario. El capital a interés.
- VI. Cómo se convierte la ganancia extraordinaria en renta del suelo.
- VII. Las rentas y sus fuentes.

LEÓN DUJOVNE

## Sección primera

### La transformación de la plusvalía en ganancia y de la cuota de plusvalía en cuota de ganancia

En el Libro III de *El Capital*, Marx expone: “las formas concretas que brotan del **proceso de movimiento del capital considerado como un todo**”. Las manifestaciones del capital, tal como se desarrollan en el Libro III, van acercándose gradualmente a la forma bajo la que se presentan en la superficie misma de la sociedad

“a través de la acción mutua de los diversos capitales, a través de la concurrencia, y tal como se reflejan en la conciencia habitual de los agentes de la producción”<sup>1</sup>.

El valor de toda mercancía producida por métodos capitalistas,  $M$ , se expresa en esta fórmula:  $M = c + v + p$ . Si del producto se descuenta la plusvalía,  $p$ , se obtiene un simple equivalente destinado a resarcir el valor capital desembolsado en los elementos de producción  $c + v$ . Por consiguiente, el carácter específico de la producción capitalista se expresa en la agrupación de las distintas partes de valor de la mercancía que se limitan a reponer el valor capital invertido en su producción bajo la categoría de precio de coste. El coste capitalista de la mercancía se mide por la inversión de **capital**; el coste real de la mercancía, por la inversión de **trabajo**. El precio de coste capitalista de la mercancía es menor que el valor de la mercancía. El precio de coste de la mercancía, que no es una rúbrica exclusiva de la contabilidad capitalista, tiene que rescatar constantemente los elementos de producción consumidos para producirla. En cambio, la categoría del precio de coste no tiene absolutamente nada que ver con la creación del valor de la mercancía ni con el proceso de valorización del capital. Una parte del valor nuevo se limita a reponer el capital variable desembolsado, o sea, el precio de la fuerza de trabajo empleada. Pero este valor capital desembolsado no entra en modo alguno en la formación del valor nuevo. Dentro del desembolso de

<sup>1</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 3, vol. 1, p. 57.

capital, la fuerza de trabajo cuenta como **valor**, pero dentro del proceso de producción funciona como **creadora de valor**.

En el régimen capitalista de producción, el valor o precio de la fuerza de trabajo se presenta como salario, que sólo se distingue de la parte de capital invertido en medios de producción por el hecho de que se destina a pagar un elemento de producción materialmente distinto, pero no porque desempeñe un papel funcionalmente diferente en el proceso de valorización del capital. El precio de los medios de producción reaparece en el precio de coste de la mercancía tal y como figuraba ya en el capital desembolsado. Del mismo modo reaparece en el precio de coste de la mercancía el salario de las jornadas de trabajo invertidas en su producción. Aquí sólo se ven las partes de valor del capital desembolsado que entran en la formación del producto de valor, pero no un elemento creador de valor nuevo. La diferencia entre el capital constante y el capital variable desaparece aquí. El precio total de coste de la mercancía se halla formado exclusivamente por el capital realmente invertido en su producción. Y, aquí, el capital variable invertido en fuerza de trabajo, se identifica siempre expresamente, en lo tocante a la creación de valor, bajo la rúbrica de capital circulante, con el capital constante, es decir, con la parte del capital invertida en materiales de producción. Así se consuma la mixtificación del proceso de valorización del capital.

Pero, hay otra parte integrante del valor de la mercancía: el remanente sobre el precio de coste, la plusvalía, que es un incremento del valor del capital invertido en la circulación de la mercancía y que refluye de su circulación. Aunque  $p$ , la plusvalía, sólo surgiere de un cambio de valor de  $v$ , del capital variable, y originalmente sólo fuese, por tanto, un incremento del capital variable, después de finalizar el proceso de producción representa asimismo un incremento de valor de  $c + v$ , del capital global desembolsado. Antes de la producción había un capital de 500 pesos. Después de la producción, tenemos un capital de 500 más un incremento de valor de 100 pesos, por ejemplo. Sin embargo, la plusvalía no representa solamente un incremento con respecto a la parte del capital variable desembolsado que entra en el proceso de valorización, sino que representa un incremento de valor también con respecto a todo el capital invertido en la producción.

Representada como vástago del capital global desembolsado, la plusvalía reviste la forma transfigurada de la **ganancia**.

Cuando la mercancía se vende por su valor, se realiza una ganancia igual al remanente de su valor sobre el precio de coste, igual, por y tanto, a toda la plusvalía que en el valor de la mercancía se contiene. Pero el capitalista puede vender la mercancía con ganancia aunque la venda por menos de su valor. Mientras su precio de venta exceda de su precio de coste, aunque sea inferior a su valor, siempre se realizará una parte de la plusvalía contenida en ella; siempre se obtendrá, por consiguiente, una ganancia. Entre el valor de la mercancía y su precio de coste cabe, evidentemente, una serie indeterminada de precios de venta. Cuando mayor sea el elemento de la mercancía consistente en plusvalía, mayor será también el margen práctico de estos precios intermedios. En la diferencia entre el valor y el precio de coste de la mercancía y la consiguiente posibilidad de vender la mercancía con ganancia por debajo de su valor, tienen su base la ley fundamental de la concurrencia capitalista, la ley que rige la cuota general de ganancia y los llamados precios de producción por ella determinados.

La fórmula general del capital es una suma de valor lanzada a la circulación para sacar de ella una suma de valor mayor, engendrada por la producción capitalista; el proceso que la realiza es la circulación del capital. El capitalista desembolsa el capital total sin preocuparse del distinto papel que sus diversas partes integrantes desempeñan en la producción de plusvalía. En verdad, para transformar el valor del capital variable por él desembolsado en un valor superior no tiene más que un medio: explotar el trabajo vivo. Para ello necesita disponer de este trabajo, de los medios de trabajo y el objeto sobre el que éste ha de recaer, de maquinaria y materias primas. Tanto da que el capitalista invierta el dinero en salarios para realizar el valor de las máquinas y las materias primas o que, al revés, invierta el dinero en maquinarias y materias primas para poder explotar el trabajo. Para el capitalista, el grado real de su ganancia se halla determinado por su proporción con el capital total.

El valor contenido en la mercancía es igual al tiempo de trabajo que cuesta su producción, trabajo cuya suma se halla formada por dos

partes, trabajo pagado y trabajo no retribuido. En cambio, el coste de la mercancía para el capitalista se reduce a la parte del trabajo materializado en ella y pagado por él. El trabajo sobrante contenido en la mercancía no cuesta nada al capitalista, el cual obtiene la ganancia porque se halla en condiciones de vender algo por [lo] que no ha pagado nada. La plusvalía o, en su caso, la ganancia, consiste precisamente en el remanente del valor de la mercancía sobre su precio de coste. La plusvalía es, pues, un remanente sobre el capital global desembolsado. La cuota de plusvalía medida por el capital variable se llama cuota de plusvalía; la cuota de plusvalía medida por el capital total se llama cuota de ganancia. Son dos medidas distintas de la misma magnitud.

En el proceso de circulación entra en acción, además del tiempo de trabajo, el tiempo de circulación. Ambos procesos, el proceso directo de producción y el proceso de circulación, se entrecruzan y entrelazan constantemente, desdibujando con ello continuamente sus características diferenciales. La producción de la plusvalía, como la del valor en general, deriva del proceso de circulación nuevas notas determinantes. El capital recorre el ciclo de sus transformaciones; finalmente abandona, por decirlo así, su vida orgánica interior para discurrir bajo relaciones externas de vida, en las que se enfrentan, de una parte, los capitales y, de otra, los individuos, considerados simplemente como compradores y vendedores. El tiempo de circulación y el tiempo de trabajo se entrecruzan en su órbita y ambos parecen así determinar por igual la plusvalía. Entonces, se comprueba que si bien es cierto que durante el proceso directo de producción la naturaleza de la plusvalía se le revela constantemente a la conciencia del capitalista, se ha de señalar: 1º) El proceso directo de producción no es de por sí más que un factor que tiende a desaparecer y a convertirse constantemente en el proceso de circulación, como éste en aquel. La intuición más o menos clara, formada en el proceso de producción, de la fuente de la ganancia creada en ella, es reemplazada por la concepción de que el remanente realizado proviene de la propia circulación. 2º) En la rúbrica de los costes, entre los que figuran los salarios, al igual que el precio de las materias primas, el desgaste de la maquinaria, etc., la extorsión de trabajo no retribuido aparece simplemente como un ahorro en el pago de uno de los artículos que

entran en los costes de la producción, como reducción en el pago de una determinada cantidad de trabajo. Así se oscurece la relación específica de la extorsión de trabajo sobrante con la plusvalía. Contribuye a facilitar este resultado hebreo de que el valor de la fuerza de trabajo se exponga bajo la forma del salario. El modo cómo la plusvalía se convierte en la forma de ganancia mediante la transición a través de la cuota de ganancia, es la prolongación de la inversión de sujeto y objeto operada ya durante el proceso de producción, en el que todas las subjetivas fuerzas productivas del trabajo se presentaban como fuerzas productivas del capital.

En el mundo de los fenómenos, se parte de la plusvalía como de un factor dado, como del remanente del precio de venta de la mercancía sobre su precio de coste. Y, entonces, aparece como misterioso el origen de este remanente; no se sabe aparentemente si proviene de la explotación del trabajo en la producción o de un lucro que se logra en el proceso de circulación o de ambas cosas a la vez. Otro factor dado de que se parte también es la relación entre este remanente y el valor del capital total, es decir, la cuota de ganancia. El cálculo de este remanente del precio de venta sobre el precio de coste con relación al valor del capital total desembolsado es muy importante y natural. En efecto, por este medio se encuentra en realidad la proporción en que se ha valorizado el capital total o su grado de valorización. Cuando se parte de la cuota de ganancia, no se puede deducir ninguna relación específica entre el remanente y la parte del capital invertida en salarios.

Por tanto, dice Marx, cuando el remanente, para empelar términos hegelianos, se refleja a sí mismo o, dicho de otro modo, se caracteriza más de cerca por la cuota de ganancia, aparece como algo que el capital produce sobre su propio valor anualmente o en un determinado período de circulación. Por consiguiente, aunque la cuota de ganancia difiere numéricamente de la cuota de plusvalía, mientras que plusvalía y ganancia son en realidad lo mismo e iguales numéricamente, la ganancia es, sin embargo, una forma transfigurada de la plusvalía, forma en la que se desdibujan y se borran su origen secreto y el secreto de su existencia.

La cuota de ganancia es a la cuota de plusvalía como el capital variable es al capital total; la cuota de ganancia es siempre menor que la cuota de plusvalía. Así es porque el capital variable es siempre menor que la suma del capital variable y el capital constante. En su investigación Marx debe, sin embargo, tener en cuenta una serie de factores que influyen de un modo determinante en las magnitudes **c**, **v** y **p**. Ellos son: **el valor del dinero, la rotación y la productividad del trabajo**. Para Marx la cuota de ganancia se determina por dos factores fundamentales: la cuota de plusvalía y la composición de valor del capital. Y, así, las cuotas de ganancia de dos capitales o del mismo capital en dos situaciones distintas sucesivas, **son iguales**: 1) cuando los dos capitales tengan la misma composición porcentual y la misma cuota de plusvalía; 2) cuando, teniendo distinta composición porcentual y distinta cuota de plusvalía, en ambos se hallen en razón inversa entre sí los factores plusvalía y capital variable. Y son distintas esas cuotas de ganancia: a) cuando, siendo igual la composición porcentual de los capitales, sean distintas las cuotas de plusvalía, allí donde exista entre ellas la misma proporción que entre las cuotas de ganancia; b) cuando, siendo iguales las cuotas de plusvalía y distinta la composición porcentual de los capitales, exista entre ellas la misma proporción que entre las partes variables del capital; c) cuando, siendo distintas las cuotas de plusvalía y la composición porcentual de los capitales, exista entre ellas la misma proporción que entre las masas de plusvalía calculadas a base del capital total.

En el libro II de *El Capital* ha mostrado Marx cómo al acortarse el período de rotación o una de sus dos fases, la de la producción o la de la circulación, aumenta la masa de la plusvalía producida. Y, como la cuota de ganancia sólo expresa la proporción entre la masa de plusvalía producida y el capital total invertido en su producción, cualquier acortamiento del período de rotación hace aumentar la cuota de ganancia. El medio principal para acortar la fase de la producción consiste en aumentar la productividad del trabajo, es decir, “por el progreso de la industria”.

\* \* \*

La prolongación del trabajo sobrante y, por tanto, de la jornada de trabajo, sin que sufra alteración el capital variable, hace que descienda relativamente el valor del capital constante con relación al capital total y al capital variable, y se eleve así la cuota de ganancia. La prolongación de la jornada de trabajo aumenta la ganancia, aunque el sobretiempo se retribuya a un precio más alto que las horas normales de trabajo. Cuando se trata de una jornada de trabajo constante, es necesario emplear uno de dos procedimientos: aumentar el número de obreros, y con ello, hasta cierto punto, la masa del capital fijo, de los edificios, de la maquinaria, etc., para poder explotar una masa mayor de trabajo o elevar la capacidad productiva de éste, tratando de obtener, en general, más plusvalía relativa, con lo que se logra elaborar una cantidad mayor de materias primas, etc., dentro de un período de tiempo dado. El aumento de la plusvalía irá, pues, acompañado por un aumento de capital constante y la creciente explotación del trabajo llevará aparejado un encarecimiento de las condiciones de producción por medio de las cuales se explota el trabajo, es decir, una inversión mayor de capital. Por consiguiente, en este caso la cuota de ganancia disminuirá en uno de los lados cuando aumente en el otro. Hay toda una serie de gastos que son los mismos o casi los mismos con una jornada de trabajo larga que con una jornada de trabajo corta. Los gastos de explotación de una fábrica que trabaja diez horas son casi los mismos que si trabaja doce horas. Los impuestos al Estado y al municipio, los seguros contra incendio, el salario de los diversos empleados permanentes, la depreciación de la maquinaria y toda otra serie de gastos de sostenimiento de una fábrica discurren invariables con una jornada de trabajo larga o corta; a medida que la producción se reduce, estos gastos aumentan relativamente a la ganancia. El tiempo durante el cual se reproduce el valor de la maquinaria y otras partes integrantes del capital fijo no depende, prácticamente, de la materialidad de su duración, sino de la duración total del proceso de trabajo en el transcurso del cual funcionan y son empleadas.

Marx parte aquí del supuesto de que la suma y la cuota de la plusvalía constituyen factores dados. En el libro I de *El Capital* puso de relieve que la economía de las condiciones de producción que caracteriza a la producción en gran escala obedece sustancialmente al

hecho de que ellas funcionan como condiciones de un trabajo socialmente combinado, como condiciones sociales del trabajo. Vuelve aquí al mismo tema, y señala cómo la disminución de los gastos de capital constante aumenta la cuota de ganancia, partiendo de una magnitud dada del capital variable y de una cuota dada de plusvalía. También señala cómo en ciertos casos la elevación de la cuota de ganancia en una rama industrial se debe al desarrollo de la capacidad productiva del trabajo en otra rama. El capitalista se beneficia aquí, una vez más, con una ganancia que es producto del trabajo social, aunque no sea producto de los obreros directamente explotados por él. Aquel desarrollo de la capacidad productiva se reduce siempre en última instancia al carácter social del trabajo puesto en acción; a la división del trabajo dentro de la sociedad; al desarrollo del trabajo “espiritual”, científico, en el ámbito, sobre todo, de las ciencias naturales. El capitalista lucra aquí con las ventajas de todo el sistema de la división social del trabajo. Otro aumento de la cuota de ganancia es el que responde a la economía en el empleo del capital constante mismo. Además, la concentración de los obreros y su cooperación en gran escala ahorra capital constante. Aunque el valor del capital constante aumente en términos absolutos, disminuye en términos relativos.

El aumento de la cuota de ganancia logrado mediante la disminución del valor y, por tanto, del costo del capital constante, es absolutamente independiente del hecho de que la rama industrial en que eso ocurre cree productos de lujo, medios de subsistencia destinados al consumo de los obreros o medios de producción en general. Esta última circunstancia sólo sería importante en relación con la cuota de plusvalía, la cual depende esencialmente del valor de la fuerza de trabajo, es decir, del valor de los medios tradicionales de vida del obrero. Aquí, en cambio, se parte de la plusvalía y de la cuota de plusvalía como de factores dados. La relación existente entre la plusvalía y el capital total -relación que, a su vez, determina la cuota de ganancia- depende, entre otras circunstancias, exclusivamente del valor del capital constante, y en modo alguno del valor de uso de los elementos que lo forman.

El capital tiene la tendencia a economizar todo lo posible el trabajo vivo directamente empleado. Tiende también a emplear este trabajo reducido a lo estrictamente necesario en las condiciones más

económicas, es decir, a reducir a su mínimo el valor del capital constante empleado. Si el valor de las mercancías se determina por el tiempo de trabajo necesario contenido en ellas, y no por el tiempo de trabajo que en ellas se encierra, sea necesario o no, es el capital el que realiza esta determinación y el que, a la vez, acorta el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía. De este modo se reduce a su mínimo el precio de la mercancía, reduciéndose al mínimo todas y cada una de las partes del trabajo necesario para su producción.

Bajo el título de *Alza y depreciación del valor, liberación y vinculación de capital*, Marx estudia unos fenómenos que se hallan, de una parte, directamente relacionados entre sí y asimismo se hallan relacionados, de otra parte, tanto con la cuota como con la masa de ganancia. Una cuestión que se plantea es la de si deben considerarse la liberación y movilización de capital, de una parte, y de otra, el alza y la depreciación de valor, como fenómenos distintos. Mas, corresponde, antes aclarar qué se entiende por vinculación y liberación de capital. Vinculación del capital es el hecho de que determinadas proporciones dadas del valor total del producto tengan que volver a convertirse en elementos del capital constante o variable, si se quiere que la producción siga desarrollándose en su escala anterior. Liberación del capital es el hecho de que una parte del valor total de producto que hasta entonces necesitaba volver a convertirse en capital constante o en capital variable, quede disponible o sobrante si la producción se mantiene dentro de los límites de su escala anterior. La liberación o la vinculación del capital no debe confundirse con la liberación o vinculación de las rentas. Si, por ejemplo, la plusvalía anual de un capital  $C$  es  $= x$ , puede ocurrir que, en virtud del abaratamiento de las mercancías destinadas al consumo de los capitalistas, baste  $x - a$  para satisfacer la misma masa de goce que antes. De este modo se liberará, por tanto, una parte de la renta  $= a$ , la cual podría destinarse, ahora, bien a acrecentar el consumo, bien a convertirse de nuevo en capital. Y, a la inversa, si se necesita  $x + a$  para seguir manteniendo el mismo régimen de vida, el capitalista tendrá que seguir uno de estos dos caminos: o restringir su régimen de vida o invertir como renta una parte de los ingresos  $= a$ , que antes destinaba a la acumulación.

El alza y la depreciación del valor significan que el capital existente aumenta o disminuye de valor como consecuencia de cualquier circunstancia, independientemente de su valorización por el trabajo a que da empleo. Una y otra forma pueden afectar al capital constante o al variable o a ambos a la vez, y, dentro del capital constante, pueden referirse, ya al capital fijo o al capital circulante o bien a los dos al mismo tiempo. Dentro del capital constante hay que tener en cuenta: las materias primas y auxiliares, los artículos a medio fabricar, que aquí se engloban bajo el nombre de materias primas, la maquinaria y todo otro capital fijo. Las variaciones del precio o valor de las materias primas influyen en la cuota de ganancia. En igualdad de circunstancias, la cuota de ganancia se halla en razón inversa a la cuantía de valor de la materia prima. Y esta afirmación es absolutamente exacta en cuanto al capital nuevamente invertido en un negocio, donde, por tanto, se opera por vez primera la inversión de capital. Pero, prescindiendo de este capital de nueva inversión, hay una gran parte del capital ya en funciones que se halla en la órbita de la circulación, y otra parte se halla en la órbita de la producción. Una parte existe en el mercado como mercancía y ha de convertirse en dinero; otra parte existe como dinero, bajo la forma que sea, y tiene que revertir a la forma de condiciones de producción; otra parte, finalmente, se halla dentro de la órbita de la producción, ya bajo la forma primitiva de medios de producción, materias primas, materias auxiliares, artículos a medio fabricar adquiridos en el mercado, maquinaria y otro capital fijo, o bien en forma de producto aún en vías de elaboración. Los efectos del alza o de la depreciación del valor en este caso, dependerán en gran medida de la proporción existente entre estas distintas partes integrantes. Prescindiendo, por el momento, de todo el capital fijo, se ha de atender aquí solamente a la parte del capital constante formada por las materias primas, las materias auxiliares, los artículos a medio fabricar, los productos en vías de elaboración y las mercancías ya acabadas y lanzadas al mercado.

Si sube el precio de la materia prima, por ejemplo, del algodón, subirá también el precio de los artículos de algodón que fueron fabricados con algodón barato; subirán asimismo el valor del algodón aún no elaborado, en almacén, y el del que se halla en vías de elaboración. Si una elevación del precio de la materia prima va

acompañada por la existencia en el mercado d una masa considerable de mercancías acabadas o en vías de fabricación, aumentará el valor de estas mercancías y se elevará con ello el valor del capital existente. Y lo mismo cabe decir en cuanto a las existencias de materias primas, etc., que se hallan en manos de los productores. Este aumento de valor puede indemnizar al capitalista individual o a una órbita muy especial de producción del capital, y aún más que indemnizarlo, de la baja de la cuota de ganancia producida como consecuencia de la subida de precio de la materia prima. Entonces, se ha de observar que si las existencias de materias primas almacenadas son importantes, contrarrestan el alza de precio producida en el hogar de producción de esas materias primas. También se ha de observar que si los artículos a medio fabricar o las mercancías acabadas que se encuentran en el mercado agobian demasiado a éste, impiden que el precio de las mercancías acabadas y de los artículos a medio fabricar aumente en proporción al precio de sus materias primas. Lo inverso ocurre en el caso de baja de precios de las materias primas: entonces, en igualdad de circunstancias, aumenta la cuota de ganancia. Las mercancías acabadas que se encuentran en el mercado, los artículos que aún se hallan en vías de fabricación y las existencias de materias primas resultan depreciadas, contrarrestándose así el alza simultánea de la cuota de ganancia.

Como la cuota de ganancia es igual a la relación existente entre el remanente del valor del producto y el valor del capital total invertido, se tendría que un aumento de la cuota de ganancia por efecto de la depreciación del capital invertido llevaría aparejada una pérdida en cuanto al valor del capital. A su vez, una disminución de la cuota de ganancia como resultado del alza de valor del capital invertido traería consigo posiblemente un resultado opuesto. Por lo que a la depreciación se refiere, son, según Marx lo indica, de general importancia: los constantes perfeccionamientos, que despojan de su valor a la maquinaria existente, a los equipos de las fábricas, etc. o a su correspondiente valor de uso. Trátase de un proceso puesto de manifiesto sobre todo en la primera época de la producción capitalista. Es que la maquinaria introducida antes de que llegara a alcanzar cierto grado de madurez, va quedando constantemente anticuada sin haber tenido tiempo de reproducir su valor. He aquí una de las causas de la desmedida prolongación de la jornada de trabajo usual en tales épocas, del trabajo ininterrumpido, día y

noche, en varios turnos, para conseguir en todo lo posible la reproducción del valor de la maquinaria. Y aun cuando la maquinaria, la instalación de edificios y el capital fijo en general hayan logrado ya algún grado de madurez que garantice su inmutabilidad durante cierto tiempo, por lo menos en cuanto a su estructura fundamental, se producirá a pesar de todo una depreciación semejante determinada por el perfeccionamiento en cuanto a los métodos de reproducción de este capital fijo. El valor de la maquinaria, etc., señala Marx, disminuye, no porque se vea desplazada rápidamente o porque resulte depreciada hasta cierto punto por otra maquinaria más nueva y más productiva, etc., sino porque puede reproducirse con menos costo. Es ésta una de las razones de por qué las grandes empresas sólo prosperan generalmente al cambiar de mano, después de dar en quiebras su primer propietario y de traspasarse a bajo precio, pues ello permite a quien las adquiere iniciar la producción con una inversión menor de capital.

En cuanto al capital variable, cuando el valor de la fuerza de trabajo aumenta porque aumenta el valor de los medios de vida necesarios para su reproducción o, a la inversa, disminuye porque disminuye el valor de estos medios de vida -y el alza de valor y la depreciación del capital variable no expresan otra cosa que estos dos casos- la baja de la plusvalía corresponde, si es idéntica la duración de la jornada de trabajo, a esta alza de valor, y el aumento de la plusvalía, por el contrario, a esta depreciación. Pero con esto pueden combinarse también otras circunstancias: liberación y vinculación de capital. Si los salarios bajan a consecuencia de una baja de valor de la fuerza de trabajo, quedará libre una parte del capital invertido hasta ahora en salarios. Se producirá una liberación de capital variable. Con respecto al capital que ha de ser invertido nuevamente, esto se traduce sencillamente en el resultado de que trabajará con una cuota más elevada de plusvalía, y quedará libre una parte del capital hasta entonces empujado en salarios. Ahora, esta parte queda disponible, pudiendo, por tanto, emplearse como nueva inversión de capital, ya sea para ampliar el mismo negocio, ya sea para ponerla a funcionar en otra órbita de producción.

La liberación y la vinculación de capital variable son consecuencia de la depreciación y del alza de los gastos de reproducción de la fuerza de trabajo. Pero la liberación del capital variable puede producirse

también cuando, al desarrollarse la capacidad productiva y permaneciendo inalterable la cuota del salario, se necesiten menos obreros para poner en movimiento la misma masa de capital constante. Y, a la inversa, puede producirse la vinculación de capital variable adicional cuando, al disminuir la capacidad productiva del trabajo, se necesiten más obreros para la misma masa de capital constante. Por el contrario, cuando una parte del capital antes empleado como variable se invierte en forma de capital constante, es decir, cuando se modifique simplemente la proporción entre las partes integrantes del mismo capital, esto influirá tanto en la cuota de la plusvalía como en la cuota de la ganancia, pero no afectará para nada al problema de la vinculación y la liberación del capital.

En el libro segundo de *El Capital* había Marx señalado que después de vender las mercancías, una determinada parte del dinero obtenido de esta venta, revierte a los elementos materiales del capital constante, ajustándose además a las proporciones impuestas por el carácter técnico concreto de cada rama determinada de producción. En esto -prescindiendo del capital variable, invertido en salarios- lo más importante son las materias primas, incluyendo las auxiliares. A su vez, la parte del precio destinada a reponer el desgaste de la maquinaria se limita a figurar en los cálculos, de un modo más bien ideal, mientras la maquinaria se halla en condiciones de funcionamiento; no interesa mucho saber si habrá de pagarse y reponerse en dinero o mañana o en qué fase del período de rotación del capital. No ocurre lo mismo con las materias primas. Si su precio sube, podrá ocurrir que sea imposible reponerlas completamente después de deducir el salario del valor de la mercancía. De aquí que las fluctuaciones violentas de los precios provoquen en el proceso de reproducción interrupciones, grandes colisiones e incluso catástrofes. Las materias primas procedentes de la naturaleza orgánica son las más expuestas a estas fluctuaciones de valor como consecuencia de las vicisitudes de las cosechas. Otro factor de la fluctuación de los precios de las materias primas se ha de señalar. Las materias vegetales y animales, cuyo desarrollo y producción se hallan sujetas a ciertos plazos naturales, no pueden incrementarse súbitamente en la misma medida en que puede hacerse, por ejemplo, con las máquinas y con otro capital fijo, con el carbón, el mineral de hierro, etc., cuyo

incremento puede llevarse a cabo en el período más corto de tiempo, siempre que se trate de un país industrialmente desarrollado. Allí donde la producción capitalista se halla desarrollada es inevitable que la producción y el incremento de la parte del capital constante formada por capital fijo, maquinaria, etc., le lleven una ventaja considerable a la parte del capital constante formada por materias primas orgánicas. De este modo la demanda de estas materias primas crece con más rapidez que su oferta, haciendo, por tanto, que aumente su precio. Este aumento de precio, hace: 1º, que estas materias primas se traigan desde mayores distancias, puesto que el mayor precio cubrirá los gastos más elevados de transporte; 2º, que aumente la producción de estas materias primas, circunstancia que, lógicamente, aunque tal vez al cabo de un año, hará que aumente realmente la masa de productos, y 3º, que se empleen sustitutos que antes no se empleaban y se economice más que antes con los desperdicios.

Para Marx, el aumento de la cuota de ganancia proviene siempre del hecho de que la plusvalía aumenta en términos relativos o absolutos en proporción al capital total invertido; hay aumento de la cuota de ganancia cuando disminuye la diferencia existente entre la cuota de ganancia y la cuota de plusvalía.

“La cuota de ganancia -agrega- puede sufrir fluctuaciones independientes de los cambios en cuanto a las partes orgánicas integrantes del capital o de la magnitud absoluta de éste cuando el valor del capital invertido, cualquiera que sea la forma bajo la que se presente, como capital fijo o circulante, aumente o disminuya como consecuencia de un aumento o disminución del tiempo de trabajo necesario para su reproducción, independientemente del capital ya existente”<sup>2</sup>.

La reproducción puede efectuarse en circunstancias que la entorpezcan o la faciliten con respecto a las condiciones bajo las que se desarrolló la producción primitiva.

<sup>2</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 3, vol. 1, p. 182.

## Sección segunda

### Cómo se convierte la ganancia en ganancia media

Marx investiga de qué modo se establece una cuota general de ganancia dentro de un país. Si se da por supuesto como constante la cuota de plusvalía, la cuota de ganancia que arroja un capital dado puede aumentar o disminuir por efecto de circunstancias que afectan en general a la proporción entre la parte constante y la parte variable del capital. A su vez, las circunstancias que alargan o acorta el tiempo de rotación de un capital pueden afectar la cuota de plusvalía. La masa de la ganancia es idéntica a la masa de plusvalía, a la plusvalía misma. Por eso la **masa** de la ganancia -a diferencia de la **cuota** de ganancia- no resulta afectada por las fluctuaciones de valor que solamente modifican la cuota en que se expresa una plusvalía dada, y, por tanto, una ganancia de magnitud dada, comparada con la magnitud del capital invertido. Cuando a consecuencia de aquellas fluctuaciones de valor, se vincula o queda libre una parte del capital, puede ocurrir que por esta vía indirecta resulte afectada, no sólo la cuota de ganancia, sino la ganancia misma. Sin embargo, esto sólo se refiere al capital ya invertido, no a las nuevas inversiones de capital; además, el aumento o la disminución de la ganancia depende siempre de que, a consecuencia de aquellas fluctuaciones de valor puede moverse con el mismo capital una cantidad mayor o menor de trabajo.

Si permanece inalterado el grado de explotación del trabajo, al cambiar de valor las partes integrantes del capital constante y, también, al cambiar el tiempo de rotación del capital, cambia la cuota de ganancia. Entonces, las cuotas de ganancia de distintas ramas de producción coexistentes al mismo tiempo serán diferentes, si, en igualdad de circunstancias, difiere el período de rotación de los capitales empleados o la proporción de valor entre las partes orgánicas integrantes de estos capitales.

Lo examinado antes como cambios operados sucesivamente en el tiempo dentro del mismo capital, se ha de examinar aquí como diferencias existentes simultáneamente entre inversiones coexistentes de capital en distintas esferas de producción. Para ello Marx investiga: 1º, las diferencias en cuanto a la composición orgánica de los capitales; 2º las

diferencias en cuanto a su período de rotación. Parte del supuesto que al hablar de la composición orgánica o de la rotación del capital en una determinada rama de producción se refiere siempre a la media de capital total invertido en ella, y no a las diferencias fortuitas de los distintos capitales invertidos. También da por supuesto que la cuota de plusvalía y la jornada de trabajo son factores permanentes, lo que implica la constancia del salario. Así, una cierta cantidad de capital variable expresa una cierta cantidad de fuerza de trabajo puesta en movimiento y, consiguientemente, una determinada cantidad de trabajo que se materializa. El capital variable sirve de índice de la masa de trabajo puesta en acción por un determinado capital-dinero; las diferencias en cuanto a la magnitud del capital variable empelado, sirven, entonces, de índice de las diferencias en cuanto a la masa de la fuerza de trabajo aplicada.

**Composición del capital**, es la proporción entre el capital variable y el capital constante. Entran en juego aquí dos factores, de desigual importancia, que pueden en ciertas circunstancias producir iguales efectos. El primero tiene una base técnica y debe considerarse, en una determinada fase de desarrollo de la capacidad productiva, como un factor dado. Para producir en una jornada, por ejemplo, una determinada masa de producto y, por tanto, para consumir productivamente una determinada masa de medios de producción, maquinaria, materias primas, etc., se necesita un determinado número de obreros. Es decir, a una determinada cantidad de trabajo ya materializado en los medios de producción corresponde una determinada cantidad de trabajo vivo. Esta proporción varía mucho según las distintas esferas de producción y, a veces, entre las distintas ramas de una misma industria, aunque puede darse también el caso de que, por azar, sea la misma o aproximadamente la misma en ramas industriales muy diferentes. Este factor es la composición técnica del capital y constituye la verdadera base de su **composición orgánica**. Es posible que él sea el mismo en distintas ramas industriales, cuando el capital variable sea simplemente el índice de la fuerza de trabajo y el capital constante sea simplemente el índice de la correspondiente masa de medios de producción. Entonces, a la composición de valor del capital en cuanto la determina su composición técnica, la llama Marx composición orgánica.

Respecto al capital variable se parte del supuesto de que es el índice de una determinada cantidad de fuerza de trabajo. Las modificaciones en la magnitud de valor del capital variable pueden representar simplemente un precio mayor o menor de la misma masa de trabajo. Pero, esta posibilidad desaparece aquí, donde la cuota de plusvalía y la jornada de trabajo se consideran constantes y el salario para un determinado tiempo de trabajo como una magnitud dada. En cambio, una diferencia en la magnitud del capital constante, aunque pueda ser también índice de un cambio respecto a la masa de los medios de producción puestos en movimiento por una determinada cantidad de fuerza de trabajo, puede igualmente provenir de la diferencia de valor de los medios de producción puestos en movimiento en una rama de producción con respecto al de los medios de producción de otra. Por lo tanto, se debe tomar en cuenta ambos puntos de vista. Finalmente, se debe tener en cuenta un “aspecto esencial” que Marx explica con un ejemplo y del cual resulta que existe una diferencia entre el capital variable, invertido en salarios, en cuanto que su valor, la suma de los salarios, represente una determinada cantidad de trabajo materializado, y en cuanto que su valor sea simplemente un índice de la masa de trabajo vivo que pone en acción. Esta masa es siempre mayor que el trabajo encerrado en ella y, por tanto, se expresa también en un valor superior al del capital variable; es un valor que se halla determinado, de una parte, por el número de los obreros puestos en acción por el capital variable y, de otra parte, por la cantidad de trabajo sobrante que estos obreros rinden.

La distinta composición orgánica de los capitales es independiente de su magnitud absoluta. Lo único que interesa saber es qué parte de cada 100 representa capital variable y qué parte representa capital constante. Y algo más: qué capitales de igual magnitud pueden rendir, a base de la misma jornada de trabajo y del mismo grado de explotación de éste, cantidades muy distintas de ganancia, por producir cantidades muy distintas de plusvalía. En efecto, según la diferente composición orgánica del capital en las diversas esferas de producción, difiere su parte variable y, por tanto, la cantidad del trabajo vivo puesto en acción por él. Consiguientemente varía la cantidad de trabajos obrante que el capital se apropia, trabajo sobrante que es la sustancia de la plusvalía y, por eso, de la ganancia.

Los capitales iguales invertidos en distintas esferas de producción que se dividen de un modo desigual en capital constante y variable, crean cantidades distintas de plusvalía, y por consiguiente, de ganancia. Por lo tanto, varía en ellos la cuota de ganancia, pues ésta consiste en el tanto por ciento que representa la plusvalía referida al capital total. Entonces, se concluye que las ganancias obtenidas en distintas esferas de producción no son proporcionales a las magnitudes de los capitales respectivamente invertidos en ellas. Pues el aumento de la ganancia en proporción a la magnitud del capital invertido presupondría la igualdad de las ganancias en cuanto al porcentaje, es decir, que capitales iguales invertidos en distintas esferas de producción se rigen por cuotas iguales de ganancia a pesar de su diversa composición orgánica. Sólo dentro en una misma esfera de producción, con la misma composición orgánica del capital, o en esferas de producción distintas pero de idéntica composición orgánica de capital, se hallan las masas de ganancia en razón directa a la masa de los capitales empleados.

La segunda fuente de desigualdad de las cuotas de ganancia la constituye la diferencia de duración del ciclo de rotación del capital en las distintas esferas de producción. En cambio, la cuota de ganancia no es afectada por la proporción entre el capital fijo y el capital circulante dentro de la composición orgánica del capital, con estas dos excepciones: 1) cuando esta distinta composición coincide con una distinta proporción entre el capital constante y el capital variable; 2) cuando la distinta proporción entre los elementos fijos y circulantes determina una diferencia con respecto al tiempo de rotación durante el cual se realiza una cierta ganancia. Por lo tanto, es evidente que allí donde esta desigualdad existe, ella proviene, no de la desigual composición respecto al capital circulante y al capital fijo, sino del hecho de que esta desigualdad sólo indica la existencia de períodos desiguales de rotación, la cual repercute en la cuota de ganancia.

En distintas ramas industriales, con arreglo a la distinta composición orgánica de los capitales, y, también, dentro de los límites señalados, con arreglo a sus distintos períodos de rotación, rigen cuotas desiguales de ganancia. Por eso, aun a base de la misma cuota de plusvalía, sólo tratándose de capitales de composición orgánica igual -presuponiendo la igualdad de los períodos de rotación- rige (en cuanto a la tendencia

general) la ley de que las ganancias se comportan entre sí como las magnitudes de los capitales respectivos y de que, por consiguiente, capitales iguales arrojen, en períodos de tiempo iguales, ganancias iguales, siempre que las mercancías se vendan por sus valores. Se ha de recordar que en la primera sección del libro segundo de *El Capital* sostiene Marx que, para el capitalista, en el precio de coste desaparece la distinción entre el capital constante y el capital variable. Los precios de coste son los mismos para inversiones iguales de capital en distintas esferas, por mucho que puedan diferir los valores y la plusvalía producidos. Sobre esta base, descansa la concurrencia de las inversiones de capital, a través de la cual se forma la ganancia media. Por eso, se ha de investigar cómo se forma una cuota de ganancia media y cómo los valores de las mercancías se convierten en precios de producción.

La composición orgánica del capital depende en un momento dado de dos factores: 1) de la proporción técnica entre la fuerza de trabajo empleada y la masa de los medios de producción invertidos; 2) del precio de estos medios de producción. La composición orgánica de un capital formado por  $\frac{4}{5}$  de capital constante y  $\frac{1}{5}$  de capital variable se expresa mediante la fórmula  $80 c + 20 v$ . Para establecer la comparación se da por supuesta, asimismo, una cuota invariable de plusvalía, cualquiera que ella sea, por ejemplo, la del 100%. Un capital de  $80 c + 20 v$  arroja, pues, una plusvalía de  $20 p$ , lo que representa respecto al capital en su conjunto una cuota de ganancia del 20%. La magnitud del valor real de su producción dependerá de la magnitud de la parte fija del capital constante y de la cantidad que entre y que no entre en el producto en concepto de desgaste. Pero como esta circunstancia es indiferente en cuanto a la cuota de ganancia y, también, para la presente investigación, se da por supuesto, para ejemplificar el problema, que el capital constante entra siempre por entero en el producto anual. Y se establece asimismo la hipótesis de que los capitales invertidos en distintas esferas de producción realizan anualmente una cantidad mayor de plusvalía a medida que aumenta la magnitud de su parte variable; se prescinde, por el momento, de la diferencia que puede representar para estos efectos la diversidad de los períodos de rotación. De este punto se tratará más adelante.

Marx examina cinco esferas de producción distintas que invierten, cada una, capitales de diferente composición orgánica y concluye: a

consecuencia de la distinta composición orgánica de los capitales invertidos en distintas ramas de producción, se ponen en movimiento cantidades muy distintas de trabajo y esos capitales producen masas muy diversas de plusvalía. Por eso, son muy diferentes las cuotas de ganancia que rigen originariamente en distintas ramas de producción. Ellas son compensadas entre sí mediante la concurrencia para formar una cuota general de ganancia. La ganancia, que con arreglo a esta cuota general, comprende a un capital de determinada magnitud cualquiera que sea su composición orgánica, recibe el nombre de **ganancia media**. El precio de una mercancía equivale a su precio de coste más la parte de la ganancia media anual que, en proporción a sus condiciones de rotación, corresponde al capital invertido en su producción (y no simplemente al consumido en ella) es su **precio de producción**.

Los capitalistas de las diversas esferas de producción, al vender sus mercancías, retiran los valores-capitales consumidos en la producción de estas mercancías. No incluyen la plusvalía ni, por tanto, la ganancia producida en su propia esfera al producirse estas mercancías. Solamente retiran aquella plusvalía y, por tanto, aquella ganancia que corresponde a la plusvalía o a la ganancia total del capital total de la sociedad. Es decir, las que resultan de sumar todas las esferas de producción, en un período de tiempo dado, y de dividir las por igual entre las distintas partes alícuotas del capital global. Para lo que atañe al reparto de la ganancia, los diferentes capitalistas se consideran como simples accionistas de una sociedad anónima en que los dividendos se distribuyan porcentualmente, distinguiéndose sólo por la proporción de sus acciones en la empresa conjunta.

Por lo tanto, cuando un capitalista vende su mercancía por su precio de producción, retira dinero en proporción a la magnitud de valor del capital consumido por él en la producción y obtiene una ganancia proporcional a su capital invertido, considerado como simple parte alícuota del capital total de la sociedad. Sus precios de coste son específicos. El recargo de la ganancia añadida a este precio de coste es independiente de su esfera especial de producción, pues constituye simplemente la media porcentual del capital invertido. Marx explica esta tesis con un ejemplo en el que un mismo capitalista hace distintas inversiones de capital. Los precios de coste variarían para cada tipo de

mercancías y serían, como tales, fijados de un modo distinto por el poseedor. Pero en lo tocante a las distintas masas de plusvalía o de ganancia producidas, el capitalista podría calcularlas perfectamente como ganancia de su capital total invertido, de modo que a cada 100 de capital correspondería una determinada parte alícuota. Y otro tanto ocurre en la sociedad; si se considera la totalidad de las ramas de producción, la suma de los precios de producción de las mercancías producidas equivale a la suma de sus valores. Esta tesis parece hallarse en contradicción con ciertos hechos de la producción capitalista. Sin embargo, Marx sostiene que la contradicción sólo es aparente y desarrolla un razonamiento tendiente a demostrar que así es.

Las cuotas de ganancia difieren en las diferentes esferas de producción, porque en éstas se producen masas muy distintas de plusvalía y, por tanto, de ganancia, según las diversas proporciones entre el capital variable y el capital total. Entonces, la ganancia media correspondiente a 100 del capital social y, por consiguiente, la cuota media o cuota general de ganancia será muy distinta según las respectivas magnitudes de los capitales invertidos en las varias esferas de producción. Para Marx, la cuota general de ganancia se halla determinada por dos factores: 1) por la composición orgánica de los capitales, es decir, por las distintas cuotas de ganancia de las distintas esferas; 2) por la parte relativa de la masa del capital total de la sociedad que absorbe cada esfera especial de producción.

El precio de coste de la mercancía es un precio dado, un supuesto independiente de la producción del capitalista. En cambio, el resultado de su producción es una mercancía que encierra plusvalía, un sobrante de valor sobre su precio de coste. La tesis de que el precio de coste es menor que el valor de la mercancía se convierte ahora, prácticamente, en la tesis de que el precio de coste es menor que el precio de producción. Respecto al capital total de la sociedad, donde el precio de producción es igual al valor, esta tesis es idéntica a esa otra según la cual el precio de coste es menor que el valor. Aunque esta tesis tiene un sentido diferente para las distintas esferas de producción, le sirve siempre de base el hecho de que, tratándose del capital total de la sociedad, el precio de coste de las mercancías producidas por él es menor que el valor o que el precio de producción, que aquí, en cuanto a la masa total de las mercancías

producidas coincide con ese valor. El precio de coste de una mercancía se refiere solamente a la cantidad del trabajo retribuido que en ella se contiene, mientras que el valor se refiere a la cantidad total de trabajo contenido en ella, tanto al retribuido como al no pagado; el precio de producción, por su parte, se refiere a la suma de trabajo retribuido más una determinada cantidad de trabajo o pagado, independiente de la esfera especial de producción de que se trata.

El precio de producción de las mercancías de cada rama especial de producción puede sufrir cambios de magnitud: 1º) permaneciendo idéntico el valor de las mercancías (de tal modo que su producción siga absorbiendo la misma cantidad de trabajo muerto y vivo), a consecuencia de un cambio operado en la cuota general de ganancia, independiente de la rama especial de producción de que se trate; 2º) permaneciendo idéntica la cuota general de ganancia, por efecto de un cambio de valor, ya sea dentro de la misma rama especial de producción, a consecuencia de cambios técnicos, ya sea a consecuencia de un cambio de valor de las mercancías que entran como elementos integrantes de su capital constante; 3º) finalmente, por la combinación de las dos circunstancias anteriores.

A pesar de los grandes cambios que continuamente ocurren en cuanto a las cuotas reales de ganancia de las distintas esferas de producción, la modificación efectiva de la cuota general de ganancia, cuando no se deba a acontecimientos económicos extraordinarios, es siempre el resultado muy tardío de una serie de fluctuaciones que se extiende a lo largo de amplios períodos de tiempo. Por otra parte, si se considera el capital total de la sociedad, la suma de valor de las mercancías producidas por él, o expresándola en dinero, su precio, es igual al valor del capital constante, más el valor del capital variable, más la plusvalía. Dando por supuesto como constante el grado de explotación del trabajo, la cuota de ganancia sólo puede cambiar aquí, si permanece idéntica la masa de plusvalía, en uno de estos dos casos: cuando cambie el valor del capital constante o el valor del capital variable, o cuando cambien los dos al mismo tiempo.

En cuanto a la masa, la plusvalía y la ganancia son idénticas. Sin embargo, la cuota de ganancia se distingue de antemano de la cuota de plusvalía. Lo que por el momento sólo aparece como una forma distinta

de cálculo. Pero, según Marx, esto oscurece y mistifica el verdadero origen de la plusvalía. Como en la cuota de ganancia la plusvalía se calcula sobre el capital total, al que se refiere como a su medida, la plusvalía aparece como derivada del capital total, como si emanase por igual de todas las partes que lo integran. Así se esfuma del concepto de la ganancia la diferencia orgánica entre el capital constante y el capital variable y la plusvalía niega su origen, pierde su carácter. En esta primera fase de la transformación, la verdadera diferencia de magnitud sólo existe entre la cuota de ganancia y la cuota de plusvalía, no entre la ganancia y la plusvalía mismas.

Otra cosa acontece tan pronto como se establece una cuota general de ganancia y, a través de ella, una ganancia media, correspondiente a la magnitud del capital empujado en las distintas esferas de producción. Actualmente, decía Marx, es obra del azar el que la plusvalía y, por tanto la ganancia obtenida realmente en una esfera concreta de producción coincidan con la ganancia que se contiene en el precio de venta de la mercancía. Por regla general, la ganancia y la plusvalía, no solamente sus cuotas correspondientes, son magnitudes realmente distintas. Partiendo de un grado dado de explotación del trabajo, la masa de la plusvalía obtenida en una rama especial de producción es ahora más importante para obtener la ganancia media total del capital de la sociedad, es decir, para la clase capitalista en su conjunto, que directamente para el capitalista dentro de cada rama especial de producción. Para éste solamente es importante siempre y cuando que la cantidad de plusvalía producida en su rama contribuya a determinar la regulación de la ganancia media. Pero éste es un proceso que se desarrolla a espaldas de él y que en realidad no le interesa. La verdadera diferencia de magnitud entre la ganancia y la plusvalía -y no sólo entre la cuota de ganancia y la cuota de plusvalía- en las distintas ramas de producción oculta enteramente la verdadera naturaleza y el origen de la ganancia, no sólo para el capitalista, sino también para el obrero. Con la transformación de los valores en precios de producción, se pierde de vista lo que constituye la base de la determinación del valor. Según Marx, los economistas anteriores a él, o bien prescindieron de las diferencias entre la plusvalía y la ganancia, la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia, para poder retener como base la determinación del valor, o bien renunciaron a toda base de razonamiento científico, para atenerse a las diferencias manifiestas en la superficie de

los fenómenos. Con esta confusión de los teóricos se revela cómo el capitalista, prisionero de la lucha de la concurrencia, tiene que sentirse completamente incapaz para captar a través de la apariencia la verdadera esencia interior y la estructura del proceso.

Todas las leyes sobre el alza y la baja de la cuota de ganancia expuestas en la sección primera del libro III de *El Capital* tienen, en realidad, la doble significación siguiente: 1) De una parte, trátase de las leyes de la cuota general de ganancia. Dado el gran número de causas distintas que hacen subir o bajar la cuota de ganancia, se podría creer que la cuota general de ganancia tiene que cambiar necesariamente día tras día. Pero el movimiento operado en una esfera de producción se encarga de neutralizar el de las otras y las influencias se entrecruzan y compensan entre sí. 2) Dentro de cada esfera de producción queda un margen para un período más o menos largo durante el cual oscila la cuota de ganancia de esta esfera antes de que las fluctuaciones, después del alza o la baja, se consoliden lo suficiente para ganar tiempo e influir en la cuota general de ganancia, adquiriendo así una importancia más que local.

Si en una esfera dada de producción aumenta o disminuye la porción de precio de coste que representa el valor del capital constante, esta porción proviene de la circulación y entra desde el primer momento, acrecentada o disminuida, en el proceso de producción de la mercancía. Por otra parte, si el número de obreros que trabaja produce en el mismo período de tiempo más o menos que antes; si, por tanto, permaneciendo invariable el número de obreros, cambia la cantidad de trabajo necesaria para la producción de una determinada masa de mercancías, puede ocurrir que la parte del precio de coste que representa el valor del capital variable no sufra alteración, es decir, que entre con la misma magnitud que antes en el precio de coste del producto total. No obstante, cada una de las mercancías cuya suma forma el producto total absorberá una cantidad mayor o menor de trabajo (pagado y también, por tanto, no retribuido) y asimismo, por consiguiente, una cantidad mayor o menor de lo que cueste este trabajo, es decir, una cantidad mayor o menor de salario. El salario total pagado por el capitalista sigue siendo el mismo, pero si se calcula en relación con cada unidad de la mercancía se ve que es distinto. Es, pues, como si se operase un cambio en cuanto a esta parte del precio de coste de la mercancía. Sin embargo, si el precio de coste de cada mercancía

aumenta o disminuye por efecto de estos cambios de valor, ya sea el de ella misma o el de los elementos que la forman y la ganancia media es, por ejemplo, del 10%, seguirá siendo del 10%. Así será, aunque este 10%, si uno se fija en cada mercancía por separado, represente una magnitud muy distinta según el cambio de magnitud provocado por el cambio de valor que se presupone en el precio de coste de cada mercancía. Con respecto al capital variable, el problema se embrolla o aparece ante el capitalista de modo que lo único que él y el economista ven es que la parte del trabajo retribuido que corresponde a cada unidad de mercancía, cambia al cambiar la productividad del trabajo. No ven que lo mismo exactamente ocurre con el trabajo no retribuido que se contiene en cada unidad; tanto menos lo ven cuanto que la ganancia media sólo se halla, en realidad, determinada fortuitamente por el trabajo no retribuido absorbido en su esfera de producción. Sólo a través de esta forma burda y carente de sentido se trasluce ahora el hecho de que el valor de las mercancías se determina por el trabajo contenido en ellas.

\* \* \*

La cuota general de ganancia se nivela por medio de la concurrencia. A este tema se vinculan otros dos: el de los precios comerciales y los valores comerciales y el de la ganancia extraordinaria. Marx los estudia sucesivamente. Hay distintas ramas de producción. Los capitales invertidos en ellas son de composición orgánica diferente. Por ello también son desiguales las magnitudes de trabajo puestas en movimiento en estas diferentes ramas de producción. A su vez, las masas de plusvalía logradas son proporcionales a las cantidades de trabajo puestas en acción en cada una de ellas. Consiguientemente, las cuotas de ganancia varían de una rama de producción a otra. Éste es el supuesto que Marx considera concordante con los hechos. Ahora bien, las divergencias entre las cuotas de ganancia tienden a ser eliminadas por obra de **la concurrencia**. Se ha de alcanzar una situación de equilibrio en la que capitales de magnitud igual proporcionen ganancias iguales, situación en la que los precios de todas las mercancías han de ser superiores a los gastos de producción en el mismo porcentaje. De esta manera tiende a establecerse una cuota de ganancia general, y una media de las cuotas de ganancia en todas las ramas de actividad. Cuando Marx habla de “ganancia media” se refiere a la ganancia que en conformidad con esta cuota general, corresponde a “un

capital de magnitud dada y de cualquier composición orgánica”. Entonces, aparece en la exposición de su pensamiento la noción de “precio de producción”. Éste es el precio de una mercancía obtenido cuando se agrega a su precio de coste “la parte de la ganancia anual media que, proporcionalmente a las condiciones de la rotación, corresponde al capital empleado en su producción”.

Si se presupone, según lo hace Marx, como un hecho el establecimiento de la cuota general de ganancia, de la ganancia media y también, por tanto, la transformación de los valores en precio de producción, se plantea este interrogante: ¿cómo influyen sobre los precios de producción de las mercancías, que se suponen como factores dados, un aumento o una disminución generales de los salarios? Es éste un problema muy secundario, comparado con los demás puntos importantes estudiados aquí. Para Marx, el precio de producción de una mercancía sólo puede variar por dos causas: **Primera**, porque cambie la cuota general de ganancia. **Segunda**, permaneciendo inalterable esta cuota, el precio de producción de una mercancía sólo puede variar porque varíe su propio valor; porque se necesita una cantidad mayor o menor de trabajo para reproducir esta mercancía, o porque cambie la productividad del trabajo que produce la mercancía en su forma definitiva, o bien porque sufra alteración la del trabajo productor de aquellas que contribuyen a su producción.

\* \* \*

La concurrencia nivela las cuotas de ganancia de las distintas ramas de producción sobre la base de la ganancia media, convirtiendo con ello los valores de los productos de estas distintas ramas en precios de producción. Esto se opera mediante la continua transferencia de capitales de unas ramas a otras, en que la ganancia excede por el momento de la ganancia media. El movimiento de los capitales responde siempre, en primer término, al estado de los precios comerciales, que en unas partes hacen subir las ganancias por encima del nivel medio y en otras partes las hacen descender por debajo de él. Se prescinde, por el momento, del capital comercial, que aquí no interesa y que puede extraer con una rapidez extraordinaria masas de capital de una rama comercial para lanzarlas a otra con la misma celeridad. En la verdadera producción -

industria, agricultura, minería, etc.-, se comprueba que la transferencia de capitales de unas ramas a otras tropieza con dificultades considerables, sobre todo por razón del capital fijo existente. Además, la experiencia enseña que si una rama industrial, por ejemplo, la del algodón, arroja en un determinado momento ganancias extraordinarias altas, pasado algún tiempo rinde en cambio ganancias muy reducidas o deja incluso pérdidas. Es ésta una experiencia con la que el capital aprende a contar desde muy pronto.

Lo que **no** revela la concurrencia es la determinación del valor que domina el movimiento de la producción. Ella sí revela, por el contrario: 1) las ganancias medias, las cuales son independientes de la composición orgánica del capital en las distintas ramas de producción y también, por tanto, de la masa de trabajo vivo que un capital dado puede apropiarse en una determinada rama de explotación; 2) el alza y la baja de los precios de producción como consecuencia del cambio operado en cuanto al volumen del salario, fenómeno que a primera vista contradice totalmente el de la proporción de valor entre las diversas mercancías; 3) las fluctuaciones de los precios comerciales, que reducen el precio comercial medio de las mercancías en un período de tiempo dado, no **al valor** comercial, sino a un precio de producción comercial que difiere del valor comercial y es muy distinto de él. Todos estos fenómenos **parecen** contradecir tanto a la determinación del valor por el tiempo de trabajo como a la esencia de la plusvalía en cuanto formada por trabajo sobrante no retribuido. **Por consiguiente**, según Marx, **en el mundo de la concurrencia todo se presenta invertido**.

Cuando la producción capitalista alcanza cierto grado de desarrollo la compensación entre las diversas cuotas de ganancia vigentes en las distintas ramas para formar una cuota general de ganancia ya no se opera, ni mucho menos, simplemente por el juego de la atracción y de la repulsa en el que los precios comerciales atraen o repelen al capital. Cuando los precios medios y los precios comerciales que a ellos corresponden se han consolidado durante algún tiempo, los distintos capitalistas adquieren la **conciencia** de que en este proceso se compensan **determinadas diferencias** y las incluyen en sus cálculos mutuos. La idea fundamental en torno a la que gira todo esto es la idea de que los capitales de igual magnitud tienen necesariamente que arrojar, en los mismos períodos de

tiempo, ganancias iguales, Idea basada, a su vez, en la concepción de o que el capital de cada rama de producción tiene que participar en la plusvalía total lograda por el capital global de la sociedad en proporción a su magnitud, o bien que cada capitalista debe concebirse en realidad un accionista de la gran empresa colectiva, interesado en la ganancia total en proporción a la magnitud del capital con que en ella participa. A esta idea responden unos cálculos, que los capitalistas efectúan. Lo que la concurrencia no les revela a los capitalistas es que todas las causas de compensación que ellos hacen valer al establecer los cálculos mutuos de los precios de las mercancías vigentes en diversas ramas de producción se relacionan entre sí simplemente por el hecho de que todas ellas tienen iguales derechos a participar en la plusvalía total, en proporción a sus capitales respectivos.

### Sección tercera

#### Ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia

Después de haber investigado cómo la ganancia se convierte en ganancia media, expone Marx la “ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia”. Es éste un tema de singular importancia en la concepción de él sobre el régimen de producción capitalista y su desarrollo hacia el futuro. Para él, la misma cuota de plusvalía, sin necesidad de que varía el grado de explotación del trabajo, se traduce en una cuota decreciente de ganancia, porque al aumentar su volumen material aumenta también, aunque no en la misma proporción, el volumen de valor del capital constante, y por tanto, el del capital en su conjunto. Este cambio gradual en la composición del capital se da, más o menos, en todas las ramas de producción, y ciertamente, en las esferas de producción decisivas. Por consiguiente, afecta a la composición orgánica media del capital total en una determinada sociedad. Y el incremento gradual del capital constante en relación al variable tiene como resultado “**un descenso gradual de la cuota general de ganancia**”, siempre que permanezca invariable la cuota de plusvalía. Conforme se desarrolla la producción capitalista, decrece en términos relativos el capital variable con respecto al constante y, por consiguiente, en proporción a todo el capital puesto en movimiento. La tendencia progresiva de la cuota general de ganancia a bajar, sólo es una expresión del desarrollo ascendente de la fuerza productiva social del trabajo. Si bien la cuota de ganancia puede descender también transitoriamente por otras razones, aquí interesa destacar que a medida que se desarrolla la producción capitalista, la cuota general media de plusvalía tiene necesariamente que traducirse en una cuota general de ganancia decreciente. Trátase de una ley sencilla. Según ella, si se parte de cualquier cantidad determinada del capital social medio, por ejemplo, de un capital de 100, la porción destinada a medios de trabajo tiende siempre a aumentar y la destinada a trabajo vivo a disminuir. El descenso relativo del capital variable y el relativo aumento del capital constante, aunque ambas partes crezcan en términos absolutos, sólo es una manera distinta de designar la mayor productividad del trabajo.

La cuota de ganancia disminuye, no porque disminuya la masa de trabajo vivo, sino porque aumenta la masa de trabajo materializado puesta

en movimiento por ella. La disminución es relativa, no absoluta, y no tiene en realidad nada que ver con la magnitud absoluta del trabajo y del trabajo sobrante puestos en movimiento. Algo más: la masa total de la ganancia puede aumentar a pesar del enorme descenso operado en cuanto a la proporción entre esta masa de ganancia y el capital total invertido; también puede aumentar a pesar del enorme descenso operado en cuanto a la cuota de ganancia. Y no sólo puede ocurrir esto, sino que, además -prescindiendo de fluctuaciones transitorias- “tiene necesariamente que ocurrir donde quiera que impere la producción capitalista”.

Hay usas causas que concentran masas de ejércitos obreros bajo el mando de capitalistas aislados. Esas mismas causas hacen que se incremente la masa del capital fijo invertido y la de las materias primas y auxiliares en crecientes proporciones con respecto a la masa del trabajo vivo empelado. Pero, se ha de aclarar -según Marx- que a base de una población obrera dada, cuando aumenta la cuota de la plusvalía, ya sea porque se prolongue o se intensifique la jornada de trabajo, ya porque descienda el valor de los salarios como consecuencia del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, la masa de la plusvalía y, por tanto, la masa absoluta de la ganancia tiene necesariamente que aumentar. Así ha de ser a pesar de la disminución relativa del capital variable en proporción al capital constante.

Hecha esta aclaración, se pregunta Marx ¿bajo qué forma ha de presentarse la ley de doble filo de que se trata, ley que, por una parte, se traduce en el descenso de la **cuota** de ganancia y, por otra parte, obedeciendo a las mismas causas, se expresa en el aumento simultáneo de la **masa** absoluta de ganancia? Esta ley se basa en el hecho de que bajo las condiciones de que se parte, aumenta la masa de trabajo sobrante y, por tanto, de plusvalía apropiada. Pero, a la vez, desde el punto de vista del capital total y de los distintos capitales como simples fragmentos del capital en su conjunto, se da por admitido que la ganancia y la plusvalía constituyen magnitudes idénticas. ¿Cómo es ello posible? Para enfrentar estos interrogantes, Marx toma la parte alícuota del capital sobre la cual calculará la cuota de ganancia, por ejemplo, 100. Desarrolla minuciosamente el ejemplo para demostrar cómo el fenómeno mismo del descenso responde a la naturaleza del desarrollo del proceso de la producción capitalista. Hay unas causas que determinan un descenso

absoluto de la plusvalía y, por tanto, de la ganancia correspondiente a un determinado capital y también, por consiguiente, de la cuota de ganancia calculada porcentualmente. Esas mismas causas producen igualmente un aumento de la masa absoluta de la plusvalía y, por tanto, de la ganancia apropiada por el capital social, es decir, por la totalidad de los capitalistas. Ahora bien, ¿qué condiciones van implícitas en esta aparente contradicción? Para resolver esta cuestión comienza Marx destacando que a medida que disminuye relativamente el capital variable se necesita una masa cada vez mayor de capital total para poner en movimiento la misma cantidad de fuerza de trabajo y absorber la misma masa de trabajo sobrante. Por consiguiente, en la misma proporción en que se desarrolla la producción capitalista, se desarrolla la posibilidad de una población obrera relativamente sobrante, no porque **disminuya** la capacidad productiva del trabajo social, sino porque **aumenta**; por consiguiente, no por una desproporción absoluta entre el trabajo y los medios de existencia o los medios destinados a producirlos, sino por una desproporción nacida de la explotación capitalista del trabajo, la desproporción entre el aumento progresivo del capital y su necesidad relativamente decreciente de población sobrante. Para que la masa de ganancia siga siendo la misma aun disminuyendo la cuota de ganancia, es menester que el capital aumente en la misma proporción en que esa disminución se produce. Si, por el contrario, se trata de que aumente, el capital tendrá que aumentar en mayor proporción que aquella en que disminuye la cuota de ganancia. Es decir, para que la parte variable del capital total, no sólo permanezca inalterable, sino que además aumente en términos absolutos, aunque disminuya el tanto por ciento que represente como parte de este capital total, es necesario que éste aumente en mayor proporción que aquella en que disminuye el tanto por ciento que el capital variable representa. Si la parte variable de un capital = 100 desciende de 40 a 20, el capital total tendrá que aumentar a más de 200 para poder empear un capital variable mayor de 40.

Las mismas causas que producen la tendencia a la baja de la cuota general de ganancia determinan una acumulación acelerada del capital, y consiguientemente, el aumento de la magnitud absoluta o masa total del trabajo sobrante, de la plusvalía o ganancia, que se apropia. Pero, como en la concurrencia y, por tanto, en la conciencia de sus agentes, todo se presenta invertido, también aparece invertida esta ley, es decir, esta

conexión íntima y necesaria entre dos cosas que en apariencia se contradicen. Un capitalista que dispone de un capital grande obtiene una masa mayor de ganancia que un pequeño capitalista que percibe ganancias aparentemente altas. El examen de la concurrencia revela que, en ciertas circunstancias, si el capitalista grande quiere extender su radio de acción en el mercado, desplazar a los capitalistas pequeños, como ocurre en tiempo de crisis, reduce intencionalmente su cuota de ganancia para eliminar a los pequeños capitalistas. El capital comercial, sobre todo, presenta fenómenos que hacen aparecer la baja de la ganancia como efecto de la expansión de los negocios y, por tanto, de la expansión del capital. Consideraciones superficiales parecidas a éstas se desprenden de la comparación entre las cuotas de ganancia que rigen en distintas ramas comerciales, es según que se hallen sometidas Al Régimen de la libre concurrencia o al régimen del monopolio. Marx, al decirlo, señala los “extremos de superficialidad a que llegan las ideas al proyectarse en las cabezas de los agentes de la producción”, y lo ilustra con las opiniones de algunos economistas.

La ley según la cual la baja de la cuota de ganancia determinada por el desarrollo de la fuerza productiva va acompañada por el aumento de la masa de ganancia se traduce también en otro hecho que Marx indica: la baja de precio de las mercancías producidas por el capital lleva aparejado un aumento relativo de las masas de ganancia que en ellas se contienen y que se realizan por medio de la venta.

\* \* \*

La ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, es una “ley general”. Diversas causas la “contrarrestan”. Se trata de un juego de influencias que neutralizan los efectos de ella, dándole, así, simplemente el carácter de una **tendencia**. Entre las causas que la contrarrestan, las más generalizadas son: 1) el aumento del grado de explotación del trabajo, mediante la prolongación de la jornada y mediante la intensificación del trabajo mismo; 2) la reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo; 3) el abaratamiento de los elementos que forman el capital constante; 4) la superpoblación relativa, inseparable del desarrollo de la capacidad productiva del trabajo, que se traduce en el descenso de la cuota de ganancia, y este desarrollo acelera su proceso; 5)

el comercio exterior, cuando abarata los elementos del capital constante o los medios de subsistencia de primera necesidad en que se invierte el capital variable; 6) el aumento del capital-acciones,

Cuando la cuota decreciente de ganancia coincide con el aumento de la masa de ganancia, el capitalista se apropiará en la categoría del capital una parte mayor del producto anual del trabajo, como reposición del capital consumido, y una parte menor en la categoría de la ganancia. El concepto de capital se crea merced al divorcio de las condiciones de trabajo, de un lado, y, de otro, los productores. Este concepto aparece con la acumulación originaria y luego se presenta como proceso constante en la acumulación y concentración del capital. Tal proceso se traduce, por fin, en la centralización de los capitales ya existentes en pocas manos y en la descapitalización, fenómeno en que ahora se convierte la apropiación de muchos capitalistas. Este proceso no tardaría en llevar a la producción capitalista a la hecatombe, si no existiesen otros factores, que actúan continuamente en un sentido descentralizador al lado de esta fuerza centrípeta.

Hay uno que Marx llama “conflicto entre la expansión de la producción y la valorización”. El desarrollo de la capacidad social productiva del trabajo se manifiesta de dos modos: 1) en la magnitud de las fuerzas productivas ya producidas, en el volumen de valor y en el volumen de masa de las condiciones de producción en que la nueva producción se desarrolla y en la magnitud absoluta del capital productivo ya acumulado; 2) en la relativa pequeñez del capital invertido en salarios, comparado con el capital total, para la producción en masa, lo cual supone, a su vez, la concentración del capital. En cuanto a la fuerza de trabajo empleada, el desarrollo de la capacidad productiva se revela también de dos modos: a) en la reducción del tiempo de trabajo indispensable para la reproducción de la fuerza de trabajo; b) en la disminución de la cantidad de fuerza de trabajo empleada para poner en movimiento un capital dado. Estos dos movimientos que se condicionan entre sí y son fenómenos en los que se manifiesta la misma ley, actúan en sentido opuesto sobre la cuota de ganancia.

Indirectamente, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo contribuye al aumento del valor-capital existente, porque aumenta la masa

y la variedad de los valores de uso en que se materializa el mismo valor de cambio y que constituyen el sustrato material, los elementos objetivos del capital, los objetos que forman directamente el capital constante, o, indirectamente, al menos, el capital variable. Con el mismo capital y el mismo trabajo se adquieren más cosas que, independientemente de su valor de cambio, pueden convertirse en capital; cosas que pueden servir para absorber trabajo adicional y, por tanto, trabajo adicional sobrante, creando de este modo menos capital adicional. La masa de trabajo de que el capital puede disponer no depende de su valor, sino de la masa de materias primas y materias auxiliares, de la maquinaria y los elementos del capital fijo, de los medios de subsistencia que forman ese capital, cualquiera que su valor sea. Al crecer de este modo la masa del trabajo empleado, incluyendo, por tanto, el trabajo sobrante, crece también el valor del capital reproducido y de la plusvalía nueva a él incorporada. En estos dos factores alienta una contradicción, que se manifiesta en una serie de tendencias y fenómenos contradictorios. Estos dos factores, pugnantemente entre sí, actúan a la vez, el uno contra el otro.

Justo con los impulsos de aumento real de la población obrera procedentes del aumento de la parte del producto total de la sociedad que actúan como capital, entran en juego los factores que crean una superpoblación simplemente relativa. Al mismo tiempo que disminuye la cuota de ganancia, aumenta la masa de los capitales y, paralelamente con ello, se desarrolla una depreciación del capital existente; se imprime un impulso acelerado a la acumulación de valor capital. a la vez que se desarrolla la capacidad productiva, se desarrolla también la composición más alta del capital, la disminución relativa del capital variable con respecto al constante. El conflicto entre estos factores en pugna se abre paso periódicamente en forma de crisis. **Las crisis son siempre violentas soluciones momentáneas de las contradicciones existentes, que restablecen pasajeramente el equilibrio roto.**

La depreciación periódica del capital existente, medio encaminado a contener el descenso de la cuota de ganancia y a acelerar la acumulación del valor-capital con la creación de capital nuevo, perturba las condiciones dadas en que se desarrolla el proceso de circulación y reproducción del capital. De ahí, las súbitas paralizaciones y crisis del proceso de producción. El descenso relativo del capital variable con

respecto al constante, paralelo al desarrollo de las fuerzas productivas, sirve de acicate al crecimiento de la población obrera, creando constantemente una superpoblación artificial. La acumulación del capital, considerada en cuanto al valor, es amortiguada por la cuota decreciente de ganancia para acelerar más aún la acumulación de valor de uso, mientras que ésta imprime, a su vez, nuevo impulso a la acumulación, considerada en cuanto al valor.

La producción capitalista aspira siempre a superar estos límites inmanentes a ella, pero sólo puede superarlos recurriendo a medios que vuelvan a levantar ante ella estos mismos límites todavía con mayor fuerza. El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, el capital y su propia valorización constituyen el punto de partida y la meta de la producción; el hecho de que aquí la producción sólo es producción para el capital y no, a la inversa, los medios de producción simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la sociedad de los productores,. Por eso, los límites dentro de los cuales tiene que moverse la conservación y valorización del valor-capital, que descansa en la expropiación y depauperización de las grandes masas de los productores, chocan constantemente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir sus fines y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, al desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo. El medio empleado -desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas- choca siempre con el fin perseguido, que es un fin limitado: la valorización del capital existente. El régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente. Pero, al propio tiempo, en el régimen capitalista hay una contradicción constante entre esta misión histórica y las condiciones sociales de producción que le son propias. Se crea, así, un estado de cosas que Marx estudia bajo el título “exceso de capital y exceso de población”.

Al disminuir la cuota de ganancia, aumenta el mínimo de capital que cada capitalista necesita manejar para poder dar un empleo a su trabajo. Un capital grande con una cuota de ganancia pequeña acumula más rápidamente que un capital pequeño con una cuota de ganancia grande.

Cuando esta creciente concentración llega a un cierto nivel, provoca un nuevo descenso de la cuota de ganancia. La superproducción de capital, no de mercancías sueltas, no indica, según lo explica Marx, otra cosa que superacumulación de capital. Para comprender lo que es esta superacumulación, basta enfocarla en términos absolutos. Habrá una superproducción absoluta de capital, es decir una superproducción que abarque las ramas de producción en su totalidad, tan pronto como el capital Adicional para los fines de la producción capitalista sea = 0. La finalidad de la producción capitalista es, como se sabe, la producción de plusvalía, de ganancia. Por consiguiente, tan pronto como el capital aumentase en tales proporciones con respecto a la población obrera que ya no fuese posible ni extender el tiempo absoluto de trabajo rendido por esta población, ni ampliar el tiempo relativo de trabajo sobrante, se presentaría una superproducción absoluta de capital. Entonces, el capital acrecentado no produciría más ganancia, sino, tal vez menos, que el capital antes de acrecentarse. En ambos casos se produciría también una fuerte y súbita baja de la cuota general de ganancia, pero esta vez por razón de un cambio operado en la composición del capital que no se debe al desarrollo de la capacidad productiva, sino a un alza del valor del dinero del capital variable (a consecuencia de la suba de salarios) y al correspondiente descenso en la proporción entre el trabajo sobrante y el trabajo necesario.

En realidad, la cosa se presentaría de modo que una parte del capital quedaría total o parcialmente ociosa y la otra parte se valorizaría a una cuota más baja de ganancia por efecto de la presión del capital ocioso u ocupado sólo a medias. Y, entonces, sería indiferente que una parte del capital adicional viniese a sustituir al capital antiguo, pasando éste, con ello, a ocupar un puesto entre el capital adicional. Pero, siempre se tendría, de una parte, la suma de capital antiguo y, de otra parte, la suma adicional. La baja de la cuota de ganancia iría acompañada aquí por una disminución absoluta de la masa de ganancia, pues, según los supuestos de que se parte, la masa de la fuerza de trabajo empleada no aumenta, ni crece tampoco la cuota de plusvalía, ni, consiguientemente, la masa de ésta. Y la masa reducida de ganancia tendría que calcularse a base de un capital total acrecentado. Y, aun suponiendo que el capital activo siguiese valorizándose a base de la antigua cuota de ganancia y que, por tanto, la masa de ganancia siguiese siendo la misma, se calcularía a pesar de todo a

base de un capital total acrecentado, lo cual implica también un descenso de la cuota de ganancia. Habrá disminuido, en términos absolutos, la valorización del capital antiguo. Pero la cuota de ganancia no disminuirá sin concurrencia por el mero hecho de la superproducción de capital, sino, a la inversa: la lucha de la concurrencia se desatará ahora, pues la baja de la cuota de ganancia y la superproducción de capital obedecen a las mismas causas. Siempre quedará ociosa necesariamente una parte del antiguo capital, en la medida en que ha de funcionar como tal capital y valorizarse. Qué parte concreta quedará ociosa, es lo que tiene que decidir la lucha de la concurrencia. Mientras las cosas van bien, la concurrencia actúa como una hermandad práctica de la clase capitalista. Pero cuando ya no se trata precisamente del reparto de las ganancias, sino de las pérdidas, cada cual procura reducir en la medida de lo posible la parte alícuota que en ellas le corresponde. Las pérdidas son inevitables para la clase en su conjunto. La fuerza y la astucia deciden qué parte de ellas tiene que soportar cada capitalista.

Estas nuevas diferencias se allanarán, y se impondrán de nuevo las condiciones correspondientes a un "sano" desarrollo de la producción capitalista, merced a una serie de procesos. Por obra de ellos, medios de producción dejarán de funcionar por un período más o menos largo. Habrá inmovilización y destrucción de capital en mayor proporción. La destrucción principal y la de carácter más agudo es la referente a los "valores" del capital. La parte del valor-capital que presenta simplemente la forma de un derecho a participar en la futura plusvalía queda inmediatamente depreciada con la disminución de los ingresos a base de los cuales se calcula. Una parte del oro y la plata contantes queda inmovilizada, no funciona como capital. Una parte de las mercancías que figuran en el mercado sólo puede afectar su proceso de circulación y reproducción mediante una contracción enorme de sus precios. Asimismo quedan más [o] menos depreciados los elementos del capital fijo. El proceso de reproducción resulta paralizado y embrollado por la baja general de los precios. Esta perturbación y paralización afecta la función del dinero como medio de pago. Se interrumpe en cien lugares distintos la cadena de las obligaciones de pago en determinados plazos, se produce la bancarrota del sistema de crédito que se desarrolla simultáneamente con el capital. Así se llega a agudas y violentas crisis: se perturba y paraliza

realmente el proceso de reproducción, lo que determina el consiguiente descenso de ésta.

Pero, al mismo tiempo, entrarán en juego otros factores. La paralización de la producción dejará ociosa a una parte de la clase obrera y, con ello, la parte que trabaja se verá colocada en condiciones en que no tendrá más remedio que acceder a una reducción de los salarios, aun por debajo del nivel medio; operación ésta que tiene para el capital exactamente los mismos efectos que si, manteniendo el nivel medio de los salarios, aumentase la plusvalía. La baja de los precios y la lucha de la concurrencia, sirven, además, de estímulo a cada capitalista para aumentar el valor individual de su producto total por encima de su valor general mediante el empleo de nuevas máquinas, de nuevos métodos de trabajo perfeccionados y de nuevas combinaciones. Así, disminuye la proporción del capital variable con respecto al constante y se crea una superpoblación artificial de obreros. Además, la depreciación de los elementos del capital constante será, a su vez, un factor que llevará implícita la elevación de la cuota de ganancia. La masa de capital constante empleado aumentará con relación al capital variable, pero el valor de esta masa podrá disminuir, a pesar de ello. La paralización de la producción así operada preparará una ampliación posterior de la producción dentro de los límites propios del capitalismo. De este modo, se reanuda de nuevo el círculo. Una parte del capital, depreciada por la paralización de su funcionamiento, recobrará su antiguo valor. Por lo demás, al extenderse las condiciones de producción, al ampliarse el mercado y al aumentar la capacidad productiva, se reanuda el mismo círculo vicioso de antes.

Pero, aun bajo el supuesto extremo de que se parte aquí, la superproducción absoluta de capital es, simplemente, una superproducción de medios de producción en cuanto se destinan a funcionar como capital, a producir un valor adicional. Pero será, a pesar de todo, superproducción, porque el capital no se hallará en condiciones de explotar el trabajo en un grado condicionado por el desarrollo “sano, normal”, del proceso de explotación capitalista, que acreciente, por lo menos, la masa de la ganancia con la masa creciente del capital empleado, es decir, que excluye el que la cuota de ganancia disminuya más rápidamente de lo que el capital aumenta.

Superproducción de capital sólo significa superproducción de medios de producción -medios de trabajo y de subsistencia- susceptibles de funcionar como capital, es decir, de ser empleados para explotar el trabajo hasta un cierto grado. Y, he ahí, que los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a la masa como en cuanto al valor, y que hacen bajar la cuota de ganancia, han creado y crean constantemente una superpoblación de obreros. Y el capital sobrante no emplea esa superpoblación, por el bajo grado de explotación del trabajo en que tendría que emplearla o, al menos, por la baja cuota de ganancia que se obtendría con este grado de explotación. La conclusión de Marx es que "capital sobrante" y "población relativamente sobrante" existen el uno al lado de la otra y se condicionan mutuamente.

Según Marx, la misión histórica del régimen capitalista de producción consiste en desplegar la capacidad productiva del trabajo humano en una progresión geométrica implacable. Pero traiciona esta misión histórica cuando él mismo se interfiere como un obstáculo ante el desarrollo de la productividad. Con ello sólo demuestra una cosa: que este régimen de producción va caducando con el tiempo y tendiendo a desaparecer.

Marx concluye destacando estos tres hechos fundamentales de la producción capitalista: 1) Concentración de los medios de producción en pocas manos, con lo que dejan de aparecer como propiedad de los productores directos y se convierten, por el contrario, en potencias sociales de la producción. Aunque, por el momento, como propiedad privada de los capitales. Estos son *trustees* (fideicomisarios) de la sociedad burguesa, pero se embolsan todos los frutos de esta misión fideicomisaria. 2) Organización del trabajo mismo como trabajo social, por medio de la cooperación, la división del trabajo y la combinación de éste con las ciencias naturales. Tanto en uno como en otro aspecto, el régimen de producción capitalista suprime la propiedad privada y el trabajo privado, aunque bajo formas antagónicas. 3) Implantación del mercado mundial.

La inmensa capacidad productiva y el aumento de los valores-capitales, que crecen mucho más rápidamente que la población, se hallan en contradicción con la base cada vez más reducida, en proporción a la

creciente riqueza, para la que esta inmensa capacidad productiva trabaja. También se hallan en contradicción con el régimen de valorización de este capital cada vez mayor. De aquí las crisis.

#### **Sección cuarta** **Cómo se convierte el capital-mercancías** **en el capital-dinero de comercio** **(Capital comercial)**

El capital mercantil o comercial se desdobra en dos formas o categorías: el capital-mercancías de comercio y el capital-dinero de comercio. Según Marx, ciertas características distinguen al capital comercial del capital industrial.

Una parte del capital total de la sociedad se halla siempre en el mercado como mercancías dispuestas a convertirse en dinero; otra parte, en dinero dispuesto a convertirse en mercancías. Como esta función del capital sujeto al proceso de circulación en general se sustantiva como función específica de un determinado capital y se plasma como función de una determinada categoría de capitalistas, el capital-mercancías se convierte en capital comercial.

El capital-mercancías de comercio o capital comercial es la forma transfigurada de una parte del capital de circulación que figura constantemente en el mercado, sujeto al proceso de metamorfosis y encuadrado continuamente en la órbita de circulación. Esto se ha [de] decir “de una parte”, porque una parte de las ventas y compras de mercancías se realizan de un modo constante directamente entre los mismos capitalistas industriales. De esta parte prescinde Marx en la presente investigación. El comerciante en mercancías aparece primeramente en el mercado como representante de una cierta suma de dinero que desembolsa como capitalista para obtener el valor primitivo de la suma más una ganancia. Pero si no se lo considera simplemente como capitalista, sino como **comerciante en mercancías**, es evidente que su capital debe aparecer primitivamente en el mercado bajo la forma de capital-dinero, ya que él no produce mercancías, sino que se limita a comerciar con ellas. Para esto, lo primero que tiene que hacer es comprar las mercancías, hallarse en posesión de un capital-dinero. a la cuestión de cuál es la relación existente entre este capital-mercancías de comercio y el capital-mercancías como simple modalidad del capital-industrial, se ha de responder. Primero: el hecho de que el capital-mercancías en manos de un

agente distinto de su productor, efectúe en el mercado su definitiva transformación en dinero; su primera metamorfosis, por medio de las operaciones del comerciante, hace que esta función como capital-mercancías se plasme como un negocio distinto de las demás funciones del capital industrial e independiente, por tanto, de ellas. Segundo: el agente independiente de circulación, el comerciante, desembolsa en esta su posición capital-dinero. Lo que para el capital industrial sujeto a su proceso de reproducción aparece simplemente como M-D, aparece para el comerciante como D-M-D', como compra y venta de la misma mercancía y, por tanto, como reflujo del capital-dinero, que se alejó de él en la compra y que retorna a él por medio de la venta. El capital del comerciante siempre encuadra dentro de la órbita de circulación del capital. Algo más se ha de decir: tan pronto como un productor ha vendido al comerciante cierta cantidad de mercancías por una suma de dinero, destina el dinero así obtenido a comprar medios de producción y su capital vuelve a entrar así en el proceso de producción. Para el productor se ha efectuado la transformación de la mercancía en dinero. En cambio, en cuanto la mercancía no ha vuelto a convertirse todavía definitivamente en dinero, el comerciante representa en el mercado el mismo capital-mercancías que el productor representaba en él primitivamente. El proceso de la metamorfosis se ha acertado para el productor, pero continúa en manos del comerciante.

En el caso de que el capital comercial no rebase sus proporciones necesarias, deberá suponerse: 1°. que a consecuencia de la división del trabajo, el capital destinado exclusivamente a comprar y vender es menor de lo que sería si el capital industrial tuviese que explotar directamente toda la parte mercantil de su industria; 2°. que al ocuparse el comerciante exclusivamente de este negocio, no sólo se convierte antes en dinero la mercancía para el productor, sino que el mismo capital-mercancía consume su metamorfosis más rápidamente de lo que haría en manos del propio productor; 3°. que, considerando el capital comercial como un todo en relación con el capital industrial, una rotación del capital comercial puede representar, no sólo las rotaciones de muchos capitales en una rama de producción, sino las rotaciones de una serie de capitales en distintas ramas de producción. La celeridad de circulación del capital-dinero desembolsado por el comerciante depende de la celeridad con que se renuevan y entrelazan los procesos de producción y de la celeridad del consumo.

El capital industrial sólo realiza ganancia contenida ya en el valor de la mercancía como plusvalía. A su vez, el capital comercial la realiza pura y simplemente porque en el precio de la mercancía realizado por el capitalista industrial aún no se ha realizado en su totalidad la plusvalía o la ganancia. El precio de venta del comerciante no es, por tanto, superior al precio de compra porque aquél era superior, sino porque éste es inferior al valor total. Por consiguiente, el capital comercial contribuye a la compensación de la plusvalía para formar la ganancia media, a pesar de no entrar en la producción de esta plusvalía. La cuota general de ganancia implica ya la deducción de la plusvalía correspondiente al capital comercial, es decir, una deducción de la ganancia del capital industrial. De esto se desprenden dos consecuencias: a) Cuanto mayor se el capital comercial en proporción al industrial, menor será la cuota de la ganancia industrial, y viceversa; b) si la cuota de ganancia expresa siempre una cuota menor que la cuota de la plusvalía real, ahora se ha de reconocer que la cuota media de la ganancia del capitalista directamente explotador expresa la cuota de ganancia en proporción menor de la real.

En el valor de la mercancía no entra ningún elemento adicional para el capital en dinero desembolsado por el comerciante. El recargo sobre el precio de donde el comerciante saca su ganancia es, simplemente, igual a la parte de valor de la mercancía que el capital productivo ha dejado en el precio de producción de ésta. Con su precio de compra del capital-mercancías repone su precio de producción = D, en dinero. Su precio de venta es = D + AD, donde AD expresa el recargo sobre el precio de la mercancía determinado por la cuota general de ganancia. El comerciante anticipa al industrial el dinero que éste hubiera obtenido si vendiese sus mercancías al último consumidor. El comerciante se limita a anticipar el pago efectuado por el consumidor. Sin embargo, esto sólo es exacto si se da por supuesto, como hasta aquí se ha venido haciendo, que el comerciante no tiene ningún gasto o que, además del capital-dinero que debe desembolsar para comprar la mercancía al productor, no se ve obligado a desembolsar en el proceso de la metamorfosis de las mercancías, de la compra y la venta, ningún otro capital circulante ni fijo. Pero la realidad es otra, como se comprueba al examinar lo referente a los gastos de circulación.

Los gastos puramente comerciales de circulación se reducen a los gastos necesarios para realizar el valor de la mercancía, convirtiéndolo de mercancía en dinero o de dinero en mercancía, para facilitar su cambio. Estos gastos no se efectúan en la producción del valor de uso de las mercancías, sino en la realización de su valor. No entran en el proceso directo de producción, sino en el proceso de circulación y, por tanto, en el proceso total de la reproducción. La única parte de estos gastos que aquí interesa es la invertida en capital variable, que procede de la forma económica del producto como mercancía. El comerciante, como tal, al seguir sirviendo de vehículo a las funciones del capital en la órbita de la circulación, después que el capitalista productivo deja de hacerlo, se limita a ocupar el puesto del capitalista industrial. El tiempo de trabajo que aquí se invierte se dedica a operaciones que son necesarias en el proceso de reproducción del capital, pero no añade ningún valor. Si el comerciante no realizase estas operaciones, no continuaría la función interrumpida del capitalista industrial ni podría, pues, participar como capitalista, prorrata de su capital desembolsado, en la masa de ganancia producida por la clase de los capitalistas industriales. Para poder participar en la masa de plusvalía, el capitalista comercial no necesita, por tanto, en principio, emplear obreros asalariados. Tratándose de negocios y capitales pequeños, puede ocurrir que sea él mismo su único obrero.

Para el capitalista industrial, la prolongación de las operaciones circulatorias representa: 1º pérdida personal de tiempo, cuando ello le impide efectuar por sí mismo su función como dirigente del proceso de producción; 2º persistencia prolongada de su producto, bajo forma de dinero o de mercancías, en el proceso de circulación. A fin de que el proceso de producción no se interrumpa, hay dos caminos: o restringir la producción o desembolsar capital-dinero adicional que permita mantener constantemente el proceso de producción en la misma escala. Lo cual equivale en cada uno de los casos a obtener una ganancia menor con el mismo capital anterior o bien obtener la misma ganancia de antes, pero desembolsando capital-dinero adicional. Cuando actúa el comerciante, es él quien dedica tiempo al proceso de circulación, en vez del capitalista industrial. Y en vez de ser éste quien desembolsa el capital adicional para la circulación, lo desembolsa el comerciante.

Cuando el capitalista industrial actúa como su propio comerciante, invierte un capital para la realización del valor de su capital-mercancía, para el proceso de circulación. El capital adicional, así invertido, no engendra plusvalía. Son gastos que tienen que resarcirse del valor mismo de las mercancías; dicho de otro modo, una parte de este valor tendrá que destinarse a hacer frente a esos gastos de circulación, pero sin que ello produzca una plusvalía adicional. Por lo tanto, una parte del capital total de la sociedad, necesita destinarse a operaciones secundarias que no entran en el proceso de valorización y esta parte del capital social necesita reproducirse constantemente para esos fines. Esto reduce la cuota de ganancia para cada capitalista y para la clase capitalista industrial en su conjunto, resultado éste a que conduce toda incorporación de capital adicional, cuando ello es necesario para poner en movimiento la misma masa de capital variable.

A su vez, el obrero empleado por el comerciante es un obrero asalariado como otro cualquiera; su trabajo es comprado por el capital variable del comerciante. El valor de su fuerza de trabajo, y por tanto su salario, se halla determinado por el coste de producción de su fuerza de trabajo específica y no por el producto de su trabajo. Sin embargo, entre él y los obreros empleados directamente por el capital industrial tiene que mediar necesariamente la misma diferencia que entre el capital industrial y el capital comercial y la que existe, por tanto, entre el capitalista industrial y el comerciante. El comerciante no produce valor ni plusvalía y tampoco los obreros mercantiles que emplea para las mismas funciones pueden crear directamente plusvalía para él. La dificultad con respecto a los obreros asalariados mercantiles no se plantea en cuanto a explicar cómo producen directamente ganancia para sus principales, aunque no produzcan directamente plusvalía, de la que la ganancia no es más que una forma transfigurada. La dificultad estriba en lo siguiente: si el tiempo de trabajo y el trabajo del comerciante no constituyen de por sí un trabajo creador de valor, aunque le atribuyen una participación en la plusvalía ya producida, ¿qué acontece con el capital variable invertido por él para comprar la fuerza de trabajo comercial? Marx procura resolver este problema. Investiga los siguientes puntos: el capital variable del comerciante, la ley del trabajo necesario en la circulación; cómo el trabajo del comerciante mantiene y conserva el valor de su capital constante; el papel del capital comercial dentro del proceso total de reproducción;

finalmente, el desdoblamiento en capital-mercancías y capital-dinero, de una parte, y, de otra, en capital-mercancías de comercio y capital dinero de comercio. Una de sus conclusiones es que el obrero comercial no produce directamente plusvalía y sólo ayuda al capitalista a reducir los gastos de realización de la plusvalía, efectuando el trabajo, en parte no retribuido, necesario para ello. El obrero verdaderamente comercial figura entre los obreros asalariados mejor retribuidos, entre aquellos que rinden un trabajo calificado y experto, superior al trabajo medio. Sin embargo, su salario tiende a disminuir, a medida que progresa el régimen capitalista de producción, en parte por la división del trabajo dentro de la oficina comercial. Ante todo, se comprueba un desarrollo unilateral de la capacidad de trabajo, y sin ningún desembolso para el capitalista, pues la pericia del obrero se desenvuelve por obra de la función misma, y tanto más rápidamente cuanto más unilateral se va haciendo a medida que progresa la división del trabajo. En segundo lugar, porque la formación previa, los conocimientos comerciales y de lenguas, etc., se reproducen cada vez más rápida y fácilmente, de modo más general y más barato a medida que progresan la ciencia y la educación popular. Por eso, con algunas excepciones, la fuerza de trabajo de estas gentes se va depreciando a medida que se desarrolla la producción capitalista.

\* \* \*

Hay aquí un desdoblamiento. Por una parte, las funciones del capital-mercancías y capital-dinero como capital comercial son determinaciones generales de forma del capital industrial. Por otra parte, se trata de capitales especiales y de series especiales de capitalistas, dedicados exclusivamente a una de estas dos funciones, con lo cual ellas se convierten en esferas especiales de la valorización del capital.

Las funciones comerciales y los gastos de circulación sólo aparecen sustantivados en lo tocante al capital mercantil. El aspecto del capital industrial vuelto hacia la circulación no existe solamente bajo su modalidad constante de capital-mercancías y capital-dinero, sino que existe también en la oficina comercial al lado del taller. Pero se sustantiva en lo tocante al capital mercantil. Para éste, la oficina comercial es su único taller. La parte del capital empleada bajo la forma de gastos de circulación es en los comerciantes al por mayor mucho más voluminosa

que en los industriales, en virtud de circunstancias fácilmente verificables que Marx menciona. Ahora bien, para el capitalista industrial los gastos de circulación aparecen y son en realidad gastos muertos. Para el comerciante son la fuente de su ganancia, la cual -partiendo de una cuota general de ganancia- se halla en proporción con la magnitud de aquellos. Y también el trabajo comercial comprado por él es, para él, un trabajo directamente productivo.

\* \* \*

La rotación del capital industrial constituye la unida de conjunto de su tiempo de producción y de su tiempo de circulación. Por el contrario, el comerciante compra, convierte su dinero en mercancías, para luego vender y volver a convertir estas mercancías en dinero; y así sucesivamente en una repetición constante. El número de rotaciones descritas al cabo del año por el capital comercial dependerá de la frecuencia con que dentro del año se realice la operación D-M-D'. El número de rotaciones de un capital dado presenta una absoluta analogía con la repetición de los ciclos que describe el dinero considerado como simple medio de circulación. Así como el mismo peso que circula diez veces compra diez veces mercancías por su valor, así el mismo capital dinero del comerciante, de 100, por ejemplo, si describe diez rotaciones, invierte diez veces su valor en mercancías o realiza en total un capital-mercancías de diez veces su valor = 1.000. Pero la diferencia está en que en el ciclo del dinero como medio de circulación son las mismas monedas las que pasan por distintas manos, mientras que tratándose del comerciante es el mismo capital-dinero, el mismo valor en dinero, el que compra y vende repetidamente capital mercancías por el importe de su valor. De este modo refluye constantemente a las mismas manos, como valor incrementado por la plusvalía. Esta es la característica de su rotación como rotación de capital. Sustrae constantemente a la circulación más dinero del que lanza a ella. Y, al acelerarse la rotación del capital comercial, en el que, además, al desarrollarse el sistema de crédito, predomina la función del dinero como medio de pago, circula también más rápidamente esta misma masa de dinero.

Pese a su sustantivación, el movimiento del capital comercial no es nunca otra cosa que el movimiento del mismo capital industrial dentro de

la órbita de la circulación. Pero, gracias a su sustantivación, se mueve hasta cierto punto independientemente de los límites propios del proceso de reproducción. Así, empuja a este proceso a rebasar sus propios límites. La dependencia interna y la sustantivación externa lo empujan hasta un punto en que la conexión interior se restablece violentamente, por medio de una crisis. Por eso se da en las crisis el fenómeno de que no se manifiestan y estallan primeramente en las ventas al por menor, al consumidor directo, sino en la órbita del comercio al por mayor y de los bancos, que son los que ponen a su disposición el capital-dinero de la sociedad.

Puede ocurrir que el fabricante venda realmente al exportador y que éste venda a sus clientes del extranjero; puede ocurrir que el importador venda sus materias primas al fabricante y que éste venda sus productos al comerciante al por mayor, etc. Pero en algún punto concreto invisible tiene que quedar la mercancía invendida. Otras veces, ocurre que se abarrotan poco a poco las existencias de todos los productores e intermediarios. Generalmente, ocurre esta situación cuando el consumo está en su apogeo floreciente, en parte porque un capitalista industrial pone en movimiento a otra serie de capitalistas, en parte porque los obreros que trabajan para ellos trabajan a todo rendimiento y pueden gastar más de lo corriente. A medida que aumentan las rentas de los capitalistas, aumentan también sus gastos. Además, se produce una circulación continua entre unos y otros capitales constantes, aun prescindiendo de la acumulación acelerada. Por el momento, esta circulación es independiente del consumo individual en el sentido de que no entra nunca en él, pero se halla en definitiva limitada por él. En efecto, la producción de capital constante no se realiza nunca por la producción misma, sino simplemente porque hay mas demanda de él en las distintas ramas de producción cuyos productos entran en el consumo individual. Sin embargo, esto puede seguir desarrollándose tranquilamente durante algún tiempo, estimulado por la perspectiva de la demanda, razón por la cual en estas ramas son muy prósperos los negocios de comerciantes e industriales. La crisis se produce tan pronto como los reflujos de los comerciantes que venden a lejanos mercados (o cuyas existencias se han acumulado en exceso dentro del país) empiezan a ser tan lentos y escasos, que los bancos apremian exigiendo que se les pague, o las letras libradas contra las mercancías compradas vencen antes de que haya tiempo para

volver a venderlas. Comienzan entonces las ventas forzosas, las ventas realizadas para poder pagar. Con lo cual estalla el *crack* que viene a poner fin de golpe a la aparente prosperidad.

Exceptuando los casos en que el comerciante es un monopolista que monopoliza también la producción, como ocurría, por ejemplo, en tiempo de Marx, con la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, nada hay más absurdo que esta concepción usual de que depende del comerciante el vender mucho más ganando poco o vender poco ganando mucho en cada una de las mercancías que vende. Los dos límites entre los que oscila su precio de venta son: de una parte, el precio de producción de la mercancía, del cual él no puede disponer; de otra parte, la cuota de ganancia media, de que tampoco él dispone. Lo único de que puede decidir, pero en lo que desempeñan también un papel la magnitud del capital de que dispone y otros factores, es si quiere comerciar con mercancías caras o con mercancías baratas.

La rotación del capital comercial es distinta de la del capital industrial. En el capital industrial la rotación expresa la periodicidad de la reproducción y de ello depende, por tanto, la masa de mercancías que son lanzadas al mercado durante un determinado tiempo. A su vez, el tiempo de circulación constituye un límite, y un límite elástico, que influye, de un modo más o menos restrictivo, sobre la formación del valor y la plusvalía, puesto que influye sobre el volumen del proceso de producción. Para el capital comercial, la cuota de ganancia media constituye una magnitud dada. No contribuye directamente a la creación de la ganancia o de la plusvalía y sólo entra de un modo determinado en la formación de la cuota general de ganancia en la medida en que según la parte que representa dentro del capital total saque su dividendo de la masa de la ganancia producida por el capital industrial.

Los factores que abrevian el ritmo medio de rotación del capital, por ejemplo, el desarrollo de los medios de transporte, disminuyen proporcionalmente la magnitud absoluta del capital comercial y aumentan, por tanto, la cuota general de ganancia, y viceversa

La ganancia del comerciante no se determina por la masa del capital-mercancías sujeto a rotación, sino por la magnitud del capital-dinero que

desembolsa para hacer posible esta rotación. El número de rotaciones del capital comercial en distintas ramas comerciales afecta directamente a los precios comerciales de las mercancías. La cuantía del recargo mercantil de los precios, de la parte alícuota de la ganancia mercantil de un capital dado, que corresponde al precio de producción de cada mercancía, se halla en razón inversa al número de rotaciones o a la velocidad de rotación de los capitales comerciales en las distintas ramas de negocios. El mismo porcentaje de la ganancia comercial en distintas ramas de negocios hace aumentar, según la proporción de sus tiempos de rotación, los precios de venta de las mercancías en proporciones muy distintas, calculando a base del valor de estas mercancías. Por el contrario, en el capital industrial el tiempo de rotación no influye en modo alguno sobre la magnitud del valor de las distintas mercancías producidas, si bien afecta a la masa de los valores y las plusvalías producidas por un determinado capital y en un determinado tiempo, puesto que afecta a la masa del trabajo explotado.

\* \* \*

Los movimientos puramente técnicos que el dinero recorre en el proceso de circulación del capital industrial, y también del capital-mercancías de comercio, hacen que una parte del capital industrial, como capital-dinero sujeto a estas funciones técnicas, se disocie del capital total y se independice. Los movimientos de este capital-dinero son movimiento de una parte sustantivada del capital industrial sujeto a su proceso de reproducción. Sólo cuando y en la medida en que se invierta nuevo capital -cosa que puede ocurrir también en la acumulación- aparece el capital en forma de dinero como punto de partida y punto de término del movimiento. Pero, tratándose de un capital que desarrolla su proceso, tanto el punto de partida como el punto de término son siempre un simple punto de tránsito.

La división del trabajo impone la necesidad de que operaciones técnica condicionadas por las funciones del capital, en la medida en que son posibles para la clase capitalista en su conjunto, se efectúen como funciones exclusivas de un sector especial de agentes o capitalistas, o se concentren en sus manos. Se trata, lo mismo que en el capital comercial, de una división del trabajo en un doble sentido. Estas operaciones se

convierten en un negocio especial y, al efectuarse como negocio especial en cuanto al mecanismo de dinero de toda la clase, se concentran y se ejercen en gran escala. Entonces, se establece una nueva división del trabajo dentro de este negocio especial, tanto por medio del desdoblamiento en distintas ramas independientes unas de otras como por la formación, y el desarrollo, de un taller dentro de estas ramas (grandes oficinas, numerosos contables y cajeros, una división del trabajo muy desarrollada). El capital dinero de comercio surge merced a los pagos de dinero, cobros, compensación de balances, cuentas corrientes, depósitos de dinero, etc., separados de los actos que hacen necesarias estas operaciones técnicas. Aparece así el comercio de dinero, el comercio que recae sobre la mercancía dinero, que se desarrolla tomando como punto de partida el tráfico internacional. Aparece el negocio cambiario, que debe considerarse como una de las bases naturales del moderno comercio de dinero. Sobre esta base se desarrollan los bancos cambiarios, donde la plata (o el oro) funciona como dinero universal -ahora como dinero bancario o comercial- a diferencia de las monedas corrientes.

El comercio de oro y plata como mercancías, como materia primera para la elaboración de artículos de lujo, constituye la base natural del comercio de lingotes o del comercio que sirve de vehículo a las funciones del dinero universal. Dos son estas funciones: una de ellas es la de circular entre las distintas órbitas nacionales de circulación para la compensación de los pagos internacionales y en las emigraciones de capital dado a intereses; la otra es la del movimiento que arranca de las fuentes de producción de los metales preciosos a través del mercado mundial y la distribución de estos metales entre las diversas órbitas nacionales. Considerado como dinero universal, el dinero de cada país pierde su carácter local; una moneda nacional se expresa en otra hasta que todas ellas se reducen a su contenido en oro o plata, a la par que éstos, es decir, las dos mercancías que circulan como dinero universal, deben reducirse a su relación mutua de valor, la cual varía constantemente. Esta operación mediadora se convierte en el negocio específico del comerciante en dinero.

Del régimen capitalista de producción y del comercio en general, incluso bajo el régimen de producción precapitalista, se desprende: **Primero:** la acumulación del dinero como tesoro, es decir, ahorro de

aquella parte del capital que tiene que existir siempre bajo forma de dinero, como fondo de reserva de medios de pago y medios de compra. Es ésta la primera forma del tesoro. Ella reaparece en el sistema de producción capitalista y se presenta siempre en el desarrollo del capital comercial, al menos para éste. La segunda forma del tesoro es la del capital ocioso, momentáneamente inactivo en forma de dinero, del que forma parte también el capital-dinero nuevamente acumulado y aún no invertido. **Segundo:** esto lleva aparejados los desembolsos de dinero en las compras, los cobros en las ventas, los pagos y los ingresos, el contar y recibir los pagos, las compensaciones de pagos, etc. Son todas ellas operaciones que el comerciante en dinero empieza realizando como simple cajero por cuenta del comerciante y del capitalista industrial. Mas, el comercio de dinero se desarrolla íntegramente, cosa que ocurre siempre ya en sus primeros comienzos, tan pronto como a sus restantes funciones se asocian las de prestar y tomar dinero a préstamo, y el comerciar con el crédito.

## **Sección quinta** **Desdoblamiento de la ganancia en interés** **y ganancia de empresario**

El dinero, ya exista de hecho en dinero o en mercancías, puede convertirse a base de la producción capitalista en capital; pasa a ser un valor que se incrementa a sí mismo. Produce ganancia. Así adquiere, además del valor de uso como dinero, un valor de uso adicional que le permite funcionar como capital. Este valor de uso adicional consiste aquí precisamente en la ganancia que produce, al convertirse en capital. Esta cualidad de medio para la producción de ganancia, lo convierte en una mercancía *sui generis*. Si la cuota media anual de ganancia es del 20%, un hombre que disponga de 1.000 pesos tendrá en sus manos el poder para convertir estos 1.000 pesos en 1.200. Supongamos que cede los 1.000 pesos por un año a otro hombre que los emplee realmente como capital. Supongamos, también, que este otro hombre pague al final al propietario de los 1.000 pesos, 50 pesos, o sea, una parte de la ganancia obtenida. Este pago lo será por el valor de uso de los 1.000 pesos por el valor de uso de su función de capital. La parte de la ganancia abonada en este caso es **interés**.

“La forma del préstamo -dice Marx- característica de esta mercancía, del capital como mercancía, y que se presenta también, por lo demás, en otras transacciones, en vez de la forma de la venta, se desprende del hecho mismo de que el capital aparece aquí como mercancía o de que el dinero en cuanto capital se convierte en mercancía”.

El capital como tal capital, dentro del movimiento real, en el proceso de circulación, existe solamente en el proceso de producción, en el proceso de explotación de la fuerza de trabajo. Otra cosa acontece, en cambio, con el capital a interés, y es precisamente lo que le da su carácter específico. El poseedor de dinero que quiere valorizarlo como capital a interés, lo lanza a la circulación, lo convierte en mercancía **como capital**; y no sólo como capital para él mismo, sino que se transfiere a un tercero directamente como capital, como valor que posee un valor de uso consistente en engendrar ganancia.

Las mercancías prestadas como capital se prestan con su carácter de capital fijo o capital circulante. El dinero puede prestarse en ambas formas, como capital fijo, por ejemplo, cuando se reintegra en forma de renta vitalicia, en cuyo caso refluye siempre con los intereses una parte del capital. Hay ciertas mercancías que, por la naturaleza de su valor de usos, sólo pueden prestarse como capital fijo, como ocurre con las casas, los buques, las máquinas, etc. Pero todo capital prestado, cualquiera que sea su forma y el modo cómo su devolución pueda resultar modificada por el carácter de su valor de uso, es siempre una determinada suma de dinero, sobre la cual se calculan los intereses. Si el capital prestado es capital circulante, retorna también al prestamista al modo que refluye el capital circulante. Tratándose de capitales prestados, el reflujo reviste la forma de devolución. El capital prestado, como capital-dinero refluye de dos modos. En el proceso de reproducción retorna al capitalista en activo; luego, el reflujo se repite como transferencia al prestamista, como devolución del capital a su verdadero propietario. Lo que distingue al capital a interés es la forma externa del retorno, desglosada del ciclo al que sirve de vehículo. El capitalista que da dinero en préstamo se desprende de su capital, lo cede al capitalista industrial, sin recibir a cambio un equivalente. Su cesión no constituye en modo alguno un acto de verdadero proceso ciclo del capital, sino que le sirve simplemente de introducción a través del siglo que el capitalista industrial ha de realizar. Éste es el primer acto. En el segundo y final acto, el prestatario devuelve el capital al prestamista. Si, por el momento, se prescinde de los intereses y sólo se atiende a la transacción entre ambos, se está ante la cesión del capital bajo la condición de devolverlo.

El prestamista desembolsa su dinero como capital. Pero, para que refluya como capital es necesario que refluya con una plusvalía, con los intereses o la parte de la ganancia media que no queda en manos del capitalista en activo. ¿Cuál es el valor de uso que el capitalista dueño del dinero enajena durante el plazo del préstamo y cede al capitalista productivo, al prestatario? Lo que el prestamista enajena al capitalista industrial por el tiempo durante el cual cede a éste el derecho a disponer del capital prestado, es el valor de uso del capital, su capacidad de engendrar ganancia. Como el capitalista dueño del dinero enajena, en realidad, un valor de uso, lo que cede tiene el concepto de un a mercancía. Pero, a diferencia de lo que ocurre con la mercancía corriente, aquí el

valor de uso es al mismo tiempo valor, a saber: el remanente de la magnitud de valor que se obtiene mediante el uso del dinero como capital, después de cubrir su magnitud de valor primitiva. La ganancia constituye este valor de uso. Lo que el comprador de una mercancía corriente compra es su valor de uso; lo que paga por ella, su valor. Lo que el que recibe dinero en préstamo compra es también su valor de uso como capital: ¿pero qué paga por ello? No es, evidentemente, como tratándose de otras mercancías, su precio o su valor. El prestamista sigue siendo propietario del mismo valor, aun cuando éste salga de sus manos para entrar en manos del prestatario. El prestatario, a su vez, recibe en préstamo el dinero como capital, como valor que se valoriza. Pero, al igual que todo capital en su punto de partida, sólo es dinero de por sí en el momento de desembolsarse. Sólo mediante su uso se valoriza, se realiza como capital. Pero, al ser ya capital realizado, el prestatario se halla obligado a devolverlo, a restituirlo como valor incrementado por la plusvalía, por el interés; y los intereses no pueden ser sino una parte de la ganancia realizada por el capital. Solamente una parte, no la totalidad. Ambos, el prestamista y el prestatario, realizan la transacción sobre la base del reparto de la ganancia.

Cuando una mercancía se presta como capital, no es más que la forma disfrazada de una suma de dinero; es dinero que existe como su valor bajo forma de la mercancía. El precio del capital se refiere, por tanto, a este valor como suma de dinero. ¿Cómo, pues, ha de tener una suma de valor un precio además del precio expresado en su propia forma de dinero? El precio no es, en realidad, otra cosa que el valor de la mercancía, a diferencia de su valor de uso. Un precio cualitativamente distinto del valor constituye una contradicción absurda. Marx aclara su pensamiento. El capital se manifiesta como capital mediante su valorización; el grado de su valorización expresa el grado cuantitativo en que se realiza como capital. La plusvalía o ganancia engendrada por él -su cuota o cuantía- sólo puede medirse comparándola con el valor del capital desembolsado. La mayor o menor valorización del capital a interés sólo podrá medirse también, por consiguiente, comparando la cuantía de los intereses con el valor del capital desembolsado. Por tanto, si el precio expresa el valor de la mercancía, los intereses expresan la valorización del capital-dinero, apareciendo, por consiguiente, como el precio que se paga por el capital-dinero a quien lo presta. La premisa fundamental de que se parte es

precisamente la de que el dinero funciona como capital, pudiendo cederse, pues, como capital de por sí, como capital potencial, a una tercera persona.

El interés no es más que una parte de la ganancia, esa que el capitalista industrial tiene que pagar al prestamista. Por eso, el límite máximo del interés es la ganancia misma. Prescindiendo de casos aislados, en que el interés puede ser de hecho mayor que la ganancia, pero en los que no puede abonarse de la ganancia misma, se podría tal vez considerar como límite máximo del interés la ganancia íntegra menos la parte de ella consistente en el salario de vigilancia. El límite mínimo del interés escapa en absoluto a toda posibilidad de determinación. Marx, en sus reflexiones, supone, primeramente, que exista una proporción fija entre la ganancia total y la parte de ella que ha de abonarse al capitalista dueño del dinero en concepto de interés. En este caso, el interés aumentará o disminuirá a la par con la ganancia total, la cual se determina por la cuota general de ganancia y sus oscilaciones. Si las cuotas de ganancia son distintas, distintas cuotas de interés pueden expresar las mismas partes alícuotas de la ganancia total o el mismo porcentaje de participación en ella. Si se considera más o menos constante la proporción entre el interés y la ganancia total, el capitalista productivo se hallará en condiciones de pagar intereses más altos o más bajos en proporción directa a la cuantía de la cuota de ganancia. El interés se halla regulado por la ganancia y, más concretamente, por la cuota general de ganancia. Y este tipo de regulación rige incluso para su promedio. la cuota media de ganancia debe ser considerada el límite máximo definitivamente determinable del interés.

Si se supone como un factor dado la cuota general de ganancia y, por tanto, la magnitud de la ganancia para un capital de magnitud dada, por ejemplo = 100, se tiene que las variaciones del interés se hallarán, indudablemente, en razón inversa a las de la parte de la ganancia que retiene el capitalista productivo pero que trabaja con capital prestado. Y las circunstancias que determinan la magnitud de la ganancia que ha de repartirse del producto de valor del trabajo no retribuido, difieren mucho de las que determinan su reparto entre estas dos clases de capitalistas y actúan no pocas veces en direcciones contrarias. en la mayor parte de los casos el bajo nivel del interés corresponde a los períodos de prosperidad o de ganancias extraordinarias y el tipo máximo de interés, hasta llegar a un

nivel usurario, se da en los períodos de crisis. Pero, el bajo interés puede también coincidir con la paralización de los negocios y un interés moderadamente alto con un estado de creciente animación. El tipo de interés alcanza su nivel más alto durante las crisis cuando es necesario tomar dinero a préstamo, cueste lo que cueste, para pagar. Y al mismo tiempo, como el alza del interés va acompañado por un descenso en el precio de los títulos y valores, estas situaciones brindan a las gentes que disponen de capital-dinero una ocasión magnífica para apropiarse a precio irrisorio aquellos títulos rentables que al recobrar las cosas su curso normal volverán a alcanzar su precio medio tan pronto como baje de nuevo el tipo de interés.

Pero existe también una tendencia a la baja del tipo de interés completamente al margen de las oscilaciones de la cuota de ganancia. Esta tendencia obedece a dos causas fundamentales. La primera de ellas es ésta: a medida que un pueblo progresa en el desarrollo de la riqueza, surge y va creciendo cada vez más una clase de gentes a quienes el trabajo de sus antepasados pone en posesión de fondos de cuyos simples intereses pueden vivir. Por eso en los países viejos y ricos la parte del capital nacional cuyos propietarios no quieren emplearlo por sí mismos representa una proporción mayor respecto al capital productivo de la sociedad en su conjunto que en los países recientemente organizados y pobres. La segunda causa de la tendencia a la baja del tipo de interés la constituye el desarrollo del sistema de crédito que, por mediación de los banqueros, permite a los industriales y comerciantes disponer en proporción creciente sin cesar de los ahorros en dinero de todas las clases de la sociedad.

La cuota de interés varía constantemente según la naturaleza de las ganancias dadas por los prestatarios y a tenor con la duración del préstamo. Pero esta diferencia no afecta a la forma fija y uniforme del tipo de interés. El tipo medio de interés aparece como una magnitud constante en cada país para épocas un poco largas, porque la cuota general de ganancia sólo cambia en períodos largos. Y su constancia relativa se manifiesta precisamente a través de este carácter más o menos constante del tipo medio de interés.

La cuota de interés vigente en el mercado y que fluctúa constantemente, es en cada momento una magnitud dada, al igual que el

precio comercial de las mercancías. En cambio, la cuota general de ganancia sólo existe constantemente como tendencia, como movimiento de compensación entre las cuotas de ganancia especiales. La concurrencia entre los capitalistas consiste aquí en sustraer gradualmente capital de las ramas en que la ganancia se mantiene durante largo tiempo por debajo del nivel medio, para desplazarlo, gradualmente también, a las ramas en que ocurre lo contrario, o bien en distribuir poco a poco en diversas proporciones entre estas ramas el capital adicional. Es una variación constante de la oferta y la retirada del capital frente a estas distintas ramas y nunca una acción simultánea de masas, como ocurre con la determinación del tipo de interés.

La cuota del mercado de interés, aunque oscila constantemente, aparece fija y uniforme en cada momento dado, como el precio comercial de una mercancía en cada caso concreto. Los capitalistas de dinero ofrecen esta mercancía y los capitalistas productivos la compran; son los que constituyen su demanda. Esto no ocurre en el movimiento de compensación para formar la cuota general de ganancia. Si los precios de las mercancías en una determinada rama son superiores o inferiores al precio de producción (para lo cual se prescinde de las oscilaciones inherentes a cada negocio), se produce un movimiento de compensación mediante la ampliación o la restricción de la producción, es decir, mediante la expansión o la reducción de las masas de mercancías lanzadas al mercado por los capitalistas industriales, operadas mediante la inmigración o emigración de capital con respecto a las distintas ramas de producción. Esta compensación así operada entre los precios medios comerciales de las mercancías a base de los precios de producción corrige las desviaciones de las distintas cuotas de ganancia con respecto a la cuota de ganancia general o media. Este proceso no aparece nunca ni puede aparecer de tal modo que el capital industrial o mercantil **como tal** represente una mercancía frente a un comprador, cosa que sí ocurre con el capital a interés.

Al subrayar esta diferencia entre la cuota de interés y la cuota de ganancia se prescinde de las dos circunstancias siguientes, que favorecen la consolidación del tipo de interés: 1) la preexistencia histórica del capital a interés y la existencia de un tipo general de interés tradicionalmente establecido; 2) la influencia directa mucho mayor que el mercado mundial ejerce sobre la determinación del tipo de interés,

comparada con su influencia sobre la cuota de ganancia. El tipo de interés es, en su vigencia general, por lo menos local, un hecho diariamente fijado, hecho que el capital industrial y mercantil utilizan incluso como premisa y partida de cálculo en sus operaciones.

\* \* \*

“**El interés y la ganancia del Empresario**”. El interés es una parte de la ganancia que el capitalista en activo, industrial o comerciante que invierte capital prestado, tiene que abonar al propietario y prestamista de este capital. surge, entonces, la cuestión siguiente: ¿Cómo explicarse que la división puramente cuantitativa de la ganancia en ganancia neta e interés, se trueque en una división cualitativa? Es decir, ¿cómo explicarse que el capitalista que emplea capital propio incluya una parte de su ganancia bruta en la categoría especial del interés y le abra una cuenta aparte, como tal? ¿Y, por qué, por tanto, todo capital, prestado o no, se distinga según que rinda un interés o una ganancia neta? No toda división cuantitativa fortuita de la ganancia se trueca en una división cualitativa. Para poder contestar a la pregunta apuntada, Marx parte de la premisa de que el capitalista dueño del dinero y el capitalista productivo se enfrentan realmente como dos personajes que representan papeles completamente diferentes en el proceso de reproducción o en manos de los cuales el mismo capital recorre realmente un movimiento doble y completamente distinto. Uno de ellos se limita a prestar el capital, mientras que el otro lo invierte productivamente. Para el capitalista productivo que trabaja con capital prestado, la ganancia bruta se divide en dos partes: el interés que tiene que pagar el prestamista y el remanente sobre el interés, que constituye su propia participación en la ganancia. si se da por sentado una cuota general de ganancia, esta participación se halla determinada por el tipo de interés; en cambio, si se parte del tipo de interés, se halla determinada por la cuota general de ganancia. Además, por mucho que la magnitud real de valor de la ganancia total difiera en cada caso concreto de la ganancia media, la parte perteneciente al capitalista en activo se halla determinada por el interés, ya que éste depende del tipo de interés general, si se prescinde de las estipulaciones jurídicas especiales. hay que suponer al interés como percibido de antemano, antes de iniciarse el proceso de producción y, por consiguientes, antes de que se logre la ganancia bruta. El producto verdaderamente específico del capital lo

constituye la ganancia. Pero para el capitalista que trabaja con capital prestado, no es la ganancia, sino la ganancia menos el interés. Esta parte de la ganancia es, por tanto, necesariamente, la que se le representa como producto del capital mientras funciona como tal, pues el capitalista es la personificación del capital, mientras funciona, y sólo funciona mientras se invierte para obtener una ganancia en la industria o en el comercio. A diferencia del interés, que el capitalista en activo tiene que pagar al prestamista a costa de la ganancia bruta, el resto de la ganancia que a él le corresponde reviste, necesariamente, de la ganancia de empresario. Si la ganancia bruta es igual a la ganancia media, la magnitud de esta ganancia de empresario se hallará determinada exclusivamente por el tipo de interés. Si la ganancia bruta difiere de la ganancia media, la diferencia con respecto a ésta, después de descontar en ambos casos el interés, se hallará determinada por todas las coyunturas que originan una desviación temporal ya sea de la cuota de ganancia de una rama especial de producción con respecto a la cuota general de ganancia, ya sea de la ganancia obtenida por un capitalista en una determinada rama con respecto a la ganancia media de esta rama especial. Pero, en todo caso, la división cuantitativa de la ganancia bruta se convierte aquí en una división cualitativa.

La división de la ganancia bruta en interés y ganancia de empresario asume el carácter de división cualitativa con respecto al capital global de la sociedad y a la clase capitalista en su conjunto, por las razones siguientes: 1) la circunstancia empírica de que la mayoría de los capitalistas industriales trabaja con capital propio y capital prestado y de que las proporciones entre uno y otro cambian según los distintos períodos; 2) Al convertirse una parte de la ganancia bruta en la forma del interés, la parte restante se convierte en la ganancia de empresario. Esta última es la forma antitética que asume el remanente de la ganancia bruta sobre el interés, una vez que éste existe como categoría con existencia propia; 3) El que el capitalista industrial trabaje con capital propio o con capital prestado no altera para nada la circunstancia de que tiene en frente a la clase de los capitalistas de dinero como una categoría independiente de capital, y al interés como la forma independiente de plusvalía correspondiente a este capital específico; 4) Cualitativamente, el interés es la plusvalía nacida de la simple propiedad del capital, y, cuantitativamente, la parte de la ganancia que constituye el interés no

aparece referida al capital industrial y mercantil como tal, sino al capital-dinero; la cuota de esta parte de la plusvalía, la cuota del interés o el tipo de interés reafirma esta relación.

Las dos formas, el interés y la ganancia del empresario, sólo existen como formas antitéticas. No se refiere, pues, por igual a la plusvalía, de la que no son más que partes plasmadas en categorías, rúbricas o nombres distintos, sino que se refieren la una a la otra. Una de las partes de la ganancia aparece como ganancia del empresario pura y simplemente porque la otra se presenta bajo la forma de interés.

En la forma del interés se esfuma la antítesis frente al trabajo asalariado, pues el capital a interés no tiene como término antagónico, en cuanto tal, el trabajo asalariado, sino el capital industrial o comercial; el capitalista prestamista, como tal, se enfrenta directamente con el capitalista que actúa real y directamente en el proceso de reproducción, no con el obrero asalariado. La forma antagónica de las dos partes en que se divide la ganancia y, por tanto, la plusvalía, en interés y ganancia de empresario, hace que se olvide que se trata simplemente de dos partes de la plusvalía, sin que su división altere en lo más mínimo su naturaleza, su origen ni sus condiciones de existencia.

\* \* \*

Marx describe distintas modalidades del **trabajo de vigilancia**. Concluye que la confusión de la ganancia de empresario con el salario de vigilancia o de administración empezó produciéndose por la forma antagónica que el remanente de la ganancia sobre el interés presenta por oposición a éste. Y se desarrolló más tarde por la tendencia a presentar la ganancia, no como plusvalía, sino como un salario percibido por el propio capitalista a cambio del trabajo por él realizado. Frente a esto formularon luego los socialistas el postulado de que la ganancia se redujese de hecho a lo que teóricamente pretendía ser, es decir, a un simple salario de vigilancia. Este postulado resultaba tanto más desagradable para los apologistas teóricos cuanto más iba encontrando este salario de vigilancia, su determinado nivel y su precio concreto en el mercado, al igual que los demás salarios. Al desarrollarse la cooperación por parte de los obreros y las empresas por acciones por parte de la burguesía, desapareció el último

pretexto que aún existía para confundir la ganancia del empresario con el salario de administración, y la ganancia se reveló prácticamente como lo que era también teóricamente de un modo indiscutible: como simple plusvalía. Algo más: se fue creando, al lado de los verdaderos gerentes y por encima de ellos, toda una serie de consejos de administración e inspección en los que la administración y la inspección no son, en realidad, más que un pretexto para saquear a los accionistas y enriquecerse.

\* \* \*

Es en el capital a interés donde la relación de capital cobra su forma más externa y más fetichista. Aquí nos encontramos con D-D', dinero que engendra más dinero, sin el proceso intermedio. La forma del capital mercantil representa, a pesar de todo, un proceso, la unidad de fases contrapuestas, un movimiento que se desdobra en dos actos antagónicos, en la compra y en la venta de la mercancía. En cambio, cuando el capitalista presta dinero a cierto tipo de interés, se trata de una suma de capital que engendra una plusvalía. Bajo la forma del capital a interés la valorización aparece directamente. El capital se revela aquí como una fuente misteriosa y autóctona de interés, de su propio incremento, Es en el capital-dinero, declara Marx, donde el capital se convierte en mercancía cuya cualidad de propia valorización tiene un precio fijo, plasmado en el tipo de interés vigente en cada momento. Algo más: el proceso de acumulación del capital puede ser concebido como una acumulación de intereses compuestos siempre y cuando que pueda llamarse interés a la parte de la ganancia (plusvalía) que se convierte de nuevo en capital, es decir, que sirve para la absorción de nuevo trabajo sobrante.

\* \* \*

Para completar la fisionomía del régimen de producción capitalista en general, Marx se ocupa del crédito en sus dos aspectos: el crédito comercial y el crédito bancario, dejando de lado la relación entre el desarrollo de estas dos clases de crédito y el crédito público.

Al desarrollarse el comercio y el régimen de producción capitalista, que sólo produce con vistas a la circulación, se amplía, se generaliza y se

va modelando la base natural del sistema de crédito. En general, en la circulación simple de mercancías, el dinero sólo funciona como medio de pago. Para simplificar el problema, resume Marx las promesas de pago en su conjunto dentro de la categoría general de letras de cambio. Hasta el día de su vencimiento, las letras de cambio circulan, a su vez, como medios de pago; constituyen el dinero comercial estricto. El otro aspecto del sistema de crédito se relaciona con el desarrollo del comercio de dinero, que en la producción capitalista es paralelo, naturalmente, al desarrollo del comercio de mercancías. En manos de los comerciantes en dinero van concentrándose los depósitos de los fondos de reserva de los hombres de negocios, las operaciones técnicas de los cobros y pagos en dinero, los pagos internacionales y, con ellos, el comercio de lingotes de oro y plata. En relación con este comercio de dinero se desarrolla el otro aspecto del sistema de crédito: la administración del capital a interés o del capital-dinero, como una función especial del comerciante en dinero. El comerciante en dinero aparece ahora como intermediario entre el verdadero prestamista y el prestatario de capital-dinero. En términos generales, el negocio bancario consiste, desde este punto de vista, en concentrar en sus manos, en grandes masas, el capital-dinero prestable. El sistema de crédito es necesario como vehículo para compensar las cuotas de ganancia o para el movimiento de esta compensación sobre la que descansa toda la producción capitalista. Entre sus consecuencias figura el aceleramiento de la circulación de los medios circulantes y el reemplazo del dinero oro por el papel-moneda.

\* \* \*

La creación de sociedades anónimas extiende en proporciones enormes la escala de la producción y de las empresas inasequibles a los capitales individuales. Con ellas se convierten en empresas sociales algunas empresas que antes se hallaban regenteadas por el gobierno. El capital adquiere, así, directamente la forma de capital de la sociedad por oposición al capital privado. Es la supresión del capital como propiedad privada dentro de los límites del mismo régimen capitalista de producción. En las sociedades anónimas, la función aparece separada de la propiedad del capital y el trabajo aparece también, por tanto, completamente separado de la propiedad sobre los medios de producción y sobre el trabajo sobrante. Este resultado del máximo desarrollo de la producción

capitalista constituye una fase necesaria de transición hacia la reversión del capital a propiedad de los productores, pero, ya no como propiedad de productores aislados, sino como propiedad de los productores asociados, como propiedad directa de la sociedad.

En las sociedades anónimas, la propiedad existe bajo la forma de acciones, cuyo movimiento y cuya transferencia son, por tanto, simple resultado del juego de la Bolsa. El sistema de las acciones entraña ya la antítesis de la forma tradicional en que los medios sociales de producción aparecen como propiedad individual; pero, al revestir la forma de la acción, siguen encuadrados dentro del marco capitalista. Por consiguiente, este sistema, en vez de superar el antagonismo entre el carácter de la riqueza como riqueza social y como riqueza privada, se limita a imprimirle una nueva forma. Las fábricas cooperativas son los obreros mismos que, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta en ella, a pesar de que, donde quiera que existen, su organización efectiva presenta, naturalmente y no puede por menos de presentar, todos los defectos del sistema existente. Pero dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque, por el momento, solamente bajo una forma en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo. Marx observa que el sistema de crédito, base fundamental para la gradual transformación de las empresas privadas capitalistas en sociedades anónimas capitalistas, constituye también el medio para la extensión paulatina de las empresas cooperativas en una escala más o menos nacional.

Para Marx, la distinta función -el hecho de que funciona como forma dinero de la renta o como forma dinero del capital- no hace cambiar por el momento en lo más mínimo el carácter del dinero como medio de circulación. El dinero conserva este carácter lo mismo cuando desempeña una que cuando desempeña otra función. La diferencia existente entre el dinero como medio de pago y el dinero como medio de compra (medio de circulación) es una diferencia inherente al dinero mismos y no una diferencia existente entre el dinero y el capital. Las dos órbitas de circulación se hallan íntimamente relacionadas entre sí, en el sentido de que, de una parte, el masa de las rentas que han de invertirse expresan el volumen del consumo, mientras que, de otra parte, la magnitud de las

masas de capital que circulan en la producción y en el comercio expresan el volumen y la velocidad del proceso de reproducción.

En épocas de prosperidad, los obreros trabajan a pleno rendimiento. La mayoría de las veces se produce, también en estos casos, una subida de salarios que viene a compensar, en cierto modo, el descenso de los mismos por debajo de su nivel medio en otros períodos del ciclo comercial. Al mismo tiempo, aumentan considerablemente las rentas de los capitalistas. El consumo aumenta con carácter general. suben también de un modo regular los precios de las mercancías, por lo menos en distintas ramas comerciales decisivas. Todo esto hace que aumente la cantidad de dinero circulante, por lo menos dentro de ciertos límites, pues la mayor velocidad de circulación contrarresta, a su vez, el aumento de la masa de los medios circulantes. Como la parte de la renta social que se halla formada por el salario es desembolsada originariamente por el capitalista industrial en forma de capital variable y siempre en forma de dinero, en tiempos de prosperidad se necesita una cantidad mayor de dinero para su circulación. Pero no se debe hacerlo figurar en cuenta dos veces: una vez como dinero necesario para la circulación del capital variable y otra vez como dinero necesario para la circulación de la renta de los obreros. El dinero que se desembolsa a los obreros en concepto de salarios es gastado por los obreros en el comercio al por menor, con lo cual refluye sobre poco más o menos semanalmente a los bancos como depósitos de los pequeños comerciantes, después de servir de vehículo, en ciclos más pequeños, a diversas operaciones intermedias. En épocas de prosperidad, el reflujo del dinero para los capitalistas industriales se desarrolla sin entorpecimiento, por lo cual su necesidad de disponibilidades de dinero no aumenta por el hecho de que tengan que pagar más salarios. En los períodos de prosperidad aumenta de un modo decisivo la masa de los medios de circulación destinados a la inversión de las rentas.

En los períodos de crisis ocurre al revés. Los precios bajan y bajan también los salarios; el número de obreros en activo se restringe, la masa de las operaciones de circulación disminuye, y a medida que disminuye el crédito, aumenta la necesidad de disponibilidades de dinero. El disminuir el crédito, cosa que coincide con la paralización del proceso de reproducción, la masa de circulación necesaria para el desembolso de las

rentas, disminuye, aumentado, en cambio, la que se necesita para la transferencia de capital. En las épocas de prosperidad predomina la demanda de medios de circulación entre los consumidores y comerciantes y en el período de reflujo la demanda de medios de circulación entre capitalistas, mientras que en las épocas de paralización de negocios aumenta la primera y disminuye la segunda.

\* \* \*

El capital bancario se halla formado: 1) por el dinero contante, oro o billetes; 2) por títulos y valores. Estos pueden dividirse en distintos rubros. La forma del capital a interés lleva implícita la idea de que toda renta concreta y regular en dinero aparezca como interés de un capital, ya provenga de un capital o no. Primero se convierte en interés la renta en dinero y tras el interés se encuentra luego el capital de que nace. El capital a interés hace también que toda suma de valor aparezca como capital a interés, siempre y cuando que no sea invertida como renta; es decir, como suma matriz (principal) por oposición al interés posible o real que es susceptible de rendir.

\* \* \*

El Estado tiene que pagar a sus acreedores todos los años una determinada cantidad de intereses por el capital que le prestan. El acreedor, en este caso, no puede reclamar a su deudor la devolución del dinero prestado, sino simplemente vender a otro el crédito, sus títulos de la Deuda. El capital mismo ha sido consumido, invertido por el Estado. Lo que el acreedor del Estado posee es: 1°. un título de deuda contra él, por, supóngase, 10.000 pesos; 2°. el derecho, que este título de deuda le confiere, a participar en una determinada suma, digamos en 500 pesos, o sea, en el 5% de los ingresos anuales del Estado; 3°. la posibilidad de vender a otros, si lo desea, este título de deuda de 10.000 pesos. Si el tipo de interés es el 5%, garantizado además por el Estado, el poseedor A podrá vender a B el título de deuda, normalmente, por 10.000 pesos, pues a B tanto le da prestar 10.000 pesos al 5% anual como desembolsar 10.000 pesos que le asegure un tributo de 500 pesos anuales por parte del Estado. Pero el capital cuyo fruto (interés) paga el Estado, es, en todos estos casos, un capital ilusorio, ficticio. No sólo porque la suma prestada

al Estado ya no existe, sino, además, porque jamás se destinó a invertirse como capital. La formación del capital ficticio se llama capitalización. para capitalizar cualquier ingreso periódico lo que se hace es considerarlo, con arreglo al tipo medio de interés, como el rendimiento que daría un capital prestado a este tipo de interés. De este modo se borra hasta el último rastro del verdadero proceso de valorización del capital y se refuerza la idea del capital como un autómatas que se valoriza a sí mismo y por su propia virtud.

Aun en aquellos casos en que el título de deuda -el título de valor- no es, como ocurre en el caso de la Deuda Pública, un capital puramente ilusorio, es puramente ilusorio el valor-capital de este título. El sistema de crédito crea capital asociado. Los títulos de valor se consideran como títulos de propiedad que representan este capital. Las acciones de las compañías ferroviarias, mineras, navales y de otras sociedades representan un verdadero capital, a saber: el capital invertido y que funciona en estas empresas o la suma de dinero desembolsado por los socios para que pueda ser invertido en ellas como capital. Lo cual no excluye, ni mucho menos, la posibilidad de que se trate de una simple especulación. Pero este capital sólo existe como capital realmente invertido o que ha de invertirse en aquellas empresas; es un título de propiedad que da derecho a participar *pro rata* en la plusvalía que dicho capital produzca.

El movimiento independiente desplegado por el valor de los títulos de la Deuda Pública y el de las acciones viene a confirmar la apariencia de que constituyen un verdadero capital, además del capital o del derecho de que pueden ser títulos representativos. Se los convierte, en efecto, en mercancías cuyo valor comercial asume una determinación distinta de su valor nominal, sin que se modifique el valor (aunque pueda modificarse la valorización) del verdadero capital. De una parte, su valor comercial oscila con la cuantía y la seguridad de los rendimientos que dan derecho a percibir. Si el valor nominal de una acción es de 100 pesos, y la empresa arroja el 10% en vez del 5%, su valor comercial, en igualdad de circunstancias, aumentará; a un tipo de interés del 5%, los 100 pesos nominales vendrán a representar, ahora, un capital ficticio de 200 pesos. Quien compra la acción por 200 pesos, obtendrá un 5% de renta sobre

esta inversión de capital. Y ocurrirá a la inversa, cuando el rendimiento de la empresa disminuya.

Marx observa que el precio de estos títulos y valores aumenta o disminuye en razón inversa al tipo de interés. Por eso, en épocas de apuros en el mercado de dinero los títulos o valores bajarán de precio de un doble modo: en primer lugar, porque subirá el tipo de interés y, en segundo lugar, porque en estos casos los títulos y valores se lanzan en masa al mercado para convertirse en dinero. Y seta baja de precio se produce independientemente del hecho de que el rendimiento que los títulos de la Deuda Pública, o de que la valorización del capital efectivo que representan, pueda ser afectado por las perturbaciones del proceso de reproducción, como ocurre en las empresas industriales. En este caso, a la depreciación a que nos estamos refiriendo vendrá a añadirse otra. Cuando pasa la tormenta, estos títulos recobran de nuevo su valor anterior, siembre y cuando que no correspondan a empresas quebradas o de pura especulación. Su depreciación durante la crisis actúa como poderoso medio de centralización de las fortunas en dinero.

Una parte del capital bancario se halla formada, finalmente, por su reserva-dinero de oro o billetes de banco. Los depósitos, cuando no sean a largo plazo, se hallan siempre a disposición de los imponentes. Se hallan en un estado constante de fluctuación. Pro lo que unos retiran lo reponen otros, con lo cual fluctúa poco, en épocas de negocios normales, la suma media general de dinero depositado.

Los depósitos se hacen siempre en dinero, con excepción del fondo de reserva que se forma o se amplía con arreglo a las necesidades de la circulación real, estos depósitos se encuentran siempre, en realidad, bien en manos de los industriales y comerciantes, o en manos del gobierno (en el caso de certificados del Tesoro y de nuevos empréstitos). Los depósitos llenan una doble función. Por una parte, se prestan como capital a interés y no se hallan, por tanto, en las cajas de los bancos, sino que figuran solamente en sus libros como saldo de los imponentes. De otra parte, funcionan simplemente como tales partidas en los libros de contabilidad, en la medida en que los saldos mutuos de los depositantes se compensan y van nivelándose entre sí mediante los cheques librados contra sus depósitos de cuenta corriente, siendo indiferente, para estos efectos, el

que los depósitos se hallen en poder del mismo banquero, o en poder de diversos banqueros que cambien entre sí sus cheques, abonándose simplemente el saldo.

Los títulos de propiedad sobre negocios sociales, ferrocarriles, minas, etc., son títulos que dan derecho a un capital efectivo, pero no dan a quien los posee ningún poder de disposición sobre este capital. Sólo dan derecho a reclamar una parte de la plusvalía que se obtenga. Mas, estos títulos se convierten también en representantes nominales de capitales inexistentes. El capital efectivo existe al lado de ellos y no cambia de mano, ni mucho menos, porque cambien de mano estos duplicados. Estos títulos se convierten en forma del capital a interés porque no sólo garantizan ciertos rendimientos, sino que además pueden venderse, convirtiéndose de nuevo, con ello, en valores-capital. Como duplicados susceptibles de ser negociados por sí mismos como mercancías y de circular, por consiguiente, por sí mismos como valores-capitales, son algo ilusorio y su cuantía de valor puede disminuir o aumentar con absoluta independencia del movimiento de valor del capital efectivo, del que ellos no son más que títulos. El ganar o perder como resultado de las oscilaciones de precio de estos títulos de propiedad y de su centralización en manos de los reyes de los ferrocarriles, etc., se convierte cada vez más en obra del azar, que ahora sustituye al trabajo como modalidad originaria de adquisición de la propiedad del capital y también a la violencia abierta. Esta clase de riqueza es una parte considerable de la riqueza en dinero de los particulares y de los banqueros.

Por acumulación del capital-dinero podría entenderse la acumulación de la riqueza en manos de los banqueros como mediadores entre los particulares poseedores de capitales en dinero, de una parte, y de otra, el Estado, los municipios y los prestamistas reproductivos que explotan todo el sistema de crédito, como si fuese su capital privado. Los particulares a quienes Marx se refiere aquí poseen siempre el capital y los ingresos en forma de dinero o de créditos que versan directamente sobre dinero. La acumulación de la fortuna de esta clase puede desarrollarse en una dirección muy distinta de la acumulación real, pero en todo caso demuestra que esta clase se embolsa un a buena parte de ella.

Los valores del Estado, al igual que las acciones y otros títulos y valores de todas clases, son bases de inversión para el capital dado en préstamo, para el capital destinado a producir intereses. Son formas de préstamo de este capital. Pero no son de por sí el capital prestado que en ellas se invierte. Por otra parte, en la medida en que el crédito desempeña un papel directo en el proceso de reproducción, lo que necesita el industrial o el comerciante cuando quiere que se le descunte una letra o se le coloque un empréstito no son acciones ni valores del Estado. Lo que quiere y necesita es, sencillamente, dinero. Por eso, cuando no puede procurárselo de otro modo, lo que hace es vender o pignorar aquellos títulos y valores. Es la acumulación de este capital a préstamo lo que Marx estudia aquí, y especialmente la del capital-dinero a préstamo. Se trata de los préstamos en dinero hechos por los banqueros, como mediadores, a los industriales y comerciantes.

Existe el crédito que se conceden mutuamente los capitalistas que se ocupan de la reproducción y que constituye la base del “sistema de crédito”. Su representante es la letra de cambio, un certificado de deuda con un plazo fijo de pago. Todo el mundo concede crédito con una mano y lo obtiene con la otra. Un factor esencialmente diverso lo constituye el crédito bancario. Cuando las letras de cambio vuelvan a circular entre los comerciantes como medios de pago, mediante endoso de unos a otros, pero sin que medie todavía el descuento, trátase simplemente de una transferencia del título de la deuda de A a B, sin que cambie en lo más mínimo la trama. La operación se limita a la sustitución de una persona por otra. También en este caso puede operarse la liquidación sin que intervenga para nada el dinero.

El ciclo del crédito puramente comercial le merece a Marx dos observaciones. La primera es que el saldo de los créditos recíprocos depende del reflujo del capital, es decir, de la operación M-D, que aquí aparece aplazada. Si el fabricante de hilados recibe un a letra de cambio del fabricante de telas, éste podrá pagarle si entretanto consigue vender las telas lanzadas por él al mercado. Si el especulador en trigo entrega una letra de cambio contra su agente, éste podrá pagar el dinero si entretanto logra vender el trigo al precio esperado. Por consiguiente, estos pagos dependerán de la fluidez de la reproducción, es decir, del proceso de producción y de consumo. Pero, como los créditos son mutuos, la

solvencia de cada uno de los deudores dependerás, al mismo tiempo, de la solvencia de los otros, pues al aceptar su letra de cambio cada uno de ellos puede confiar, o en el reflujo del capital en su propia industria, o bien en el reflujo en la industria de un tercero que debe hacerle efectiva en el período intermedio una letra aceptada. La segunda observación es que este sistema de crédito no elimina la necesidad de los pagos en dinero al contado.

Los límites que circunscriben el crédito comercial, considerado de por sí, son: a) la posibilidad de industriales y comerciantes, de disponer de un capital de reserva, caso de que el reflujo del capital se dilate; b) este mismo reflujo. El reflujo puede dilatarse en cuanto al tiempo o puede ocurrir que entretanto bajen los precios de las mercancías o que éstas queden momentáneamente invendibles por la paralización de los mercados. Cuanto más largo sea el plazo de vencimiento de la letra, mayor necesitará ser, en primer lugar, el capital de reserva y mayor será también la posibilidad de que se restrinja o se dilate el reflujo como consecuencia de la baja de precios o del abarrotamiento del mercado. En segundo lugar, la recuperación del dinero será tanto más incierta cuanto más condicionada se halle la transacción originaria por el alza o baja de los precios de las mercancías. El desarrollo de la producción en gran escala trae los efectos siguientes: se extienden y se alejan los centros de producción; los créditos tienen que prolongarse y el elemento especulativo tiende necesariamente a dominar cada vez más las transacciones comerciales. La producción en gran escala y con destino a mercados más remotos lanza todo el producto en manos del comercio; pero es imposible que el capital de una nación se duplique, haciendo que el comercio de por sí se halle en condiciones de comprar con su capital propio todo el producto nacional y de volver luego a venderlo. En estos casos, es, pues, inexcusable recurrir al crédito. La extensión de este crédito crece al crecer el volumen de valor de la producción y la duración de él se prolonga al aumentar el alejamiento de los mercados. Es un juego de acciones y reacciones. El desarrollo del proceso de producción hace que se extienda el crédito, y el crédito se traduce en la extensión de las operaciones industriales y mercantiles. Si se examina este crédito, aparte del crédito bancario, se comprueba que crece a medida que se desarrolla el mismo capital industrial. Capital de préstamo y capital industrial son, aquí, cosas idénticas; los capitales prestados son capitales-mercancías,

destinados o al consumo individual en definitiva, o bien a la reposición de los elementos constantes del capital productivo. Lo que aquí aparece como capital prestado es siempre capital que se halla en una determinada fase del proceso de reproducción pero que pasa de unas manos a otras mediante la compra y la venta, mientras que el equivalente de ello sólo le es pagado al comprador posteriormente, dentro del plazo convenido. Este capital-mercancías sólo pasa por las manos de diversos comerciantes que sirven de mediadores para su transporte a mercados lejanos y el último de los cuales vende por fin la mercancía al consumidor, comprando a cambio de ella otras mercancías destinadas, ya al consumo, o bien al proceso de reproducción. Por consiguiente, hay que distinguir aquí dos etapas: en la primera, el crédito sirve de mediador en las distintas fases reales sucesivas de la producción del mismo artículo; en la segunda, simplemente del paso del artículo producido en manos de un comerciante a manos de otro, incluyendo el transporte, es decir, de la etapa M-D. Pero también aquí vemos que la mercancía se encuentra siempre, por lo menos, en la órbita de la circulación, es decir, en una de las fases del proceso de reproducción. Por consiguiente, aquí el crédito sirve de mediador de la metamorfosis de la mercancía, no sólo de M-D, sino también de D-M y del proceso real de producción. El máximo del crédito equivale aquí a la actividad más completa del capital industrial, es decir, a la máxima tensión de su fuerza de reproducción, sin tener en cuenta para nada los límites del consumo.

Mientras el proceso de reproducción se mantiene en marcha y se halla asegurado el reflujo del capital, este crédito dura y se extiende, y su extensión se base en la del mismo proceso de reproducción. Tan pronto como ocurre una paralización porque se dilata el reflujo del capital, se abarrotan los mercados o bajen los precios, se produce una plétora de capital industrial, pero bajo una forma que le impedirá cumplir sus funciones. Habrá una masa de capital mercancías, pero invendible, y una masa de capital fijo, pero ociosa en gran parte por el estancamiento de la reproducción. El crédito se restringirá: 1°. porque este capital permanecerá inactivo; 2°. porque se quebrantará la confianza en la fluidez del proceso de reproducción; 3°. porque disminuirá la demanda de crédito comercial.

Al verse entorpecida la expansión o, simplemente, la tensión normal del proceso de reproducción, hay también una escasez de crédito; resulta difícil obtener a crédito mercancías. La exigencia del pago al contado y las precauciones en las ventas a crédito son, especialmente, características de aquella fase del ciclo industrial que sigue a los *cracks*. En plena crisis, cuando todo el mundo tiene que vender y no puede y, sin embargo, necesita vender para poder pagar, es cuando mayor es la masa, no del capital inactivo que necesita colocarse, sino del capital entorpecido en su proceso de reproducción, aunque la escasez de crédito sea, en estos casos, mayor que nunca (y, por tanto, más alto el tipo de descuento que el crédito bancario). El capital ya invertido se halla en estos casos, realmente inactivo, en grandes masas, pues el proceso de reproducción se paraliza. Las fábricas dejan de funcionar, las materias primas se acumulan, los productos terminados se amontonan como mercancías en el mercado. No hay, pues, nada más falso que atribuir a estas situaciones una escasez de capital productivo. Existe, por el contrario, una plétora de capital productivo, en parte con respecto a la medida normal, pero actualmente restringida, de la reproducción, y en parte con respecto al consumo paralizado.

Si se supone que toda la sociedad esté formada simplemente por capitalistas industriales y obreros asalariados; si se prescinde de los cambios de precios, que impiden a grandes porciones del capital total de la sociedad reponerse en sus proporciones medias y que, dada la trabazón general de todo el proceso de reproducción tal como se desarrolla gracias al crédito, tiene necesariamente que provocar siempre paralizaciones generales transitorias; si se prescinde también de los negocios ficticios y de las operaciones especulativas, que el sistema de crédito estimula, entonces, las crisis sólo podrían explicarse por una desproporción entre el consumo de los capitalistas y su acumulación. Pero, tal como se plantean en realidad las cosas, la reposición de los capitales invertidos en la producción depende en gran parte de la capacidad de consumo de las clases no productivas, mientras que la capacidad de consumo de los obreros se halla limitada en parte por las leyes del salario y en parte por el hecho de que estas leyes sólo se aplican en la medida en que benefician a la clase capitalista. La razón última de toda verdadera crisis es siempre la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas

productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad.

Sólo puede hablarse de una escasez real de capital productivo, por lo menos en las naciones de régimen capitalista desarrolladas, en caso de malas cosechas generales, ya se trate de los medios fundamentales de alimentación o de las materias primas más importantes para la industria.

El movimiento del capital de préstamo, tal como se refleja en el tipo de interés, discurre en conjunto en dirección inversa a la del capital industrial. Hay una fase en que el tipo de interés, aunque superior al mínimo, coincide con el “alivio” y la creciente confianza que se producen después de la crisis. Hay una fase en que alcanza su nivel medio, el punto central, equidistante de su mínimo y de su máximo. Estos son los únicos momentos que expresan la coincidencia de la abundancia de capital de préstamo con la gran expansión del capital industrial. Pero, al iniciarse el ciclo industrial, el tipo bajo de interés coincide con la contracción, y al final del ciclo el tipo elevado de interés coincide con la superabundancia de capital industrial. El tipo de interés que acompaña al “alivio” expresa el hecho de que el crédito comercial sólo necesita en una medida muy pequeña el crédito bancario, pues puede desenvolverse todavía por sus propios medios.

La característica de este ciclo industrial es que el mismo ciclo, una vez dado el primero impulso, no tiene más remedio que reproducirse periódicamente. Al crecer la tensión, la producción cae por debajo de la fase alcanzada en el ciclo anterior y para la que ahora existe la base técnica. En los tiempos de prosperidad -del período intermedio- sigue desarrollándose sobre esta base. En el período de superproducción y especulación, pone en tensión hasta el máximo las fuerzas productivas hasta rebasar con mucho los límites capitalistas del proceso de producción.

Es fácilmente comprensible la escasez de medios de pago en el período de crisis. La convertibilidad de las letras de cambio sustituye a la metamorfosis directa de las mercancías, tanto más cuanto que precisamente en estos períodos aumenta el número de las casas comerciales que trabajan simplemente a crédito.

En lo que se refiere a la superabundancia del capital industrial que se revela en las crisis, hay que observar lo siguiente: el capital-mercancías es de por sí, al mismo tiempo, capital-dinero, es decir, una determinada suma de valor expresada en el precio de las mercancías. Como valor de uso, es una determinada cantidad de determinados objetos útiles, de los cuales existe plétora en el momento de la crisis. Pero, como capita-dinero de por sí, como capital-dinero potencial, se halla sometido a un proceso constante de expansión y contracción. En vísperas de la crisis y ya dentro de ella, se produce una contracción del capital mercancías en su calidad de capital dinero potencial. Éste representa para su poseedor y para los acreedores de este poseedor (así como también en cuanto garantía de las letras de cambio y los préstamos) menos capital-dinero que en el momento en que se compró y en que se celebraron las operaciones de descuento y las pignoraciones basadas en él. Si es esto lo que se quiere decir cuando se afirma que el capital-dinero de un país disminuye en los tiempos de crisis, vale tanto como decir que han bajado los precios de las mercancías. Por lo demás, esta bancarrota de los precios no hace más que compensar su anterior inflación.

Los ingresos de las clases improductivas y de las que viven de rentas fijas permanecen en su mayor parte estacionarios durante la inflación de los precios, que acompaña siempre a la superproducción y a la superespeculación. Su capacidad de consumo disminuye, por tanto, en términos relativos y, con ella, su capacidad para reponer la parte de la reproducción total que normalmente debiera ser absorbida por su consumo. Aun cuando su demanda permaneciese nominalmente estacionaria, disminuiría en realidad. En cuanto a las importaciones y exportaciones, todos los países se ven arrastrados unos tras otros a la crisis; luego se pone de manifiesto que todos ellos, con muy pocas excepciones, han importado y exportado más de lo debido, con lo cual **la balanza de pagos es desfavorable para todos** y el problema no reside por tanto, en realidad, en la balanza de pagos misma.

En las crisis y, en general, en las paralizaciones de los negocios el capital-mercancías pierde en gran parte su cualidad de capital-dinero potencial.

“Y lo mismo ocurre con el capital ficticio, con los títulos y valores rentables, en la medida en que circulan en Bolsa como capitales-dinero. Su precio baja a medida que sube el tipo de interés. baja asimismo por la escasez general de crédito, que obliga a sus poseedores a lanzarlos en masa al mercado para conseguir dinero. Y, finalmente, tratándose de acciones, baja unas veces al disminuir las rentas que dan derecho a percibir y otras veces como consecuencia del carácter especulativo de las empresas que con harta frecuencia representan. Este capital-dinero ficticio disminuye enormemente en épocas de crisis, y con él el poder de sus poseedores de obtener dinero en el mercado a cuenta de él. Sin embargo, la disminución de la cotización en dinero de estos títulos y valores en los boletines de cotización no tienen nada que ver con el capital real que representan y sí mucho, en cambio, con la solvencia de sus poseedores”<sup>1</sup>.

La transformación del dinero en capital-dinero susceptible de ser prestado es un proceso mucho más simple que el de la transformación del dinero en capital productivo. Pero aquí, señala Marx, hay que distinguir dos cosas: 1°. la simple transformación del dinero en capital de préstamo; 2]. la transformación de capital o renta en dinero, que a su vez se transforma en capital de préstamo. El segundo punto es el único que puede llevar implícita una acumulación positiva del capital de préstamo enlazada con la verdadera acumulación del capital industrial.

Marx estudia la **“transformación de capital o rentas en dinero que se convierte, a su vez, en capital de préstamo”**. Una vez más, Marx, ya en el tercer libro de su obra principal,, lo mismo que en los dos anteriores se ocupa de la “acumulación del capital”. Aquí se trata de la acumulación del capital dinero en cuanto puede obedecer al aflujo extraordinario de oro, como se comprobó en 1852 y 1853, a consecuencia de la explotación de las nuevas minas de oro de Australia y California. A cambio de este oro, que fue depositado en el Banco de Inglaterra, los depositantes recibieron billetes de banco, que no volvieron a depositar directamente en poder de los banqueros. De este modo, aumentaron extraordinariamente los medios circulantes.

<sup>1</sup> Carlos Marx, ob. cit., T. 3, vol. 1, pp. 575-576.

La acumulación de todos los capitalistas dedicados a prestar dinero se realiza siempre directamente en forma de dinero, a diferencia de la verdadera acumulación de los capitalistas industriales, que se efectúa generalmente mediante el aumento de los elementos que forman el mismo capital reproductivo. El desarrollo del sistema de crédito y la enorme concentración del negocio de préstamo de dinero en manos de los grandes bancos tiene, por tanto, que acelerar ya de por sí la acumulación del capital susceptible de ser prestado, como forma distinta de la acumulación real. Este rápido desarrollo del capital de préstamo es, así, un resultado de la acumulación real; es consecuencia del desarrollo del proceso de reproducción. La ganancia que constituye la fuente de acumulación de los capitalistas monetarios es una deducción de la plusvalía arrancada por los capitalistas reproductivos y, al mismo tiempo, la apropiación de una parte de los intereses producidos por los ahorros de otros. El capital de préstamo acumula a costa de los industriales y los comerciantes al mismo tiempo. En las fases malas del ciclo industrial puede elevarse tanto el tipo de interés, que llegue a absorber temporalmente la ganancia en algunas ramas industriales cuya situación sea especialmente desfavorable. Al mismo tiempo, bajan los precios de los valores del Estado y de otros títulos y valores. Es el momento que los poseedores de capitales-dinero aprovechan para comprar en masa estos títulos y valores depreciados, que al sobrevenir la nueva fase no tardan en volver a cotizarse más altos y en recobrar su cotización normal. Logrando esto, vuelven a lanzarlos al mercado, apropiándose de este modo una parte del capital-dinero del público. La parte no lanzada al mercado rinde intereses más altos, por haberse adquirido a bajo precio. Y toda la ganancia conseguida por los poseedores de los capitales-dinero, es convertida ante todo en capital-dinero destinado a préstamos. La acumulación de este capital, distinta de la verdadera acumulación, aunque fruto de ella, tiene que crecer necesariamente a medida que se extiende el sistema de crédito, tal como acompaña a la ampliación real del proceso de reproducción.

Cuando el tipo de interés es bajo, la depreciación del capital-dinero recae principalmente sobre los imponentes, no sobre los bancos. La masa de dinero como capital-dinero susceptible de ser prestado, no es por sí misma masa de ser prestado no expresa, en parte, más que el hecho de que todo el dinero en que se convierte el capital industrial en su proceso cíclico reviste la forma, no de dinero invertido por los reproductores, sino

de dinero prestado por ellos. Así, en realidad, la inversión de dinero que necesariamente tiene que efectuarse en el proceso de reproducción aparece como inversión de dinero prestado. Los reproductores se prestan unos a otros a base del crédito comercial el dinero que necesitan para el proceso de reproducción. Los banqueros a quienes se lo prestan una parte de los reproductivos, se lo prestan, a su vez, a otra parte de ellos; el poder de disposición sobre este capital se concentra enteramente en manos de los banqueros como intermediarios.

En conformidad con el punto de vista que acaba de indicar, Marx expone algunas formas especiales de acumulación de capital-dinero. En épocas de crisis llega a su máximo la demanda de capital de préstamo y, por tanto, el tipo de interés; la cuota de ganancia y, con ella, la demanda de capital industrial punto menos que desaparecen. En tales épocas, nadie pide dinero restado más que para pagar obligaciones ya contraídas. En cambio, en las épocas de reanimación de los negocios que siguen a las crisis, se busca capital para comprar y para convertir el capital-dinero en capital productivo o en capital comercial. En esos casos, son el capitalista industrial o el comerciante quienes lo solicitan. La creciente demanda de fuerza de trabajo no puede justificar nunca el alza del tipo de interés, en la medida en que se halla determinado por la cuota de ganancia. La subida del salario no explica nunca una ganancia más alta, aunque en fases especiales del ciclo industrial puede ser una de las consecuencias que se deriven de ella. Puede ocurrir que aumente la demanda de fuerza de trabajo, porque la explotación del trabajo se desarrolla en condiciones especialmente favorables, pero de tal modo que esta demanda ascendente de fuerza de trabajo y, por tanto, de capital variable, no haga de por sí que aumente la ganancia, sino que, más bien, la haga disminuir proporcionalmente. Sin embargo, puede aumentar con ello la demanda de capital-dinero, haciendo esto que aumente el tipo de interés. El precio comercial de la fuerza de trabajo aumentará entonces por encima de la medida media, se dará entrada a un número de obreros superior al normal y, al mismo tiempo, subirá el tipo de interés, puesto que esas condiciones hacen que aumente la demanda de capital-dinero. La creciente demanda de fuerza de trabajo encarece esta mercancía como otra cualquiera, hace que suba su precio, pero no la ganancia, la cual responde en lo fundamental precisamente a la baratura relativa de esta mercancía. Pero, al mismo tiempo, hace subir el tipo de interés –bajo las circunstancias que

se dan por supuestas- pues hace que aumente la demanda de capital-dinero. Si el capitalista de dinero, en vez de prestar éste, se convirtiese en industrial, el hecho de que tenga que pagar el trabajo caro no elevaría de por sí su ganancia, sino que, por el contrario, la haría disminuir proporcionalmente. La coyuntura de las circunstancias puede ser tal que, a pesar de ello, aumente su ganancia, pero no porque pague más caro a sus obreros. Pero esta última circunstancia, en la medida en que hace subir la demanda de capital-dinero, es suficiente para hacer subir el tipo de interés. Si aumentasen por cualesquiera causas los salarios, en coyunturas que por lo demás fuesen desfavorables, el alza de los salarios haría descender la cuota de ganancia y, en cambio, haría subir el tipo de interés, en la medida en que creciese la demanda de capital-dinero.

Si se prescinde del trabajo, lo que se ha llamado “demanda de capital” consiste en la demanda de mercancías. La demanda de mercancías hace subir el precio de éstas. La masa de intereses que tendrá que pagar ahora el capitalista industrial o el comerciante, aumentará al aumentar la masa del capital prestado. Es posible que la demanda de mercancías, caso de que su oferta descienda por debajo de la media, no absorba más capital-dinero que antes. Habrá que pagar la misma suma y tal vez una suma menor por su valor total, pero por la misma suma se obtendrá una cantidad menor de valores de uso. En este caso, la demanda de capital-dinero susceptible de ser prestado seguirá siendo la misma y, por tanto, el tipo de interés no subirá aunque suba la demanda de mercancía en proporción a su oferta y aumente, por consiguiente, el precio de la mercancía. El tipo de interés sólo puede resultar afectado siempre que crezca la demanda total de capital de préstamo, que es lo que no ocurre, a base de los supuestos anteriores. Pero la oferta de un artículo puede también descender por debajo de la media, como ocurre, en caso de malas cosechas, con el trigo, el algodón, etc., y aumentar, sin embargo, la demanda de capital de préstamo, porque se especula para conseguir que los precios suban todavía más, y el procedimiento más directo para hacerlos subir consiste en retirar temporalmente del mercado una parte de la mercancía. para que se pueda pagar la mercancía comprada sin venderla se moviliza dinero por medio del “régimen de las letras comerciales”. Y en este caso las cosas ocurrirán de modo que el alza del tipo de interés exprese una disminución artificial de la oferta del capital-mercancías. Por otra parte, es posible que la demanda de un artículo

aumente por haber aumentado su oferta y se cotice por debajo de su precio medio. En este caso, la demanda de capital de préstamo puede seguir siendo la misma e incluso disminuir, porque con la misma suma de dinero se obtenga mayor cantidad de mercancías. pero podría producirse también un almacenamiento especulativo de mercancías, y entonces podría aumentar la demanda de capital de préstamo, y la elevación del tipo de interés sería entonces expresión de una inversión de capital en el almacenamiento excedente de elementos del capital productivo. Aquí sólo examina Marx la demanda de capital de préstamo en cuanto se halla influida por la demanda y la oferta del capital-mercancía.

Ya se ha puesto de relieve más arriba cómo influye sobre la oferta de capital de préstamo el estado fluctuante del proceso de reproducción en las fases del ciclo industrial. En épocas de crisis, la demanda de capital de préstamo es demanda de medios de pago, y, en modo alguno, demanda de dinero como medio de compra. En estos casos puede subir mucho el tipo de interés, lo mismo si abunda que si escasea el capital real, tanto el capital productivo como el capital-mercancías. La demanda de medios de pago es simple demanda de invertibilidad en dinero, allí donde los comerciantes y productores pueden ofrecer buenas garantías, y es demanda de **capital-dinero** en la medida en que no ocurra eso, donde, por tanto, un anticipo de medios de pago no les da solamente la forma-dinero, sino el **equivalente** que les falta para pagar, en la forma que sea. Es éste, según Marx, el punto en que ambos lados de la teoría corriente tienen razón y se equivocan al enjuiciar las crisis. Los que dicen que existe simplemente escasez de medios de pago, o bien se fijan solamente en los poseedores de garantías *bona fide*, de títulos sobre mercancías recibidas, o bien se equivocan al creer que un banco tiene el deber y además la posibilidad de convertir a todos los especuladores quebrados, por medio de unos papeles, en capitalista solventes y sólidos. Y no menos se equivocan quienes dicen que existe simplemente escasez de capital, puesto que precisamente en esas épocas existen masas de capital **inconvertible** a consecuencia del exceso de importaciones y de la superproducción.

“La demanda y la oferta de capital de préstamo serían idénticas a la demanda y la oferta de capital en general”, “si no existiesen prestamistas de dinero y en vez de eso los capitalistas prestamistas se hallasen en posesión de la maquinaria, las materias primas, etc.,

y las prestasen o las alquilaran, como hoy se alquilan las casas, a los capitalistas industriales, que son, a su vez, propietarios de una parte de estos objetos. En estas condiciones, la oferta de capital a préstamo sería idéntica a la oferta de elementos de producción para el capitalista industrial y, a la vez, de mercancías para el comerciante. Pero es evidente que, en este caso, la división de la ganancia entre el prestamista y el prestatario dependería ante todo íntegramente de la proporción en que este capital se tomase a préstamo y en que fuese propiedad de quien lo emplease”.

\* \* \*

Se ha dicho que el crédito es “el gran regulador del ritmo de la circulación”. Por eso, “las crisis agudas del mercado de dinero suelen coincidir con el abarrotamiento de la circulación”. Esto, según Marx, debe entenderse en dos sentidos. En primer lugar, todos los métodos que ahorran medios de circulación se basan en el crédito. En segundo lugar, la celeridad con que circula un billete de banco como medio de compra y de pago se halla condicionado por la celeridad con que retorna siempre a alguien en forma de depósito, para pasar de nuevo a otro en forma de préstamo.

En el libro primero de *El Capital* señaló Marx que la masa del dinero realmente circulante, partiendo como de factores dados del ritmo de circulación y de la economía de los pagos, se determina por los precios de las mercancías y la masa de las transacciones. Y la misma ley rige para la circulación de billetes. Agrega ahora que la cantidad absoluta de la circulación sólo influye de un modo determinante sobre el tipo de interés en épocas de crisis. Entonces, pueden ocurrir dos cosas: a) que la demanda de circulación colmada sólo exprese la demanda de medios de atesoramiento (prescindiendo del ritmo amortiguado con que circula el dinero y con que las mismas monedas se convierten constantemente en capital de préstamo) por razón de la falta de crédito; 2) que se necesiten realmente más medios de circulación.

Fuera de estos casos, la masa absoluta de la circulación no influye sobre el tipo de interés.

\* \* \*

Con referencia a la acumulación de billetes de banco en tiempos de crisis, observa Marx que aquí se repite el atesoramiento de metales preciosos, tal como se presenta en épocas tranquilas de los estadios más primitivos de la sociedad. En lo que concierne a la retirada y afluencia del oro señala. **Primero.** Debe distinguirse entre las ideas y venidas del metal dentro de la zona que no produce oro ni plata, de una parte, y, de otra, la corriente del oro y la plata desde sus fuentes de producción a través de los diversos países y la distribución de la cantidad que afluye entre éstos. **Segundo.** Entre los países no productores de oro y plata afluyen y refluyen constantemente los metales preciosos; el mismo país importa y exporta continuamente oro y plata. Y según que predomine uno u otro aspecto del movimiento, se podrá decir si prevalece en último término el aflujo o el reflujo de estos metales, ya que los dos movimientos, puramente oscilatorios y no pocas veces paralelos, se neutralizan en gran parte. **Tercero.** El exceso de las importaciones sobre las exportaciones y viceversa se mida, en conjunto, por el aumento o la disminución de las reservas metálicas en los bancos centrales. **Cuarto.** La exportación de metales adopta la forma de retirada cuando el movimiento de descenso se mantiene durante algún tiempo. Entonces puede considerarse como tendencia del movimiento y la reserva metálica del Banco desciende considerablemente por debajo de su nivel medio, tendiendo hacia el mínimo medio de estas reservas. **Quinto.** La función de las reservas metálicas del llamado Banco nacional, función que, sin embargo, no es, ni mucho menos, la que regula exclusivamente el volumen de las reservas metálicas, es triple: 1) la de servir de fondo de reserva para los pagos internacionales. 2) La de fondo de reserva para la circulación metálica interior, que unas veces se expansiona y otras veces se contrae. 3) Algo que se relaciona con la función como dinero puro y simple: la de servir de fondo de reserva para los pagos de depósitos y la convertibilidad de los billetes de banco. **Sexto.** Las verdaderas crisis estallan siempre después del viraje del curso exterior, es decir, tan pronto como las importaciones de metales preciosos vuelven a predominar sobre las exportaciones. **Séptimo.** Tan pronto como se extinguen las crisis generales, el oro y la plata -prescindiendo de la afluencia de metales preciosos nuevos de los países de producción- se distribuyen de nuevo en las proporciones en que antes existían como tesoro especial de los distintos países, en su estado de equilibrio. **Octavo.** La retirada de metales es, casi siempre, síntoma de un cambio producido en la situación del comercio exterior, el cual es, a su

turno, indicio de que las condiciones vuelven a madurar una para una nueva crisis.

La importación de metales preciosos se efectúa, predominantemente, en dos momentos. De una parte, en la primera fase de tipo bajo de interés que sigue a la crisis y expresa la reducción de la producción; de otro lado, en la segunda fase, en que el tipo de interés aumenta, pero sin alcanzar todavía su nivel medio. Es ésta la fase en que el movimiento de retorno se provoca fácilmente, en que el crédito comercial es grande y, por tanto, la demanda de capital de préstamo no crece proporcionalmente al aumento de la producción. En ambas fases, en que el capital de préstamo es relativamente abundante, la afluencia excedente de capital existente en forma de oro y plata, es decir, en una forma en que, por el momento sólo puede funcionar como capital de préstamo, tiene necesariamente que influir de un modo considerable en el tipo de interés y, por tanto, en la tónica de todos los negocios.

En las crisis, se comprueba el postulado de que todas las letras, todos los títulos y valores, todas las mercancías pueden convertirse de golpe y simultáneamente en dinero bancario y todo el dinero bancario, a su vez, en oro.

El barómetro del movimiento internacional de los metales monetarios es el cambio exterior. Si Inglaterra tiene que pagar más dinero a Alemania y Alemania a Inglaterra, sube en Londres el precio del marco, expresado en libras esterlinas, y baja en Hamburgo y Berlín el precio de la libra esterlina expresado en marcos. Y si este superávit de las obligaciones de pago de Inglaterra a favor de Alemania no se compensa al aumentar, por ejemplo, las compras de Alemania en Inglaterra, el precio que deberá pagarse en libras esterlinas por el cambio del marco en Alemania aumentará hasta un punto en que será rentable enviar de Inglaterra a Alemania, como medio de pago metal-lingotes de oro o plata, en vez de letras. Es así cómo se desarrollan las cosas, en su proceso típico.

\* \* \*

Según Marx, el sistema de crédito actuará como un poderoso resorte en la época de transición del régimen capitalista de producción al régimen

de producción del trabajo asociado, pero solamente como un elemento en relación con otras grandes conmociones orgánicas del mismo régimen de producción. En cambio, las ilusiones que algunos se hacen acerca del poder milagroso del sistema de crédito y del sistema bancario en un sentido socialista nacen de la ignorancia total de lo que se el régimen capitalista de producción y el régimen de crédito como una de sus formas.

\* \* \*

Las dos formas más antiguas del capital son el capital comercial y el capital a interés. Pero es lógico que el capital a interés se revela a la mentalidad popular como la forma del capital por excelencia. El capital comercial, entraña una actividad mediadora, en cualquier forma que se lo conciba. En cambio, el capital a interés lleva implícito en toda su pureza, como una cualidad misteriosa, el carácter del capital que se reproduce a sí mismo, del valor que se valoriza, la producción de plusvalía. Por eso, sobre todo en países en que el capital industrial no ha llegado aún a su pleno desarrollo, como ocurría en Francia en tiempo de Marx, incluso una parte de los economistas se aferra al capital a interés como la forma básica del capital, considerando, por ejemplo, la renta del suelo simplemente como otra modalidad de aquél, ya que también aquí predomina la forma del préstamo. Lo cual -dice Marx- equivale a desconocer totalmente la estructura interna del régimen capitalista de producción, a olvidar que la tierra, exactamente lo mismo que el capital, sólo se presta a capitalistas. En vez de dinero pueden prestarse, naturalmente, medios de producción en especie, máquinas, edificios industriales o comerciales, etc. Pero estos objetos representarán una determinada suma de dinero, y su carácter de valores de uso, es decir, la forma natural específica de estos elementos del capital, implica el que, además del interés, se abone una parte para el desgaste. Lo decisivo, también en este caso, es saber si se prestan al productor directo, lo que presupone la no existencia del régimen capitalista de producción, por lo menos en la rama en que eso ocurre, o si se prestan al capitalista industrial, en cuyo caso la operación tendrá como premisa y como base al régimen de producción capitalista.

## **Sección sexta**

### **Cómo se convierte la ganancia extraordinaria en renta del suelo**

Marx se ocupa en numerosas páginas del rendimiento de la tierra a su propietario. Parte del supuesto de que

“la agricultura, lo mismo que la industria, se halla dominada por el régimen capitalista de producción, des decir, de que la agricultura es explotada por capitalistas que de momento se distinguen de los demás capitalistas por el elemento en que invierten su capital y sobre el que recae el trabajo asalariado que este capital pone en acción”.

Para Marx,

“el arrendatario de la tierra produce trigo, etc., como el fabricante produce hilado o máquinas”<sup>1</sup>.

Marx explica cómo se ha producido históricamente el estado de cosas que en la agricultura

“presupone la expropiación de los obreros agrícolas con respecto a la tierra y su supeditación a un capitalista”.

Para su investigación cree poder dejar de lado el hecho de que existan hoy otras formas de propiedad territorial y de agricultura. Se limita, entonces, a estudiar la inversión de capital en la agricultura en sentido estricto, es decir, “en la producción de la materia vegetal básica de que vive un país”. El texto es extenso. Creemos preferible seguir aquí la exposición de Henri Bartoli (página 186 a 196) el cual recurre a otros textos útiles de Marx, fuera de *El Capital*. Se trata en todos ellos de “la teoría de la renta”. Marx la desarrolla sobre la base de la tesis de “las rentas diferenciales”, he aquí su razonamiento según resulta de la exposición de Bartoli. En toda sociedad, hay fábricas que utilizan recursos naturales de energía, y hay otras fábricas, a menudo las más numerosas, que utilizan recursos artificiales. El precio de costo es distinto

<sup>1</sup> Carlos Marx, *El Capital*, T. 3, vol. 2, p. 725.

para los productos de unas y otras, y el precio de venta es el mismo en virtud de una ley llamada **de indiferencia**. Los fabricantes que emplean directamente las fuerzas naturales obtienen una sobreganancia igual a la diferencia entre su propio coste de producción y el coste de producción general. Aunque obedezca a las reglas “normales” que presiden a la aparición de toda ganancia excedente, la sobreganancia o ganancia excedente de que se trata aquí, es de una naturaleza muy particular: se debe al empleo de una fuerza no producida por el trabajo, sin coste y sin valor. Esta fuerza, dotada de una gran productividad, es irremplazable y es monopolizable. Aquí interesa la ganancia excedente que se debe a una renta de la tierra, una renta raíz, porque tiene como origen hechos naturales.

No interviniendo directamente en la determinación del precio de producción general, pero suponiéndolo, y resultando de la separación entre dos precios, tal renta es siempre diferencial. Ella tiene su fuente en el rendimiento relativamente mayor de los capitales empleados, no en el acrecentamiento absoluto de la fuerza productiva del capital. No está ligada a la propiedad raíz; también existiría si el fabricante fuera propietario del suelo. Por ella una cosa sin valor tiene un precio: su valor monetario capitalizado, según Marx lo declara en su *Historia de las doctrinas económicas* o *Historia de las doctrinas de la plusvalía*.

Fenómeno universal, la renta es esencialmente un fenómeno agrícola. Entonces, ella está constituida, como Marx lo había dicho en *Miseria de la filosofía*, por el precio igual de los productos de terrenos desiguales en fertilidad, de manera que un hectolitro de trigo que ha costado diez francos es vendido a veinte francos si los gastos de producción se elevan para un terreno de calidad inferior a veinte francos. Es, según Marx lo declara en *Historia de las doctrinas económicas*, “el excedente del precio corriente del producto de los terrenos más favorecidos sobre el valor propio de su producto”, coincidiendo el precio corriente con el precio de producción del terreno de la cualidad más mala, del cual los productos son todavía requeridos en el mercado, dadas su fertilidad y condiciones de transporte.

Se trata, entonces, de explicar este hecho. Numerosos autores atribuían la renta a la desigual fertilidad de las tierras, Marx, a su vez, afirma que se debe a la ley de igualación de los precios por la

conurrencia. Para él, las diferencias de fertilidad del suelo solamente explican las separaciones entre las rentas del suelo.

La fertilidad no es una cualidad tan natural como se suele creer. Ella se vincula íntimamente a relaciones sociales. Una tierra puede ser fértil cultivada con trigo. Sin embargo puede transformarse en pradera artificial porque el precio del mercado incita al cultivador a calcular que esto le conviene. El suelo no posee fuerzas indestructibles, no posee fuerzas originales. A menudo se llama terrenos más fértiles a terrenos más antiguos para los cuales no intervienen más los gastos de roturación. Esta es la razón por la que Ricardo y otros pretendían que antes se han cultivado las tierras más fértiles, Marx, a su vez, declara:

“Si, en un tiempo dado, una parte relativamente considerable de los alimentos adicionales exigidos por la población creciente es producida en un terreno nuevamente roturado y que el precio del nuevo producto sube al mismo tiempo o permanece invariable, esto no prueba la disminución de la fertilidad, sino que prueba simplemente que ella no aumenta suficientemente para compensar el nuevo aumento de los gastos de producción constituido por los elementos del capital que hubo que ampliar para elevar el terreno no cultivado al nivel de las habituales condiciones en las que son cultivados los terrenos antiguos en un grado de desarrollo”.

La renta diferencial se explica por la desigual fertilidad natural únicamente cuando capitales iguales han sido dedicados a superficies iguales. Fuera de esta hipótesis, ella puede deberse a la situación de los terrenos, a sus distancias de los mercados, a la repartición de los impuestos, al estado de desarrollo de las fuerzas productivas de la región. Así lo señala Marx en el tercer libro de *El Capital*. Todo lo que disminuye o aumenta la desigualdad en el producto obtenido con las mismas cantidades de capital y de trabajo aumenta o disminuye la renta. El progreso técnico altera las relaciones entre las productividades, la urbanización engendra desplazamientos en los precios, conforme explica Marx en *El Capital* y en *Miseria de la Filosofía*.

\* \* \*

Cuando la población aumenta, terrenos de una calidad inferior son, a su vez, explotados o, si no existen terrenos nuevos, se procede a poner nuevos capitales en los terrenos antiguos. En uno y otro caso, expresa Marx en *Miseria de la Filosofía*, juega la ley de los rendimientos decrecientes; la concurrencia nivela los precios de venta, y la renta se extiende y se acrecienta.

En *El Capital*, discurre Marx en torno a numerosos y sencillos ejemplos. Los enuncia partiendo de la hipótesis de la productividad desigual de terrenos de superficie inicialmente idénticos, pero variables con relación al tiempo, y extrae las conclusiones: 1) Si el precio es estacionario -lo que implica que el terreno más malo cuyos productos son todavía necesarios en el mercado no cambia de dimensiones-, si las diferencias de fertilidad entre las categorías de terrenos siguen siendo las mismas y si el producto por categoría permanece sin cambiar, la renta total aumenta cuando la superficie total cultivada crece, dejando aparte el caso en que sólo se agranda el terreno más malo. 2) La renta media por unidad de superficie y la cuota media de la renta sufren variaciones de gran amplitud, no proporcionales, y del mismo sentido.

La primera de estas conclusiones fluye por sí misma. La segunda, dice Marx en *El Capital*, significa que la renta y su cuota media varían cuando varía la relación entre los terrenos más fértiles y los terrenos menos fértiles. En estas condiciones, el monto relativo de la renta media por unidad de superficie, la cuota media de renta, la relación entre la renta total u el capital total, varían en el mismo sentido que la superficie cultivada cuando el precio permanece estacionario.

Cuando hay inversiones en cultivo, el precio de las subsistencias sube. El granjero capitalista sufre de ello, como todo capitalista, pero el precio de su mercancía se eleva por encima de su valor, a la vez que realiza una ganancia acrecentada. La cuota de su ganancia sobrepasa rápidamente la cuota de ganancia general. Hay dos precios de producción y un solo precio de venta: la tierra más mala realiza sólo la ganancia media, las otras tierras realizan esas mismas ganancias más una renta. las reacciones de la demanda intervienen para atenuar o agravar la intensidad de estos fenómenos. Estos resultados no se modifican sensiblemente si, en vez de un ensanchamiento de la zona cultivada, hay una intensificación del cultivo. Cantidades acrecentadas de capital son entonces invertidas, sea sobre el mismo terreno,

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VI*

sea sobre diversos terrenos de diferente fertilidad, simultáneamente. La renta debida ala desigualdad de rendimiento de las dosis sucesivas de capital, no es diferente de la renta debida a la desigual fertilidad de tierras sucesivamente puestas en cultivo. Ella solamente corre el riesgo de confundirse con la ganancia, adjudicándosela el granjero al especular sobre la insuficiencia de la contabilidad agrícola, según Marx lo declara en *Historia de las doctrinas económicas*.

La renta II tiene como punto de partida la renta I. Ella agrega a la desigual fertilidad una desigual intensidad del capital, establece que un capital mínimo debe ser realmente poseído por cada productor si quiere ser eficaz y soportar el embate de la concurrencia.

Múltiples son las posibles combinaciones entre estas dos formas de rentas diferenciales. El cultivo de tierras menos fértiles y la intensificación de los cultivos en los mismos terrenos, dice Marx en *El Capital*, se traducen por alzas del precio de producción general, por un alza de la renta, y la baja de la cuota de ganancia; los salarios, a su vez, se elevan en conformidad con la teoría de Ricardo. El cultivo de nuevas tierras cuya productividad es igual a la de la última unidad de capital ya invertido en las tierras cultivadas, entraña el aumento de la renta absoluta y la baja de la cuota de ganancia. Cuanto más considerable es el capital invertido y mayor es el desarrollo de la agricultura y de la civilización en general, más elevadas son las rentas, más gigantesco es el tributo que la sociedad paga a los grandes propietarios de tierras.

Las dos rentas diferenciales se limitan recíprocamente: una inversión suplementaria de capital en una tierra de la segunda categoría, daría un producto de menor importancia, haría aumentar el precio de producción en general, “regulador” de toda la producción; no lo podrá hacer si el cultivo de las tierras de categoría superior es impulsado más. De ahí nacen movimientos incesantes del capital, que, o se invierte acumulativamente en un mismo terreno, o bien se reparte simultáneamente sobre muchos terrenos. Tales movimientos, observa Marx en *Historia de las doctrinas económicas*, son tanto más rápidos y frecuentes cuanto la economía nacional ha alcanzado un estadio más alto de desarrollo general.

\* \* \*

Marx, para simplificar las cosas, desarrolla el análisis de la renta diferencial basándose en la hipótesis de que el terreno peor no da renta. La existencia de tierras sin rentas sólo se comprueba en casos poco numerosos y bien definidos: cuando el propietario explota él mismo sus tierras y el precio cubre sus costos; cuando en el conjunto de una propiedad arrendada son alquilados terrenos a título gratuito, el propietario encara la renta en su totalidad, y no la renta de cada parcela individualmente; cuando un granjero invierte un capital adicional en el mismo terreno, aunque no le suministre una renta, teniendo en cuenta los precios existentes, sino solamente una ganancia suplementaria. Fuera de estas tres hipótesis, el precio del producto del peor de los terrenos es igual al precio de producción más la renta.

Por regla general la tierra suministra a su propietario una renta “absoluta” que la teoría de las rentas diferenciales es incapaz de explicar. ¿Cómo es posible que sea así, que los productos agrícolas, sin embargo, se vendan por encima de su precio de producción y proporcionen una renta?

La teoría de la ganancia media enseña que el precio de producción de las mercancías no es necesariamente igual a su valor. La relación entre precio de producción y valor se halla determinada exclusivamente por la relación entre la parte variable del capital y la parte constante, es decir, por la composición orgánica del capital: según que sea superior o inferior a la composición orgánica del capital social medio, la fuerza productiva es superior o inferior a la productividad social media. En la agricultura se advierte un retroceso muy neto; en ella, la composición orgánica del capital es casi siempre inferior a la composición social media. Esto significa, según Marx lo dice en *El Capital*, que la agricultura ha progresado menos que la industria y que el valor de los productos agrícolas puede ser duramente superior a su precio de producción.

Semejante fenómeno no da la explicación de la renta absoluta, pero pone sobre el camino de ella. Para numerosos productos manufacturados el valor es superior al precio de producción sin que aparezca una ganancia excedente que se pueda transformar en renta; si tal conversión se opera en agricultura es porque la ley de igualación de la cuota de la ganancia choca con el obstáculo infranqueable representado por la propiedad de la tierra,

la igualación de la cuota de ganancia postula la concurrencia libre y perfecta, y en cambio, la propiedad privada del suelo introduce un elemento de monopolio y cambia la forma del mercado al mismo tiempo que sus leyes.

En la industria, la migración permanente de los capitales realiza el reparto igual de las cuotas de ganancia; las únicas ganancias excedentes que se mantienen temporariamente resultan de separaciones entre el precio de producción general y los precios de producción individuales. En la agricultura no hay transferencias libres de capital, y el valor de los bienes permanece superior a los precios de producción.

La simple propiedad jurídica del suelo no produce renta. Pero, ella permite al propietario abstraer su tierra a la explotación hasta que la situación económica sea tal que pueda reclamar de la explotación que le pague la renta. La propiedad privada no es creadora de valor ni está gruesa de plusvalía, pero es fuente de rentas: es “un título que da derecho al trabajo gratuito”; ella es la responsable del alza del precio comercial por encima del precio de producción.

La ley de igualación de las cuotas de ganancia no impide a la producción individual de la empresa dar un excedente de plusvalía sobre la cuota de ganancia; solamente provoca su inscripción en la cuenta general de los capitalistas. El propietario del suelo especula sobre la existencia de este excedente: sólo alquila su tierra al granjero capitalista si éste renuncia a entregar al fondo común de los capitalistas este excedente de trabajo no pagado y se lo paga a él. Exige que el producto agrícola se venda a su valor y embolsa la diferencia entre este valor y el coste de producción. Solamente las reacción de la demanda, declara Marx en *El Capital*, limitan sus ambiciones. Si la composición media del capital agrícola se vuelve igual o supera a la del capital social medio, o si el progreso técnico conduce a un reparto igual entre el capital agrícola y el capital social medio, la renta absoluta ya no podría ser percibida.

La renta es el ingreso del propietario; es el precio anual de la tierra que “así entra como mercancía en la producción”. Precio del suelo, ella expresa su valor de uso, pero es un ingreso ambiguo a tal punto que no se ha precisado sus relaciones con el interés del capital.

La renta no es el interés del capital incorporado a la tierra. Ella es el precio “del uso del suelo en sí”, la forma bajo la cual la propiedad raíz se realiza y fructifica. La renta es un ingreso de explotación, lo mismo que la ganancia y el interés, pero no confundiendo con ninguno de ellos. El propietario abusa de su fuerza. Arrienda la tierra al granjero por un tiempo relativamente corto, se la vuelve a alquilar más caro, se adjudica los edificios y construcciones levantadas sobre el suelo, y así acrecienta su renta con el interés de un capital extraño incorporado a la tierra. Obliga al granjero capitalista a contentarse con una ganancia inferior a la media y a entregarle una parte de ella. Goza de su monopolio para arrancar a su locatario una fracción de la plusvalía.

Explotados, los granjeros aceptan colocar su capital en la agricultura porque su instrucción, su educación, sus tradiciones y la competencia los obligan a ello y también, además, porque pueden arrojar su pena sobre otros. Los verdaderos agricultores son los asalariados que emplea el granjero capitalista, para el cual la agricultura sólo es un modo de colocación de su capital en una esfera particular de producción. Toda elevación de la renta se produce en detrimento de los asalariados, engendra un descenso de sus salarios por debajo del mínimo fisiológico, lo que los condena a la miseria, a la emigración. Los capitalistas agrícolas están entonces obligados a elevar los salarios o a apelar al maquinismo, lo que da lugar a una nueva sobrepoblación o a la transformación de los campos de cultivo en campos de pastoreo.

Si se la considera a esta nueva luz, la renta aparece como un resultado de las relaciones sociales en las cuales se realiza la explotación. “Ella proviene de la sociedad y no del suelo”, en este punto, el pensamiento de Marx se desarrolla en torno de la idea de que

“cualquiera que sea su forma, la renta es siempre la realización económica de la propiedad del suelo, de la ficción jurídica que atribuye a ciertos individuos la propiedad exclusiva de ciertas partes del globo terrestre”.

Toda renta del suelo es plusvalía, producto del plustrabajo, declara Marx en *El Capital*. Aquí está la condición subjetiva de su nacimiento. A ella se agrega una condición objetiva: para que la renta de la tierra

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VI*

aparezca, es menester que la productividad del suelo sea tal que una parte del tiempo de trabajo disponible baste para la reproducción y conservación de los productores. En síntesis: la fertilidad natural no es la causa de la renta, pero permanece siendo su base.

Lo que engendra el error y hace creer que la renta es el interés del capital, es que, como el capital, la renta es un adelanto que el capitalista se hace a sí mismo, no un excedente más allá de adelantos hechos. También, lo mismo que el capital, es un elemento constitutivo del precio de las mercancías; también representa para el propietario de la tierra el interés del capital que latiera le ha costado o que le reportaría si la vendiera; además, están las mejoras, fuentes de una productividad aumentada, que exige capital.

LEÓN DUJOVNE

**Sección séptima**  
**Las rentas y sus fuentes**  
**La forma tributaria**

La fórmula trinitaria, que engloba todos los secretos del proceso social de producción es: capital-ganancia (beneficio del empresario más interés); tierra-renta del suelo, trabajo-salario. Dado que el interés aparece como el producto genuino y característico del capital y el beneficio del empresario, por oposición a él, como un salario independiente del capital, dicha fórmula se reduce a la siguiente: capital-interés; tierra-renta del suelo; trabajo-salario. En esta trinidad económica las pretendidas fuentes de la riqueza anual disponible corresponden a esferas completamente distintas, sin que haya la menor analogía entre ellas, En efecto, el capital es el conjunto de los medios de producción monopolizados por una determinada parte de la sociedad; la tierra es la naturaleza inorgánica como tal, en toda su rudimentaria y selvática primitividad,. El valor es trabajo y la plusvalía, o valor demás, no puede ser, por tanto, tierra. La fertilidad absoluta de la tierra quiere decir, sencillamente, que una determinada cantidad de trabajo arroja un determinado producto, condicionado por la cualidad natural del suelo. La diferencia en cuanto a la fertilidad natural de la tierra, significa que cantidades iguales de trabajo y capital, es decir, el mismo valor, se expresa en cantidades diferentes de productos agrícolas; significa, por tanto, que estos productos encierran diferentes valores individuales. La nivelación de estos valores individuales para formar valores comerciales significa que las “ventajas de las tierras más fértiles con respecto a las menos valiosas... se desplazan del agricultor o el consumidor al terrateniente”.

Finalmente, está el tercer miembro de la combinación tripartita: “El trabajo”, que sólo es una abstracción y que, considerado **de por sí**, no existe, es decir, no existe independiente de la sociedad. Para Marx, el trabajo asalariado y la propiedad territorial son, lo mismo que el capital, formas sociales históricamente determinadas, la primera del trabajo, la segunda de la tierra monopolizada, y ambas son, además, formas correspondientes al capital y pertenecientes a la misma formación económicas de la sociedad.

En la apuntada fórmula “tripartita” llama la atención, ante todo, que al lado del capital que pertenece a una determinada fisonomía histórica del proceso social de producción, aparezca sin más, de un lado, la tierra y, de otro lado, el trabajo, dos elementos que, considerados desde el punto de vista material, son comunes a todos los sistemas de producción, y nada tienen que ver con la forma social del proceso de producción.

En segundo lugar, en la fórmula capital-interés; tierra-renta del suelo; trabajo-capital, el capital, la tierra y el trabajo aparecen respectivamente como fuente del interés (en vez de ganancia), de la renta del suelo y del salario, como si se tratase de sus productos, de sus frutos, como si aquellos fuesen la causa y éstos el efecto. Además, aparecen de tal como que cada fuente de por sí se refiere a su producto como a algo arrojado y producido por ella. Las tres rentas, el interés (en vez de la ganancia), la renta del suelo y el salario, son tres partes del valor del producto; son, por tanto, todas ellas, partes del valor expresadas en dinero, determinadas partes del dinero, determinadas partes del precio. La fórmula capital-interés es, indudablemente, la fórmula más absurda del capital, pero es, a pesar de todo, una fórmula del mismo. En cambio, la tierra, observa Marx, actúa como agente de producción en la creación de un valor de uso, de un producto material, del trigo, por ejemplo, pero no tiene nada que ver con la producción del **valor del trigo**. En la medida en que el trigo representa valor, sólo se lo considera como una determinada cantidad de trabajo social materializado, sin que interesen en lo más mínimo la materia especial en que este trabajo se materialice, ni el valor especial de uso de esta materia.

Marx insiste en señalar que la capitalista es una forma históricamente determinada del proceso social de producción. Éste es tanto proceso de producción de las condiciones materiales de existencia de la vida humana como un proceso que se desarrolla a través de relaciones específicas, histórico-económicas, de producción, el conjunto de estas mismas relaciones de producción y, por tanto, el proceso que produce y reproduce los exponentes de este proceso, sus condiciones materiales de existencia y sus relaciones mutuas, es decir, su determinada forma económica de sociedad. La totalidad de estas relaciones mutuas es, precisamente, la sociedad, considerada en cuanto a su estructura económica. el proceso capitalista de producción, al igual que cuantos lo precedieron, se

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VII*

desarrolla bajo determinadas condiciones materiales, que son al mismo tiempo exponentes de determinadas relaciones sociales que los individuos contraen en el proceso de la reproducción de su vida. Lo mismo aquellas condiciones que estas relaciones son, de una parte, premisas y de otra parte resultados y creaciones del proceso capitalista de producción; son producidas y reproducidas por él.

Marx señala lo que hay de dispar en las tres fuentes de ingresos y muestra como sus productos, en cambio, sus vástagos, las rentas pertenecen todas a la misma esfera, a la esfera del valor. En realidad, aquí las diferencias se compensan por el hecho de que el capital, al igual que la tierra y el trabajo, se enfoca simplemente en cuanto a su sustancia material, es decir, sencillamente como medio de producción producido, prescindiéndose de él tanto en cuanto relación con el obrero como en cuanto valor.

La fórmula capital-interés (ganancia), tierra-renta del suelo, trabajo-salario, constituye una incongruencia homogénea y simétrica. En efecto, el trabajo asalariado no se considera como una forma socialmente determinada del trabajo, sino que todo trabajo aparece por su naturaleza como trabajo asalariado (o, al menos, así se representa las cosas el hombre de mentalidad cautiva en las relaciones capitalistas de producción). Por eso las formas sociales específicas, determinadas, que las condiciones objetivas del trabajo -los medios de producción producidos y la tierra- revisten ante el trabajo asalariado (del mismo modo que, a su vez, y a la inversa, presupone el trabajo asalariado) coinciden sin más con la existencia material de estas condiciones de trabajo o con la forma que adopten en el proceso general de trabajo, independientemente de toda forma social históricamente determinada; más aún, independientemente de toda forma social del mismo. La forma de las condiciones de trabajo enajenadas de ésta, sustantivada frente a él y, por tanto, transfigurada, en que los medios de producción producidos se convierten en capital y la tierra en tierra monopolizada, en propiedad territorial, esta forma correspondiente a un determinado período histórico, coincide, por consiguiente, con la existencia y la función de los medios de producción producidos y de la tierra en el proceso de producción en general. Aquellos medios de producción son de por sí, por naturaleza, capital; el capital es, simplemente un “nombre económico” que se usa

para designar aquellos medios de producción; y así se ve también que la tierra es de por sí, por naturaleza, la tierra monopolizada por un determinado número de terratenientes. Así como en el capital y el capitalista los productos se convierten en un poder independiente frente a los productores, en el terrateniente se personifica la tierra, la cual reclama, como poder independiente, su parte en el producto creado con ayuda de ella; de tal modo, que no es la tierra la que obtiene la parte del producto que le corresponde para reponer y acrecentar su productividad, sino que en nombre de ella el terrateniente es quien percibe una parte de este producto para consumirla y dilapidarle. Es evidente que el capital presupone el trabajo como trabajo asalariado. Pero asimismo es evidente que si se parte del trabajo como trabajo asalariado, de tal modo que aparezca natural la coincidencia del trabajo en general con el trabajo asalariado, tienen también que aparecer necesariamente como forma natural de las condiciones de trabajo, frente al trabajo en general, el capital y la tierra monopolizada. Ahora, el ser capital aparece como forma natural de los medios de trabajo y, por tanto, como carácter material, derivado sin más de su función en el proceso de trabajo. De este modo, se identifican como expresión equivalente el capital y los medios de producción producidos. Y asimismo se identifican, como sinónimos, la tierra y la tierra monopolizada por el régimen de propiedad privada. Los medios de trabajo como tales, que son por naturaleza capital, se convierten, entonces, en fuente de ganancia, y la tierra como tal en fuente de renta.

El trabajo como tal, considerado como una actividad productiva útil y adecuada a un fin, se refiere a los medios de producción, no en cuanto determinados por su forma social, sino en cuanto a su sustancia material, considerados como material y medio de trabajo y que se distinguen también unos de otros materialmente, como valores de uso: la tierra como medio de trabajo no producido, los demás como medios de trabajo producidos. Por tanto, si se identifica el trabajo con el trabajo asalariado, se identificará también la forma social concreta en que las condiciones de trabajo se enfrentan a éste con su existencia material. Y se llegará así a la conclusión de que los medios de trabajo son de por sí capital, y la tierra, como tal, propiedad sobre la tierra. La sustantivación formal de estas condiciones formal de estas condiciones de trabajo frente al trabajo, la forma específica de esta sustantivación que las condiciones de trabajo

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VII*

revisten frente al trabajo asalariado, aparecerá, pues, como una cualidad inseparable de ellas en cuanto cosas, en cuanto condiciones materiales de producción, como un carácter inmanente a ellas, necesariamente asociado a ellas como elementos de producción. El carácter social que presentan en el proceso de producción capitalista, carácter determinado por una época histórica dada, se convierte, así, en un carácter material innato a ellas por naturaleza y par toda una eternidad, por decirlo así, como elemento del proceso de producción. Por consiguiente, la parte respectiva que corresponde a la tierra como el campo originario de acción del trabajo, como el reino de las fuerzas naturales, como el arsenal preexistente de todos los objetos de trabajo, y la otra parte respectiva que corresponde en el proceso de producción en general a los medios de producción producidos (instrumentos, materias primas, etc.) parecerán expresarse, de este modo, en las partes respectivas que les corresponden como capital y propiedad de la tierra. ES decir, parecerán expresar en las partes respectivas que corresponden a sus representantes sociales bajo la forma de ganancia (interés) y renta del suelo, así como la que corresponde al obrero, bajo la forma del salario, por la participación de su trabajo en el proceso de producción. La renta del suelo, la ganancia y el salario parecen brotar así del papel que la tierra, los medios de producción producidos y el trabajo desempeñan en el proceso simple de trabajo. Parecen brotar de este modo aun cuando se considere este proceso de trabajo como un proceso que se desarrolla simplemente entre el hombre y la naturaleza, prescindiendo en él de toda determinación histórica.

En el régimen capitalista de producción el capital se convierte en “una entidad muy mística”. En este régimen todas las fuerzas sociales productivas del trabajo aparecen como propiedades suyas y no del trabajo como tal, como fuerzas que brotan de su propio seno. Luego, se interpone el proceso de circulación, cuyo cambio de materia y de forma recae sobre todas las partes del capital, incluso del capital agrícola, en el mismo grado en que se desarrolla el régimen específicamente capitalista de producción. En esta órbita pasan completamente a segundo plano las relaciones de la producción originaria del valor. Ya en el proceso directo de producción actúa el capitalista al mismo tiempo como productor de mercancías y como dirigente de la producción de mercancías. Por eso este proceso de producción no es, a sus ojos, en modo alguno, un simple proceso de producción de plusvalía. Pero, cualquiera que sea la plusvalía que el

capital extrae en el proceso de producción y convierte en mercancías, el valor y la plusvalía contenidos en las mercancías tienen que realizarse necesariamente en el proceso de circulación. Y tanto la reversión de los valores invertidos en la producción como, sobre todo, la plusvalía encerrada en las mercancías parece como si, además de realizarse en la circulación, brotase directamente de ella. Esta apariencia se ve reforzada, sobre todo, por dos circunstancias: la ganancia obtenida en la enajenación, la cual depende de factores como el engaño, la astucia, el conocimiento de la materia, la pericia y de las mil coyunturas del mercado; el hecho de que entre en juego aquí el lado del tiempo de trabajo otro elemento concreto, el tiempo de circulación.

En la fórmula tripartita de capital-ganancia o, mejor aún, capital-interés, tierra-renta del suelo y trabajo-salario, se consuma la mixtificación del régimen de producción capitalista, la materialización de las relaciones sociales, el entrelazamiento directo de las relaciones materiales de producción con sus condiciones históricas. En dicha fórmula aparece el mundo encantado y puesto de cabeza, en que el capital y la tierra se muestran como simples cosas materiales. El gran mérito de la economía clásica consiste, precisamente, en haber disipado esta falsa apariencia y este engaño. Ella ha disipado la sustantivación y cristalización de los distintos elementos sociales de la riqueza entre sí, la personificación de las cosas y la materialización de las relaciones de producción, la religión de la vida diaria. Lo hizo reduciendo el interés a una parte de la ganancia y la renta del suelo al remanente sobre la ganancia media, con lo cual ambos venían a confluír en la plusvalía. La economía clásica expuso el proceso de circulación como simple metamorfosis de las formas y, finalmente, redujo en el proceso directo de producción, el valor y la plusvalía de las mercancías al trabajo. Sin embargo, esto no obsta para que los mejores portavoces de la economía clásica, como necesariamente tenía que ser dentro del punto de vista burgués siguieran -dice Marx- en mayor o menor medida cautivos del mundo de apariencia críticamente destruido por ellos e incurrieran, en mayor o menor grado, en inconsecuencias, soluciones a medias y contradicciones no resueltas. Y por el contrario, es también igualmente natural, de otra parte, que los agentes reales de la producción se sientan plenamente a gusto, como en su casa, dentro de estas formas enajenadas e irracionales de capital-interés, tierra-renta del suelo y trabajo-salario. Es

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VII*

que éstas son precisamente las formas de la apariencia en que ellos se mueven y con la que conviven diariamente. Por eso es también lógico que la economía vulgar, que no es sino una traducción didáctica, más o menos doctrinal, de las ideas cotidianas que abrigan los agentes reales de la producción, y que pone en ellas un cierto orden inteligible, vea en esta trinidad, en que aparece descoyuntada toda la concatenación interna, la base natural y sustraída a toda duda de su jactanciosa superficialidad. Esta fórmula responde, además, al interés de las clases dominantes, pues proclama y eleva a dogma la necesidad natural y la eterna legitimidad de sus fuentes de ingresos.

\* \* \*

Marx investiga el proceso de producción prescindiendo de la diferencia entre el precio de producción y el valor. Procede así porque esta diferencia desaparece allí donde se examina el valor del producto anual del capital global de la sociedad. La ganancia, beneficio del empresario más interés, y la renta del suelo son formas peculiares que adoptan estas partes especiales de la plusvalía de las mercancías. La ganancia media más la renta equivalen, así, a la plusvalía. Cabe la posibilidad de que una parte de la plusvalía no entre directamente en el proceso de compensación para formar la ganancia media, de tal modo que una parte del valor de la mercancía no se exprese para nada en su precio. sin embargo, señala Marx, esto se compensa, se nivela, por unos hechos que él mismo indica. Agrega que la suma de la ganancia media más la renta del suelo no puede ser nunca mayor que la magnitud de que ambas forman parte, magnitud dada ya antes de operarse la división entre ellas. Para su investigación es indiferente que toda la plusvalía de las mercancías se realice o no en su precio. El trabajo sobrante no puede realizarse nunca íntegramente. Ello se debe, entre otras razones, a la siguiente: dados los cambios constantes de magnitud del trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía determinada, una parte de las mercancías se produce siempre en condiciones anormales, teniendo, por tanto, que venderse por debajo de su precio individual. En todo caso, la ganancia más renta del suelo equivalen siempre a toda la plusvalía realizada (a todo el trabajo sobrante realizado). Ahora bien, para los efectos de la investigación de que aquí se trata, se puede equiparar la plusvalía realizada a la plusvalía total. En efecto, la

ganancia y la renta del suelo son plusvalía realizada, y por tanto, en términos generales, la plusvalía que entra en el precio de las mercancías y, por consiguiente, prácticamente toda la plusvalía que forma parte integrante de este precio.

De otra parte, el salario, que constituye la tercera forma peculiar de las rentas, equivale siempre a la parte variable del capital, es decir, a la parte que se invierte en comprar fuerza de trabajo viva. Es la materialización de la parte de la jornada total de trabajo de los obreros en que se reproduce el valor del capital variable, y por tanto, el precio del trabajo; la parte del valor de las mercancías en que el obrero reproduce el valor de su propia fuerza de trabajo o el precio de su trabajo. La jornada total de trabajo del obrero se descompone en dos partes. Una parte, en que ejecuta la cantidad de trabajo necesario para reproducir el valor de sus propios medios de subsistencia: e la parte retribuida de su trabajo total. Todo el resto de la jornada de trabajo, después de cubrir el trabajo realizado en el valor de su salario, es trabajo sobrante, no retribuido. Este trabajo sobrante se traduce en la plusvalía de su producción total de mercancías. La plusvalía, a su vez, se descompone en las diversas partes ya mencionadas: en la ganancia (ganancia de empresario más interés) y la renta del suelo.

Por consiguiente, la parte íntegra del valor de las mercancías en que se realiza el trabajo total añadido por los obreros durante un año, se descompone en el valor del trabajo, la ganancia y la renta del suelo. La parte íntegra del valor del producto anual que el obrero crea durante el año se traduce en la suma anual de valor de las tres clases de rentas, en la suma de valor del salario, la ganancia y la renta del suelo. Para Marx es evidente que en el valor del producto anualmente producido no se reproduce el valor del capital constante. Es así porque el salario es igual solamente al valor del capital variable invertido en la producción, y la renta del suelo y la ganancia sólo equivalen a la plusvalía, al remanente del valor producido sobre el valor total del capital desembolsado, el cual equivale a su vez, al valor del capital constante más el del capital variable.

Según Marx, es indiferente que una parte de la plusvalía convertida en ganancia y renta del suelo no se consuma como renta, sino que se destine a la acumulación. La parte que se ahorra para destinarla al fondo de acumulación sirve para crear un capital nuevo, adicional, pero no para

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VII*

reponer el antiguo, ni la parte invertida en fuerza de trabajo ni la empedada en medios de trabajo. Entonces, para simplificar el problema, se puede admitir que todas las rentas se destinan íntegras al consumo individual. Pero se plantea, entonces, una doble dificultad. De una parte, el valor del producto anual a través del cual se consumen estas rentas, el salario, la ganancia y la renta del suelo, encierra una parte del valor que es igual a la parte del valor del capital constante absorbido por él. Encierra esta parte de valor, además de la que representa el salario y de la que representa la ganancia y la renta del suelo. Por tanto, su valor es = salario + ganancia + renta del suelo + C, que expresa la parte del valor del capital constante. Ahora bien, ¿cómo el valor producido anualmente, y que sólo es = salario + ganancia + renta del suelo, puede comprar un producto cuyo valor es = (salario + ganancia + renta del suelo) + C? ¿Cómo puede el valor anualmente producido comprar un producto que encierra un valor mayor que él mismo?

La otra dificultad se plantea en estos términos: si se prescinde de la parte del capital constante, que no entra en el producto y que, por tanto, aunque disminuida en su valor, sigue existiendo después de la producción anual de las mercancías lo mismo que antes; si, por tanto, se prescinde, por el momento, del capital fijo empleado, pero no consumido, se tendrá que la parte constante del capital invertido en forma de materias primas y auxiliares entra íntegramente en el nuevo producto, mientras que otra parte de los medios de trabajo se consume en su totalidad y otra parte sólo se consume parcialmente, por donde la producción absorbe solamente una parte de su valor. Esta parte del capital constante consumida íntegramente en la producción tiene que reponerse en especie. Suponiendo que todos los demás factores, principalmente la fuerza de trabajo, permanezcan invariables, costará la misma cantidad de trabajo que antes de su reposición, es decir, que ella deberá reponerse mediante un equivalente de valor. En otro caso, la reproducción no podrá realizarse en la misma escala. Ahora bien, ¿quién ha de ejecutar estos trabajos y quién los ejecuta?

Marx estudia las dificultades apuntadas. Da por supuesto que el valor del capital constante absorbido en la producción reaparece como parte de valor del producto. Esto no se halla en contradicción con las premisas a que responde dicha primera dificultad. Ya en el Libro I de *El Capital*

puso de manifiesto cómo la simple adición de nuevo trabajo hace que se conserve en el producto el antiguo valor, aunque no lo reproduzca, sino que se limite a añadir algo a él, a crear un valor adicional. Esto ocurre con el trabajo, no en cuanto creador de valor, sino en su función de trabajo productivo concreto. Para conservar el valor del capital constante en el producto en que se gastan las rentas, es decir, el valor íntegro creado durante el año, no se necesita, por consiguiente, ningún trabajo adicional. Pero sí se necesita invertir nuevo trabajo adicional para reponer el capital constante consumido en cuanto a su valor y en cuanto a su valor de uso durante el año anterior y sin reponer el cual sería imposible en absoluto la reproducción.

Todo el trabajo nuevo añadido toma cuerpo en el nuevo valor creado durante el año, el cual, a su vez, se divide íntegro entre las tres rentas: el salario, la ganancia y la renta del suelo. Por tanto, de un lado, no quedará sobrante ningún trabajo social para destinarlo a reponer el capital constante consumido, una parte del cual debe restituirse en cuanto a su valor, y en especie, y otra parte, solamente en cuanto a su valor, simplemente por el desgaste del capital fijo. DE otro lado, el valor creado anualmente por el trabajo, que se desdobra en las formas del salario, la ganancia y la renta del suelo y que tiene que invertirse en ellas, no parece que es suficiente para pagar o para comprar el capital constante que se contiene necesariamente en el producto anual aparte de su propio valor. Por consiguiente, el problema aquí planteado se ha resuelto ya al estudiar la reproducción del capital social en su conjunto, en el libro II de *El Capital*. Pero entonces no se había expuesto la plusvalía en sus distintas formas de renta: ganancia (beneficio de empresario más interés) y renta del suelo, razón por la cual no podía tratarse tampoco bajo estas formas. Además, las formas del salario, la ganancia y la renta del suelo llevan precisamente aparejada en el análisis una falla increíble, que recorre toda la economía política desde A. Smith.

Marx desarrolla a partir de aquí unas reflexiones que apuntan a este pensamiento: las llamadas relaciones de distribución responden a formas históricamente determinadas y específicamente sociales del proceso de producción, de las que brotan, y a las relaciones que los hombres contraen entre sí en el proceso de reproducción de su vida humana. El carácter histórico de estas relaciones de distribución es el carácter histórico de las

*LAS IDEAS ECONÓMICAS DE MARX*  
*EL CAPITAL - LIBRO III, SECCIÓN VII*

relaciones de producción, de las que aquéllas sólo expresan un aspecto. La distribución capitalista difiere de las formas de distribución que corresponden a otro tipo de producto, y cada forma de distribución desaparece al desaparecer la forma determinada de producción de que nace y a que corresponde.

El punto de vista que sólo considera como históricas las relaciones de distribución, pero no las de producción, es, de una parte, el punto de vista de la crítica ya iniciada, pero todavía rudimentaria, de la economía burguesa. De otra parte, tiene su base en la confusión e identificación del proceso social de la producción con el proceso simple de trabajo tal como podría ejecutarlo un individuo anormalmente aislado, sin ayuda ninguna de la sociedad. Cuando el proceso de trabajo no es más que un simple proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos simples son comunes a todas las formas sociales de desarrollo del mismo. Pero cada forma histórica concreta de este proceso sigue desarrollando las bases materiales y las formas sociales de él. Al alcanzar una cierta fase de madura, la forma histórica concreta es abandonada y deja el puesto a otra más alta. La llegada del momento de la crisis se anuncia al presentarse y ganar extensión y profundidad la contradicción y el antagonismo entre las relaciones de distribución y, por tanto, la forma histórica concreta de las relaciones de producción correspondientes a ellas, de una parte, y de otra, las fuerzas productivas, la capacidad de producción y el desarrollo de sus agentes. Estalla entonces el conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social.

El último capítulo de *El Capital*, apenas iniciado por Marx, lleva por título “Las clases”, tema del cual nos ocupamos en otro lugar de este estudio.

LEÓN DUJOVNE

## [Epílogo]

Creemos poder dar por terminada aquí la exposición de las ideas de Marx en el libro de *El Capital*. Del conjunto de la obra extractamos aquello que nos pareció de mayor importancia, y siguiendo frecuentemente sus propias palabras. Tratemos de precisar lo más concisamente posible sus tesis principales, prescindiendo de la historia del advenimiento del régimen capitalista de producción y de toda otra referencia histórica, sino atendiendo a este régimen.

Estas tesis son:

1. Teoría del valor.
2. Teoría de la plusvalía
3. Teoría del capital: constante y variable
4. Teoría de la ganancia
5. Ley de la ganancia general y media
6. Ley de la baja tendencial de la ganancia
7. Ley de la concentración y centralización progresiva del capital
8. Ley de la progresiva pauperización de las masas
9. Teoría de las crisis
10. Previsión del quebranto final del régimen capitalista.

Trataremos de precisar el contenido de cada una de estas tesis, para, luego, dirigir una ojeada sobre la suerte que ellas han corrido desde su enunciación por Marx. La literatura en torno a estas tesis es vastísima y sería vano el intento de resumirla. Por eso, nos atendremos solamente a las opiniones de algunos autores dignos de atención por su autoridad y por la objetividad del criterio con que han encarado los temas del pensamiento de Marx de que se han ocupado.

LEÓN DUJOVNE

## Notas

### **Economistas, inventores y emprendedores mencionados en el texto**

#### **Pavel Vasil'evič Annenkov**

Hijo de latifundistas, estudió en la Universidad de San Petersburgo y prestó servicios en el Ministerio de Finanzas. En la década de 1830 conoció a Belinskij (crítico literario muy celebrado en su época), al revolucionario Bakunin y a los escritores Turgenev y Gogol. Fue un exponente de la nobleza liberal, viajó a Europa Occidental y vivió un tiempo en París, época en que inició su epistolario con Marx, a quien había conocido en Bruselas. También por estos años comenzó a colaborar con los *Otečestvennye Zapiski*, revista rusa que publicó sus cartas parisinas.

#### **Richard Arkwright** (UK, 23 de diciembre de 1732 - 3 de agosto de 1792)

Industrial inglés, que patentó el marco giratorio movido por agua (llamado *Water Frame*) en 1769, y fundó la primera factoría de algodón hidráulica del mundo en Cromford, Derbyshire en 1771, siendo uno de los catalizadores de la Revolución Industrial. Fue nombrado caballero en 1786.

#### **Nikolái Ivánovich Bujarin** (Moscú, 27 de septiembre -ó 9 de octubre- de 1888 - 15 de marzo de 1938)

Político, economista y filósofo marxista revolucionario ruso, hijo de una familia de clase media, el principal ideólogo de la Nueva Política Económica durante la década de 1920 y se opuso a la colectivización agrícola forzada. Tras haber colaborado con Stalin en la derrota de la Oposición Unificada, fue apartado del poder por este en 1929. Formó parte del Politburó hasta 1929, editó *Pravda* y fue durante la década de 1920 el teórico oficial del comunismo soviético. Dirigió la Comintern entre 1926 y 1929. Entre 1925 y 1928, fue el principal dirigente soviético junto con Stalin, el más destacado defensor de la evolución hacia la modernización económica y el socialismo y, en 1928-1929, el opositor más sobresaliente de la llamada "Oposición de derecha". En 1929 fue apartado por Stalin. Reapareció en cargos menores a mediados de la década siguiente antes de ser víctima de la Gran Purga, murió ejecutado en 1938, acusado Gran Purga de una supuesta conspiración para ejecutar

un golpe de Estado armado contra el gobierno de Stalin. Se le rehabilitó en 1988.

**Antoine-Louis-Claude Destutt, marqués de Tracy** (París el 20 de julio de 1754 - 9 de marzo de 1836)

Político, soldado y filósofo francés de la Ilustración, quien acuñó el término “ideología” en 1801, en el periodo de la Revolución Francesa, con el significado de ciencia de las ideas, tomando ideas en el sentido amplio de estados de conciencia. Formó parte del grupo de los sensualistas, con orientación hacia el pensamiento de Condorcet. Su pensamiento republicano entró en conflicto con los partidarios de Napoleón Bonaparte, que los acusaron de *ideólogos*. Exiliado en Bruselas, comenzó a publicar *Éléments D'Idéologie* (1801-1815), en cuatro volúmenes, postulando la fundación de un original campo de estudios destinado a formar la base de todas las ciencias: la ciencia de las ideas. La teoría de que la conducta humana es formada por ciertos elementos ideológicos convierte a De Tracy en un antecesor del concepto de super-estructura marxista. Inspiró también el positivismo de Auguste Comte y tuvo como discípulos a Stendhal y Charles Augustin Sainte-Beuve.

**Thomas Rowe Edmonds** (Penzance, 1803 - Maida Vale, 1889)

Economista británico que se suele encuadrar en el grupo de los socialistas ricardianos. Fue director de la Legal and General Life Assurance Society con sede en Londres, labor que compaginó con la recogida de fondos entre las personas acomodadas para la fundación de cooperativas de producción dirigidas a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores. Su obra más importante, *Practical, Moral and Political Economy; or the Government, Religion and Institutions, Most Conducive to Individual Happiness and to National Power* publicada en Londres (1828) fue citada por Karl Marx en *Miseria de la filosofía*. Denunció que siendo los trabajadores los únicos productores de la riqueza nacional sólo obtenían una parte de ella, la que les permitía sobrevivir. Sostenía que la solución está en la “asociación” de hombres y de capitales que proporcionaría a todos los beneficios materiales, sociales e incluso físicos que permitirían la regeneración de la sociedad, pero rechazaba la vía revolucionaria.

**Thomas Hodgskin** (Chatam, UK, 12 de diciembre de 1787 - Feltham, UK, 21 de agosto de 1869, Feltham, Reino Unido)

Escritor socialista inglés de economía política, hijo de un trabajador naval, fue miembro de la Armada pero criticó su excesivo autoritarismo por lo que fue expulsado; luego estudio en Edimburgo y en Londres, integrando el círculo de los filósofos utilitaristas Francis Place, Jeremy Bentham y James Mil. Sus ideas económicas lo sitúan como anarquista de mercado, crítico del capitalismo y partidario del libre comercio y los primeros sindicatos, diferenciándose de la ortodoxia utilitarista de David Ricardo y James Mill. Usó la teoría laboral del valor de Ricardo para denunciar la apropiación de la mayor parte del valor producido por el trabajo de los obreros industriales, como ilegítimo. Propuso estas opiniones en una serie de conferencias en el Instituto de Mecánica de Londres donde debatió con William Thompson. Este material polémico se publicó como *Labour Defended against de Claims of Capital; or the Unproductiveness of Capital proved* en 1825; *Popular Political Economy*. Polemizó especialmente contra las tesis de Thomas Malthus y Robert Torrens, para quienes el creador del valor es el capital, defendiendo una versión radical de la tesis de Ricardo, según la cual el trabajo es el que crea valor.

**Karl Johann Kautsky** (Praga, 16 de octubre de 1854 - Ámsterdam, 17 de octubre de 1938)

Teórico marxista, había estudiado Historia y Filosofía en la Universidad de Viena. En 1875 se convirtió en miembro del Partido Socialdemócrata de Austria (SPÖ). Entre 1885 y 1890 estuvo en Londres, donde conoció y se hizo amigo de Friedrich Engels. En 1891, fue el coautor del Programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), junto a August Bebel y Eduard Bernstein. Después de la muerte de Engels, en 1895, Kautsky se convirtió en uno de los más importantes e influyentes teóricos del socialismo y de la Segunda Internacional, formando el núcleo marxista del partido junto a Bebel. Rompió con Rosa Luxemburgo y el ala izquierda del SPD en 1914, después de haberse integrado el Partido Socialdemócrata Independiente entre 1917 y 1919, volvió a unirse al SPD en 1922. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, Lenin atacó a Kautsky llamándolo «oportunista» y «renegado», comparando sus posiciones a las del reformista Eduard Bernstein. Para 1934, Kautsky

escribió un trabajo titulado *Marxismo y bolchevismo: democracia y dictadura*. Murió en el exilio.

### **Pierre Le Pesant de Boisguillebert**

Forma parte del grupo llamado de Economistas-financieros del siglo XVIII, Vaubán, Boisguillebert, Law, Melon y Dutot; recibieron esta denominación de su compilador Eugène Daire, en su obra *Économistes financiers du XVIIIe siècle: Vauban, Boisguillebert, Jean Law, Melon, Dutot*, París, Guillaumin, 1843 quien dice afirma que ellos inauguraron con sus obras, la época del razonamiento en lo que concierne a los intereses materiales de la sociedad. En especial Boisguillebert en *Le détail de la France, 1707*, describe los males que causaba el régimen fiscal vigente entonces.

**Rosa Luxemburg** (Zamość,Rusia 5 de marzo de 1871 - Berlín, Alemania, 15 de enero de 1919)

Teórica marxista de origen judío, militó en el Partido Socialdemócrata de Alemania, hasta que en 1914 se opuso a la participación de los socialdemócratas en la I Guerra Mundial, por considerarla un enfrentamiento entre imperialistas. Integró, desde entonces, el grupo internacional que en 1916 se convirtió en la Liga Espartaquista, un grupo marxista que será luego el origen del Partido Comunista de Alemania. Al terminar la guerra fundó el periódico *La Bandera Roja*, junto con el alemán Karl Liebknecht. Sus libros más conocidos, publicados en castellano, son *Reforma o Revolución* (1900), *Huelga de masas, partido y sindicato* (1906), *La Acumulación del Capital* (1913) y *La revolución rusa* (1918), en el cual critica constructivamente a la misma y sostiene que la manera soviética de hacer la revolución no puede ser universalizada para todas las latitudes. Tomó parte en la frustrada revolución de 1919 en Berlín, A su término, cientos de personas, entre ellas Rosa Luxemburgo, fueron encarceladas y ejecutadas.

**John Ramsey McCulloch** (Escocia, 1 de mayo de 1789 - 11 de noviembre de 1864),

Economista, autor y editor. líder de la escuela ricardiana a la muerte de David Ricardo en 1823. Fue el primer profesor de Economía Política en la Universidad de Londres en 1828. Escribió numerosos trabajos sobre economía política y fue pionero en análisis estadístico y publicación de

## NOTAS

datos económicos. Fue cofundador de la revista *The Scotsman* y en 1828 editó *The Wealth of Nations*.

**James Mill** (Angus, Escocia, 6 de abril de 1773 - 23 de junio de 1836)  
Historiador, economista, politólogo y filósofo; aunque de humilde origen, su madre logró que estudiara en la Universidad de Edimburgo, iniciándose en temas históricos y filosóficos. En 1804 comienza a escribir sobre temas económicos, estando en Londres. Fue amigo y colaborador de Jeremy Bentham desde 1808 y este mismo año comienza a publicar en *Edinburg Review*, donde contribuiría asiduamente hasta 1813, siendo su primer artículo “Dinero e intercambio”. Colaboró también con otros periódicos sobre diversos temas. En 1814 escribió un número de artículos conteniendo una exposición de utilitarismo, para el suplemento de la quinta edición de la *Enciclopedia Británica*. Su principal obra fue, *Elements of political economy*, 1821. Participó en la política británica en la línea radical, sobre los derechos del hombre y de su absoluta igualdad.

**Pierre-Joseph Proudhon** (Besanzón, Francia, 15 de enero de 1809 – 19 de enero de 1865),  
Filósofo político y revolucionario de origen burgués que fue, junto con Bakunin, Kropotkin y Malatesta uno de los forjadores del pensamiento anarquista y de su primera tendencia económica, el mutualismo. Los asuntos comerciales de su padre lo llevaron a ocuparse del tema del justo precio como estricta remuneración del trabajo, considerando toda “ganancia” como “ingreso no ganado”.

### **François Quesnay**

Economista. Fundador de una escuela denominada fisiocracia o fisiocratismo, junto con Anne Robert Jacques Turgot y Pierre Samuel du Pont de Nemours en Francia del siglo XVIII. Afirmaba la existencia de una ley natural por la cual el buen funcionamiento del sistema económico estaría asegurado sin la intervención del estado. Su doctrina queda resumida en la expresión *laissez faire*. El origen del término fisiocracia proviene del griego y quiere decir “gobierno de la naturaleza”, al considerar los fisiócratas que las leyes humanas debían estar en armonía con las leyes de la naturaleza. Esto está relacionado con la idea de que sólo en las actividades agrícolas, la naturaleza posibilita que el producto obtenido sea mayor que los insumos utilizados en la producción.

surgiendo así un excedente económico. Los fisiócratas calificaron de estériles las actividades como la manufactura o el comercio donde la incautación sería suficiente para reponer los insumos utilizados.

**Jean Charles Leonard Simonde de Sismondi** (Ginebra, 9 de mayo de 1773 - 25 de junio de 1842) Escritor, economista e historiador suizo, perteneciente a una familia de la alta burguesía ginebrina. En 1793, a causa de la Revolución Francesa viajó a Inglaterra donde estudio sus instituciones; pasó luego a Toscana dedicándose a la agricultura e interesándose en la economía local, tema sobre el que publicó *Tableau de l'agriculture toscane* (Ginebra, 1801). Fue amigo de Mme. de Staël y conoció a Napoleón, algunas de cuyas medidas políticas compartía. Inicialmente fue divulgador de Adam Smith pero luego se convirtió en crítico del liberalismo ortodoxo económico, negando la coincidencia dl interés individual con el colectivo y denunciando la libre competencia por llevar a la proletarización y el monopolio. Se lo considera el primero de los socialistas ricardianos y precursor de Marx.

**Adam Smith** (Escocia, 5 ó 16 de junio de 1723 - 16 ó 17 de julio de 1790) Economista y filósofo escocés, uno de los mayores exponentes de la economía clásica; basaba su ideario en el sentido común. Consideraba que el fundamento de la acción moral no son normas ni idas particulares, sino sentimientos universales, comunes a toda la humanidad. Su obra más importante es *La riqueza de las naciones* (1776). Sostiene que la riqueza procede del trabajo de una nación. Realizó un profundizado estudio del proceso de creación y acumulación de la riqueza, tema tratado anteriormente por los mercantilistas y fisiócratas, pero sin el enfoque sistemático y científico de esta obra, por la cual se lo considera el fundador de la ciencia económica.

**William Thompson** (Cork, 1775 - Rosscarbery, 28 de marzo de 1833) Político, economista, filósofo y reformador social irlandés, promotor y partícipe del movimiento cooperativo inglés. Hijo de un próspero comerciante de la ciudad, en 1814 heredó una finca, donde compartió inquietudes de los arrendatarios, invirtiendo en innovaciones agrícolas, y organizando la educación infantil y buscando el mejoramiento de la calidad de vida. Sus concepciones influyeron en los organizadores de los sindicatos de trabajadores y en Karl Marx.

## NOTAS

**James Watt** (Greenock, Escocia, 19 ó de enero de 1736 - Handsworth, Inglaterra, 25 de agosto de 1819)

Ingeniero mecánico e inventor. Realizó mejoras en la máquina de Newcomen que dieron lugar a la máquina de vapor de agua, fundamental en el desarrollo de la primera Revolución Industrial. Se interesó en la tecnología de las máquinas de vapor y observó que los diseños usuales desperdiciaban una gran cantidad de energía enfriando y calentando repetidamente el cilindro. Su mejora en el diseño fue el condensador separado, a lo que añadió un movimiento rotatorio al motor, que evitaba esta pérdida de energía mejorando mucho la potencia y rentabilidad de las máquinas. Intentó comercializar su invento, lo que no logró hasta su asociación con Matthew Boulton en 1775, que fue económicamente muy exitosa. Después trabajó en otros inventos y elaboró el concepto de “caballo de vapor”. En su honor, la unidad de potencia del Sistema Internacional de Unidades se denomina vatio (W).

**Joseph Arnold Weydemeyer** (Münster, 2 de febrero de 1818- St. Louis, Missouri, 26 de agosto de 1866,)

Militar del Reino de Prusia y de Estados Unidos, periodista y revolucionario marxista. Postulante del “verdadero socialismo”, en 1845 se convierte en seguidor de Marx y Engels, haciéndose miembro de la Liga Comunista. Visitó a Marx en Bruselas y participó en la Revolución de 1848. En 1849-1850 fue uno de los editores responsables de *Neue Rheinische Zeitung*. Colaboró también en dos periódicos socialistas: *Westphälisches Dampfboot* y *Neue Rheinische Zeitung*. En 1851 emigró a Estados Unidos y trabajó como periodista, donde publicó la obra *The Eighteenth Brumaire of Louis Napoleon* de Marx, en 1852. Participó en la Guerra Civil como Coronel del ejército de la Unión.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

## **Índice de nombres propios citados por Dujovne**

No se incluye a Karl Marx porque se lo cita prácticamente en todas las páginas

Annenkov, Pavel V.: 36

Arkwight, Richard: 130

Bartoli, Henri: 62 . 248 . 254 - 260 - 347

Bober . M. M.: 62 . 244 - 247 - 260

Bray, P.: 43

Bujarin, Nikolai Ivanovich: 260

Darwin, Charles: 125

Destutt deTracy, Antoine-Louis-Claude: 33

Dietz, Editorial de: 53

Edmonds, Thomas Rowe: 43

Engels, Friedrich: 33 - 59 - 60 - 243

Hegel, Georg Wilhelm: 36 - 37 - 54

Hodgskin, Thomas: 43

Kautzky, Karl: 35 - 53 - 59 - 61

Le Pesant de Boisguillebert, Pierre: 33

Luxenburgo, Rosa: 243 - 244 - 248 —250 - 260

LEÓN DUJOVNE

Mac Culloch [McCulloch], John Ramsey: 33

Mill, James: 33

Proudhon , Pierre-Joseph: 36 - 38 - 40 - 42 - 44 - 45 - 47

Quesnay, François: 248 --249 - 250

Ricardo, David: 33 - 40 --43 - 349

Robinson, Joan Violet: 62

Roces, Wenceslao: 187

Rubel, Maximilien : 33 - 57 - 59 - 248 - 249 - 250 - 252 - 253 - 260

Say, J.: 33

Schumpeter, Joseph Alois: 62

Sharbek, F.:33

Sismondi, Jean Charles L. Sismonde de: 166

Smith, Adam: 33 - 40

Thompson , William: 43

Watt , James : 130

Weydemeyer, Joseph Arnold 37

## Índice

<i>Dalila Dujovne</i>	
Prólogo	5
<i>Celina A. Lértora Mendoza</i>	
Introducción	9
<i>León Dujovne</i>	
Las ideas económicas de Marx	29
Advertencia	31
Antes de <i>El Capital</i> . Introducción	33
Antes de <i>El Capital</i> . <i>Miseria de la filosofía</i>	35
Trabajo asalariado y capital	49
La <i>Introducción general a la crítica de la economía política</i>	53
<i>Crítica de la economía política</i>	57
<i>El Capital</i> . Caracteres generales de la obra	59
<i>El Capital</i> . Libro I	63
Sección I. Mercancía y dinero	65
Sección II. La transformación del dinero en capital	91
Sección III. La producción de la plusvalía absoluta	97
Sección IV. La producción de la plusvalía relativa	117
Sección V. La producción de la plusvalía absoluta y relativa	145
Sección VI. El salario	153
Sección VII. El proceso de acumulación del capital	161
Libro II, Sección I. La metamorfosis del capital y su ciclo	187
Sección II. La rotación del capital	201
Sección III. La reproducción y circulación del capital en conjunto	239
Libro III. El proceso de producción capitalista en su conjunto	261
Sección I. La transformación de la plusvalía en ganancia	263
Sección II. Cómo se convierte la ganancia en ganancia media	277
Sección III. Ley de tendencia decreciente de la cuota de ganancia	291
Sección IV. Cómo se convierte el capital-mercancía en el capital-dinero del comercio	303
Sección V. Desdoblamiento de la ganancia en interés y ganancia de empresario	315

LEON DUJOVNE

Sección VI. Cómo se con vierte la ganancia extraordinaria en renta del suelo	347
Sección VII. Las rentas y sus fuentes. La forma tributaria	357
Epílogo	369
<i>Celina A. Lértora Mendoza</i>	
Notas	371
Índice de nombres propios en el texto de Dujovne	378